

ELISA LYNCH

POR

ORION

PRECEDIDA

DE UNA SEMBLANZA DEL AUTOR

POR

EMILIO CASTELAR

Primera edición

BUENOS AIRES

Imprenta de LA TRIBUNA, Victoria 31.

1870

SEMBLANZA DEL AUTOR

POR

EMILIO CASTELAR

En Europa se juzga lijerísimamente á los hombres de la América Republicana. No estudiamos aquellos pueblos. No conocemos sinó sus disturbios y sus conmociones.

Las artes de la guerra son mas ruidosas que las artes de la paz; las catástrofes, mas súbitas que los progresos, siempre necesitados de alguna lentitud para su desarrollo.

Así creemos que la anarquía es allí permanente, la inseguridad universal, contínuos los cambios de gobierno, endémicas las guerras é imposibles la libertad y la autoridad, conquistadas y perdidas á cada instante por los dictadores y los facciosos. Nada, sin embargo, mas lejos de la realidad. Nada mas contrario á las enseñanzas de estos últimos tiempos.

El poder civil, la autoridad republicana, se han arraigado en Méjico.

Todas las libertades han podido ensayarse en Nueva Granada sin grandes peligros; y el individualismo no se implantó jamás con tanta fuerza en ningun pueblo de raza jermánica, como entre aquellos criollos españoles.

Chile ofrece el espectáculo de una República conserva-

dora, pacífica, donde la prosperidad tiene crecimientos que se creerian soñados, y donde las leyes son una fuerza digna de ser envidiada por muchos pueblos de Europa. En cambio, la República Argentina es la Suiza del Plata.

Su institucion está basada en la Constitucion helvética. Su libertad es completa.

La democracia es la esencia de aquella sociedad; la federacion su forma.

Un pueblo de origen español, tiene todas las instituciones que la Europa culta anhela todavia, y lejos de enflaquecerle, hánle dado una robustez propia de los pueblos sajones. Se necesita solo entrar en Buenos Aires, en su capital, para abrazar de una ojeada la riqueza material y la riqueza moral, el comercio y la ciencia, el trabajo y la libertad, que le han procurado su tolerancia religiosa, su democracia, su gobierno federal y republicano.

Un literato, un publicista, el doctor Sarmiento, es Presidente, y todos los Estados de un extremo á otro de la nacion le obedecen, como el fiel guardador del Pacto republicano, y el jenuino representante de la autoridad y de la majestad del pueblo.

A esta obra ha contribuido poderosamente Héctor F. Varela.

Se necesita solo saludar la historia Argentina para conocer el ilustre nombre de los Varela.

El jefe de la familia, el padre, escribió, peleó, y fué á morir mártir de la libertad bajo el puñal de los sicarios de Rosas.

Sus hijos, huérfanos de aquel ilustre héroe, mas herederos de su nombre, lo han llevado con orgullo y han acrecentado sus resplandores y su gloria.

• Mariano Varela, Ministro de Negocios Etranjeros en a Confederacion, es un verdadero hombre de Estado, un

diplomático á la americana, sencillo, recto, de profundas ideas y de previsor entendimiento.

Juan Cruz Varela bajo su aparente lijereza, es un poeta de grande vena y facundia: es un diligente anticuario.

Rufino Varela es un gran economista.

Luis Varela es un notable Constitucionalista.

Héctor, el republicano á quien consagramos este artículo, es el verdadero jefe de la familia, el hermano mayor, y el que ha sostenido con mayor empeño luchas gigantescas, sin trégua, por la libertad de su patria, así en la tribuna como en la prensa, y así en la prensa como en los campos de batalla.

Héctor Varela es un hombre de pensamiento y de accion, tribuno y soldado, periodista y orador, republicano en América y republicano en Europa, conocido allí por su popularidad y conocido aquí por sus talentos; admirado en todas partes, y en todas partes contado entre los nombres que mas ilustran la democracia universal.

Su cuna fué el destierro; su educacion la orfandad; su herencia las confiscaciones del tirano. Una madre amorosa tuvo que consagrarlo al comercio en sus primeros años para que proveyera, no sola á su propia vida, sino tambien á la vida de sus hermanos.

Héctor Varela desplegó en Rio Janeiro cualidades de primer orden para el comercio. Aprendió francés, alemán, inglés, italiano, para entenderse con todas las razas.

Parece increíble el oírle hablar las lenguas del mundo civilizado con tanta flexibilidad, con tanta gracia, con los jiros mas propios y mas corrientes, poseyendo desde sus leyes jenerales hasta sus mas recónditos secretos, y algunas veces las variantes de sus dialectos.

El trabajo empezaba á darle la base de la fortuna,

cuando la guerra contra el tirano, contra el asesino de su padre y de su patria, contra Rosas, vino á estallar formidable.

En tal situacion lo abandonó todo y fué donde le llamaban sus compromisos y sus ideas. Varela era muy jóven; apenas tenia veinte años; pero peleó como bueno y contribuyó á la ruina del tirano.

Desde aquel punto su ocupacion fué la prensa.

Su vida azarosa, sus trabajos mercantiles, habíanle impedido el estudio de los problemas políticos y sociales que ha de tratar el publicista. Mas no importa. Su claro talento, su privilegiada actividad lo improvisaban todo. Héctor Varela es uno de los primeros periodistas de América. Injénio, gracia, salática, elocuencia apasionada, raciocinio frio, imaginacion, toda la escala de facultades que necesita el periodista, toda entera está en su pluma, la mas fecunda y la mas dada á la improvisacion que hay en el Nuevo-Mundo.

Pero el mal de estos pueblos americanos, mal que sobreviviera á Rosas, habia quedado en el fondo del nuevo gobierno, la dictadura militar.

Héctor Varela se consagró con todas sus fuerzas á combatir, á desarraigar este profundísimo cáncer.

En tal empresa desplegó cualidades de primer orden, asociado á otros jóvenes, entre los cuales descollaban con él su hermano Mariano y el hijo del doctor Alsina, que luego ha ejercido el cargo de gobernador en el Estado de Buenos Aires.

Merced á esta conjuracion, que sublevó todos los ánimos, el dictador tuvo que abandonar Buenos Aires, hasta que guerras sucesivas lo aislaron en sus posesiones de Entre-Rios, donde acaba de morir, triste, oscuramente, á manos de otro cacique, ya castigado por el Gobierno Nacional.

Entónces Héctor, ansioso de estender los horizontes de su vida, vino por primera vez á Europa acompañado de su bellissima esposa Carlota, señora de gran mérito, cuya juventud, cuya hermosura, que es un verdadero portento, cuya gracia é ingenio en la conversacion, cuyos sentimientos delicados y jenerosos, le atrajeron innumerables simpatías en Madrid, en Lisboa, en Lóndres, en Roma y en Florencia.

Varela logró renovar en Europa la profunda admiracion que habia despertado siempre el jénio de su padre. Enviado de Cónsul General á Paris, mas tarde, Napoleon III no quiso darle el exequatur, á causa de la gran propaganda que habia hecho contra el Imperio, de los artículos sublimes que habia escrito contra la noche del dos de Diciembre, y de las simpatías que gozaba entre los republicanos franceses.

Su tercer viaje á Europa fué una verdadera revolucion en la vida de Héctor Varela.

En una hora ganó fama europea, que, unida á su fama americana, han hecho su nombre universal. Celébrase en Ginebra el primer Congreso de la Paz y de la Libertad, á cuya inauguracion asistió Garibaldi, antiguo amigo de su padre.

El gran jeneral demócrata le estrechó contra su corazon, y le presentó á algunos jefes de la demócracia europea. Héctor Varela, modesto por naturaleza, no habia pensado hablar en aquella Asamblea, en aquel concilio del espíritu moderno, donde se reunian los primeros publicistas de Europa.

Un réaccionario de Neuchatel, que tambien hay en Suiza reaccionarios, se levanta á imprecicar la demócracia americana y denostar los Estados-Unidos.

Héctor Varela pide la palabra en nombre de esta demócracia, sube á la tribuna y habla. Imposible es pintar

el asombro, el estupor de la Asamblea, su admiracion, su entusiasmo, que rayó en delirio. El orador hablaba en una lengua extranjera. Pero ni siquiera se le conocia el acento. Elocuencia impetuosa, raciocinio de un vigor escepcional, imaginacion sin énfasis, y elegancia con naturalidad, todo, unido al fuego de un grande entusiasmo y à la severidad de una gran palabra, dotes de primer órden, arrebataron el auditorio. Los periódicos europeos publicaron su discurso; todas las lenguas lo reprodujeron. Y desde entónces su nombre ha quedado aquí, en este continente, alzado al coro glorioso de los grandes oradores que mantienen el esplendor de la tribuna universal, de donde baja la luz sobre los pueblos.

De vuelta á su patria, Montevideo le abrió las puertas de sus Cámaras y lo elevó al cargo de Ministro. Desempeñando ambos altos destinos, mostró en los tiempos subsiguientes á la muerte del General Flores, tiempos difícilísimos, dotes de carácter iguales á sus dotes de talento. Pero Buenos Aires ha sido y será para Héctor Varela el centro de su alma. Allí volvió cansado del poder, pero no cansado de servir á la libertad. En cuanto llegó á Buenos Aires desarrollóse el cólera, y durante esta época terrible, mostró Varela al frente del Municipio ese valor mas grande que el valor de los campos de batalla, el valor de la caridad que desafía oscuramente la muerte. Nuestro tiempo, todavia embargado de antiguas preocupaciones, pone sobre los que saben morir por sus semejantes, á los que saben matar á sus semejantes.

El heroismo bárbaro de la guerra, es mas apreciado que el heroismo humano de la caridad. Pero la ciencia rectifica diariamente el sentido comun, y, en porvenir no lejano, las estrellas fijas de la gloria, serán los nombres de aquellos que hayan peleado, con el sudor de su trabajo en la frente, la idea nueva en la conciencia, y e

amor humano en el corazón, por aumentar la vida y embellecerla, haciendo de la tierra el resumen del Universo y del alma la imájen del Criador.

La caridad, los sentimientos humanitarios, la súbita inspiración, las grandes dotes desplegadas por Héctor Varela en el combate con el cólera, le valieron la admiración universal.

Carácter férreo, inteligencia clara, corazón lleno de grandes sentimientos, su paso por las dos riberas del Plata dejará una huella inestinguible. Sus compatriotas lo reconocen así, y le pagan con una popularidad sin ejemplo. Su periódico que cuenta veinte años de vida, es uno de los primeros periódicos de América. Su palabra siempre inspirada y siempre ardorosa, es oída y aclamada con febril entusiasmo por una juventud que vé en ella el verbo de las nuevas ideas.

Así se explica su inmensa popularidad.

Ultimamente ha hecho un viaje por diferentes provincias arjentinas. Imposible describir el entusiasmo que ha despertado, los obsequios que ha recibido, los vivas que han poblado los aires en cuanto ha aparecido en aquellas poblaciones, que le cuentan, con justo motivo, entre sus mayores glorias. Héctor Varela no solo ha contribuido á fundar la libertad, la democracia, la República en su patria, sino también á conservarlas. Cuando vemos las dificultades que á esta obra opone la vieja Europa, no podemos reprimir un sentimiento de emulación, diríamos casi de envidia, hácia esas naciones, hijas nuestras, que nacidas ayer entre los elementos teocráticos y militares, legados por el régimen colonial, han sabido estirpar desde la esclavitud hasta la dictadura, armonizando la federación con la unidad nacional, la democracia con la libertad y la libertad con el órden. Para esta obra se han necesitado caracteres como el de Varela, inteligencias clara

que no tocan en la utopía, caracteres fuertes que no toman la violencia por energía, almas ambiciosas del bien que no desconocen los obstáculos de la vida real, tribunos para propagar las ideas y hombres de Estado para realizarlas, no volviendo nunca la espalda á sus creencias y á su fé, como sucede en esta vieja Europa, donde el choque de dos mundos, dividiendo las almas en dudas é incertidumbres, ha enjendrado tantas y tan alevés apostasías.

Nunca acabáramos si hubiéramos de decir cuanto pensamos de los servicios que ha prestado Héctor Varela á la libertad y á la patria.

Como españoles, como republicanos, le debemos agradecimiento. Su casa ha sido para los desgraciados, que nuestras discordias arrojaban á las orillas del Plata, un segundo hogar. Y su grande alma una verdadera providencia. En los dos años en que los partidos liberales se hallaban desterrados, ¡cuántos consuelos no le debieron los grandes infortunios?

Héctor Varela ama profundamente á España, la patria de sus padres. Y la nacion española y la democracia española, le envían por nuestro conducto, el testimonio de su admiracion y de su agradecimiento. Talentos como el suyo, honran á todos los pueblos y son justo orgullo de la República universal, cuyo fundamento hemos de dejar asentado en Europa y en América, antes de que termine el presente siglo.

Honor y gloria á los que hayan contribuido, como Héctor Varela, á esta obra de libertad y de paz, que bendecirán á una en lo porvenir todas las jeneraciones.(1)

Emilio Castelar.

(De la *Igualdad* del dia 25 de Julio de 1870).

(1) Esta "Semblanza" fué publicada por el autor en "La Igualdad," periódico de Madrid.

A mas de los exajerados conceptos con que el gran tribuno español favorece al autor de estas pájinas hay algunas inexactitudes tales, por ejemplo, como la de creer que tuvo parte en la caída de Ross.

LA HEROINA

I.

De una mancebía de la Moderna Atenas, que cual voluptuosa sultana vive reclinada en su lecho de placeres perfumados, la mano de un hijo soberbio de las selvas Paraguayas arrancó á Elisa Lynch, y deslumbrándola con los rayos de oro de un porvenir de gloria y de grandeza, la trajo á que, embriagada de orgullo y de esperanza, se sentase en el trono de la Asuncion.

Si los acontecimientos que en la vida de un pueblo se ligan á una personalidad le abren de par en par las puertas de la historia, pocas con mas justicia que ella podrian reclamar hoy un puesto en el inmenso Panteon en que, confundidas, se destacan, Isabel la Católica ostentando sobre su majestuosa frente las perlas recojidas en las aguas del mundo descubierto bajo los auspicios de su jénio, y Carlota Corday blandiendo en la atrevida diestra el puñal en sangrantado con que partió el corazon del verdugo de su patria!

Como ellas, Elisa Lynch es tambien una inmensa personalidad que ya pertenece á la historia.

¿Cuál ha sido su oríjen, y cuáles sus antecedentes?

¿Cuál su vida en el Paraguay desde el momento que á sus playas llegó en brazos del amor?

¿Cuál su influencia sobre el Mandarin de la China

Americana, al cual ligó su suerte hasta el extremo de acompañarlo al borde de la tumba, ofreciéndole como trofeo de su constancia, el cadáver de su propio hijo inmóvil en su presencia?

En una palabra ¿cuál ha sido el rol de Elisa Lynch, en la sangrienta y penosa guerra, en que su airada figura aparece envuelta sin cesar en esa noche de muerte que fatídica cruzó por espacio de cinco años, sobre la abatida frente de un pueblo mártir?

Es lo que me propongo averiguar, y dejar constatado en este libro.

Si es tarea delicada caracterizar con propiedad la fisonomía moral de un hombre, la dificultad crece al tratarse de una mujer; porque hay en su organización resortes tan finos, en su sensibilidad tan íntimos arcanos y en su inteligencia tantos matices, que la semejanza de su retrato escapa al más diestro pincel.

Los autores del siglo de Luis XIV al dibujar las figuras graciosas, que á manera de ninfas seguían el carro del gran Rey, y los contemporáneos que como Lamartine, Guizot, Cousin y otros han trazado cuadros no menos encantadores, han comprobado mi aserto, triunfando empero, en su afán, para instrucción ó delicia de la posteridad.

Menos feliz que ellos en cuanto á la paleta de que voy á tomar los colores para dar luz al cuadro, lo soy más, empero, en cuanto á la figura histórica, que el compromiso con el Editor me impone diseñar.

Elisa Lynch es, en realidad, un tipo *único* en los días que corren.

Hija de padres modestos pero honrados, siente, desde temprano, un deseo impaciente por ser dueña de una libertad de acción, absoluta é ilimitada.

Dotada por Dios de una belleza que cautiva, y de un

espíritu que una educación esmerada ha cultivado con provecho, créese que el modesto teatro del hogar es pequeño para sus ambiciones de mujer, y sus ilusiones de Cortesana.

Sin que el cariño del padre la detenga, ni las lágrimas de la madre la enterecen, les abandona un día, en que su fantasía sueña con las emociones que le puede brindar la independencia, que compra á costa del inmenso dolor de su familia.

Dueña de sus acciones, entra gallardamente al mundo, bajo el triple amparo de su hermosura, de su juventud, y de la fogosidad de su carácter.

A partir de ese instante, su vida es un romance, una leyenda, á la que se ligan indistintamente y en singular confusión, tesoros de bondad que la enaltecen, y actos de prostitución que la degradan.

Las protestas de amor fueron para ella, durante mucho tiempo, otros tantos caprichos con que jugueteaba, complaciéndose en las heridas que abría en corazones nobles, que se le consagraban con más lijereza que reflexión.

Un tanto fatigada de no llevar un nombre que le sirviese de carta de introducción para penetrar al seno de la culta sociedad, entregó su mano á un mancebo de familia distinguida.

La monotonía de las emociones, la mataba.

Cuando más tierno se mostraba el hombre que le había dado su apellido, profanó el tálamo nupcial: tuvo un amante, tuvo dos, tuvo diez, hasta que las *Loretas* de París, la vieron entrar al templo de sus orjías, coronada de belleza y de brillantes.

Entre ellas, si no fué la soberana, fué siempre una mujer á la moda, festejada, y teniendo constantemente en torno suyo una rueda de adoradores, que si no brillaban por su buen juicio, llamaban la atención, ó por su fortuna, ó por su cuna, ó por sus blasones.

De la alcoba de un Príncipe, un Lord inglés la llevó á viajar: hizo furor entre las Leonas de *Baden-Baden* y de *Hombourg*: cautivó la atención del Cardenal Antonelli en Roma: humilló el orgullo de un Tenorio afortunado en Madrid, explotó sin conmiseración á un rico banquero de Londres, hasta que, dominada por las calidades de un jóven sevillano, se enamoró locamente de él, sin que por eso consiguiese, ni con su hermosura, ni con su talento, ni con sus gracias, vencer el desprecio con que la miró.

En esa situación, triste para su espíritu, desesperante para su amor propio de mujer, cruzó Lopez por su camino.

Lo que le habia sucedido con el Sevillano, le sucedió al General Lopez con ella: se enamoró de Elisa.

Esta, despues de conocer al General de las selvas americanas, y abarcando de una mirada penetrante el porvenir que asomaba á sus ambiciones, le prometió la fidelidad de un corazón vírjen: consiguió *imponerse* á su voluntad, le obligó tambien á viajar con ella para mejor conocerlo en la intimidad de un trato constante, y cuando su amor propio satisfecho, pudo vanagloriarse de su fácil conquista, abandonó las riberas de su licencioso pasado, y arrullada en los brazos del amor, vino á plantar su tienda de peregrina en la morada sombría del que mas tarde debia darle la cerviz de un pueblo, por gradas de su trono.

Compañera de Lopez en las orjías de Paris, lo ha sido tambien en las orjías de sangre del Paraguay, en medio de las cuales aparecen siempre unidas esas dos figuras, sobre cuyas cabezas flotan las almas de millares de víctimas, muchas de las que ella pudo arrancar al martirio, si en vez de estimular los instintos feroces de su amante, se hubiese inspirado en el recuerdo de aquella sublime Ester de la Biblia, que se postraba ante Asvero implorando el perdón de los Hebreos perseguidos por Aman.

CAPITULO I.

EDAD DE ELISA LYNCH—ESCAMOTEO DE LA VANIDAD MUGERIL—COMO AVERIGUAR SU EDAD—UN VIAJE Á LA ASUNCION—OCURRENCIAS DEL CAMINO—PELIGRO DE UN NAUFRAGIO—PUERTOS EN EL CAMINO—LLEGADA Á LA PAZ.

I.

¿Qué edad tiene Elisa Lynch?

Hé aquí la primer duda con que me encuentro para dar principio á este libro, destinado principalmente á satisfacer la curiosidad de las personas de su sexo, mas predisuestas á la lectura de la leyenda fantástica que impresiona vivamente la imaginacion, que al estudio de ciertas cuestiones, que si bien son un adorno brillante en la educacion de una muger de mundo, no son, por cierto, las que mas cautivan su interés ó su atencion.

Ninon de Lenclos la célebre *enamorada*, que á los ochenta años se sintió todavia conmovida al contacto voluptuoso de un beso de amor decia “que la muger mas virtuosa y la que mas culto rinde á la verdad, hay un instante en el que miente siempre: *quando le preguntan su edad.*”

¿Con cuánta mas razon no faltarán á la verdad las mu-

¿eres que no se encuentren en las condiciones morales de que habla la *insigne besucadora*, como la llamó uno de sus Biógrafos?

Elisa Lynch me ha dicho que solo tiene treinta y seis años, y aunque pudiera parecer á la fantástica peregrina, falta completa de galanteria y fina educacion por mi parte empezar poniendo en duda su palabra, yo me permito asegurar, que pagando en esto su tributo de vanidad pueril á una mania muy comun en toda muger, madama Lynch se ha *escamoteado*, cuando menos, cinco ó seis años.

Al pensar así, no me fundo tan solo en el testimonio de los que la conocen desde que llegó á las playas del Plata, en el juicio emitido por las personas que aquí la han visto á su paso para Europa, y mucho ménos en el visible deterioro que su hermoso físico presenta, despues de una campaña en la que, por grandes que hayan sido las comodidades, de que la mano del amor pudo rodearla para compartir con su amante sus penalidades y emociones, no por eso dejaria de echar de menos á cada instante, el lujo, la opulencia y los *mimos* con que estaba acostumbrada á vivir la *gran Loretta* de los amenos sitios de Paris y la leona de *Regent Street*, levantada en el Paraguay á la categoría de una Reina, por el que, no habiéndose contentado con llenar al mundo con el ruido de su barbarie, lo ha querido llenar tambien con el escándalo de sus amores y la voluptuosidad de sus deleites.

No: para creer que Elisa Lynch tiene mucho mas edad de la que ella me ha dado, me fundo en mi mismo: en mis recuerdos, vivos como todo lo que impresiona, frescos como todo lo que entraña una novedad.

Hace diez y seis años que yo la conocí en el Paraguay, es decir, en el segundo teatro de sus triunfos y de sus romancescas hazañas.

Ese viaje tiene algunos episodios que se ligan demasiado con la Biografía de mi *heroína*, para que no crea yo mas conveniente á la índole de mi pobre trabajo, empezar por ocuparme de él, antes de hacer conocer al lector el origen de su vida en Europa, sus aventuras allí, la manera como conoció y sedujo á Lopez, y por fin, el singular y tremendo rol que ha desempeñado en una tragedia, en que su arrogante figura de muger se destaca pisando los cadáveres de una generacion entera, aterrada por los gritos de un millar de criaturas, que contemplaron inocentes el fusilamiento de sus madres infelices, que quizá ella pudo arrancar á su verdugo, amansándolo como se amansan las fieras, con una caricia.

II

Corria el año de 1855.

Gravemente enfermo de una afeccion á los pulmones, los Dres. Bosch y Leslie me aconsejaron que hiciese un viaje.

Mi situacion financiera no me permitia entonces tomar ese pretesto, para satisfacer una ambicion constante de mi vida, dirigiéndome á Europa.

Sin embargo: era preciso salir de Buenos Aires, hacer un viage, y aun cuando no fuese del todo insignificante la diferencia que para una alma jóven y enferma pudiese haber entre *Paris* y la *Asuncion*, resolví irme al Paraguay.

Contribuyó á que tomase esta resolucion,—algo peligrosa á mas de poco halagüeña, por razones que mas adelante diré—la circunstancia feliz para mí, de ir en la misma época algunas personas conocidas, que, haciéndome mas grata la travesia, me harian tambien mas agradable la per-

manencia en un país, donde no era la libertad, ni la garantía de los derechos individuales las que se hallaban triunfantes.

El 26 de Setiembre de 1855, me embarqué abordo del vapor *Uruguay*, conocido antes por el nombre del vapor *Blanco*.

Era el mismo que sirvió para transportar del Estado Oriental las tropas del *Ejército Libertador*, despues de haber vencido el ejército de Oribe, en el *Cerrito*.

Le mandaba el señor D. Ventura Gutierrez, muerto últimamente en el Paraguay, y el que, acompañado de su jóven esposa la señorita de Vilate, se dirijirá la *tierra de la familia Lopez* en busca de fortuna.

Al subir abordo me encontré allí, con los señores José Maria Gimenez, Exequiel Calderon, José Maria Cassaffousth, Mayor Eugenio Ochoa, Martin Monasterio, Antonio Lopez, Seoaje, y otros cuyos nombres me escapan ahora.

Cómo viaje, el nuestro, fué una serie continua de episodios y contrariedades.

Una hora despues de haber partido de *Balizas Interiores*, se desató uno de esos huracanes, que hace de nuestro magestuoso Rio de la Plata un verdadero infierno, peor que el del Dante.

Las ondas agitadas y caprichosamente encrespadas, envolviendo el casco del buque en una montaña de blanca espuma, jugueteaban con él á su capricho, porque ni la máquina tenia fuerza para *romper*, ni el timon gobernaba.

Hubo algunos instantes de verdadero peligro, y de gran confusion abordo, en el que, al compas del llanto de las señoras—iban cuatro—no todos conservaron su sangre fria, empezando á ponerse bien con Dios, por temor de que el huracan los sepultase entre las ondas.

Como yo ya contaba tres naufragios espantosos en mi vida, confieso que no habia perdido del todo mi serenidad hasta que ví al contra maestre del vapor—hombre fornido y corpulento—dominado, al parecer, por el mismo temor que á todos abatia, pues se habia cruzado de brazos dejando caer la cabeza sobre el pecho, como quien ya ha agotado todo sufrimiento y aguarda tranquilamente la muerte.

—¿Estamos mal?—le pregunté.

—Si señor: si no conseguimos guarecernos allí (indicándome la *Barranca de San Isidro*) temo que el casco no resista á la fuerza de las olas.

Felizmente al caer la noche, aunque con gran dificultad, el *Uruguay* consiguió echar el ancla á corta distancia de las pintorescas colinas.

A no ser así habria sido víctima de la tormenta, y con él todos los pasajeros.

La noche fué verdaderamente espantosa, y mas de uno la pasó entre angustias.

El Cielo, de color pizarra, parecia la piedra inmensa de un gran sepulcro: el rio alterado, embravecido, rabioso: las olas abriendo abismos y encrespándose en montañas: el viento desatando sus ráfagas en confusion horrible, y moviendo unas contra otras las ondas: la blanca gaviota, que festiva juguetea siempre en las aguas serenas que lamen las costas Argentinas, huyendo medrosa, y dando al volar, espantosos graznidos que parecian lamentos de moribundos recogidos por el aire.

Lo recuerdo con frescura; el cuadro era siniestro y aterrador, pero como nuestras tormentas tienen algo del carácter veleidoso de los Atenienses, y de ciertos *cameleones* políticos, que solo conocen la *constancia de la inconstancia*, con la claridad del nuevo dia se disipó el huracan, se aquietaron las aguas, desaparecieron del firma-

mento las negras y sombrías nubes, y los poéticos colores del *arco-iris* inundaron con las cambiantes de su caprichosa luz, el cuadro que horas antes se envolvía en los pliegues de una de esas noches que inspiraron al poeta Luis Dominguez. . . .

III

A las diez de la mañana nos pusimos en marcha.

Después de las amarguras y temores de la noche anterior, los espíritus rejenerados por la confianza, estaban alegres y festivos, disponiéndose desde luego, á esa dulce é instintiva fraternidad que se establece siempre entre los pasajeros que sabiéndolo de antemano, ó al acaso, se encuentran repentinamente sobre la cubierta de un vapor.

Las únicas que se mostraron frías, retraídas, reservadas, fueron las señoras de Gutierrez, y la que es mi compañera.

Sucedió, lo que es frecuente entre mugeres: ninguna de las dos quería ser la primera en pasar el *Rubicon*, es decir, en dirigirse la palabra.

Tanto mejor para ellas!

Los hombres somos menos *quisquillosos*, sobre todo los de estos países, que sin esperar, como los ingleses, la formalidad de una presentación con todos sus requisitos, aprovechamos la primer ocasión que se nos presenta para establecer esa simpática corriente *de la conversacion*, que en un viaje, es amenudo fuente misteriosa de dulces consuelos.

Los señores Calderon, Jimenez, Cassaffouth y Lopez, iban al Paraguay como comerciantes.

Sabian que aquella tierra no era ni la *Prometida*, ni la *California*; pero en las inspiraciones de sus cálculos

mercantiles creían que apesar del despotismo que como una herencia de Francia aun pesaba sobre el Paraguay, podrian encontrar campo y márgen para lanzarse á las especulaciones en que quizás, cándidamente, habian soñado.

El Mayor Ochoa, como yo, iba enfermo.

Al partir del dia siguiente, empezó la monotonía del viaje; monotonía que poco á poco fué tomando un tinte menos placentero, á causa de las contrariedades diarias y constantes.

Los alimentos del vapor eran malos; casi mezquinos.

La máquina estaba en pésimo estado, pues era preciso detenerse cada seis ú ocho horas para que *los tubos se enfriasen*

Recien á los tres dias de viaje llegamos al *Rosario*, que era entonces para Buenos Aires, la ciudad de los *Derechos Diferenciales*.

El *Uruguay* se detuvo allí con dos objetos: componer los tubos, y hacer proviciones.

La mayor parte de mis compañeros de viaje, bajaron á tierra.

Yo no me atreví á seguirlos, por pura *prudencia*, pues en aquel tiempo, la bandera de los odios y de las pasiones flotaba sobre las Provincias Argentinas, que vivian completamente divididas, militando yo en el partido que desde Buenos Aires, combatia ardientemente las pretenciones de los *hombres del Paraná*, dirigidos por el general Urquiza.

Sin embargo, el señor Don José Maria Cullen, que á la sazón era Gobernador de Santa Fé, sabiendo que me encontraba en el puerto tuvo la deferencia de mandarme, decir: "qué podia bajar sin recelo de ninguna especie."

Lo hice.

Al desembarcar lo encontré en la *Playa*, y tanto él,

como mi enemigo ardiente de esa época, el señor Don Federico de la Barra que redactaba con su brillo habitual *La Confederacion*, me trataron con toda la benevolencia y cortesía de dos cumplidos caballeros, teniendo sin duda presente, *que lo cortés no quita nada á lo valiente*.

IV

Eran las ocho de la noche, cuando nos pusimos nuevamente en camino.

La cuestion *de los tubos* me preocupaba.

—¿Estarán compuestos? — pregunté al señor Gutierrez.

—Oh, sí! magníficos! Ahora ya no nos detendremos mas hásta Corrientes.

Mi desconfianza, me permitió dudar de la asercion.

El viaje se habia iniciado bajo malos auspicios, y como yo soy *fatalista*, tenia el presentimiento de que recién estábamos en el principio de los contratiempos.

No me habia engañado

Al amanecer del dia siguiente, nueva parada.

Los tubos estaban *malos*.

Era preciso *refrescarlos*.

Se abrieron las válvulas: se dejó escapar el vapor: se dió tiempo á que perdiesen el calor, y despues de una estacion de ocho horas, el maquinista que era francés, y que ya empezaba—como los pasajeros, á perder la paciencia—dió la voz de: *en avant, doucement*.

El adjetivo creo que estaba de mas, pues el vapor no andaba de otro modo. Cualquiera habria dicho, que por la *velocidad* de su marcha, pertenecia á la *Escuadra Argentina!!*

Por fin llegamos al *Paraná*.

Como en el Rosario, la mayor parte de los pasajeros bajaron á tierra; pero como allí, dominado siempre por los consejos de la *prudencia*, creí mas humanitario dejarme estar abordo.

Otra galanteria de un enemigo político, me obligó á modificar mi programa *preventivo*.

El Dr. D. Juan Maria Gutierrez, antiguo é íntimo amigo de mi familia, pero con quien habiamos quebrado ya mas de una lanza en la afanosa contienda, me mandó decir: “que hacia mal en abrigar temor de ninguna “especie: que bajase á conocer el *Paraná*.”

No me lo hice repetir.

Enfermo, aburrido y mal alimentado, sentia la necesidad de pisar tierra, como si viniese ya de un largo viaje.

Bajé, pues.

No sé si era que el espíritu estaba predispuesto, á las impresiones poco gratas, ó que en realidad habia de qué predisponerse mal, el hecho es que el desembarco me hizo malísima impresion.

Las caras de los gauchos que veia en las *Esquinas*, me parecian sombrías, tétricas, amenazadoras.

La subida de la *Barranca*, pesada, incómoda, insoportable.

Contemplando ese cuadro, que todo podia respirar menos la vitalidad de un pueblo, sentí retemplada mi fé de *partidario*.

...¿Como—me dije—es con *esto*, con este atraso, que se quiere combafir y dominar á Buenos Aires?

Sumerjido en esas y otras reflexiones, y dominado de la santa paciencia que se necesita para subir, á *pié*, la barranca que hay que salvar para llegar á la ciudad, entré al *Paraná*.

En el *Hotel* me encontré con mis compañeros de viaje. Despues de almorzar, salimos á visitar las *curiosidades*

del lugar, como dicen los Cicerones de Sevilla, Toledo y Burgos.

Una de ellas llamó mi atención: la casa ó *Palacio* de Gobierno, edificio grande, espacioso y cuya arquitectura ofrecia notable contraste con el techo de la Catedral, que era de *hoja de lata*.

El aspecto general de la ciudad me agradó bastante; pero yo no sé porque, los encantos de nuestro paseo de *touristas* no eran tantos como para apagar en mí, el deseo, la inclinacion, la *tendencia*, que estaba sintiendo de regresar abordo, y salir cuanto antes del *Paraná*.

Por fortuna, mis compañeros pensaban lo mismo, y sin que á ninguno le hiciese violencia, empezamos lentamente á descender la *Barranca*.

En el puerto encontramos al Comisario del vapor, que llevaba provisiones, cosa que nosotros habiamos tambien tenido buen cuidado de procurarnos, pues á mas de la cuestion de los dichosos *tubos*, que tenian la mania de *calentarse demasiado*, nos habiamos apercebido que los encargados de dar satisfaccion á las exigencias—poco caprichosas entonces de nuestros estómagos—no habian leído á Vitelio ni á Heleogábalo, ni habian vivido en compañía de Alejandro Dumas y Santiago Calzadilla, ni menos recibido la menor leccion de los señores Pottel y Chabot, respetables personajes en todo ambigú parisiense.

Muy satisfechos de nuestro paseo á tierra, regresamos á bordo.

Caia la tarde, cuando el *Uruguay*, perezoso cual indolente turco, empezó lentamente á mover sus palas, que á uno y otro costado levantaban esa blanca espuma que parece una alfombra de nieve colocada sobre la tersa superficie de los mares y de los rios, por una mano invisible.

Estamos en camino. . . .

Con el andar del tiempo—de este eterno regulador de todas las cosas humanas, según Montesquieu—me he convencido que nada hay que predisponga más los ánimos á la necesidad *de comunicarse con alguno*, que un viaje.

Todo el que se aleja de su Patria, deja algo que le trae un recuerdo, algo que le impresiona vivamente, algo que transporta su imaginación vagabunda á ese cielo de ilusiones, en que el mundo se presenta con todos sus esplendores y sus miserias.

Los unos, soñando con el panorama de un encanto desconocido, que presienten por intuición, pero que no conocen, dejan, al partir, el querido objeto de un amor, casto y puro.

Cuando piensan, enamorados, en la mirada de fuego que se cruzó con la *suya*; en el leve apretón de manos que conmovió todo su organismo; en la impresión indescriptible que le produjo el roce del vestido en cuyos pliegues voluptuosos desaparecía el talle flexible de la amada; en las palmas de un amor ardiente que, en éxtasis supremo, quemaron en el altar misterioso del amor; los que viajan, en la ausencia, sienten la necesidad de conversar con alguien, de encontrar un ser cualquiera á quien comunicar sus esperanzas y sus dudas.

El padre cariñoso, que se aleja del seno apacible de su hogar; que al abandonarlo, echa de menos los cariños de la compañera de sus días y las tiernas sonrisas de sus hijos, necesita tener á quien decirle, que piensa en ellos, que su imagen no se aparta de su memoria.

De aquí, la *intimidad instantánea* que se establece en

los viajes, donde, como dice Lamartine hablando del suyo á *Oriente*, “nacén y se cultivan, muchas veces, las mas sinceras y puras amistades.”

Los viajeros del *Uruguay* estaban en este caso.

Padres de familia, los mas, hombres políticos, los otros, hombres de iniciativa, algunos, sentian la necesidad de romper la monotonía de la travesía, conversando entre sí, haciéndose confidentes recíprocos de sus ideas y pensamientos.

Cuando salimos del *Paraná*, puede decirse que la dulce fraternidad se habia establecido ya entre los pasajeros.

Si las horas no se pasaban del todo, “entre la aménidad y el encanto,” se deslizaban, por lo menos, entre las francas expansiones de gente de buen humor que se comprendia.

El vapor caminaba poco: en ciertos momentos apenas se movia; en otros era preciso repetir la interminable manobra de pararse para que los *tubos se refrescasen*.

En medio de estas contrariedades, sin combustible ya para dar movimiento á una máquina que habria hecho la desesperacion de Fulton, y casi sin alimentos, llegamos á la *Paz*.

En este pueblo, triste y solitario, cuyos habitantes se arrullaban entonces en brazos de una existencia, que si no era la *primitiva*, distaba mucho de ser la existencia que se columpia al calor de la civilizacion moderna, experimenté una emocion, cuyo recuerdo se conserva todavia demasiado fresco en mi memoria, para que no lo mencione aquí, antes de hablar de mi llegada á la *Asuncion*, y de referir cómo y donde encontré allí, por vez primera, á la caprichosa *heroína* de esta historia.

CAPITULO II.

LA HOSPITALIDAD ARGENTINA—UNA FAMILIA PATRIARCAL
—ENCUENTRO DE UNA BELLEZA—EL SACERDOTE MIS-
TERIOSO—UN PALACIO EN EL DESIERTO—REVELACIO-
NES IMPORTANTES—MARIA Y ELISA LINCII.

I.

En todos los pueblos del interior de la República Argentina, como en los de la campaña de la Provincia de Buenos Aires, he podido observar, que hay siempre en sus pacíficos y modestos moradores un sentimiento de hospitalidad, que les es ingénito y peculiar.

Agasajar al forastero que llega á las puertas de su olvidado hogar; recibirlo con amor y cariño; partir con él su techo y su pan, hacer —en una palabra— cuanto de ellos dependa por tornarles agradable su corta presencia, mientras le tienen *como huésped*, es para esa buena gente, de genial dulzura, como una especie de obligacion que voluntariamente se imponen, para satisfacer su carácter y su conciencia.

Al desembarcar en *La Paz*, nos encontramos, instintivamente, y sin pensarlo quizás, en casa de una modesta familia de campo.

Habitaba algunos ranchos pobres, pero de un aseo es-

traordinario, situados en la falda de una colina, risueña y pintoresca.

No llamaron allí mi atención, ni la fisonomía de complaciente bondad del padre y de la madre, ni las rollizas formas de tres criaturas de menor edad, que pagando tributo al clima, las lucían sin escrúpulo, sino la interesante figura de una muchacha, al parecer de diez y ocho años, que se ocupaba en *hacer quesos*.

Era su traje, el de una modesta y sencilla campesina: saya de hilo blanco ceñida al cuerpo, que ondulaba con gracia, y una camisa, de las que en el Paraguay se llaman *timbó*, lujosamente bordada, y que vestida con aparente abandono, dejaba espuesto á la mirada indiscreta un seno hermoso y contorneado, de esos que parecen un nido de amores, y que distraerían la atención del artista mas escéptico al contemplarlo en su taller como *modelo*.

Al verla, casi bendije las contrariedades del viaje, que nos habían puesto en la imperiosa necesidad de recalar en la *Paz*.

Así que nos sintió, levantó la cabeza, y entonces pudimos admirar algo mas que una mujer de talle flexible y hermosas formas: la *muchacha* de pobre aspecto, era una belleza ideal, poética, rica de encantos, digna rival de cualquiera de las mujeres de la Biblia, y á la que, al verla allí, perdida entre las soledades de un sitio, al que solo prestaba pasajero atractivo el lujo esplendente de una naturaleza eternamente bella, se le podia decir, como Petrarca á su Laura.

Candida rosa nata in dure spinene!

Su retrato estaria bien en el boton de una rosa, decia una mujer tierna, hablando de Maria Antonietta, sin duda porque hasta entonces no habia cruzado gallarda en su camino esta mujer que se nos ofrecia como una es-

pecie de vision misteriosa, como una ave de brillante plumage perdida entre las selvas argentinas!

Los bondadosos dueños de la casa, ó de los *Ranchos*, finos, atentos, y complacientes, nos brindaron á pasar adelante.

Nuestra negativa, inmotivada por otra parte, habria lastimado la fibra hospitalaria de aquella sencilla y bondadosa gente.

Entramos, pues.

La muchacha quedaba afuera, y yo mentiria si no confesase, que al penetrar al modesto hogar de aquellos *paisanos*, habia dejado afuera mi pensamiento y mi curiosidad.

Algo parecido comprendí que pasaba á uno de mis compañeros de viaje.

Despues de los saludos y preguntas que podré llamar de *estilo*, entre una familia que dá hospitalidad á viajeros que llaman inesperadamente á sus puertas, yo, que por delegacion ó espontáneamente llevaba la iniciativa en las respuestas, pregunté á la que parecia madre de aquellas criaturas.

—¿Tiene V. mucha familia, señora?

—Estos tres niños, señor: hé tenido cinco; pero perdí dos.

—¿Y esa jóven que hemos visto á la entrada, no es entonces hija de Vdes?

La muger y el marido se cruzaron una mirada, y apesar de la tez morena de aquella, fácil fué distinguir que una ligera nube sonrosada se paseó por su semblante.

—No señor—se apresuró á contestarme el marido, como si temiese una imprudencia por parte de su esposa— Esa niña no es hija nuestra. Es de un amigo: está aquí *tomando campo*, pues su salud es muy delicada.

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando por el

fondo del *Rancho*, y del lado opuesto al que nos habia dado entrada, ví avanzar, ya no diré á la *muchacha*, sino á una señorita, cuyo porte, cuya gracia, cuya desenvoltura y remarcable elegancia, habrian llamado la atencion enel *Hotel de Ville*, en Paris, ó en los salones del *Club del Progreso*, en Buenos Aires.

Su semblante inundado de luz, su cabeza erguida como la de una Reina, y sus ojos negros y encendidos, eran los mismos que me cautivaron al apercibirla por vez primera. .

Su traje, era otro completamente distinto.

A la sencilla *saya* habia reemplazado un magnífico *peinador* blanco, tan fino y lujoso como el de una de las modernas *Aspacias*, que hacen de sus labios prostituidos una pira, en que los hombres sin dignidad quemán insensatos sus ilusiones.

Un lazo de ancha cinta celeste, prendido con una coquetería exquisita, ceñía su cintura.

En la cabeza se habia colocado una rosa blanca, cuyo dulce perfume se confundia con el que exhalaban sus magníficos y sedosos cabellos negros.

De su cuello pendía un *medallon*.

Cuando esta niña vino hácia donde estábamos sentados los pasajeros con la familia que nos hospedaba, todos nos pusimos de pié instintivamente, cediendo á un doble sentimiento de asombro, inspirado por la belleza de la mujer, y de natural galanteria, ofrecido cortesmente á la distinguida señorita.

El que en ese momento, cuyo dulce recuerdo ha vivido largo tiempo en mi memoria, hubiese tenido la facultad de penetrar al santuario misterioso de las conciencias de los que allí se hallaban, habria podido leer en todas ellas esta sencilla, pero significativa palabra: *¡sorpresa!*

Efectivamente: el cuadro, en cuyos contornos casi pri-

mitivos, se destacaba la figura gallarda de una muger, cuyo porte, cuyo aire, cuya distincion y modales descubrian *una muger de gran mundo*, y la circunstancia inesperada de verla allí compartiendo la vida y el hogar de una familia completamente sencilla, sin mas mundo que su humilde rancho, el canto alegre de los pájaros, el manso murmullo del arroyuelo que furtivo cruzaba la campiña, y el ambiente embalsamado por los naranjos, que como abanicos de esmeralda daban plácida sombra á la quieta mansion, era motivo mas que suficiente para despertar en todo espíritu medianamente cultivado, ese sentimiento de inesperada sorpresa.

Aquella muger no pertenecia á esa familia.

Ni su físico, ni su educacion, ni su aire permitian créerlo.

Por otra parte, esa buena gente lo decia tambien.

¿Quién era entónces?

¿Cómo, y porque se encontraba allí, en un pedazo de tierra casi olvidado del mundo, lejos de su bullicio, de su brillo y de su fango?

Era su misterio, y el de todos nosotros tambien.

II.

. Mi compañera de viaje era entonces, una mujer jóven y hermosa, y como hoy, vestia con gusto y elegancia, con esa elegancia y gusto que tanto distingue á la *Porteña*, haciendo de ella un *tipo*, que podria presentarse en todo tiempo orgullosa de su mérito, á cualquier torneo en que se ofreciesen palmas, á la *hermosura* y á la *distincion*.

Con esa perspicacia propia de las que parecen haber arrancado sus secretos á las antiguas Sibilas, la niña lo comprendió así, è inmediatamente al presentarse ante la

vista de los pasajeros, fué á sentarse á su lado, colocándose entre ella y yo.

¡Qué linda estaba!

Con exquisita coquetería, dirigió la palabra á mi compañera.

—¿Vienen ustedes de Buenos Aires?

—Sí!

—¿Hace mucho que salieron?

—Ocho dias!

—Aquella tierra querida, ¿siempre alegre, siempre centro de gratas emociones?

—¿Conoce V. á Buenos Aires?

La niña dejó escapar un suspiro, en cuyas ondulaciones *se habria aspirado el dolor*, segun la hermosa frase de Goethe: y contestó con cierta amargura:

—Si conozco á Buenos Aires! Allí nací, allí me he creado, allí

—Tomemos un jarro de leche—se apresuró á decir el dueño de casa, el marido de la *paisana*, y padre de las tiernas criaturas que allí jugueteaban.

Yo que ya estaba devorado por la curiosidad, que ya presumia que aquella encantadora criatura, era la *heroína* de alguna de esas pasiones amorosas tan frecuentes en este mundo, donde se han perdido por completo los tipos del ~~Casto~~ *José*, me resolví, no solo á no consentir que el Patriarca de aquel sitio nos alejase de la niña, sino lo que es mas todavía, á hacer cuanto de mi dependiese por penetrar el misterio que parecia envolverla.

—En vez de tomar leche—contesté—si V. nos permite, saldremos á dar *una vuelta*, y á conocer estos sitios deliciosos, mientras se carga la leña.

En ese instante entró el señor Gutierrez, Capitan y *Sobre-Cargo* del *Uruguay*.

—El vapor ya está atracado—dijo—Si V. quiere

dirijiéndose al *paisano*, empezaremos á cargar la leña: venga, y contaremos las *rajas*.

La indicacion no podia ser mas oportuna para mis propósitos.

Se levantó la sesion.

El paisano salió con el *infortunado* Gutierrez—y lo llamo así, porque ha sido una de las víctimas de la barbarie de Lopez—mientras que nosotros en distintos grupos, salimos tambien fuera del *Rancho*.

Serian las cuatro de la tarde.

El dia se ostentaba puro y hermoso, ataviado con todas las galas de la naturaleza.

¡Y que naturaleza la de aquellos sitios!

Saben mis lectores lo que es allí un dia de primavera?

Si al presenciario, una vez siquiera, se les dijera que aquel era el último, que sus ojos no volverian á contemplar jamás, ni aquel sol, ni aquel cielo, ¡oh! entonces conocerian qué tesoros de belleza se guardan en esa monótona historia, en esa inspirada novela, que se llama *un hermoso dia, en tierra correntina*.

La juventud en nada tiene esa hermosura; los corazones de veinte y cinco años, las existencias vigorosas y ardientes no se impresionan de esa poesia.

La juventud, como los soles del firmamento, luce con su propia luz, siente por su propia fuerza, anima el mundo y la naturaleza con la vida que hierve y se elabora dentro de su propio seno.

En la primavera de nuestra edad el cielo ríe siempre delante del alma.

Nada le importa al jóven las inclemencias de la estacion ó las nieblas de la atmósfera, que silbe el cierzo en los troncos desnudos, que densas capas de nieve cubran la tierra devastada con un sudario de muerte. Ese jóven lleva en su espíritu raudales de amor, de alegria, de en-

tusiasmo, de esperanza, como llevan los serafines la bienaventuranza en su aureola, como lleva Satanás el fuego del infierno en sus entrañas. . . .

Pero, al declinar de la tarde del breve día de nuestro sér, en esa primera y sombría pendiente de los caminos de nuestro regreso, al tomar por el sendero que conduce al término de la carrera humana, al sentir ese primer amago de pasmo, de impotencia, en que el corazón tiene aun todo su poder de conmoverse, pero en que ya le falta la fuerza de inspirar; en esos momentos de caimiento y postración, en que el terreno barro recibe la primera idea de su natural flaqueza y de su próxima ruina, en esa edad crítica y atormentada en que se mide el equinoccio de nuestra razón, y de nuestro sentimiento, en ese crepúsculo de un día de verano, tan próximo á una aurora de otoño, que no puede llamarse todavía la senectud de la vida, pero que es ya la vejez de la juventud, ¡oh! entonces la vuelta de la primavera, el sol resplandeciente ó entoldado, y el aire tibio de una tarde como la que pasé en *La Paz*, son el renacimiento de la vida, y hacen la ilusión de que reflorece la juventud del alma, como se renuevan los capullos de los rosales. . . .

Juventud y vida que vienen ya de la atmósfera que nos rodea, que aspiramos fuera de nosotros mismos con aquel placer con que sentimos el calor de la chimenea en las noches rigurosas de invierno, juventud y vida, y animación y entusiasmos ilusorios, llamaradas de un fuego que se apaga, estremecimiento misterioso del alma, que ha concebido la muerte. . . .

III

Estamos ya en pleno aire. . . .

Uno de los pasajeros, D. José María Gimenez, ofrece galantemente el brazo á mi compañera de viaje.

Yo lo imito, presentando el mio á la misteriosa jóven, á quien llamaremos María.

Ella le acepta con ese gracioso abandono de una muger familiarizada con todos los secretos de una educacion fina y esmerada.

—Quizás la hé contrariado á V.—la dije—brindádole mi compañia.

—¿Y qué lo autoriza á V. á pensarlo?

—El temor de que pudiera haber *alguien* por aquí, á quien no le pareciese bien, lo que no pasa de ser un movimiento instintivo de mi buena crianza.

Ibamos subiendo lentamente otra colina, en cuya falda se descubria un rancho, de pobre aspecto.

Cuando le dije esas palabras, se detuvo maquinalmente, y me lanzó una mirada, que Balzac habria traducido de este modo: *¿Quién eres? ¿me has comprendido, ó conoces la historia de mi vida?*

—Hé oido decir que vienen vdes. de Buenos Aires—continuó María, poniéndonos nuevamente en camino.

—Sí.

—Habria impertinencia por mi parte en preguntar á V., ¿quién es V?... ¿quién es esa señora?

—Lejos de eso, bella niña, la complaceré á V. gustoso, adquiriendo así el derecho, á que V. me diga su nombre.

Al escuchar nuestros dos nombres, ella pareció sobrecojida por un sentimiento de inesperada sorpresa.

—¿Cómo—me dijo—es V....?

—Sí.

—Y ¿qué motivo ha podido inspirar á V. este viaje?

—El estado de mi salud.

—Y ¿crée V. que el clima del Paraguay le sea propicio?

—Asi me lo han asegurado los médicos.

—Temo que no sea asi: aquello es mucho mas cálido

que esto, y sin embargo, yo no puedo acostumbrarme á los calores exesivos que nos visitan de vez en cuando.

—¿Tambien V. se encuentra aqui por motivos de salud?

Ibamos subiendo siempre, y ya nos faltaba poco para llegar á la solitaria morada que coronaba la cima.

A mi pregunta, una nube de grana envolvió las encantadoras facciones de María: bajó sus negros ojos, como si tratase de ocultármelos, y dejó escapar un suspiro, cuyo éco dulcísimo se perdió en aquellas soledades, tan inmediatas, empero, á la vida, al bullicio, á la corriente de la civilizacion.

Hubo algunos segundos de silencio.

Con mi pregunta intempestiva quizá; pero profundamente *intencionada*, pues ya ardía en deseo de impaciencia por conocer el misterio que circundaba á María, yo habia tocado, sin duda, la herida que lastimaba su alma, ó despertado en su corazon el recuerdo que brillantaba su existencia.

Fuí el primero en romper el silencio.

—Perdóneme V. niña, si una franqueza que quizá ha hecho esplosion prematuramente, debido tan solo á los cortos instantes que vamos á pasar juntos, me ha inducido á dirigir á V. una pregunta, que parece haberla contrariado. Hablemos de otra cosa, ¿quién habita ese pequeño rancho á que nos vamos encaminando?

—Ya lo vé V., señor. Ese venerable sacerdote que acaba de salir de su interior, y que viene hácia nosotros. Ahora me haré un placer en presentárselo á V. Entretanto, deseo que no me juzgue V. mal, que ni sospeche siquiera que V. ha podido lastimarme con sus preguntas. Por el contrario. . . .

En efecto: el anciano bajaba la colina.

Un hábito blanco lo envolvía.

Una barba tan blanca como su hábito, le caía hasta la mitad del pecho. Apoyábase en un báculo, y traía en sus brazos un niño, blanco, rubio, lindo como los amores.

De sus hombros colgaban unas alforjas vacías.

Sus ojos relumbraban en el fondo de la capucha, como esos fragmentos de cielo azul y hermoso, que algunas veces aparecen limpios y claros entre las nubes.

Su frente arrugada dejaba ver de una manera indudable los profundos surcos de una grande y profundísima idea. Su continente era severo, magestuoso, é indicaban su apostura y sus maneras, apesar del disfraz, todas las trazas de un hombre de muy distinguida educación.

En un instante estuvo á nuestro lado.

—Buenas tardes María—Buenas tardes caballero—dijo con paternal acento.

Yo me descubrí, saludándolo con respeto.

No sé porqué, la fisonomía de aquel hombre me impresionó vivamente.

María tomó el niño que el sacerdote traía en los brazos, y cubrió de ardientes besos su tiernísimo semblante.

Con qué afecto, con qué ternura, con qué expresión, le dió esos besos!

Madame de Geslin habria dicho: “Solo una madre puede besar de esta manera,” fundándose en que el beso de la madre al hijo que recién viene al mundo, es un movimiento maquinal y apasionado, en que entran á la par una ternura poderosa de instinto, que parece tener su asiento en las fibras más íntimas del corazón, y la estupefacción religiosa y profunda que inspiraría la vista de un prodigio.

—Y ¿este caballero?—preguntó el sacerdote con bondad, dirigiéndose á mí.

—Es el señor V . . . —contestó María, á quien me hago

un deber en presentar á V. El señor Abate Granier—
continuó la niña, dirijiéndose á mí.

Apesar de lo bien que pronunciaba el español, fácil
me fué comprender, desde la primer palabra que le oí, que
aquel señor de venerable aspecto, era compatriota de
Racine y de Boileau.

Al escuchar mi nombre, pareció sorprenderse tambien.

—¿Se conocian vds. ya?—nos preguntó.

María contestó.

—Personalmente, no señor: de nombre, yo conocia al
señor.

—Siento no poder decir otro tanto todavía—reliqué.

—Cómo?—dijo el Abate dirijiéndoseme—¿no sabe V.
aún quién es esta encantadora criatura? Al verlos venir
juntos, y hablando al parecer, en intimidad, creí que era
V. un antiguo amigo de María, y al saber ahora su nom-
bre, y que llega V. de Buenos Aires mas habria debido
créerlo. La presencia de V. aquí ¿no es intencional, en-
tónces? De todos modos, me felicito de haber tenido la
ocasion de tratar á V. personalmente.

—Ha sido para mí, señor, una grata satisfaccion. La-
mento, tan solo que ella será corta.

—Parte V. pronto?

Espliqué, entonces, en breves palabras, lo que el lector
sabe ya, no sin lamentar que estas reglas de urbanidad,
bajo cuyo imperio vivimos en sociedad, me obligasen á
perder—en meros cumplimientos de forma—un tiempo
que yo podia aprovechar en ver si levantaba, una punta
al menos, del misterioso velo que parecia envolver la
vida de María.

IV.

Mis compañeros de viaje, habian tomado otro camino.
Por egoismo, yo me alegraba.

Creía que hablando solo con María, podría *averiguar algo*, si tenía la fortuna de inspirarle confianza.

Sin embargo, no había contado con la presencia del venerable sacerdote, que cerraba, por decirlo así, la puerta á mis esperanzas.

En pocos minutos estuvimos en la cima de la risueña, colina donde se levantaba, modesto y solitario, el *ranchito* del cual le habíamos visto salir cuando subíamos.

—Aquí tiene V. mi *Palacio*, señor *Viajero*, me dijo con cierta jovialidad. ¿Podré ofrecer á V. la hospitalidad, que de tarde en tarde, acepta en su seno, esta *Princesa*?

Ella se ruborizó, llevando nuevamente sus labios á las mejillas color de cereza del niño, tranquilamente dormido en su regazo.

—Gracias, señor abate: entraré un instante, y bajaré nuevamente para reunirme con mis compañeros de viaje.

Entramos á la morada del Sacerdote.

Examinando su conjunto, y dándose cuenta del sitio en que estaba, esa morada podía tomarse como un *depósito de civilización*, colocado allí por la mano poderosa del progreso.

El rancho, se dividía en dos cuartos separados por una gran cortina de *reps* verde: en uno veíase la cama, de *vieux chéne*, una cómoda, un gran lavatorio y algunas sillas de la misma madera. Esos muebles respiraban antigüedad, y su tallado fino, caprichoso y artístico, habría llamado la atención á cualquiera menos afecto que yo á toda esta clase de *trebejos*.

La otra pieza tenía justos títulos para disputar los honores de un *salon*, pero no de un salon vulgar, sino de uno de esos salones en que la fantasía, la ciencia, el arte, el buen gusto y la pasión de un *coleccionista* han ido aglomerando los mil objetos, de variado y caprichosa especie, que constituyen un *museo*.

Mitre, Lamas y Juan Cruz Varela, se habrían olvidado de todo en aquel instante; para entregarse entusiasmados al exámen y contemplación de las preciosidades que se escondían en aquel pobre rancho, perdido de ese modo en mitad del camino de la tierra argentina:

La pasión del *oficio* les habría alejado todo otro pensamiento.

A mí me sucedía lo contrario.

Aquel lujo: aquellos cuadros de la mejor escuela, aquellos bronce que parecían escapados de las manos maravillosas de Benvenuto Cellini: aquel gran Cristo tallado en que parecía flotar el alma de Berruguete, aquel hermoso tapete de Gobelin, hablaban más al sentimiento de asombro que por completo embargaba mi espíritu, que á la satisfacción material que experimenta el viajero, cuando vuela veloz, de pueblo en pueblo, buscando alimento para su curiosidad, siempre insaciable.

Hubo un instante en que me pareció encontrarme en casa de un monarca destronado.

Esos cuadros de inmenso valor, esas armas bordadas en oro y esmaltadas de piedras preciosas, esos libros con sobre-puestos de plata, todo aquel conjunto de preciosidades, ¿no eran, por ventura, los restos de una antigua grandeza, las joyas salvadas de uno de esos tremendos naufragios sociales en cuyas ondas implacables desaparecen el nombre, los tesoros, la fortuna y muchas veces hasta la reputación de una de esas familias históricas de *sangre azul*, y que naciendo en una cuna con *blasones*, se críen, en el esplendor de la opulencia como en las amarguras del infortunio, superiores a todos los demás?

¿Quién era aquel hombre?

¿De dónde venía?

¿Cómo, y por qué se hallaba, peregrino quizás de una

época de gloria, de fortuna y de grandeza, escondido en un pedazo de tierra Argentina?

¿Quién era aquella muger, jóven, hermosa, de manos aristocráticas, porte erguido, magestuoso andar y educación fina y esmerada hasta la perfección?

Y ¿aquel niño?

Por Dios que al salir de Buenos Aires, enfermo, abatido, en busca de la salud que me faltaba, y al haber arribado á la *Paz* con el prosaico objeto de *tomar leña* para hacer caminar un vapor, que no se distinguía por su velocidad, estaba muy lejos de presentir que, á medio camino, los caprichos de la vida iban á lanzarme, inesperadamente, á la corriente de emociones, que en aquel momento me agitaban.

Mi posición era difícil.

En todo lo que me rodeaba había un gran misterio.

Yo ardía en impaciencia por conocerlo; pero ¿con qué derecho podía intentar arrancar su secreto, á los que parecían guardarlo con una fidelidad, nacida de esa *entente cordiale* que se establece y existe, entre las personas que tienen una causa común?

V.

Así que entramos al interior de la misteriosa mansión del abate, nos sentamos los tres.

—El señor ha hecho con vd. una gran distinción— me dijo María.

—¿Podré conocerla?

—Hacerlo á V. entrar á su *Palacio*, como él le llama.

—Es una preferencia de que me enorgullezco.

—Pero que V. la merece señor—dijo el abate con toda la gala Ξ eria de un francés: casi podría decir ya, de un

gentil-homme francés. Hacia mucho tiempo que ningun forastero penetraba aquí. Verdad es, que pocos son tambien los que frecuentan estos sitios. La última que vino, hace ahora cerca de un año, fué una dama inglesa.

—¿Qué viajaba, quizás, por conocer el país?

—No señor: iba con destino á la Asuncion, donde nos dijo que pensaba establecerse con un hermano. Llegaron aquí una noche tormentosa, en el vapor de guerra Paraguayo *Tacuary*, traia un niño pequeño, algo enfermo. Ella se habia indispuerto tambien, y no podia darle de mamar. Entónces bajó á procurarse leche. Yo me encontraba *allí abajo*, en casa de la familia donde acaba V. de conocer á María, cuando entró la inglesa. La acompañaban tres oficiales, de gran uniforme, y dos lacayos, vestidos completamente á la Europea. Cualquiera noble del *Fobourg Saint Germain*, no habria desdeñado la librea que llevaban.

La hermosura, el lujo, la elegancia, la educacion y los delicados modales de esa muger, llamaron, desde el primer instante, mi atencion, y debe V. creer, señor, que era preciso que hubiese en la desconocida viajera algo de muy superior, para que á mí me llamase la atencion.

—¿Seria para V. un encuentro agradable, señor abate?

—Oh! si señor! La conversacion de aquella muger me transportó por algunas horas á mi Francia adorada. Ella venia de allí, de ver su cielo, de respirar su aire, de gozar los encantos de una vida, que comparte sus alhagos con todas las clases sociales, y hay tan inmensa dicha en oír hablar de la patria cuando se vive lejos de ella, lejos del hogar de nuestros padres, del templo en que elevamos al Señor nuestras primeras oraciones, de los sitios en que se deslizaron fugaces las horas de nuestra niñez, del techo en que nuestros corazones se abrieron por vez primera á la

amistad, á las grandes pasiones y á los grandes sentimientos que ennoblecen al hombre!

Habia en estas palabras, una espresion profunda de tristeza y de melancolía, que prestaban mayor encanto á su elocuencia.

El abate continuó:

—Así que hubimos hablado algunas palabras con aquella dama, en un francés que ella manejaba con admirable destreza, la invité á pasar á mi morada. Ella lo consultó con uno de los tres oficiales. Algunos instantes despues, apesar que la noche estaba tormentosa, subimos todos: la inglesa, sus compañeros, Maria, y yo. Creo que nuestros deseos se cruzaron, en la imaginacion de uno y otra, pues ella manifestó un vivísimo interés por hablar con esta niña, cuya belleza llamó su atencion de muger, y lo que es mas, de muger visiblemente acostumbrada *al mundo*.

—¡Qué linda es! exclamó María.

Como es natural, la desconocida empezaba tambien á picar mi curiosidad. Fuese quien fuese, el sacerdote, y María, uno y otra revelaban, un origen nada comun, un talento notable, una educacion completa, y un hábito constante, en la vida de ese mundo en que han nacido y se han creado las personas superiores.

Por consiguiente, desde que tanto el Abate como la niña hablaban con ese entusiasmo de la inglesa que momentáneamente habian hospedado en el *Palacio*, era natural tambien que yo compartiese el interes que la peregrina les habia inspirado.

—Y esa señora ó viajera ¿ha quedado en la Asuncion, ó volvió á pasar por aquí?

—No señor: permanece allí, como nos lo dijo. ¿Desea V. conocerla? me preguntó María.

—Sin duda alguna: me hacen ustedes, cuya opinion ya

tengo en mucho, una pintura demasiado lisonjera de esa mujer, para que no aspire á conocerla desde luego, puesto que si Dtos nos permite llegar á la Asuncion, término de mi viaje, espero conocerla allí personalmente.

—Aquí la tiene V., replicó María, sacándose el medallon que ántes hice notar, tenia colgado de su divino cuello.

Efectivamente: si la fotografia que por otra parte revelaba salir de casa de Ken, Nadal ó Disderi, de Paris, no habia tenido el capricho de *favorecer el original*, cosa que no sucede tan amenudo al reproducir una mujer como al reproducir un hombre, lo que ese retrato representaba era una verdadera belleza.

—Mucho la debe V. querer cuando la lleva al cuello, con tanto cariño; dije á la niña, que continuaba teniendo en sus brazos al angelito dormido.

Oh sí! Las horas que pasé á su lado, fueron como una especie de tregua deliciosa al dolor que oprime mi corazon. Ella me hizo confidenta de sus secretos: en cambio yo la inicié en las penas de mi vida, y V. sabe, señor, que cuando dos mujeres *creen comprenderse*, se abren inmediatamente su corazon con abandono.

—El nombre de esa inglesa?

—Se llama Elisa Linch.

—Y ¿cómo es posible que una muger tan bella, y de tanto talento, al decir de ustedes, haya abandonado el bullicio de la vida Parisiense, para venir á consumir las horas de su existencia en una tierra como el Paraguay?

María lanzó una mirada al abate.

Yo comprendí su significado.

—El nombre que lleva este señor—dijo con pausa el señor Granier—me garante que hospedamos un caballero, y que aun cuando jóven, él sabrá valorar toda la confianza que depositamos en su persona.

Confieso que ésta especie de sentencia, caída de los labios del sacerdote, alhagó mi vanidad y mi amor propio.

En cuanto á la reina de aquellas soledades, un rayo de feliz alegría iluminó repentinamente su hermoso semblante, y como si las palabras del abate hubiesen aliviado á su corazón de un gran peso, lanzando un suspiro, se apresuró á decir:

—Gracias señor: gracias! Yo tambien deseo tener un instante de expansion con el señor. Si V. dice que gozó tanto cuando Elisa le habló á V. de su amada Francia, ¿cómo no hé de sentir yo la necesidad de hablar de Buenos Aires, de esa tierra que amo, que idolatro, en que nací, y que no veo hace tanto tiempo?

—Habla, hija mia: habla con libertad. Ya sabes que el único anhelo de mi vida hoy, es complacerte; tratar de endulzar las penas que amargan tu existencia

Aquello ya importaba una revelacion para mí: el sacerdote era como un ángel de guarda para María, para María, que se mecia en brazos de la desgracia!

—Allá distingo algunas personas—dijo el abate mirando por una ventana que daba al poniente—parece que se dirijen á la laguna.

Serán, sin duda, los compañeros de viaje del señor. Gregorio los habrá desviado de este sitio, sabiendo que aquí no se acerca nadie, sinó conducido por María ó por mí.

Gregorio era el *paísano* que entregaba la leña para el vapor, á la orilla del rio.

Me acerqué á la ventana, al mismo tiempo que María depositaba cuidadosamente en la cama del cuarto inmediato, la preciosa criatura que hacia un rato mecia en sus brazos, y ví entonces destacarse ante mis ojos, uno de esos panoramas que ha dado justa fama á la esplendidez de la *naturaleza americana*, panorama en que sin duda

piensan los poetas cuando abren sus alas á la fantasía y beben sus inspiraciones en las crestas de las montañas que resplandecen como flameros encendidos: en las pardas gargantas que sombrean los negros pinares, en los visos de mar que recama con golpes de blanca espuma la reventazon de las corrientes equinocciales, y en las arenas refulgentes que hacen su marco de oro á la inmensa luna de aquel líquido espejo en que se mira la cara de Díos, al levantarse sobre el mundo.

Mis amigos, y mi compañera de viaje se habian detenido al borde de una gran laguna, en que se balanceaban blandamente algunos pájaros de blanco plumage.

—Voy á reunirme con ellos—dijo el sacerdote—Entretanto, tú puedes, querida María, pedir al señor todas las noticias que puedan interesarte de la tierra que tanto amas—Y volviéndose á mí, continuó:

—Ya vé V., señor V... que le tratamos, no ya como á un pasajero, á quien se vé por vez primera, y se brinda hospitalidad por mera atencion ó cortesía; sinó como á un antiguo amigo que inspira cariño, y á quien se tiende la mano con entera confianza. Aun tienen vdes. una hora de claridad. Trataré de dar un paseo con aquellas personas, y en seguida, volveremos todos juntos.

—No crea V. señor, que ha dado con un ingrato. Ignoro todavia con quien tengo la fortuna de hablar; pero me alhaga la esperanza de que, un encuentro mas detenido, una circunstancia menos imprevista para ambos, me brinde pronto la oportunidad de corresponder á tanta confianza, y á tan ilimitada benevolencia....

El noble abate tomó su báculo y salió del *rancho*, especie de mansion encantada, escondida en las montañas y los valles Argentinos.

Me quedé solo con María....

Pocas veces he visto una muger mas linda, ni con la

que Dios hubiese hecho un alarde mas espléndido y lujoso de ese poder divino, en que se refleja toda su omnipotencia, su grandeza toda! . . .

VI.

Sin pensarlo, sin quererlo, quizás, nuestras miradas se encontraron.

Natural parecia que yo fuese el primero en iniciar una conversacion que, de antemano, sabiamos ella y yó, debia ser franca, cordial, íntima.

—Supongo, María, que no tendrá V. inconveniente en continuar la conversacion, que hace poco interrumpimos.

—¿Sobre qué, señor?

—Hablabamos de la linda inglesa, cuyo retrato lleva V. al cuello, y á quien me han pintado vdes. con tan vivos y favorables colores.

—Ah! Es verdad, me habia preguntado V. si conocia la causa de su viaje al Paraguay. ¿No es así?

—Veo que tiene V. tanta memoria, como hermosura.

—Yo no sé sino lo que ella misma me ha referido. Elisa Lynch, en uno de esos momentos de franca expansion, que si no son frecuentes entre nosotras las mujeres parecen cordiales cuando esa expansion estalla, me dijo, que venia siguiendo á un hombre de quien se habia enamorado en Paris: que ese hombre tenia una alta posicion en su pais: que por respeto á su padre, señor poderoso, tambien, no la habia llevado consigo al regresar á su Patria: que la habia dejado á su paso en Buenos Aires, y

María se detuvo un instante, como si temiese lo que iba á decir.

—Siga V. amiga mia: siga sin recelo.

—Y que le habia ordenado que permaneciese allí, hasta salir *de la situacion* en que venia de Europa.

Recordará V. que el abate le dijo que Elisa Lynch traía consigo un niño, de tierna edad.

—¿Estuvo mucho tiempo con Vds.?

—Pasó toda una noche. Hasta las dos de la mañana conversó con el venerable sacerdote; que parecia gozar con el talento de esa muger, y con los detalles que le daba, de cuanto él le preguntaba. A esa hora, el señor Granier se recojió, y nos quedamos solas....

Ella manifestó entonces un deseo vehemente por conocerme, y saber, *cómo y porqué* me encontraba en un sitio, que comprendia perfectamente no era el que habia servido de teatro á mi educacion.

En las grandes alegrías ó en los grandes dolores, el corazon humano jamás es egoista: sea que sufra ó que goze, necesita siempre tener con quien compartir las emociones del llanto ó del placer. Esto, que en todos podrá ser una inclinacion, mas ó menos natural del espíritu; ha sido y es una necesidad suprema de mi existencia, de mi carácter, y hasta podré decir, de mi organismo.

Cuando yo era feliz—y lo he sido mucho, señor!—deseaba que todos estuviesen de fiesta, que todos gozasen como yo. Cuando he sido desgraciada—y lo soy inmensamente, señor—¿por qué no he de alhagarme con el consuelo de que haya quien tome parte en mi pena, quien se asocie á mis dolores, quien se lastime de mis sufrimientos?

Creyéndolo así, y seducida por los alhagos y ofrecimientos de aquella muger, que se presentaba en el horizonte lúgubre de esta vida monótona, y casi desesperada, no vacilé un momento en hacerla confidenta de mis secretos, de mis penas, de mis amarguras, de mis pobres y

pálidas esperanzas tambien: durante cuatro horas, le abrí mi corazon como podia haberlo hecho con un confesor, en la hora suprema de mi muerte.

Elisa Lynch, pareció conmovirse profundamente, pues no contenta con haberme ofrecido llevarme en su compañía, al partir, llegó hasta quererme dejar una cantidad de dinero. Dios mio! por noble que fuese el sentimiento que inspirase aquella accion, yo me sentí humillada! Ni mi pasado, ni mi educacion, ni la posicion de mi familia, podian haberme hecho temer, que nunca hubiese tenido que pasar por una afrenta como aquella.

—Hé ahí lo que es el mundo—me dije á mi mismo, sorprendido por aquella confesion, que parecia hecha con toda ingenuidad—Esta criatura, á quien hace un momento, yo contemplaba como un modelo de perfeccion fisica y moral, me descubre un gran defecto: es orgullosa! el sentimiento del orgullo, la domina!

Ella continuó:

—Sin embargo; probada ya en el crisol de tanto infortunio, combatida ya por tanta desgracia en una existencia que pesaba sobre mi frente como una noche eterna, yo tube bastante fortaleza para dominarme, ocultando á Elisa la herida que, sin pensarlo ni quererlo, acababa de abrir en mi abatido corazon.

Ella se mostraba tan buena, tan bondadosa!

Acaso por vez primera, desde que me habia refugiado en estos sitios, tristes; solitarios, y apartados, sentí descender sobre mi corazon la santa alegría de la soledad y de la religion de la naturaleza, sentimientos suaves y consoladores, que á veces el cielo anticipa, como preparación de mas robusto alimento, á aquellos extenuados y enflaquecidos, que no pueden elevarse todavia al deleite de la virtud, y á la religion de Dios. . .

María se detuvo un instante.

Sus mejillas estaban encendidas: de sus soberbios ojos parecía que estaban á punto de desprenderse dos llamas de fuego; el recuerdo que evocaba, traía, sin duda á su memoria, *algo* que la conmovia, al extremo de alterar todo su organismo.

Viendo que continuaba replegada en su silencio, le pregunté:

—¿Se siente V. mal, María.

—No señor. . . .

—¿Hay alguna reminiscencia que la mortifica á V?

—Eso sí: ya vé V. si soy franca con V.

—Séalo V. por completo, y sin temor.

—Lo que me mata al hablar de aquella mujer, que ví cruzar como una providencia en medio de mi destierro, es una duda. . . .

—¿Cuál, María?

—Al separarse de mí, tierna, impresionada, cariñosa, haciendo alarde de un interés por mi suerte futura que contribuyó, en gran parte, á conquistarse las simpatías del abate, de suyo descreído y reservado, me prometió escribirme con frecuencia, ponerse en continuo contacto conmigo.

—Y bien!

—Desde que Elisa pasó por aquí, no he vuelto á saber de ella una sola palabra. Para créer en su olvido, tendria que créer que la *hipocresía* es el ropage que mas fascina y deslumbra, que mejor engaña y seduce. Y no sé porque, admitir tanta falsía, seria sufrir el último y mas amargo desengaño de mis tristes dias! . . .

—¿Tiene V. plena confianza en esas pobres gentes, en cuya casita vive?

La hermosa niña vaciló un instante.

Yo la comprendí.

—No tema V. María—continué—sea V. franca conmi-

go, á quien tal vez un capricho del destino arroja en medio de su camino para recoger algunas de sus lágrimas, y combatir algunos de sus dolores.

—Oh si: si! lo sé porque un presentimiento secreto me dice que V. me comprende, que V. no me engaña. Y bien, si yo conservo todavía con amor el recuerdo de la inglesa, de su breve permanencia á mi lado, de sus alhagos y ofrecimientos, es porque

—Siga, siga V. María.

—Es porque creo que esa gente, me ha ocultado sus cartas!

—Entonces ¿no es feliz V. con ellas?

—Feliz yo! Ah señor! Hace dos años que la felicidad huyó de mi lado.

Al pronunciar estas palabras, una nube de tristeza cruzó por aquella frente, noble y despejada.

Comprendí que el momento habia llegado, y que la ocasion no podia serme mas propicia, para saciar la curiosidad que me iba devorando, á medida que valoraba todo el talento, toda la superioridad de aquella muger.

Colocado ya en un terreno mas firme, y como el que se siente estimulado por la esperanza de la victoria, me dirijí resueltamente á ella.

—Permítame V., María, que sea franco con V.—he oido con atencion cuanto me ha referido V. sobre esa dama inglesa que el acaso trajo á estos sitios como me ha traído á mí; porque hé llegado á comprender, que la evocacion del recuerdo de ese encuentro era como una especie de consuelo para su abatido espíritu, como un bálsamo suave aplicado á la herida que parece destrozar el corazon de V: sin embargo, no es la historia de Elisa Lynch la que á mí me interesa en este momento: es la historia de V., María, la que yo deseo conocer: es la historia de su vida, de esa vida que he creido adivinar. . . .

—¿Deveras?—me dijo interrumpiéndome con una viveza, que revelaban sorpresa, y duda al mismo tiempo.

—Sí, bella niña: el paternal cariño con que trata á V. ese venerable sacerdote, en quien he descubierto tambien un hombre *de Cuna* y un hombre de ciencia: la circunstancia de verla á V. aquí, donde parece V. una peregrina del gran mundo condenada al ostracismo, teniendo por cárcel estos valles y montañas solitarias, y por fin, la presencia á su lado del ángel candoroso que duerme en este instante, han sido motivos mas que suficientes para iniciarme en ese mundo de las *sospechas*, que no tiene fronteras porque es tan dilatado como la *èternidad*....

Sí V. admite, como me lo decia no ha mucho, que ni el contento que nos deleita, ni el dolor que nos abate son egoistas y que, al vernos sacudidos en las corrientes caprichosas de la vida, por una ú otra sensacion, sentimos la necesidad de buscar siempre un confidente á quien hacer participe de nuestras alegrías ó de nuestros pesares, ¿porqué no podia yo esperar, que tuviese V. en mí la misma confianza, que tuvo en *una desconocida*!

Mas afortunado que ella en un sentido, yo tengo al menos la ventaja de que V. conozca mi nombre. ¿No me bastará esto para que V. me abra tambien su corazón?

—Oh sí: sí! No sé porque al escucharlo á V., me parece que estoy hablando con un viejo amigo, que me conoce, que me comprende, que toma parte en mis penas, que....

Un tierno sollozo del niño que dormia inocente en la pieza inmediata, apagó la palabra en los labios de rosa de aquella muger encantadora.

Se levantó precipitadamente, y corrió á la cama....

VII.

Dije antes, que una cortina de *reps* dividia las dos habitaciones que constituian la morada del abate.

Al pasar María del saloncito á la alcoba, dejó caer, con pasmosa prontitud, la cortina que estaba *recojida*.

Ella trató de hacer callar al niño; pero como sucede á estas criaturas, tiernas despues de un largo sueño, al despertar sentia la necesidad de alimentarse, de recibir en su boquecita el dulce calor del *pezon*....

De repente, calló el niño.

Ya no era posible alimentar duda ninguna: María era madre! aquella criatura era su hijo....

Entonces comprendí la intencion con que habia dejado caer la cortina: queria ocultarse de mí.

Un sentimiento de respeto para esa intencion, hija quizás del delicado deseo de no ver lastimado su pudor, debiera haber desviado mi vista de aquella cortina, y de aquel cuarto; pero ¡para qué faltar á la verdad!

Lejos de hacerlo, lancé una mirada al interior del aposento del abate, y contemplé entonces uno de esos cuadros, que no hay paleta que tenga el poder de transportar al lienzo, ni pluma, por brillante y tierna que sea, capaz de traducir al lenguaje humano.

María daba de mamar á su hijo!

Una reina sentada con orgullo sobre su dorado trono, ostentando en la altanera frente espléndida corona de preciosas piedras, y en su poderosa mano el cetro tradicional de una raza saludada por los siglos, no se cree tan feliz, tan soberana, como la madre que calienta en su regazo amoroso, al fruto bendecido de su pasion, y le alimenta con la leche de sus pechos, en cuyas gotas misteriosas van pedazos de su alma y de su corazon!

María alimentaba á su hijo, al mismo tiempo que le *comia á besos*, como dicen las señoras.

Las mugeres se quejan siempre de su suerte, y aun cuando yo no tenga la ambicion de envidiárselas, Dios les ha concedido goces y placeres de que no podemos te-

ner idea los que no los conocemos, los que no tenemos las facultades físicas de conocerlos.

¿Qué hombre—por ejemplo—gozará jamás una emoción como la que agitaba á María, en el instante en que se la presento al lector?

La admiración, las reminiscencias razonadas de placer, la inspiración súbita de un amor más íntimo, más elevado, más noble hacia el autor querido de su fecundidad; el orgullo de verse reproducida, y en algún modo perpetuada, y la conciencia de adquirir en el momento supremo en que alimenta y acaricia á su hijo, nuevas facultades, nuevas inefables sensaciones, desconocidas por siempre de la mujer estéril: la pasión, en fin, innata é incomprendible de la maternidad, sentimiento en que, entra algo de material y de físicamente sensual, son cosas que, sin duda, experimentaba María en aquel momento, transportándola á un mundo, cuyas puertas nos estarán eternamente cerradas!

Más de una vez quise dirigirle la palabra; pero temí que su éco, la arrancase del éxtasis en que parecía sumergida.

Se pasaron así algunos minutos.

De repente se sintió un silvido, producido por un *pito*.

—Es el abate—dijo ella—me anuncia su aproximación con gente extraña. Es una señal convencional entre nosotros.

—Y ¿qué haremos? ¿Me dejará V. partir de aquí, sin continuar la conversación que vino á interrumpir el llanto de ese angelito?

—Jamás. Espéreme un instante.

Dormido el niño ya, después de haber mamado, volvió á colocarlo sobre el lecho, y vino al saloncito.

Estaba turbada, como una persona á quien se le ha sorprendido un secreto, que deseaba guardar.

Mi decoro y mi educacion me imponian el deber de aquietar sus escrúpulos.

—No se ruborize Vd. María!—la dije—Una madre, y sobre todo una madre como Vd. y á quien Dios ha concedido una criatura tan hermosa como esa, será siempre objeto de veneracion y respeto para todo hombre. . . .

—Es Vd. muy generoso.

—Soy justo, y nada mas.

El sacerdote con mis compañeros de viaje, llegaban ya á la puerta.

Entraron. . . .

VIII.

En todos los semblantes ví cruzar, como un relámpago, la impresion de la sorpresa.

La producia—como sucedió conmigo—el inesperado espectáculo de lujo y arte que presentaba el interior del *Rancho* del señor Granier.

Cada uno de los pasajeros empezó à exáminar, con avidez, la multitud de curiosos objetos que componia aquel *Museo*, menos una persona de las que formaban la comitiva, y á la que no le pareció del todo bien que me encontrase solo con María.

• ¿Cuando no son lo mismo, las mugeres?

En ellas—dice Jorge Sand—“los celos son una necesidad que dejenera en mal crónico.”

La conversación se hizo general.

—Se ha perdido Vd. de un paseo divino—me dijo el señor Cassaffousth.

—En cambio, hé pasado mi tiempo muy agradablemente.

Je le crois bien—dijo D. Antonio Lopez, con cierto aire de malicia, que no pudo escapar ni á María, ni al abate.

—Creo que ya es tiempo de que vámos pensando en regresar—esclamó D. José María Gimenez, cuya calma era siempre inalterable.

—Permitánnos vdes. *curiosear* un poco, agregó el señor Cassaffousth, en quien Lavatter habria descubierto siempre perfectamente desarrollada la facultad de los curiosos.

—Yo no tengo prisa ninguna—dije.

—Ya lo creo—murmuró *sotto voce* mi compañera de travesía.

—No se apuren señores—nos dijo el *paisano*—La leña no ha de estar cargada todavía: ha sido preciso cortar alguna, porque el Capitan quiere mas de la que yo tenia preparada.

—Una idea caballeros—dije con aire de triunfo, pensando en el modo de poder conversar todavía, una hora al menos, con María.

—Veamos.

—Propongo á Vdes. de que devolvamos la hospitalidad, fina, galante, cariñosa que hemos recibido de estas personas invitándolas á todas, á tomar té abordo del *Uruguay*.

—Magnífico—dice Exequiel Calderon.

—En *voilà une idée*—dice á su turno el señor Lopez.

—¿Qué dice Vd. María?—preguntóle la dama, que con nosotros iba.

—Ah señora! Yo iria de mil amores; pero. . . .

—No vaciles hija mia—se apresuró á decir el venerable sacerdote, que en el acto adivinó el pensamiento de la encantadora *espatriada*—Anda sin temor. Yo me quedaré aquí. . . .

Lo que preocupaba á María, era su hijo. ¿Cómo le de-

jaba solo? ¿Cómo le llevaba tampoco en presencia de personas que no conocian su secreto?

La falta en una muger sensible, de educacion, y cuya alma haya flotado en un mundo, donde no se rinda constante culto á la inmoralidad y la corrupcion, no es jamás una razon que dé derecho á suponer que con su culpa, esa muger ha perdido tambien su decoro y su pudor.

Yo no conocia todavia la magnitud de la falta de María, ni el secreto de su misterio, pero ya me habia dado cuenta de la severidad con que ella misma pretendia tratarse, haciendo cuanto de si dependia, por ocultar su situacion.

—Está bien—contestó ella á la indicacion del abate— yo tendré sumo placer en acompañar á esta señora, y á sus compañeros. Pasaremos la noche abordo agradablemente. Si á vds. les parece, podemos ponernos en camino.

—Si—agregó el sacerdote—la tarde declina ya, y aún cuando la distancia sea corta, es preferible que lleguen á casa de Gregorio, antes que la noche los sorprenda en el camino.

Don Antonio Lopez estaba completamente absorvido, ojeando un gran libro, riquísimamente encuadernado, que con muchos otros, habia encima de una *chiffonière*, de un gusto admirable.

—Vamos compañero—le gritó de la puerta del *Rancho*. Es tiempo ya.

—Lo siento, pues habria pasado aqui un par de horas todavia, admirando la nitidez de los gravados de este libro. Hace tiempo que no veia un trabajo semejante.

La curiosidad me hizo retroceder, á lanzar una rápida ojeada sobre la obra que tanto llamaba la atencion del señor Lopez.

A la verdad: habia de qué admirarse: el libro era el *Paraiso Perdido*, de Milton, adornado por unos grava-

dos, superiores á cuantos hé visto de Morgan.

En la página primera, escritas con letra menuda y linda, léanse estas palabras:

SOUVENIR D' AMITIÉ AU VÉNÉRABLE PRÉLAT; DE RESPECT AU SAVANT: DE PROFONDE ESTIME POUR LE PROTECTEUR DE MARIE.

Elisa Lynch.

Otra vez el nombre de la inglesa!

Mientras yo ojeaba el libro, y me detenía en el grabado que representa la *caída de los ángeles rebeldes*, relámpago fecundo del géneo del *sublime ciego*, Maria y el abate, entraron al dormitorio, saliendo casi instantáneamente.

La madre habia ido á depositar un beso sobre la frente del hijo, antes de separarse de él.

Homenaje sublime de la piedad y del amor maternal!

—Ya es tiempo caballeros y señoras; en marcha—dijo el *paisano*.

Como el abate debia quedarse en su *Palacio*, los viajeros empezaron á despedirse, agradeciéndole con efusion la hospitalidad que les habia brindado, y haciéndole esos ofrecimientos, que podria decirse, tienen siempre un *carácter oficial*, por la especie de monotonía metódica con que se hacen, en ciertas y determinadas circunstancias.

La fisonomía del abate Granier habia tomado una expresión de dulzura, que realzaba doblemente la belleza de sus facciones, prestando nuevo atractivo á su conjunto, digno, é imponente á la vez.

Estudiadamente yo esperé que todos le apretasen la mano, para ser el último en darle un *Adios* sincero y cordial.

Tendiéndome la suya con ese gesto de paternal cariño, que no á todos es dado revelar en ese movimiento insignificante al parecer, me preguntó:

—¿Le volveré á Vd. á ver por aquí?

—No sé señor. Mi vida es agitada en Buenos Aires: soy un obrero del trabajo constante, que lo necesita para vivir. Solo el cansancio ha podido rendirme, obligándome á hacer este viaje, que no tiene mas fin que atender á mi salud, bastante quebrantada. Ignoro el tiempo que podré estar en la Asuncion, ni menos el vapor en que me toque regresar. Si de mi dependiese, crea Vd. señor abate, que me consideraria feliz en poder pasar aquí algunos dias gozando la esquisita compañía de V. . . .

—Vamos! vamos!—me gritaron los compañeros, que ya se ponian en camino.

—Sigán vdes.: ya los alcanzo.

El señor Granier, me dijo entonces:

—Sí, noble jóven: yo tambien experimentarí verdadero contento en tenerlo á Vd. de huésped por algunos dias. Si la ocasion se presenta, aprovéchela, y piense en este pobre anciano, que rico y poderoso ayer, se encuentra hoy alejado de su amada Francia, por ser fiel al culto sagrado de la amistad. Ño quiero detenerle á Vd. mas. María, que pasará la noche con Vds. abordo, le dirá á V. *quien es, el maniático de la Paz*, como han dado en llamarme estas buenas gentes. Sea Vd. feliz: restablezcase Vd. pronto, y si en medio de esa agitacion constante en que Vd. vive, y en la que le sigo, desde mi llegada á estos paises, dispone Vd. de un instante de solaz, conságrelo á escribir al *Marqués du Bac, abate, Felipe de Granier*. Adios jóven.

Me apretó fuertemente la mano: me estrechó entre sus brazos, y siguiendo la costumbre Europea, dióme un beso en cada mejilla, y se entró para dentro. . . .

Yo empecé á bajar lentamente la colina, sin divisar á mis compañeros, que estaban ya en la sencilla morada de

la familia, que con tanto agasajo nos recibió al llegar á la Paz.

Mi pensamiento no podia apartarse del abate.

Como yo me lo habia imaginado, al penetrar de improviso y por vez primera á sus habitaciones, aquel hombre era una especie de monarca destronado, que en el naufragio de su grandeza, habia salvado esos restos, símbolos de un pasado de opulencia y esplendor.

Nunca con mas razon podria repetirse con el pensador inglés: *such is life!*

Un gusano, un Dios—ha dicho Pascal.

Un Palacio en Paris: un *Rancho* en la Pampa—diria yo, viendo el cambio radical de existencia de ese hombre superior, que despues de haber recorrido con orgullo todas las etapas de la gloria y del poder, estaba ahora reducido á la humilde condicion de un *niñero*

Su infortunio individual, no podia ser la causa única de su destierro, del ostracismo en que vivia: era María: su suerte, su destino, el deseo de ampararla, lo que le tenia allí, como una especie de Judio Errante.

Bajo el imperio de estas reflexiones, llegué al Rancho del *paisano* Gregorio. . . .

CAPITULO III.

LA VUELTA AL HOGAR—UNA NOCHE ABORDO DEL URUGUAY
—LAS CONFIDENCIAS DE MARÍA—UNA PASION DESGRA-
CIADA—DOS HERMANOS Y DOS AMIGOS—EL ABATE GRA-
NIER.

I.

Eran las siete de la noche, cuando nos hallábamos todos reunidos en casa del pacífico habitante de aquellos sitios, á quien ya conocemos por el nombre de Gregorio.

Al entrar noté que María no estaba.

—*Andá chinita: desile* á la niña que se apure—dijo en su idioma peculiar la *paisana*, que sea dicho en obsequio á la verdad—no tenia un semblante que pudiese tomarse como la mas fiel espresion de la bondad.

María no tardó en venir.

El nuevo traje con que apareció nos indicaba la causa de su ausencia: venia de cambiar su *toilette*.

El voluptuoso *peinador* blanco, habia cedido su puesto á un precioso vestido de seda azul, con adornos negros: ceñia su cuerpo, flexible como el de una gacela, fantástica bata de terciopelo carmesí con alamares de oro, y en su cabeza, que tenia todos los contornos de una cabeza griega, ostentaba, con picante coqueteria, un sombrero de caprichosa forma.

Confieso que aquella criatura empezaba ya á *impresionarme*, más como muger, que como *heroína* de una historia, de una aventura, ó de una de esas *terribles realidades* de la vida, que por los atributos especiales de su fantasía, se acercan á la leyenda, ó á los cuentos novelescos de Hoffmann.

—Estoy pronta—dijo—poniéndose un guante *lila*, orgulloso de vestir la más delicada de las manos.

Después de despedirnos de la *señora*, salimos todos.

Yo ofrecí el brazo á María.

Apenas lo hubo tomado, me preguntó, con visible impaciencia:

—Dormía Arturo todavía?

—Sí, María.

—Es preciso que sea muy grande el interés que tengo en hablar con Vd., para que me haya separado de él por tanto tiempo.

—¿Como agradecer tanta bondad, amiga mía?

—No hablemos de eso. ¿Le ha dicho á Vd. algo el abate?

—Que Vd. me contaría *quien* es.

—Efectivamente: antes de salir de su *Palacio*, me pidió que lo hiciese, y para mí, sus deseos son órdenes.

—¿Le quiere Vd. mucho?

—Como á un padre; no he conocido otro tampoco.

—Le he oído decir á Vd. que Buenos Aires era su Patria: que Vd. había nacido bajo su cielo hermoso, y á orillas de su magestuoso río.

—Es la verdad. Allí nací: allí viví hasta que tuve cuatro años. . . .

María se detuvo un instante.

A los breves segundos, continuó:

—Mi padre fué un noble francés, á quien los acontecimientos del año 30, alejaron de la Patria. Un naturalista

célebre que habia visitado estos paises, le indujo que á ellos se encaminase. A los pocos años de estar en Buenos Aires, se enamoró de la señorita de A Catorce meses despues, las bendiciones del Ministro de Dios les unia al pié del altar.

¿Cuando oí pronunciar el nombre de la madre de María, mi sorpresa llegó, á su colmo.

Como era posible—me dije—que la *muchacha*, á quien encontré vestida con una saya, *haciendo quesos*, que tomó despues la forma de una muger de mundo, que se hallaba confinada allí como una condenada á pena perpetua, fuese nada menos que una niña perteneciente á las primeras familias de Buenos Aires?

Eternos misterios del destino!

María continuó:

—Aunque estrangero, cuando sobrevinieron las matanzas del año cuarenta, mi padre sufrió honda pena, no solo como un hombre de corazon, á quien sumergian en profunda amargura aquellas escenas de salvaje barbarie, sino porque, casi de sus brazos, fué arrancado uno de sus mas queridos amigos, y degollado en su preséncia, por uno de los monstruos de la *mashorca*.

Pero aquel no fué sino el prelude, el sombrío anuncio de la tremenda desgracia que debia abatir la frente del autor de mis dias: *mi vida, costó la vida á mi madre!* . .

La noche que me arrojó al mundo, estaba en casa de la .suya, donde vivia.

Como Vd. sabe, todos los de la familia hemos sido *salvages unitarios*.

La delacion de un malvado, hizo comprender á Rosas, que mi abuelo estaba en comunicacion con el General Lavalle. Sin mas, la casa fué asaltada por los asesinos, que enlutaron esta sociedad el año 40. Mi madre estaba de parto. Yo nací á las ocho de la noche. A las doce, el

hogar era atropellado por aquella chusma sedienta de sangre, que no contenta con cebarse en la vida de los padres y de los esposos indefensos é inocentes, pretendian saciar el apetito brutal de sus pasiones, que el Caribe estimulaba desde *Palermo*, en el honor y en la castidad de las mujeres.

A la entrada de la mashorca, la casa se convirtió en teatro de inmensa confusion.

Cuitiño, en persona, cortó la hermosa trenza de mi abuela, y con mano infernal, pegó, con brea un moño punzó sobre su cabeza.

La infeliz señora lanzó un grito horrible.

Su éco tremendo, impregnado de espanto y de terror, despertó violentamente á mi madre, que dormia con socio en unas piezas altas, sitas en el segundo patio de la casa.

Ese susto fué el triste anuncio de la próxima muerte de la que me dió el sér. . . .

Débil y delicada como estaba, la atacó una fiebre violenta: sobrevino un *sobre-parto*, y á las dos horas espiraba, en medio de las carcajadas y de los gritos de los verdugos, que en el mismo momento, arrastraban por los cabellos á mi abuelo, que sin piedad, arrancaban de brazos de su esposa infeliz, afrentada ya por el ultraje de sus tropelias.

Muger ya, hé oido contar á mi padre los episodios de esa noche, y al recordarlos, se me hiela la sangre, pensando en el cuadro de lágrimas y desolacion, que debió presentar aquel hogar indefenso, asaltado en un punto por una turba de bandidos, mientras que en el otro, moria una mujer, sin mas amparo que los cariños de su esposo infortunado!

María, visiblemente conmovida, acababa de pronunciar estas palabras con un asento de profunda amargura,

cuando la comitiva llegó á la costa en que el *Uruguay*, estaba atracado, cargando la leña.

Uno y otro habíamos hecho el camino insensiblemente, y no créeria engañarme, diciendo, que ella como yo, estábamos con el pensamiento, con los recuerdos, y las emociones, en otro mundo, que no era ciertamente el que pisábamos.

II.

Una amarga reflexion vino en aquella noche á ocupar mi imaginacion: ha sido tan cruel, tan sombría, tan lujuosa en episodios de barbarie la tiranía de Rosas, que en cualquier pedazo de tierra argentina donde el hombre pose su planta de viajero ó de peregrino, encuentra la huella de alguna sangre, el éco de algun dolor, la humedad de alguna lágrima, derramada en las horas del infortunio y del supremo dolor.

Subimos al vapor.

El paseó á tierra, habia sido como una especie de rejuvenecimiento para el espíritu de los viajeros.

Todos se mostraban contentos, alegres, y satisfechos, y Dios me perdone, si al ver á María penetrar gallarda á la cámara del *Uruguay*, creo que como yo, todos tambien ya no sentian prisa porque el vapor zarpase, á no ser que la bella solitaria de *La Paz*, aumentase el número de los pasajeros, en cuyo caso, las aspiraciones generales habrian cambiado de sentido.

Era tan encantadora aquella muger!

El capitan Gutierrez, ya estaba abordo. Su señora, no habia querido bajar á tierra.

—Se han divertido vdes. mucho?—me preguntó.

—Ciertamente. ¿Cuanto tiempo echaremos todavía en tomar la leña?

—Creo que á las once ó las doce de la noche, habremos concluido.

—Y saldremos!

—En el acto. ¿Han comido vdes?

—En cuanto á mi, recién me acuerdo, que no.

—Les haré servir algo.

—Espere Vd., amigo mio: Hémos invitado á esta niña á tomar el té con nosotros: háganos Vd! servir un *té sólido*, como dicen los *Junkees*, y así, lo espero, quedarán satisfechos todos los estómagos.

—Pondremos algunos fiambres, ¿no es eso?

—Precisamente.

Pobre Gutierrez! Se conocia que con sus atenciones y deseo de agradarnos, trataba de apagar en nuestros espíritus el mal humor que nos habian producido la sèrie de contrariedades, de que venia salpicada la travesía.

En aquel momento todo parecia favorecernos: la festiva viagera de los Cielos, paseándose magestuosamente por un cielo limpio, azul, y envuelto en un manto de estrellas, desprendía, sobre la costa y sobre la tersa superficie del rio, rayos de plata, que animaban el cuadro con la claridad de una luz, brillante y cristalina.

Los pasajeros acababan de formar varios grupos.

En uno estaba María, mi compañera, y Calderon.

Formaban el otro los demas, que hablaban acaloradamente sobre la casa del abate, las curiosidades que tenia, y principalmente sobre su persona.

—Qué hombre tan distinguido!

—Y su aspecto? Pocos hé visto mas nobles.

—Hasta su hermosa barba blanca, tan espesa y esmeadamente cuidada, es una cosa poco comun.

Así hablaban mis amigos cuando me acerqué á ellos.

—Apropósito—dijo Cassaffouth—Deseábamos charlar con Vd., pues suponemos que la linda Porteña con quien ha conversado tanto, le habrá dicho *quién es ese honorable sacerdote*, que nos preocupa.

—Algo he sabido ya; pero de Vdes. depende que sepamos lo demas, antes de las doce de la noche.

—¿Cómo así?

—Muy fácilmente: contribuyendo Vdes. á que yo pueda contintinuar con María la conversacion interrumpida; al pisar el vapor.

—*Ya está*, exclamó el ex-coopropietario de *La Tribuna* para quien esa frase era una *muletilla*.

Efectivamente: los muy *truanes* no tardaron en injerirse en el grupo en que estaba María: generalizaron la conversacion, y me permitieron decirle á ella, sin ser de todos apercebido:

—¿Quiere Vd. que sigamos conversando?

—Sí: contestóme inmediatamente con una presteza que me reveló, que ella compartia tambien el deseo de no dejar interrumpida una narracion, que si mortificaba sus recuerdos, le brindaba en cambio, la oportunidad de dar expansion á sus emociones, quizá largo tiempo comprimidas.

Entonces le dije en voz alta:

—¿No quiere Vd., María, que subamos á disfrutar de la bella noche?

—Como Vd. deseé, señor.

Le ofrecí el brazo, y salimos de la cámara.

Si hay en el mundo instantes de ilusion y de encanto, en que la fantasia, iluminada por los resplandores de una aurora nueva, puede remontarse risueña, á esas regiones tranquilas y serenas en que se respira un aire embalsamado por el perfume de las flores, y en que nos pa-

rece sentirnos mecer al arrullo del canto de los ángeles, aquel era, sin duda, uno de ellos.

Si María me habia parecido una muger hermosa, al verla sentada en la cima de una colina, entonces me pareció un ángel escapado de la morada del señor, para traer á la tierra, el amor que deleita, el deleite que embriaga. . . .

La luna, algo velada momentos antes, como si se sintiese orgullosa de alumbrar con su luz aquella frente, se presentó en todo su esplendor.

Sin que esto fuese una traicion inferida á dulces afectos, ofrecidos ya en otro altar, al contemplar á María, no pude menos que esclamar: ¿Quién consiguió conquistar ese corazon, y hacerse dueño de esa pasion, volcánica y ardiente?

Oh! Jamás conquista alguna podia alhagar tanto la ambicion de gloria de un mortal!

III.

Nos sentamos en un banco, inmediato al timon del vapor.

María suspiró con cierto tinte de melancolía.

—Se siente Vd. mal?

—No: pienso en Arturo: temo que se haya despertado.

—Es tan corta la distancia que me separa de la casa del señor abate, que supongo le mandará avisar á Vd. Sin embargo: para que Vd. esté mas tranquila mandaré mi criado, dándole órden que permanezca allí hasta su regreso.

—Oh! mil gracias, señor: mil gracias.

En el acto despaché al muchacho, regresando al lado de María, diciéndola:

—Ahora no debemos perder tiempo. Ya sabe Vd. que solo estaremos aquí hasta las doce de la noche.

—Y ahora, ¿son?

—Las nueve menos diez minutos.

—Bien pues, continuaré mi narracion interrumpida.

Abatido mi pobre padre por el doble infortunio de haber visto morir á la mujer bondadosa que me dió el sér, y degollado á un amigo íntimo por los asesinos que formaban la cohorte del nuevo Neron, decidió abandonar la República Argentina. ¡Ay! valiera mas que jamás me hubiese arrancado de Buenos Aires, para llevarme á un mundo, donde una muger no siempre tiene, ni el valor, ni la fortaleza para escapar á los precipicios que á cada segundo encuentra en su camino; camino al parecer sembrado de flores, pero casi siempre cubierto de lodo é infamia. . . .

Ese viaje fatal, fué la causa de todas nuestras desgracias: de la suya y de la mia.

Como mi padre no podia vivir en Francia, por haber sido perseguido á causa de sus opiniones políticas, al partir de Buenos Aires nos dirigimos á Italia.

Desde ese instante datan todas las peripecias, que, como una maldicion, han pesada sobre mi.

Nos embarcamos en la barca *Teresa*, Capitan Rimboldi, hombre á quien mi padre habia hecho algunos servicios.

A las pocas horas de salir de *Cabos*, un espantoso temporal nos arrojó sobre el *Banco Inglés*. En el naufragio perecieron todos, ménos un muchacho de doce años y nosotros dos.

Un *Cuter* italiano, nos salvó, dejándonos en *Maldonado*: allí fuimos recojidos por una familia de Garcia.

De allí pasamos á Montevideo, donde el señor Baradére, si mal no recuerdo, y el Dr. D. Santiago Vazquez, presentaron mi padre al Doctor Varela.

Muchas veces le hé oido, despues, pronunciar con veneracion y respeto aquel nombre, no solo como el de uno

de los argentinos mas ilustres, por su talento superior y clara inteligencia, sino por una bondad y dulzura de carácter, que le hacia el ídolo de cuantos le conocían.

Pocos dias despues de nuestra llegada á Montevideo volvimos á emprender viaje abordo del *Spider*, paquete de la línea Inglesa, que nos condujo á Rio Janeiro.

Allí el señor Baron de Bullenol—Embajador francés—antiguo amigo de mi padre, cuya familia y cuya nobleza conocia, le recomendó á la casa de los señores Ziguago Hermanos que nos dieron pasage en la Polacra Italiana *Margarita*, que iba á Messina.

—Admiro la memoria de Vd., María; pero continúe Vd.—Oigo todo con el mayor interés.

Siguió:

—Sí, no hay un solo detalle, un solo incidente de lo que hé recojido de labios de mi padre, ántes de morir, que no conserve fresco en la memoria.

Continúe:

Ese viaje fué espantoso.

Al pasar la línea sufrimos otra tormenta: en medio de sus furores, perdimos el palo que llaman *mayor*. A los setenta dias ya no teniamos víveres: los marineros se amotinaron, queriendo dar muerte al capitán; pero los consejos y la intervencion de mi padre le arrancó del peligro, que por algunas horas le amenazó?

A los ciento cuatro dias llegamos á Génova.

Una melancolia profunda se habia apoderado de mi padre durante todo el viaje. Cuando entramos al puerto, estaba verdaderamente estenuado, física y moralmente.

La ternura de mi edad, no me permitia comprender la gravedad de la situacion que atravesaba.

Miembro de una antiquísima y opulenta familia, de las que, con la espada, la pluma, y la palabra han dado brillo al nombre francés, él tenia una gran fortuna; pero,

¿de qué le servía ésta, cuando su espíritu estaba enfermo, desierto su corazón, muertas todas sus ilusiones?

Inmediatamente despues de llegar á Génova, puerto á que se vió precisado á arribar el buque, ántes de seguir á Messina, mi padre, marqués de Grénoble, escribió á una hermana *solterona* que tenia en *Tours*, donde era dueña de grandes propiedades.

Ocho dias mas tarde se nos reunia, acompañada de dos criados viejos, que, con sus pelucas blancas, sus pantalones de raso amarillo y sus medias de seda, debian parecer dos *momias*.

Mi padre habia hecho venir á su hermana para confiarme á su custodia; pero ¡ay! yo me habria considerado mas feliz y habria sufrido ménos, si se me hubiese confinado eternamente en un convento ó en una cárcel!

—¿Fué acaso poco cariñosa con Vd. aquella señora, María?

—Poco cariñosa!! Eso no habria hecho mi desgracia: fué un demonio, un verdugo, que inspirado en el mismo Satanás, no me dejaba un instante de tranquilidad y reposo.

Pero anticipo mi narracion.

Como creo haberle dicho á Vd. ántes, cuando salí de Buenos Aires solo tenia cuatro años, y fácil es comprender, que á esta edad, si yo hubiese estado sola con mi padre, convirtiéndole en un esclavo sumiso de mi crianza y de mis cuidados, habria dejenerado en una carga para él. Esto pensó él, sin duda, cuando hizo venir á su hermana.

La idea de darme educacion, le preocupó desde que pisó las playas Europeas.

En la República Argentina, habia admirado la grandeza de sus rios, los esplendores de su naturaleza, la hermosura de su cielo, el encanto irresistible de sus hijas;

pero, con ese espíritu analítico y observador que le distinguía, había observado que la educación de la mujer Argentina era deficiente; que le sobraba talento, pero que le faltaba instrucción; que era de imaginación rica y poderosa, pero de enseñanza pobre y mezquina.

Remediar esa falta en mi educación, fué uno de sus primeros cuidados.

Con ese objeto me separé de su lado.

Después de haber estado seis meses en Génova, donde mi vieja tía se contrajo mas á cuidarlo á él, que á atenderme á mí, partimos con ella para su *chateau* de *Tours*, morada cuyo recuerdo vivirá como un remordimiento eterno de mi pasado

De allí, me condujeron al colegio de *San Luis*, en París, dando orden de gastar en mi educación todo cuanto fuese necesario, sin tasa ni limitación alguna.

Los años de mi niñez se pasaron como se pasan todos esos años de la primera edad, entre las sonrisas de la inocencia, los cariños ó las bromas pesadas de las camaradas; pero sin conciencia de la vida, sin la *sospecha*, siquiera, de las diversas sendas que el mundo abre á nuestros pasos, el día que pisamos su gran portada por vez primera

María se detuvo un instante.

—¿Desea Vd. algo?—la pregunté.

—No: me parece que la noche ha refrescado un poco.

—¿Quiere Vd. que bajemos á la cámara?

—Sí: allí podemos continuar nuestra conversacion

—Creo que sí: cuando fui á mandar mi criado á casa del abate, observé que todos los pasajeros estaban jugando.

—Bajemos, entónces.

Entramos á la cámara. . .

IV.

Mis compañeros de viaje se *portaron* divinamente; pues parecían tan entrenidos jugando al *burro*, que no me vieron, aun cuando me inclino á suponer que tuvieron la feliz inspiración *de aparentar* que no me veían.

Este es un talento como cualquier otro.

La mesa de la cámara era bastante larga.

Los *tertulianos* ocupaban un extremo: María y yo nos colocamos en otro.

Si en aquel momento me hubiesen dicho que debíamos partir, creo, y casi aseguraría que suspendo mi viaje y me quedo en la *Paz*, tanto y tan vivo era el interés que me estaba inspirando la historia de aquella niña, rama de una distinguida familia que todos conocemos en Buenos Aires, y para la que, ni la vida de los *mios*, ni la mía propia, era una cosa del todo desconocida.

Cuando entramos á la cámara no eran sino las diez de la noche.

Por consiguiente, aun teníamos dos horas.

—¿Vendrá el criado si mi Arturo llora?—me preguntó con ese interés tan propio de la madre que se encuentra separada del hijo de su amor.

—No se preocupe Vd. por eso, María: el muchacho cumplirá fielmente mis órdenes.

—Gracias, amigo mio. Confío en lo que Vd. me dice. Continuaré. . . .

Yo permanecí en el colegio de *San Luis* hasta los doce años, edad en que, despues he sabido, todos se quedaban asombrados de los progresos que habia hecho en los distintos ramos á que los maestros me dedicaron.

El dia que los cumplí, se presentó en el colegio un sacerdote de venerable y distinguido aspecto, cuya her-

mosa y poblada barba, de un negro como azabache, nos llamó mucho la atención á mis camaradas y á mí.

Era el señor abate Granier.

Una tarde, miéntras todas las niñas jugueteaban, me llamó á la sala de la Directora, y tomándome la mano con un aspecto verdaderamente paternal, me dijo:

—Ya estás en edad, María, de saber tu situación y de comprender cual es la que tienes en el mundo. Quizá voy á causarte alguna pena, hija mia; pero mi doble misión de padre y de sacerdote, me obliga á no ocultarte por mas tiempo, lo que, estudiadamente, te han estado ocultando hasta hoy.

Ni tu padre ni tu madre existen: ambos han muerto ya: uno sin conocerte: el otro, apenas regresó de su destierro.

Ya comprenderá Vd. señor, la impresión que esta inesperada revelación produjo en mi espíritu infantil.

Hasta entonces se me habia estado alhagando con la idea venturosa de que mis padres estaban en Buenos Aires, y que solo esperaban que yo hubiese completado mi educación, para venir á buscarme, y conducirme á su lado.

El sacerdote me revelaba, empero, que yo era huérfana en el mundo!

Yo lloré amargamente.

Con esa voz dulce y persuasiva del Ministro de Dios, que es muchas veces fuente de inagotable consuelo para las almas tempranas, que aun no han tenido tiempo de reflexionar, sino de *sentir*, el abate Granier me fué calmando poco á poco, hasta que me dijo:

—Sí: quedas huérfana; pero tu dolor no debe ser tan desesperante porque Dios ha querido, que al morir tus padres, te hayan legado una gran fortuna, pues eres la única heredera del patrimonio del Marqués de Grénoble.

Al morir tu padre, amigo mio, desde la infancia y compañero de glorias y de infortunios en las grandes convulsiones políticas de nuestra patria, en que ambos tomamos una parte importante, me ha confiado la direccion de tu destino.

Hoy vengo á cumplir la primera de sus disposiciones.

“El día que mi María cumpla doce años—dice en su testamento—“deseo que salga del colegio, y concluya su “educacion en casa de mi hermana, y su tia.

He venido, pues, con el objeto de llevarte.

No sé por qué, cuando el abate me dijo estas palabras, me sentí dominada por una profundísima tristeza.

En el colegio yo era feliz.

Querida, casi idolatrada de mis camaradas y considerada por mis maestras y profesoras, que celebraban á porfia mis disposiciones y amor al estudio, yo me creía allí en el seno de una familia tierna y cariñosa, á cuyo lado me parecia que debia vivir eternamente.

El abate me venia á sacar, brusca è inesperadamente, del centro en que se deslizaba mi juventud.

Me queria llevar á casa de una muger vieja y soltera, educada con todo el orgullo de la que habia nacido en cunjines con una corona de condesa, rodeada de lujo y esplendor, y de esas consideraciones que jamás faltan á las personas de fortuna, ora porque se las conquisten ellas con sus calidades personales, ó porque las comprehenden con los escudos de sus cofres.

¿Quién era esa tia?

¿Cuál era su carácter?

¿Qué porvenir se abria ante mis ojos al dejar las aulas del colegio, para penetrar á los salones del gran mundo?

Estas dudas y desconfianzas me aterraban . . .

Maria se detuvo un instante, como agoviada por los recuerdos que estaba evocando.

V.

Al escucharla, yo comprendí toda la filosofía que había en ese sentimiento por ella experimentado, al pensar que iba á dejar un *encierro* para recobrar una hermosa libertad!

Esa duda, ese pensar, ¿no era, por ventura, uno de los secretos de esta mísera vida, en que todo se pervierte y se confunde?

¿Quién no ha querido, por ejemplo, vuelto á la libertad, visitar un día con estravagante complacencia, las paredes de su calabozo?

¿Quién no ha sentido, á veces, en las serenas delicias de un amor pagado, desgarradores recuerdos de un amor perdido?

—¿Quién no ha paladeado con infernal voluptuosidad la degradante tentación de cobrarse en veleidades infieles, de una infidelidad consecuente, y de vengar en las caricias de una mujer que nos han robado, el robo que ella misma ha hecho al santuario de nuestra felicidad?

Hombres de una juventud fantástica, fisiológica, analítica, descreída y tempestuosa, ¿quién de nosotros—y lo digo porque no soy hipócrita—ha podido trazar los límites que separan la vergüenza de un engaño del orgullo de su desagravio, ó las fronteras que se elevan entre la humillación del amor propio ofendido y la complacencia de mirar al satisfecho vencedor subordinado aún á la soberanía de nuestros recuerdos?

Y quien de nosotros ¡ay! en la peregrinación de la vida, no se ha sentado á respirar con delicia las auras de la

tarde en los umbrales de la mansion que fué hospedage de nuestro camino en dias de amor y ventura, aunque hayamos leido sobre la puerta el nombre y la cifra de otro dueño?

Yo me sentia remontado al mundo de estas reflexiones inspiradas por las palabras de María, cuando, despues de su corto silencio, ella continuó:

—Era un Domingo, el día que el señor abate me sacó del colegio.

La despedida no pudo ser mas tierna, ni espresiva. Habia principalmente allí una niña llamada Clara, hija de muy opulenta familia, con la que habia simpatizado al extremo de llamarnos *hermanas*. Al darle mi último Adios, yo sentí una pena espantosa.

El señor Granier lo comprendió, y me dijo:

—No te aflijas María, yo me comprometo á que veas con frecuencia á tu amiguita, quien, por otra parte, tampoco ha de permanecer mucho tiempo mas en el colegio, pues ya brisa la edad en que ustedes salen de los colegios, en Francia.

Esta promesa nos tranquilizó á una y otra.

Siempre bueno y bondadoso, cual si fuese un padre verdadero, esa tarde me llevó al *Bois de Boulogne*.

La infinidad de elegantes carruages con lacayos de lujosas libras, los *toilettes* de las señoras, que en su interior los lucian, la magnificencia de los caballos, que rivalizaban en tamaño y pureza de raza, y mas que todo, lo poético del lago, en que jugueteaban infinidad de aves, impresionaron vivamente mi jòven imaginacion, solo acostumbrada hasta ese dia á serlo por los incidentes de la monótona existencia de una *colegiala*

—Está pronta la cena—gritó en ese instante el señor Gutierrez,—que esa noche se desvelaba por ser agradable á los pasajeros.

Aunque no habia comido, recibí la invitacion con mucha gana, pues temia que el tiempo empleado en tributar los honores á la cena, me hiciese perder la narracion de María, que tan vivo interes me despertaba ya.

—¿Quiere V. tomar algo?—la pregunté.

—Gracias, señor, V. . . . No tengo disposicion alguna.

—Ni yo tampoco. Por consiguiente, seguiremos nuestra interrumpida conversacion.

—Y no lo estrañarán los compañeros de Vd?

—Espere Vd. un instante, María.

Como ellos parecian mas dispuestos que nosotros á *saborear* la cena improvisada, ya se habian ido acomodando en la mesa.

Me les acerqué y les pedí que me disculpasen, diciéndoles con franqueza lo que motivaba mi permanencia al lado de María.

Hasta mi compañera pareció comprender la importancia de mi conversacion, pues me dijo que no perdiese tiempo, pues solo nos quedaba hora y media para recibir la leña.

Su curiosidad ya estaba picada tambien!

Volví á mi asiento, y en tanto que los gastrónomos daban satisfaccion á sus estómagos, que no dudo debian hallarse un tanto lánguidos, la divina muger continuó de este modo:

—Dos dias despues de haber paseado un poco por Paris, llegamos á *Tours*, donde estaban las propiedades de mi tia.

La entrada á su Palacio me pareció la entrada á un mundo nuevo. Allí todo respiraba lujo, grandeza, opulencia. Mi tia hacia su *toilette*, cuando llegamos con el abate.

Un criado anciano y de nobilísimo aspecto, nos hizo

entrar á un gran salon. Cuando me vió exclamó: *¡Que linda es!*

Jamás olvidaré el tono de bondad con que dijo estas palabras, y mucho ménos lá grata impresion que me produjeron; pero ¡ay! impresion que muy pronto debia borrarse, ante una realidad fria y horrible.

Bajó mi tia.

Yo me precipité á sus brazos, no solo impelida por el natural afecto de la que creia que iba á encontrar en ella una segunda madre, sinó con el respeto que debia inspirarme la hermana de mi padre.

¡Espantoso momento!

La condesa me rechazó con frialdad y con aspereza.

Un rayo desplomado del Cielo sobre mi cabeza, no me habria hecho mayor impresion: me quedé como petrificada: la sangre se me heló en las venas, y bajé maquinalmente los ojos, como aterrada por la vista de un monstruo.

—Esta es la hija del señor marqués de Grénoble, única heredera de toda su fortuna, y sobrina carnal de Vd., señora condesa—dijo el noble abate, con un acento grave, seco y casi amenazador.

—Ya lo sé—replicó la vieja con altanería—parece que está demasiado mimada. ¿Por qué llora así, como una tonta?

—¿No crée Vd., que el recibimiento que Vd. le hace no es de esos que iluminan el corazon de una niña con un relámpago de alegría?

—Ese es mi modo de sér, que no pienso cambiar por nadie ni por nada. Voy á dar órden de que conduzcan esta niña á su aposento, y que la hagan conocer de su aya.

Mi tia tocó la campanilla, y apareció, sumiso y respe-

tuoso, el mismo criado anciano que nos habia hecho entrar al salon.

—Gaston—le dijo ella—lleva á María á su alcoba, y dí á Petrona que se ponga á sus órdenes: ella como tú, tienen ya mis instrucciones.

Yo salí del salon, dejando en él al abate Granier, cuya fisonomia grave y alterada, revelaba el profundo disgusto bajo cuyo imperio debia hallarse.

Gaston me condujo al cuarto que se me habia destinado.

Cuando lo ví, ya no pude tener la menor duda acerca de las intenciones de mi señora tia: pretendía humillarme.

Las piezas en que ella habitaba, como creo haberlo dicho antes, respiraban lujo, opulencia y esa especial grandeza, que son como un *cachet especial* de la antigua aristocrácia francesa.

Mi cuarto era el antítesis mas perfecto: no solo completa modestia, sinó estudiada pobreza.

Escuso decirle á Vd. señor, que á mi, nada me habria importado aquel contraste, entre la estancia que se me destinaba para habitar y los salones de mi tia.

Lo que despertaba mi pesar y mi tristeza, era la *intencion* que parecia alimentar mi tia, intencion que yo miraba como un áugurio funesto para mis dias futuros.

Mi cuarto tenia, por todo *ajuar*, una cama, una pequeña mesa y una pobrísima cómoda.

En la pared habia un gran *Santo Cristo*, que no sé porqué, desde que allí penetré, lo miré como al único compañero que iba á tener en mi soledad.

Los criados me trataron, mas que con dulzura, con verdadero cariño.

Gaston habia sido el *valet de pied* de mi padre. Habia estado con él en Buenos Aires: asistió á su boda, á mi na-

cimiento, á la muerte de mi pobre madre, á su misma agonía.

Cuando lo supe, ví cruzar un rayo de luz en medio de la oscuridad que me envolvía, y una chispa de esperanza aquietó un tanto los temores que ya pesaban sobre mi espíritu como un mundo de grandes desgracias.

Me quedé sola en el cuarto.

Apesar de mi juventud, en un instante comprendí lo terrible de mi situación. La tierra toda asomaba á mis ojos como un inmenso desierto, donde la mano de la fatalidad acababa de arrojarme sola, sin guía, sin sustento, sin tener un corazón amigo que pudiese recoger los suspiros de mi infortunio y de mi abandono . . .

Cuando me ví sola en mi aposento, me senté en la cama á llorar

Hasta entonces, mi corazón, educado en la paz, en la mansedumbre, en el recojimiento y en el amor á Dios, no había latido jamás, sino por todo lo que era noble, grande y generoso.

En ese instante yo sentí brotar en su seno un sentimiento nuevo para mí: *el del odio*.

Si! la figura, los modales y el recibimiento que me había dispensado mi tía, me lo inspiraban.

Dócil, sumisa y tierna por naturaleza y por inclinación, sentí que instantáneamente, casi por encanto, se operaba en mí un cambio completo: el de aceptar la lucha á que, tan indigna y cobardemente, se me provocaba.

VI.

Me hallaba sumida en las reflexiones de esta idea, cuando llamaron á la puerta de mi habitación.

Corrí y abrí.

Era el abate Granier, y el bueno de Gaston.

En otro momento, la presencia de uno y otro, la habría saludado yo como una Providencia.

Entonces solo me causó la natural satisfaccion de ver dos amigos que se quieren, y en quienes se tiene confianza.

Ambos entraron á mi *prision*.

El señor Granier cerró la puerta, siendo el primero en dirigirme la palabra:

—Veo por tus ojos, hija mia, que has llorado.

—Efectivamente.

—No te aflijas, empero: si tu tia, rindiendo culto á su carácter, seco, frío, insensible, te ha recibido de una manera tan estraña, tienes otros amigos que no te abandonarán.

—Habia contado con ellos; pero nada temo tampoco.

La severidad con que dije estas palabras, impresionaron al abate.

—No te comprendo, María, me dijo, mirándome con fijeza.

—¿No me ha dicho Vd. que soy la hija única de mi pobre y querido padre?

—Si.

—¿No me ha dicho Vd. que soy su única heredera?

—Si.

—¿No me ha dicho Vd. que es Vd. mi tutor, el encargado de dirigir *mi destino*?

—Si.

—¿No me ha dicho Vd., finalmente, que soy heredera de una gran fortuna?

—Tambien.

—Pues bien: yo estoy decidida á no consentir que mi tia me tenga aquí como *de limosna*, y mucho menos á ser

tratada con la despreciativa altanería con que se *dignó* acojerme.

Jamás olvidaré, ni lo ha olvidado él tampoco, la extraordinaria impresion que estas palabras produjeron al abate Granier.

Conociendo la *manera* como habia sido educada, no tenia derecho á esperarlas.

Esa es la verdad.

—Así me gusta: así me gusta, señorita—esclamó Gaston, con una alegría que no era fácil ocultar.

El abate, siempre pensativo, y como hombre para quien no es un misterio ningun accidente de la vida, tomó la palabra con calma:

—Te confieso, María, que me llama la atencion tu lenguaje.

—¿Lo desaprueba Vd? En ese caso, me someteré resignada á mi destino.

—No quiero decir eso, hija mia. Opino que debes usar de toda prudencia, antes de provocar un rompimiento.

—No he tenido la intencion de ser yo quien lo haga, señor: pero tampoco me encuentro resuelta á ser una víctima, y menos una *esclava* de la señora Condesa.

—Eso jamás consentiria yo que lo fueses.

—¿Pues no me vá á dejar Vd. aquí?

—No, María. Hace tiempo que yo habito este mismo Palacio.

Pocas palabras han hecho, en toda mi vida, impresion mas grata en mi espíritu, que aquellas.

¡Ya no estaba sola!

¡Qué inmensa dicha!

—Entonces, ¿Vd. me toma bajo su proteccion, señor Abate?—pregunté ébria de infantil alegría.

—¿Y has podido dudarle hija de mi alma? Tú, la heredera del nombre de mi mejor amigo, ¿supones que te habria abandonado á tu sola suerte? No te perdonaria la duda.

Contesté con cariño al señor Granier, y traté de tranquilizarle.

Ya lo sabe Vd. señor V. Bajo tales auspicios se inició mi nueva existencia en casa de mi tia, la señora Condesa.

Para referir á V. uno á uno los episodios que se siguieron á ese dia, necesitaria conversar con Vd. un mes entero. Como el tiempo urge, y es corto ya el que tenemos, voy á concretarme á lo principal.

Saqué el reloj!

Aun faltaban algunos minutos para las once.

—Nos queda una hora, María.

—Es lo que calculaba.

Mientras nosotros seguíamos esta conversacion, que nos llevaba á un mundo y á una época tan lejanas del sitio en que estábamos, mis compañeros de viaje gozaban de la alegre jarana de la cena.

En la costa oíamos incesantemente, el *diez y talla*, de los que entregaban la leña.

De vez en cuando, una pequeña disputa alteraba la monotonía de la operacion.

—Son *cinco*—decia el paisano Gregorio.

—No son mas que *cuatro*, argumentaba el *contramaestre*, y despues de un lijero altercado que concluía por el desistimiento de una ú otra de las partes, *volvía á reinar la paz entre los Principes cristianos*.

La noche seguía hermosa.

Mi criado no venía de casa del Abate, lo que me hacia suponer que Alberto, el hijo justamente idolatrado de

María, seguía tranquilamente dormido, ó que, cuando menos, el noble sacerdote le tenía contento.

Todo *marchaba* bien, pues.

VII.

Por un instante tomamos parte, con el pensamiento al menos, en aquellos pequeños accidentes *del momento*—si me es dado valerme de la espresion—y como quienes arden en impaciencia por llegar á un punto dado, reanudamos el hilo, tantas veces interrumpido ya, de nuestra conversacion. •

La palabra habia quedado en los labios de grana de María.

Ella continuó:

—Mi permanencia en casa de la condesa, hermana de mi padre, fué un martirio constante, no porque yo me encontrase sola ó abandonada en la lucha con la *fiera*, sinó porque esa lucha, que no tenia un solo momento de tregua, mantenía mi espíritu infantil debilitado por las amarguras y sinsabores de que la vieja me hacia víctima con perversa intencion.

Sin embargo, yo no le cedía en nada, habiendo conseguido al fin, sinó dominarla, mortificarla, lastimándola en lo que tenia de mas ridículamente sensible: sus pretensiones de agradar, creerse hermosa, y hacerse la *niña*.

Desde entonces, créame Vd. que he tenido horror por las *solteronas*, que, con las escepciones naturales y muy honorables que tiene toda regla, son, para mí, una de las plagas mas terribles de la sociedad.

Impotentes para conseguir lo que desean, la felicidad de las otras mugeres las exaspera.

Su corazón se convierte en un desierto, donde no brota jamás la flor de ningun afecto. Un solo sentimiento tiene allí culto: su propio egoismo. *Todo para mí: nada*

para las demás! Esa es la divisa de las solteronas, y esa era, por desgracia, la de mi señora tía.

En medio de las agitaciones y sinsabores de una vida que se deslizaba bajo un techo en que habitaba un ente semejante, yo llegué á los diez y seis años, dejando el ropaje de los primeros años, para envolverme en el manto con que la muger se presenta por vez primera á las puertas del mundo.

Dicen que en esa edad primaveral era yo muy hermosa!

Esto mortificaba muchísimo á mi tía, que apesar de sus cuarenta y ocho cumplidos, creía que su porte era tan airoso como el de Juno en los campos de batalla, ó como el de Diana en los sombríos bosques de su Ermita, y que Ardenisa no habria podido disputarle la palma de la juventud y la hermosura, cuando conquistó á Mausoleo.

En la época en que fuí conducida á casa de mi tía, apenas visitaba una media docena de personas. . . .

María se detuvo repentinamente.

¿Quién no habria presentido la causa de esa súbita vacilacion?

La hermosa continuó, algo encendidas sus mejillas:

—Entre estas figuraban dos hermanos, únicos hijos de la Marquesa de Belleville, y á quienes ésta presentaba como la madre de los Gracos á los suyos, diciendo: “que eran sus joyas, sus adornos, sus perlas, y hasta el eco de su voz.”

La noble anciana tenia razon en estar orgullosa de sus hijos, uno y otro eran jóvenes, elegantes, de brillante educacion, amenos modales y profunda ilustracion.

En cambio, no creo que haya existido jamás dos hombres, ligados por la sangre de la fraternidad, de un carácter mas opuesto.

Arturo era el mayor: tenia veinte y cinco años.

Llamábase Cárlos el segundo, que solo tenia veinte y tres.

Aquel era alegre, festivo, impetuoso, ardiente y apasionado, anhelando la lucha y el movimiento para vivir, fastidiándose en el ócio y la inaccion.

Este era, por el contrario, de un aspecto completamente melancólico: insensible, al parecer, al fuego de todas las pasiones, mas amigo siempre de pisar el mundo de las ilusiones, y de la contemplacion platónica, que de precipitarse al torbellino vertiginoso de las sensaciones que deleitan y matan á la vez, que engrandecen y degradan al mismo tiempo.

Desde que yo cumplí catorce años, observé que las visitas de Arturo y de Cárlos eran mas frecuentes, y que, cuando venian á casa de mi tia, se complacian en verme en su salon, prodigándome uno y otro esas tiernas atenciones, que jamás olvida una jóven cuando las recibe por vez primera.

Estas distinciones hacian la mortificacion de mi tia, y yo, mas deseosa entonces, quizás, de contrariarla y hacerla desesperar que de recibirlas ó merecerlas, contribuia inocentemente á que se multiplicasen, mostrándome tierna y sensible para con ellos.

Pero ¡ay! que yo no sabia entonces, casi niña, sin experiencia, que en mi cuerpo existia un corazon: que ese corazon no era de mármol: que como las rosas abren su capullo con las brisas de la mañana, ese corazon iba á despertar á las sensaciones con el calor de una mirada, al murmullo de una frase alhagadora. . . .

VIII.

El 5 de Agosto yo cumplia diez y seis años. Por vez primera, durante los tres convertidos para mí. en tres si.

glos—que habia permanecido en casa de mi tia, ese dia dió una fiesta de familia, convidando á todas las personas de su *rango* que habia en *Tours*.

Entre ellas estaba la marquesa de *Belleville*, y sus dos hijos!

Si la vida no fuese una ley eterna de constantes contrastes, bastaria haber comparado el tipo dulce y simpático de aquella dama con el tipo odioso y repugnante de mi tia, para comprender lo chocante de esos contrastes.

Una madre no me trataria con mas cariño y bondad que aquella señora, que, á su turno, me festejaba y mimaba cual si yo tambien fuese su hija.

Y ¿para qué ocultarlo á Vd? En el dia de que le vengo hablando á Vd., yo ya habia perdido la tranquilidad de la juventud; y á las horas de quietud y abandono que compartia, entre mis estudios, las impertinencias de la condesa, y las bondades del abate Granier y Gaston, se habian sucedido, poco á poco, y casi sin que de ello me diese cuenta, esos instantes de fiebre, de escitacion, de fantasía é ilusion, que se apoderan por asalto del corazon humano cuando éste se apercibe que se vá á envolver en la llama de un sentimiento nuevo, desconocido, que no define; pero que siente; que tal vez no ha deseado experimentar; pero que tampoco quiere combatir.

Yo gozaba y sufría: Arturo y Cárlos me amaban al mismo tiempo!!

Arturo me lo habia dicho con esa arrogante franqueza del hombre, que teniendo la conciencia de su valer y de su mérito, se cree con derecho, no ya á imprimir direccion á sus afectos y pasiones, sinó con la seguridad de poder disponer, en *todo momento*, del corazon de la primer muger que le agradase en su camino.

—¡Cuán distinta habia sido la conducta de Cárlos!

Cada una de sus miradas, tranquilas y serenas, eran todo un poema de amor.

Si me hablaba, se sonrojaba: al darme la mano, yo sentía el estremecimiento de su organismo.

En sus conversaciones habia siempre un tinte de tristeza y melancolía, que aun cuando en nada se armonizase con mi carácter, vivó é impetuoso tambien, me producía la grata impresion de una música, en cuyas ondas de armonia flotaba mi espíritu, en tanto que con él me entretenia hablando.

Arturo no conocia otra vida que la de Paris, y á pesar de lo esmerado de una educacion brillante, como la suya, habia momentos en que él sentia la necesidad de pagar un recuerdo á las liviandades de esa existencia, en que tantos han dejado su fama, su nombre, su fortuna, pedazos desgarrados de su corazón, encontrando, por fin, una tumba en sus corrientes licenciosas.

Cárlos, por el contrario, habia viajado y navegado mucho.

El estudio de la historia, la observacion de los pueblos, la contemplacion de los fenómenos celestes, y el espectáculo de las maravillas de la naturaleza, habian absorvido, hasta entonces, las facultades de una alma mas contemplativa que afectuosa.

Llegó á mí con la pureza de su corazón y de sus impresiones.

Sério como un filósofo, taciturno como un marino, pero con las apariencias de la altivez orgullosa, propia de los que dan solemnidad á todas las circunstancias y accidentes de la vida.

Respetuoso como un paladin de las leyendas caballerescas, empezaba por tenerse á sí mismo un respeto que podia dar lugar á la estimacion, pero que, contrastando

notablemente con nuestros hábitos meridionales, excluía la confianza.

Yo le acojía con bondad, pero con reserva; con circunspección, pero con placer y casi con esperanza.

La disposición de mi alma en los primeros momentos, estableciendo un paralelo entre él y Arturo, á poco que él supiera aprovecharla, no podía ser mas favorable.

Mi propia reserva debía ayudar á revestirle de todo lo que le faltaba para completar el ideal de sus nuevos deseos, pero faltábale demasiado á su carácter para elevarse á la altura de mis ilusiones, y sobraba no poco al mio para su educación y para sus hábitos.

Por muy parca y severa que con él me mostrase, no habian sonado nunca en sus oídos palabras de tanta ternura y confianza.

El mismo me lo confesaba despues.

Al fin, rompiendo su temor, ó venciendo sus escrúpulos, una tarde que juntos cruzábamos los alrededores del Castillo de mi tia, me confesó su ardiente pasión.

Su vehemencia me asustó. La declaración de Arturo me hacia las veces de una *caricatura del amor*, comparada con la de Cárlos, pues en sus lábios me hablaba de ese amor como de un asunto grave é importante.

En su hermano, mucho mas ardiente, como ya dije á Vd., yo no hubiera estrañado su lenguaje, pero su alma no la encontraba yo bastante entusiasta, su pasión no me parecia bastante dramática para abrogarse el derecho de ser tan solemne, tan absoluta.

Me parecia como que aquel hombre no diese tanta importancia á su pasión por ser yo el objeto, como por ser suyo el amor que sentia, y llegué á sospechar que ponía en quererme el mismo ardor y la misma tenacidad con que se hubiera propuesto el estudio de una ciencia ó el cumplimiento de una obligación honrosa.

Le diré á Vd., sin embargo, que Arturo habia estado muy léjos en hacerme concebir una idea tan alta y aventajada de mí misma en particular, y de la mujer en general.

Corrió algun tiempo, sin que yo misma me diese cuenta de lo que por mí pasaba: el pensamiento de aquellos dos hombres, me ocupaba por completo: á las dos les encontraba calidades; pero, reconociendo una superioridad de carácter muy marcada en Carlos, yo sentia á pesar de eso cierta inclinacion por Arturo.

De estas inclinaciones al amor, á la pasion, no hay mas que un paso.

Dos meses despues, prestando completo crédito á las protestas ardientes de Arturo, lastimada en mi orgullo y amor propio al notar que Carlos parecia retraerse de sus confidencias, y reducida por el panorama que veia cruzar ante mis ojos con la feliz idea de abandonar la casa de mi tia, para solo depender del hombre á quien entregase mi corazon y mi mano, libertándome asi de una tutora que avasallaba mi libertad, y contrariaba mis deseos, me sentí profundamente enamorada de Arturo. . . .

María acababa de pronunciar estas palabras, cuando el señor Gutierrez entró á la cámara del *Uruguay*, esclamando con visible desaliento:

—Estamos mal, señores.

—¿Qué pasa, hombre?

—No tenemos bastante leña todavia, y ya no hay mas cortada.

—¿En ese caso?

—No podremos salir hasta mañana al amanecer, por que habrá que cortar la que nos falta.

Bendita sea esta inesperada demora! dije para mí mismo, temiendo que faltase á María el tiempo material de concluir su narracion. Ahora ya nada temo.

Algunos de los pasajeros se manifestaron, por el contrario, muy contrariados al ver que se retardaba la partida, y para ahogar sin duda su disgusto, ganaron la cama. ¿Qué mal no cura el sueño?

Poco faltaba ya para las doce, y al bullicio de los instantes anteriores, empezaba á sucederse ese misterioso silencio de la noche, en que una parte de la naturaleza replega las alas de su actividad diurna, para dar al cuerpo y al espíritu el descanso que necesita, á fin de recobrar periódicamente las fuerzas con que hacemos frente al combate de la existencia.

El paisano Gregorio vino á donde estábamos María y yo, y con un acento de paternal bondad, le preguntó:

—¿Qué quiere hacer *la linda de la casa*? ¿Desea esperar abordo la venida del día, ó quiere que la llevemos á casa?

María me miró como si temiese desagradarme, con una contestacion que no era difícil presentir, teniendo en vista que hacia ya algunas horas que se encontraba separada de su hijo.

—Vamos María, la dije, yo acompañaré á V. hasta casa de Gregorio. Creo mejor eso.

—En ese caso, yo desearia que fuésemos directamente hasta la morada del Abate. Allí está mi Arturo, y allí debe estar tambien el criado del señor V.....

.....

—Como *querás*, hijita replicó el bueno de Gregorio: ya *sabés* que mi deseo es hacer siempre tu voluntad.

Concebir y ejecutar, fué la obra de pocos minutos.

Bajamos á la costa: yo presenté mi brazo á una mujer cuyo recuerdo no he perdido desde entonces, y nos encaminamos hácia casa del Abate.

Gregorio nos servia de guia.

IX.

Fácil será comprender al lector, que en todo lo que me estaba pasando desde que al acaso, y sin pensarlo siquiera, pisé en *La Paz*, había motivos mas que suficientes para estar impresionado, y sumergido en ese piélago de reflexiones á que me convidaba la historia de María.

Si hasta el momento en que, por vez primera, me reveló el nombre de la familia á que pertenecía, yo solo la consideraba con el natural asombro que me producía ver una muger tan bella, tan bien educada, tan llena de encantos, y escondida de ese modo en medio de las selvas, y la vírgen naturaleza de una Provincia Argentina, muy lejana entonces del banquete de la civilizacion en que se agitaba la bandera del progreso, ahora yo empezaba á juzgarla como una muger misteriosa, dotada de uno de esos caracteres ecepcionales, en que un maestro como Balzac, habria encontrado ancho campo para las investigaciones filosóficas y analíticas, que le han dado una merecida reputacion, como *historiador del corazon humano*.

María se presentaba á mis ojos agoviada por el peso de grandes dolores: su vida entera habia sido una cadena, no interrumpida, de contratiempos y desgracias: la felicidad habia sido para ella como una vision misteriosa, un relámpago que iluminó un instante su alma, para envolverla en seguida en una nube de amarga tristeza..

Pero, ¿no tenia ella misma una gran parte en su desgracia?

No habia sido ella la que, quizá, con mas impetuosidad y arrogancia de carácter, que reflexion y reposo de espíritu, habia provocado luchas, en que debia dejar pedazos de su dolbrido corazon?

· A su tia, no quiso ni darle tiempo para que, volviendo

sobre sus pasos, remediase la falta que con ella cometió, recibéndola con tanta groseria.

Nada. Desde ese momento le declaró la guerra, dispuesta á sostener el combate, sin cuidarse para nada de lo desventajoso que podia haberle sido.

Juzgando á Cárlos y Arturo en el instante supremo en que su corazon de muger sentia la necesidad de amar, en que uno y otro le declaraban su pasion, y en que ella podia elegir con entera libertad, María confesaba que Cárlos era mas hombre que Arturo, que otras calidades le adornaban, y sin embargo, se enamoró de Arturo. . . .

Hasta aquí acababa de iniciarme en las confidencias de su vida, abordo del vapor. Ahora me quedaba el resto de la noche, hasta el despuntar de la aurora, para conocer los demas episodios de la historia.

X.

El trayecto, desde la costa al *Rancho* del abate Granier, lo hicimos, esta vez, bastante apresuradamente.

María, como si quisiera dar una pequeña trégua á recuerdos que visiblemente la mortificaban, me habló en el camino de cosas indiferentes.

Llegabamos á la puerta de la misteriosa habitacion del venerable sacerdote de la blanca barba, cuando ella me dijo:

—Ahora continuaremos. Si el Sr. Granier, como estoy cierta, vela á mi hijo, leyendo, le pediré que se recoja, y en tanto que la luz del nuevo dia asoma, podremos hablar, tranquila y estensamente.

Sacó del bolsillo un pequeño pito de plata, y tocó.

En el acto se abrió la puerta, en cuyo dintel apareció la respetable figura del anciano.

—¿Qué ha sucedido? preguntó al vernos, y tendiéndonos una mano á cada uno.

—Nada señor. No salimos hasta la madrugada, y María ha preferido venir á pasar el resto de la noche aquí.

—La conozco, y la comprendo. Y tú Gregorio ¿quieres entrar, ó bajar!

—Bajo, señor.

Se despidió; y empezó á descender la colina, mientras María y yo entramos.

Su primer movimiento, fué lanzarse al dormitorio.

Iba á cubrir de besos al hijo de sus entrañas.

—Siempre la misma!—esclamó el abate.

—¿Es muy cariñosa con su hijo?

—Tanto como ella, podrá haber otras madres: mas, ninguna. Este no es amor; es delirio, locura frenesí. Si este ángel volase al cielo, no sé lo que seria de María. Ya lo habrá Vd. comprendido.

—Si señor.

—Y si yo le hablo á Vd. con esta franqueza, es porque supongo que María le habrá mostrado ya la confianza que Vd. nos ha inspirado á los dos.

—Sí, señor abate. Hemos hablado estensamente; pero aun tenemos que conversar algo.

—Y para poder hacerlo—dijo María saliendo de la alcoba en que Arturo dormía—tengo que darle á Vd. una *orden*, señor Granier.

—Ya escúcho, hija mia.

—Recójase Vd. á descansar.

Al amanecer, volverá Vd. á relevarme.

—Obedezco.

El Marquès, con una dulzura verdaderamente paternal, nos dió las buenas noches, y pasó á su dormitorio, dejando caer la cortina de *reps*.

A los pocos minutos, apagó la vela.

—Hablaemos bajo—dije á María—de lo contrario, este virtuoso añciano no podrá dormir.

—No tema Vd. señor. El mismo dice, á cada momento, que la única felicidad que le ha conservado Dios, es la de poder conciliar el sueño toda vez que se acuesta.

—En ese caso, María, permítame que le signifique á Vd. el deseo que tengo de que Vd. continúe su interrumpida narracion.

—Lo haré; pero es á partir de este momento, desde cuando yo tambien tengo que pedir á Vd. un servicio, un inmenso servicio.

—Ordene Vd., bella María.

—Yo necesito de la indulgencia de Vd., de toda su indulgencia.

No me pide Vd. nada, María, que no sea una inclinacion de mis hábitos, una costumbre innata en mí. Hay ciertos séres cobardes que no solo hacen gala de una tirania brutal para juzgar las faltas ó los errores de las mugeres, sinó que llevan la complacencia de su innoble lujo, hasta cebarse en una debilidad, que debieran ser los primeros en respetar. Ahora y siempre he tenido una predisposicion muy marcada á perdonar esas faltas y esos errores en Vds., sobre todo, cuando comprendo que ese *error* no tiene por origen una mala accion, y esa *falta*, un deseo impúdico de corrupcion. En tésis general, creo mas, y es, que de todas las faltas y de todos los errores de Vds. las mugeres, nadie debe ser responsable sinó los hombres.

La reputacion, se las dá á ustedes la sociedad con la misma facilidad con que se las quita. Yo no sé si Vdes. dán alguna vez la felicidad; pero creo sinceramente que jamás la reciben, pues hasta la hermosura y gracia son

productos, casi siempre, del ajeno juicio, cuando no de una convicción ficticia.

Una mujer no tiene su virtud ni en sus propósitos ni en sus acciones: mucho menos la reparación de sus faltas, por leves que sean.

Por mas que se reserve y se aisle, el pensamiento del mundo profanará á su antojo las intenciones de su retiro: por mas que se encumbre ó se remonte, se encontrará sin alas para tomar vuelo, y está condenada á detenerse en el punto en que se pára, y á permanecer en él eternamente, si una fuerza estraña no viene á empujarla.

La opinion injusta que de una de ustedes forma la sociedad, solo la sociedad misma puede rectificarla, y para complemento de lo mísero de la condicion de una pobre mujer, el concepto que adquiere con el trato de hombres frívolos y superficiales, no se desvanece con su alejamiento, ó su abandono: es necesario el amor de otro hombre superior y virtuoso para esta rehabilitacion.

¿Creerá Vd. María, que con estas ideas sobre la mujer no seré indulgente con Vd.?

—Si; pero es que yo misma no puedo, no quiero ser indulgente conmigo misma. Jamás me perdonaré mi culpa.

—Veremos María: continúe Vd. su narracion. Yo he de ser franco con Vd.

—Continúo.

Decia á Vd. abordo del vapor, que en aquella lucha de sentimientos encontrados en que, por un momento me encontré indecisa, el carácter franco, impetuoso, ardiente, audaz, casi fantástico de Arturo, habia triunfado sobre el génio dulce y apacible de Cárlos, y que al fin yo me sentia enamorada del mayor de estos dos hermanos, que la fatalidad, ó el capricho del destino habia colocado en mi camino.

Viniendo siempre juntos á mi casa, era imposible que

Cárlos no se apercibiese de mi predileccion por Arturo.

No sé lo que su corazon sentia; pero jamás observé en él la mas leve mudanza para con su hermano.

Otro tanto sucedia con respecto á mí: evitaba, es verdad, á partir de cierto momento, de encontrarse solo conmigo; pero cuando el acaso nos reunia, por uno ó varios instantes, Cárlos era siempre fino, atento, cortés hasta la esquisiteza galanteria.

Sin que yo pudiera darme cuenta de la razon que tal idea me inspirase, yo hubiera deseado, quizá como un tributo de vanidad pueril para mi orgullo, que el mancebo me *diese quejas*, que continuase hablándome de su amor, y de su ardiente pasion.

Vana esperanza.

Si Cárlos era dulce y tierno, no por eso dejaba de tener ese lejítimo amor propio, que es innato en el hombre que tiene la conciencia de su valer.

Pero si estas ideas asomaban de vez en cuando á mi imaginacion, confieso á Vd. que el amor de Arturo, llenaba por completo mi corazon.

Arturo era no solo un hombre simpático, instruido, elegante y de un físico distinguido, sino *encantador*.

Su vida habia sido algo tormentosa: con un abandono que á mí me parecia ingénuo, me confesaba sus liviandades, haciendo deslizar ante mis ojos, como una procesion de libertinage, las voluptuosidades licenciosas á que se habia entregado en Paris.

Cuando me hablaba de su amor, me parecia que no pisaba la tierra: que uno y otro nos encontrábamos sentados en el paraiso, asistiendo á los primeros dias de la creacion en los que, en el canto de las aves, en la brisa que juguetaba con el agua dormida de los lagos, y hasta en el perfume de las flores, nos parecia ver la imágen del amor que confundia nuestras almas en éstasis voluptuoso?... .

Aquella era mi pasion primera, y como tal, era ardiente, volcánica, impetuosa tambien.

Al principio, Arturo solo me veia dos veces por semana.

Su ausencia me entristecia.

Yo le pedí que viniese con mas frecuencia, y accedió al momento, visitándome diariamente.

Al fin mi tia se apercibió de nuestros amores.

Un dia muy temprano llamaron á la puerta de mi aposento.

Yo estaba todavia en la cama, flotando en ese cielo de puras ilusiones, que sonrie siempre para los que aman.

Era la Condesa.

Si su visita inesperada me sorprendió, mucho mas me sorprendió el tono de su conversacion.

Arrimó una silla, y se sentó.

—Aún cuando comprendo toda la antipatía que te inspiro, vengo á cumplir un deber sagrado, María. Todo lo he comprendido, y todo lo sé. Arturo te ha dicho que te ama, y tú estás locamente enamorada de él.

—Y él lo está de mí—le contesté con viveza y energia.

—No te impacientes, niña: déjame hablar por un instante.

Eres muy jóven todavia: entras apenas al camino del mundo, sin esperiencia ninguna. Arturo es tu primera pasion. Incauta é inocente, te has entregado á sus afectos, cediendo á los impulsos de tu corazon. En esta eleccion creo vislumbrar un peligro para tí; y digo en *esta eleccion*, porque llamada á elejir entre ambos hermanos, tu conveniencia, tu porvenir, la felicidad de toda tu vida, debiera haberte aconsejado que entregaras tu corazon á Carlos. ¡Cuánta diferencia entre uno y otro! Yo los conozco á ambos. Les he visto nacer, y crear á mi lado. Esas dos

existencias son muy distintas. Arturo es bueno; pero su juventud ha sido tormentosa, adquiriendo en ella los hábitos de una disipacion, en los que, casi siempre, naufragan y se estinguen los sentimientos puros y tiernos.

Cuando has conocido á Cárlos, su alma y su corazon estaban tan puros como el tuyo. Jamás muger alguna le habia impresionado antes. En este momento mismo te ama, quizás con mas dulzura y afecto que Arturo.

—Oh! no! Eso es imposible señora.

—No te irrites. Yo bien comprendo que no hay nada mas rebelde á la voz de la razon, y á los consejos de la amistad, que un corazon enamorado. No creas tampoco, hija mia, que yo pretenda contrariarte. He venido aquí tan solo con la intencion de darte un aviso, y hacerte una prevencion, señalándote las espinas que hay en un camino, que tú crees de flores. Piensa en mis palabras sin enojo y con calma, y tal vez, en un momento de reconcentracion tranquila y reflexiva te convencerás de que no he sido tan mala para tí, como las apariencias pudieran hacértelo comprender.

Mi tia se levantó con gravedad, y salió de mi cuarto.

Se lo confieso á Vd. señor: fuese la impresion de profunda sorpresa que en mi ánimo produjo aquel lenguaje, que por vez primera yo veia caer de lábios de mi adustia: fuese que en la misma mansedumbre de sus palabras, me pareciese vislumbrar un éco de sinceridad, de que hasta entónces yo la habia creido incapaz, la verdad es, que algunos momentos, me sentí completamente subyugada al poder de sus reflexiones.

Pero, ay! yo estaba enamorada, y en lo que mas tarde pude comprender que era el noble deseo de desviarme de un peligro inminente, yo solo descubrí el pérfido intento de hacerme caer en una celada grosera.

A partir de ese instante, mi ruda incredulidad y la

fatalidad, debían anunciarme las horas de mis próximas y tremendas desgracias. . . .

Decía estas últimas palabras la encantadora María, cuyos ojos despedían fuego, cuando se sintió un tiro fuera del rancho. .

—¡Santo Dios! gritó ella. ¿Qué es esto? ¿Quién habrá disparado ese tiro? Despierte Vd. al Abate, señor V. . . . : pronto, pronto.

—No se alarme Vd., María. Espere Vd. un segundo: yo veré lo que hay. Entre tanto, respetemos el sueño de ese respetable sacerdote.

Yo tomé un *revolver*, que habia visto ántes encima de un *chiffonière*, y abrí la puerta, en el mismo momento en que distinguí un hombre, que venia corriendo en direccion al *Rancho* del Abate.

Iba á dispararle, cuando una voz, que conocí, me gritó:

—Soy yo señor: soy yo. . . .

Y ¿quién habia de ser?

Nada menos que mi criado, que pagando un tributo muy comun á *ciertas sensaciones*, habia pretendido introducirse al interior de un pequeño rancho, que estaba al pié de la colina, donde, á mi paso por allí, pude ver que, entre otras, habia una *muchachona* fornida, cuyo fisico habria hecho la desesperacion de Hog, el famoso *depurador* del aceite de Bacalao.

Estaba visto: el noble *fámulo* creyó mas prudente, y sobre todo mas provechoso, buscar un *pasatiempo* cualquiera, que no estarse de *centinela* en los corredores que rodeaban la mansion del señor Granier.

María, muger de finísimo talento, y con esa malicia que se desarrolla en las de su sexo con pasmosa fecundidad, así que reconoció á mi criado Eulojio, comprendió que aquel pistoletazo, era un *disparo amoroso*.

Me lanzó una mirada, y se limitó á decir:

—Qué susto me ha dado este muchacho!

Eulojio quiso darme algunas esplicaciones; pero yo me contenté entonces con decirle:

—Está bien: siéntate ahí fuera, y espérame. . . .

Antes de volver á tomar nuestros asientos, María, en puntillas de pié, pasó al dormitorio del abate, que, vestido, estaba tendido en la cama.

La madre iba á ver á su hijo.

El angelito dormia. . . .

—Qué bueno es!—la dije.

—Ah señor! Yo no creo que haya criatura mas bondadosa. De noche, rara vez se despierta.

—¿Duerme aquí?

—Nó! Yo tengo una pieza allí *abajo*, en casa de Gregorio.

Aquí paso, casi siempre, el dia entero. La noche en compañía de esa humilde familia. . . .

María volvió á sentarse, y tomó el hilo, otra vez interrumpido, de su amoroso relato.

XI.

Saqué el reloj!

Ya era mas de la una de la mañana.

Se lo dije á la hermosa madre, que me preguntó la hora, y ella continuó:

—Sin que pudiese, apartarse de mi imaginacion las palabras de mi vieja tia, estaba impaciente porque llegase la hora de encontrarme con Arturo.

Cuando dos personas se aman con sinceridad, sienten una necesidad suprema de comunicarse recíprocamente todo cuanto les pasa durante las horas en que, la ausencia los

separa: para las almas enamoradas, jamás debe haber secretos, pues que en ese testimonio de confianza mútua, créen descubrir nuevos síntomas del tierno amor que los confunde en el santuario de las dulces afecciones.

Contra mi esperanza, Arturo no vino á la hora de costumbre.

Pasó una mas, pasaron dos; pero en vano: Arturo no venia.

Yo ya estaba devorada por la impaciencia de las *enamoradas*, impaciencia única en su género, porque *siente, sin reflexionar*, segun la espresion de una muger célebre, cuando salí de la duda que me atormentaba.

Al caer la tarde, una de las criadas de la señora de Belléville vino á decir á mi tia, que la marquesa habia tenido un ataque apoplético, y que, aún cuando los médicos acababan de declararla fuera de peligro, estaba todavia bastante delicada.

Yo daba mi leccion de canto, cuando Gaston me lo vino á participar.

La condesa íntima amiga de la madre de Arturo, mandó poner el carruage, y corrió á su Palacio.

Me quedé sola; porque hacía una semana precisamente, que el abate Granier se habia visto precisado á ir hasta Burdeos, donde tenia una parte de su familia.

Gaston, con esa fidelidad que nace de la pasion que tienen estos viejos servidores, para con los hijos de los padres de quienes recibieron toda clase de beneficios, era el confidente de mis amores con Arturo.

La tarde caia ya, cuando Gaston llamó á mí cuarto, donde yo pasaba la mayor parte del dia.

—Ahí está—me dijo.

—Cómo? Arturo ha venido?

—Sí, *mademoiselle*.

Insensata de mí: en ese momento, no pensé sinó en

correr á verle: jamás habia sentido tanto esa necesidad.

Arturo me esperaba en una pequeña pieza, contigua al gran salon de mi tia. Cuando ella no estaba, nadie penetraba á ese *apartamento* del Palacio.

Apenas hube cambiado algunas palabras con Arturo, preguntándole por la salud de su señora madre, le referí todo cuanto esa mañana me habia dicho mi tia, la vieja condesa.

El jóven tuvo varios movimientos, que fluctuaron entre la indignacion y la ternura, y despues de haberme hecho un retrato al *natural* de mi tia, concluyó diciéndome, que la causa de su malquerencia para con él, prevenia de que ella sabia que se burlaba constantemente de sus ridículas pretensiones, á parecer linda, jóven y elegante. . . .

Enagenada de gozo, me levanté de la *otomana* en que estaba sentada frente al sillón que ocupaba Arturo, y tendiéndole la mano con pasion, le dije, fuera de mí.

—Gracias, gracias Arturo mio. Hoy te amo mas que nunca.

Para mí ya no habia duda: mi tia habia querido alejarme de él por *celos*!

María se detuvo. Bajó los ojos, y dejó escapar de su pecho un hondo suspiro. . . .

La situacion era solemne.

Una palabra mia, en cualquier sentido que se la dijese, podia parecerle una interrupcion importuna.

Dejé, pues, que ella misma volviese á tomar la iniciativa.

No tardó en hacerlo.

—¡Qué espantoso recuerdo! Dios de mis dias! exclamó con todo el acento de un pesar sincero—Es la primer vez que le evoco para una confidencia, y al volver con la memoria á ese sitio y á este momento, quisiera poderlo arrancar para no recordarlo jamás. . . .

—Hable Vd. María: desahoguese con entera libertad y abandono: se confía Vd. á un caballero.

—Oh! Sí, si: lo comprendo: lo sé! Pues bien: déjeme Vd. hablarle sin reserva, sin un escrúpulo que podría parecer legítimo en una muger, que, créalo Vd. señor, harto ha purgado ya su falta, con el arrepentimiento de su culpa! . . .

En ese momento María estaba exitada: sus mejillas encendidas como la grana: sus ojos y sus labios húmedos, como si una sensacion deliciosa la arrobase.

—Si hay amor, si hay algo que nos sublimiza, que nos levanta á Dios, que nos hace comprender que la ventura, los goces y la felicidad no son una palabra vana, una ilusion de la fantasia calenturienta, sinó un presente del cielo, que nos brinda la mano de ese Dios, créame Vd. señor—me dijo María—que yo lo gozé todo en el instante que le pinto.

Cuando yo le tendí mi mano á Arturo, él, como quien despierta de un sueño, trémulo, ardiente, apasionado, se puso de pié, y por un movimiento maquinal, me imprimió un beso, y otro beso, y otro beso sobre la mano.

Se la quise retirar; pero el calor de sus labios, en cuyo fuego voluptuoso me parecia sentir el calor de su alma, el calor de su corazon, el calor del amor que me juraba, me convirtió en una esclava indefensa de aquella peligrosa tentacion.

Arturo, comprendiendo sin duda mi completa impotencia para luchar, me enlazó con su brazo por el cuello, y haciendo un esfuerzo que parecia involuntario, acercó su semblante á mis mejillas, y sin que yo supiese cómo, mis labios se encontraron con los suyos. . . .

Ah señor! Yo he sufrido mucho: desde entonces, mi vida es un martirio constante, en la que no ha vuelto á calentar mi frente el sol de la felicidad; pero en

ese día, en esa hora, en aquel momento, yo ví la gloria, yo ví los cielos, yo toqué la dicha, yo conocí el deleite Dios mio! Dios mio! no sé lo que he dicho: perdóneme Vd. señor: soy una insensata: perdóneme Vd.

María dijo estas palabras con ese fuego ardiente y volcánico que imprimen el delirio, y al dejarse caer, como rendida, sobre el blando cojín de la otomana, semejando una beldad de las leyendas Griegas, abandonada á la merced de un rudo y atezado corsario, sus ojos grandes y centellantes, vagaban en un fluido etéreo.

Yo tambien en aquel momento no me acordaba de nada: ni de mi viaje al Paraguay, ni de los contratiempos que, fortuitamente, me habian llevado á la cima de aquella Colina: ni del *Uruguay* y sus pasajeros, ni del abate Granier, ni de lo misterioso de su existencia y de su choza, ni del niño, ni de nadie en una palabra

Todo mi pensamiento y toda mi atencion, se reconcentraron en la contemplacion, muda y asombrada de aquella muger, que me parecia una vision de la divinidad!

No sé porque, creí que hasta entonces, no me habia dado cuenta de su extraordinaria belleza, de su talento superior, del temple de su alma, que parecia acrisolada en la luz de todos los dolores y todos los deleites.

Jamás me habia parecido mas linda, mas tentadora una muger!

Reinaba en torno suyo, el perfume fragante de juventud y atraccion que circunda como una aureola á las mugeres que no han cumplido los veinte años.

Era alta su estatura, ancho y sacado su pecho, rápido y vivísimo su mirar: voluble y nervioso su gesto, impetuoso su ademan, dulcísimo, penetrante, simpático el éco de su voz: clara, pronta, ingeniosa, aguda, pintorezca, casi oriental su espresion; y pensando que en el dia en que la pinto estaba en un rancho olvidado de la Pampa

Argentina, difícilmente se comprendería cómo se encontraba allí aquella muger, planta indígena de los salones, sobre la cual debían brillar, como un sol vivificante, las lámparas de los festines.

María continuaba como aletargada.

Yo me asusté.

Un llanto verdaderamente providencial, vino á sacarla de la especie de postracion en que habia caido: su hijo acababa de despertarse!

Corrió á su encuentro; pero el Abate lo tenia ya en sus brazos.

Dije antes, que dormia vestido sobre la cama.

La luna habia replegado ya su manto de plata, y las sombras de una noche silenciosa y tranquila hospedaban en su seno misterioso, aquel sitio, y aquella naturaleza virginal.

XIII.

María daba de mamar á su Arturo.

El señor Granier pasó al saloncito.

Sus facciones estaban serenas y tranquilas.

—¿Ha descansado Vd. señor? le pregunté.

Con la mano me hizo una seña, diciéndome que no, al mismo tiempo que, de modo que María le oyese, contestaba:

—Sí señor.

No era difícil comprender al sacerdote: á mí, deseaba hacerme saber que todo lo habia escuchado: á María, le interesaba ocultárselo.

¿Qué nuevo misterio habia en este nuevo episodio de esa historia, cuyo desenlace era aventurado presentir ó adivinar?

Lo sabrá el bondadoso lector mas adelante.

—Mucho han conversado Vdes. señor V...—continuó el Abate.

—Bastante señor. Ha sido una conversacion que me está inspirando gran interés.

—Lo mismo le habrá sucedido á María, al oír hablar de su Buenos Aires.

—Aún no hemos cambiado una sola palabra sobre su Patria.

—Cómo? Y ¿en qué han ôcupado Vdes. tanto tiempo?

—Esa hermosa niña me ha hecho la historia de su vida, desde su salida de Buenos Aires.

Con gran sorpresa mia, y creo que del sacerdote tambien, María se presentó delante de nosotros: traia al angelito en sus brazos. Dormia con la boca en el pecho, que ella ocultaba cuidadosamente con un pañuelo de *Valencianas*, colocado con esa coquetería de la que, como dice madame de Geslin, “no se olvida una muger, ni aún “para acomodar la cabeza en la almohada á la hora de morir.”

—Y sin embargo, todavía no he terminado esa historia—esclamó la encantadora peregrina.

—La terminaré yo, hija mia. Ahora me toca á mí ordenarte que te recojas, una hora al menos. El dia vendrá muy luego, y supongo que desearás ir á despedirte de la señora que está en el vapor.

—Sabe Vd. Marqués y amigo, que un deseo de Vd., es una órden para mí.

—No hija mia: si te contrarío, si deseas ser tú la que concluyas de referir los incidentes de tu agitada vida á este caballero, yo me encaminaré á nuestro pequeño templo.

—De ningun modo señor. Voy á recogerme por algunos instantes.

Al decir esto, entró á la alcoba.

Entonces el Abate se me acercó mucho, y en voz casi apagada, me dijo:

—Conozco muchísimo la naturaleza de esta infortunada criatura. Pocas veces la he sentido tan escitada y conmovida como hace un instante, cuando le referia á Vd., con todo el fuego de su impetuosa pasion, el encuentro que tuvo con el hombre que marchitó la flor de su pureza. Ese ardor, esa vehemencia, esa especie de delirio que pareció dominarla al concluir, me han aterrado.

Démosle un momento de tregua y reposo. Yo le completaré á Vd. ese cuadro de infortunios y de lágrimas, que han ligado los últimos años de mi trabajada existencia, á los dias en flor y en primavera de María.

—Gracias, señor Marqués: gracias. Es esta una nueva deuda de gratitud que con Vd. contraigo, y á la que no seré ingrato.

—Voy á continuar.

Yo me hallaba ausente del Castillo de la tia de María, donde vivia, cuando sucedió lo que le ha referido á Vd.

Estando en Burdeos por asuntos de familia, recibí una carta de la condesa, en la que me llamaba con urgencia.

No sé por qué, presentí alguna gran desgracia.

Sin pérdida de tiempo, me puse en camino.

Apenas llegué, la condesa me hizo partícipe de los temores que la preocupaban hacia dias. Su lenguaje y el interés que manifestó por la suerte de María, me sorprendieron agradablemente.

Por mucho que yo velase por ella, confieso á Vd. que jamás me habia apercibido de la intimidad que entonces supe, existía ya entre María y Arturo.

Ni mi sacerdocio, ni mi edad, ni mis hábitos de vida debian llevarme á ese terreno. Sin embargo, viendo la insistencia con que aquellos dos hermanos venian á la

casa; comprendiendo todo el poder que sobre un hombre cualquiera debia ejercer una mujer de la hermosura, de la educacion y de la fortuna de la hija de mi noble amigo, y conociendo las ideas con que se habia educado, y en las que habia crecido, y apesar de no serme extraño lo fantástico de su imaginacion, yo creia, que el corazon de María no vacilaría jamás entre Arturo y Carlos, decidiéndose, sin escitar, por este último.

La revelacion inesperada de su tia, me hizo comprender lo contrario.

Yo conocia, contra mi deseo, es verdad, la vida de Arturo.

Su bondadosa madre, en esas horas de abandono y confianza que tenemos la dicha de inspirar, cuando hacemos de nuestro sacerdocio en la tierra, una mision digna y elevada, en vez de un agente repugnante de especulacion y mentira, me habia pedido, con todo el tierno afecto del amor maternal, que aconsejase á su hijo: que le hiciera comprender lo estéril de los sacrificios que hacia, comprándose placeres, que no dejaban otra huella en el corazon de los hombres de su talla y de su cuna, que el remordimiento, el dolor y la vergüenza.

Arturo, fugaz, dulce, simpático, aunque impetuoso en sus actos y en su modo de ser, cada vez que le hablaba, me prometia saludable enmienda; pero apenas iba á Paris, ó de allí recibia cartas, todo lo olvidaba, y se entregaba de nuevo á esa vida vertiginosa, que en el mundo de los placeres ha dado tan triste celebridad á la capital de la Francia, á la bulliciosa *Atenas* de los modernos tiempos.

Educado en esa escuela, en que la corrupcion y el vicio se disputan la palma, en el terreno de una liviandad sin límites ni fronteras, Arturo, que conocia la inocencia de María, así que se sintió dueño de su corazon, y de su pen-

samiento, comprendió cuán fácil le sería su conquista.

Impresionado ya con el peligro que lo amenazaba, por las revelaciones que el día de mi llegada acababa de hacerme la condesa, resolví hablarle con cariño; pero con la autoridad que me daba mi calidad de *tutor*.

Eran las once de la noche.

María leía en su cuarto una novela de Bullwar, cuando la sorprendí con mi presencia.

En dos palabras le espliqué el motivo de aquella visita.

Entonces comprendí, que *ya era tarde!*

Anegada en llanto se precipitó en mis brazos, exclamando con acento desgarrador: *perdon! perdon padre mio!*

No había que perder un segundo.

Dueño de un secreto fatal, resolví verlo á Arturo, para intimarle, si preciso era, que inmediatamente llevase á María, al pié del altar.

Pero todo se había conjurado contra nosotros.

Al día siguiente la marquesa de Belleville tuvo un nuevo y último ataque apoplético: su agonía duró tres días. Al amanecer del cuarto, espiró en brazos de sus dos hijos, que la idolatraban. Por grave que fuera la situación para mí, ¿debía interrogar la conciencia de Arturo, y hacerle comprender los deberes que su honor le imponían, sobre el cadáver todavía túbio de su madre?

Me resigné confiado á la situación.

Se pasaron quince días.

María no salía de su cuarto. Ella misma se había impuesto un encierro riguroso.

La condesa, mas bondadosa en esto de lo que yo tenía derecho á esperar de su carácter díscolo, y siempre dispuesto á dar pábulo á la malicia, nada desconfiaba todavía.

Me habia contado que María amaba al jóven Arturo, y al saberla en silencioso retraimiento, creia que con esa conducta, mezclaba su dolor al que affigia el corazon del hombre, á quien habia entregado su corazon.

Un domingo por la mañana, fuí al castillo de *Belleville*.

Mi resolucion estaba tomada: iba á comunicarsela á Arturo.

Apenas me anuncié, salió á mi encuentro Cárlos.

Como siempre, digno, elevado, y severo, sin escluir la bondad y la dulzura en sus modales y en su conversacion.

En su semblante se conocian, á primera vista, las huellas de un dolor profundo. Hijo cariñoso, la pérdida de su madre habia postrado su espíritu, y abatido su gran corazon.

¿Quién resiste tampoco, impasible, un golpe de esta naturaleza?

¿Quién no llora, con un amor intenso, con sincera pena con amargura melancólica, la pérdida de una madre, de ese divino sér que nos ha calentado en su regazo amoroso que nos ha confortado con el calor de sus lábios, que nos ha enseñado las primeras oraciones, que ha elevado nuestras almas infantiles hasta el espíritu de Dios, que vela á nuestro lado, desde la cunã hasta la tumba?

Un poeta compatriota de Vd. lo ha dicho:

MADRE! . . sagrado y delicioso nombre
Lleno de encanto y celestial dulzura,—
Dulce al par de los himnos armoniosos
Que en el cielo los ángeles modulan;

Nombre que llena el corazon de gozo,
Y de placer y dicha el alma inunda;
Precioso don que el cielo concediera
Al mortal en su triste desventura;

Unico bien que el hombre no perdiera
Despues que maldecido por su culpa,
Se le cerraron del Eden las puertas,
Para aplacar de Dios las iras justas.

Ah! MADRE... cinco cifras matizadas
De placer, de esperanza y de ventura;
Unico encanto de la triste vida,
Blando solaz que el corazon disfruta.

Al escuchar tu nombre delicioso,
El infante que llora entre la cuna,
En sonrisas de júbilo inefable
Rápido cambia el llanto de amargura.

Nombre adorado que de gozo lleno,
El débil niño con placer pronuncia,
Y que forma las dichas y el contento
De su existencia celestial y pura;

Arcángel tutelar de nuestra infancia,
Que entre caricias la niñez arrullas,
Misionera del bien y las virtudes,
Dulce consuelo de la edad adulta;

Mágico nombre, arrobador, divino,
De dicha lleno y celestial ternura;
Mas dulce que las auras vagarosas
Que entre las flores con amor susurran.

XIV.

Todo esto era una madre para Cárlos—continuó el abate, en pós de un momento de pausa.

Por eso su alma y su corazon se habian enlutado ante su tumba.

Después de algunas palabras de indispensable etiqueta, en tales casos, le pregunté:

—¿Cómo está Arturo?

—Bien, señor marqués: anoche partió para París.

La sangre se me heló en las venas.

—Arturo ya no estaba en el hogar de que apenas había desaparecido su anciana madre. ¿Huía de María?

Qué horrible duda!

No quise ni pude creer tamaña infamia.

—Y durará mucho su ausencia?—pregunté á Carlos, tratando de disimular la emoción que me dominaba.

—Lo temo, señor abate: Arturo es un hombre impresionable.

La muerte de mi madre le ha causado verdadero dolor. Esta soledad, lo aumentaría. La vida de París—repítele él con frecuencia—es un antídoto que todo lo cura.

—¿Incluso la pena producida por la muerte de una madre?

Carlos calló.

Sin querer, quizás, yo le había lastimado.

No quise decir una sílaba más. Si Carlos ignoraba la conducta de su hermano, ¿para qué iniciarlo prematuramente en la desgracia de María?

Me retiré meditabundo y pensativo.

¿Conocía María la ausencia de Arturo?

Era preciso averiguarlo.

Subí á su cuarto con ese fin.

Al oír mi pregunta, lanzó un grito espantoso!

Un presentimiento sombrío descubrió ante sus ojos, el porvenir que su inesperienza y la cobardía de un hombre, le reservaban.

Su desesperación no tuvo límites: yo creí que perdía la razón. A partir de esa tarde, cayó en una postración

completa: vino la fiebre y se declaró el delirio. Sus lamentos, arrancaban pedazos del alma.

Yo olvidé su situación, para solo cuidarme de salvarla: la idea de perderla, me aterraba. Quizá esta era una debilidad de mi espíritu; pero era un sentimiento íntimo de mi corazón.

Si era culpable ¿por qué no la había de perdonar yo, como Jesús perdonó á la Magdalena?

Esa pobre muger vive la vida de la disipación: aspira la atmósfera asfixiante de la orgía: bebe néctar ponzoñoso del placer grosero. Cambia el amor del alma, que es oro sin liga, por el amor del cuerpo, que es cieno infecto.

Magdalena vé á Jesús.

Su alma sufre una conmoción inesplicable: el rubor de la pérdida virginitad tiñe sus mejillas: ilusiones desconocidas invaden su corazón, que palpita trémulo de emoción y tristeza inmensa.

En los ojos del Cristo ha leído la condenación de una vida de crápula, vergüenza y mancilla: cae de hinojos, llora desolada, y al contemplar, por entre raudales de llanto que empañan su mirada, la faz augusta del inmortal legislador, encuéntrase redimida, y llena de esperanza sigue un tiempo al Hijo del Hombre, para vivir después, entre los horrores de una penitencia increíble, expiando los livianos errores de una aturdidajuventud.

La falta de mi María no era tan grande.

Jóven, sin mundo, sin experiencia, impetuosa, incendiada en la llamarada voluptuosa de un primer amor, cayó sin defensa posible, como la tórtola inocente que postra en el camino el plomo implacable del cazador.

La magnitud de las faltas se miden por la intención que las ha inspirado,

Pesar en la misma balanza las liviandades fangosas de una muger como Merétriz, que hace del vicio la única

pasion de sus sentidos, con las faltas de una niña sin mal-
dad, agena á toda pasion innoble, y para quien la virtud
ha sido objeto constante de un culto piro y respetuoso,
es cometer un contra-sentido, que la sana razon rechaza,
y pervertir de una manera chocante todas las nociones
del bien y del mal.

Sin embargo, yo no quise abrir de pronto mis brazos á
María.

Esperaba impaciente su mejoria, para hacerle sentir el
peso de mis reflexiones, sin querer por eso dilatar el ho-
rizonte de su infortunio.

Durante algunos dias su situacion fué gravísima: hubo
un instante en que los médicos la creyeron perdida.

Ese temor hacia mi desesperacion.

La muerte de María, sería el último y mas terrible
golpe de mi trabajada existencia.

Por fortuna, el Dios bondadoso permitió que la cien-
cia luchase con la terrible enfermedad, y á los doce dias
habia conseguido arrancarla á la muerte.

La convalescencia empezó con lentitud, en medio de
los mas finos y delicados cuidados.

Solo la condesa, tia de la niña, se alejaba de aqual mo-
vimiento expansivo de los mas tiernos afectos, contentán-
dose, seca, retraida, casi indiferente, con llegar cada
mañana á la puerta de la habitacion de la enferma, á
preguntar *como seguia*.

En cambio, un extraño á la familia se distinguia por
la constancia y asiduidad de sus cuidados.

Era Carlos!

Desde que supo la gravedad de la dolencia de María,
fué como una especie de *centinela* de su enfermedad,
pasando de dia y de noche á mi lado, visiblemente pre-
ocupado con las caprichosas peripecias del mal que la
aquejaba.

Al fin María se levantó de la cama, completamente fuera de peligro.

Durante todo el tiempo que permaneció postrada, ni Carlos, ni persona alguna había recibido noticias de Arturo.

Para mí, ya no podía quedar la menor duda respecto á sus intenciones: pensaba abandonar á la inocente víctima de su mentida pasión.

Y ¿había de resignarme yo á consentirlo, sin hacer comprender al cobarde asesino del honor de una mujer, toda la deformidad de su crimen odioso?

Eso habría sido profanar la memoria, para mí siempre querida, del noble padre de María, cuyo destino me legó como sagrado depósito, al tiempo de morir.

Me resolví á obrar . . .

XV.

Después de un instante de reposo, el señor Granier continuó:

—En París yo tenía varios sobrinos, entre otros, uno joven y *calavera*, amigo íntimo de Arturo.

Aunque me repugnase el medio, pensé que, quizá, él podría hacerme conocer su paradero.

Alhagado por esta esperanza, resolví marcharme á París.

La frecuencia con que hacia esos paseos, me garantía que nadie sospecharía el objeto con que emprendía éste.

Comunicé mi intención á María. Ya estaba casi buena de su enfermedad física; pero en su hermoso semblante, leíase la tristeza de su corazón.

—Por Dios señor Abate! Por Dios, no se demore Vd., me dijo cuando la fuí á dar mi bendición.

—No, hija mia: volveré inmediatamente. Mi ausencia durará un par de días.

—En ella desearia no ver à nadie, sinó á Gaston.

—Serás complacida.

Al dia siguiente de este diálogo, emprendia mi viaje. Omito mil circunstancias, para llegar pronto á lo que pueda interesar á Vd.

Apenas llegué, fuí en busca de mi sobrino.

Al verme en su casa, que no era por cierto el asilo de la moral, se quedó estupefacto.

Le espliqué suscintamente el objeto de mi visita.

—Casualmente hace hoy quince días, me dijo, que he tenido una ruptura con ese señor Arturo. Sin embargo yo me haré, no solo un deber, sinó un altísimo honor en acompañar hasta su morada, á mi digno tío, el señor marqués du Bac, Abate de Granier.

Una hora despues llegábamos á una casa de elegante aspecto, sita en *Passy*.

Llamamos: apareció un muchacho con una librea flameante.

—El señor Arturo de Belleville? pregunté:

—Está en casa, señor.

—Solo?

—No señor.

—Avísele Vd. que el Abate Granier desea hablarle con urgencia.

Instantáneamente fué y volvió el *valet de pied*, y me hizo entrar á un saloncito, ricamente amueblado. Todo estaba fresco, como dicen en mi Francia adorada, lo que me indicaba que Arturo acababa apenas de *montarse*.

A los cinco minutos, apareció el mancebo.

Era esbelto, elegante y de simpático conjunto.

Sin darme tiempo ni para saludarle, se dirigió, brusca y altaneramente á mi sobrino, preguntándole enfurecido:

—¿Con qué derecho viene Vd. á esta casa?

—Con el que me dá una voluntad soberana, jamás sacrificada á nadie.

—Caballeros! imterpuse yo—¿Olvidan Vdes. que un sacerdote se merece siempre el respeto de la juventud?

—Este hombre es un miserable, gritó fuera de sí Arturo, dirijiéndose á mi sobrino, Baron de Lavertigan.

Aún no habia concluido la palabra, cuando haciendo un movimiento rapidísimo, le estampó la mano en plena cara!

La violencia de esta escena produjo otra, en el interior de aquella casa, que mi propia dignidad me impide relatar.

Sigo omitiendo detalles, y continúo.

Al dia siguiente llegaban seis hombres, á una de las avenidas de *Fontainebleau*.

Uno de ellos era Arturo de Belleville: el otro, mi sobrino: los otros cuatro eran, dos padrinos y dos médicos.

Se iban á batir.

El duelo era á la *barrière*, como el que costó la vida al siempre llorado Armand Carrel:—colocarse á treinta pasos de distancia, y al oír la señal, caminar el uno sobre el otro, pudiendo hacer fuego cuando quisiesen.

En esta clase de lances cuando hay sangre fria y encono en ambos combatientes, no es aventurado presentir el desenlace. Casi siempre es sangriento y fatal.

Asi fué éste. . . .

En ese momento se sintió un sollozo comprimido en la pieza del abate. Era María. Despierta, sin duda, lo escuchaba todo.

El señor Granier, poseido de lo que me referia, continuó: ~~***~~

—Colocados Arturo y mi sobrino sobre el terreno, se dió la señal.

Ambos estaban visiblemente escitados.

Arturo permaneció de pié.

El Baron avanzó con toda lentitud. Apenas los dividian seis pasos, cuando se oyeron dos detonaciones....

Los dos habian tirado al mismo tiempo.

El Baron cayó tendido de un balazo, que le atravesó el pulmon izquierdo.

—Yo tambien estoy herido dijo tranquilamente Arturo—la bala ha penetrado en el vientre.

Uno y otro se batieron con rabia, y la *vanidad* y la *opinion*, Irminsul y Molock de este siglo, que apellidó bárbaras las supersticiones africanas y las religiones drúidicas, puso en manos de esos jóvenes la pistola homicida para dar á la sociedad testimonio sangriento de un honor de que tal vez los habia despojado ya sus propias acciones.

El orgullo lo corrompe todo, hasta la ley santa y eterna del sacrificio y de la espiacion.

A lo menos en las piedras drúidicas la víctima era un holocausto: á los sacrificios espiatorios de la vanidad personal divinizada, la ofrenda propiciatoria es un asesinato.

Se arrimaron los médicos inmediatamente.

—El Baron está muerto! dijo uno de ellos.

—Arturo apenas tendrá media docena de horas de vida—esclamó el otro.

Entonces llamó á su padrino, y le dijo algunas palabras en el oido.

Esa misma tarde moria en el dormitorio de la casa, donde yo le ví el dia antes!

Asistí á su agonía, y recibí sus últimos suspiros.

Poco antes de entregar su alma á Dios, y cuando su voz ya estaba casi apagada, me dijo:

—A María, que me perdone. Si es de mi sexo, que se

llame *Arturo*: si es del suyo, que le ponga el nombre de mi madre. Una parte de mi fortuna, le pertenece.....

No pudo hablar mas, y murió....

Misterios insondables de la Providencia!

Yo habia volado al encuentro de *Arturo* con la esperanza de traerlo para que se uniese con *María*, y lo que traia al volver al Castillo de su tia, era el nombre de la calle en que yacia su tumba, en el *Père la Chaise*!

Yo creí que no debia ocultarle nada á *María*, y que el camino mas prudente á tomar, era iniciarla en la terrible realidad, que caracterizaba, *désormais*, su situacion.

Con ese pensamiento, madurado por la reflexion de las horas de viaje, regresé al castillo.

Eran las ocho de la noche.

Antes de ver á *María*, pasé á conferenciar con su tia la Condesa.

Jamás he visto una frialdad semejante.

La noticia del trájico fin del que, quizá, podria haber sido esposo de su sobrina, la recibió con la misma indiferencia con que se le podria haber anunciado la muerte de una de las *yeguas Hamburguesas* que tiraban su *dorsey*.

Mi entrevista con la señora fué tormentosa. De ella resultó, que yo abandonaria el castillo, llevando conmigo á *María*.

Pasé á verla.

La encontré serena, y al parecer resignada.

Oyó cuando le referí con una calma, que me llenaba de espanto. Solo cuando le referí la última voluntad de *Arturo*, se estremeció de sorpresa, de dolor y de vergüenza tambien.

María, en la inocencia de una educacion, jamás profanada por la *malicia*, ignoraba que podia ser madre....

Recien entónces comprendió el abismo que tenia á sus pies!

Lloró amargamente, y despues de haberse desahogado con entera libertad, recobrando un tanto su perdida calma, y como quien se somete resignada á su nuevo destino, me preguntó:

—Y ¿qué piensa Vd. hacer, señor Abate?

—Ante todo, salir de esta casa.

—Yo tambien lo deseo: y en seguida?

—Lo resolveremos en Burdeos.

—Está bien señor: mañana mismo partiremos.

—Ya lo he prevenido á tu tia.

—Desearia irme sin verla.

—Has lo que creas mas conveniente á tu decoro y dignidad, hija mia.

Hablábamos de esta suerte en la habitacion de María, cuando su aya Petrona, entró, y me dijo:

—La señora Condesa pregunta, si la pueden recibir un momento: que tiene algo urgente que comunicar á *mademoiselle*.

—Díla que pase sin dilacion—me apresuré á contestar.

Aún no habiamos tenido tiempo de pensar qué podria motivar esta visita, cuando apareció la Condesa.

—Me felicito, dijo, que se encuentre aquí el marqués, porque, lo que tengo que decir á María, es breve, no por eso deja de tener cierta gravedad.

—Sea lo que sea, señora yo tambien anhelo que me diga Vd. pronto el objeto de su visita.

—Visita que te mortifica, ¿verdad?

—Y mucho.

—Pues bien, escucha, y verás como pago yo tu altanería. El jóven Carlos de Bélleville, invocando la pura amistad, que me ligaba á su respetable madre, acaba de

venir á pedirme, que sea yo la intérprete de sus pretensiones cerca de tí.

—No entiendo señora, dijo María.

—Ahora lo entenderás: Cárlos de Bélleville ha venido á pedirme tu mano: desea ser tu esposo!

¿Quién podia esperar una salida semejante?

Cárlos, desairado por María, pidiendo su mano!

Qué grandeza de alma!

En aquel momento, yo no sé lo que me sorprendió mas, si lo que acababa de decir la Condesa, ó la impasibilidad glacial con que la escuchó María.

Diríase que habia llegado á una situacion de ánimo y espíritu, en que nada la sorprendia, en que lo esperaba todo, en que todo le era indiferente.

María con una calma imperturbable, contestó á su tia:

—Mañana parto de esta casa y de estos sitios. Entre los recuerdos terribles que de aquí llevo, diga Vd. á Cárlos, que llevaré, como una compensacion á tanto dolor, la memoria de esta noble accion de su vida. Pero yo no le amo, y no puedo ser su esposa. Ademas, nadie me ha dado el derecho de recibir la mano de un hombre honrado para darle en cambio un corazon que fué de otro, que fué de un hermano suyo. .

La condesa se levantó y salió, sin darme tiempo á pensar en la rápida contestacion. . . .

Llegaba á esta parte de su narracion el distinguido Abate Granier, cuando María, aparentando levantarse de la cama, vino al saloncito.

CAPITULO IV.

EL DESPUNTAR DEL DIA—REGRESO AL VAPOR—ULTIMA PARTE DE LA VIDA DE MARIA—LA PARTIDA DE “LA PAZ”—CONVERSACION Á BORDO—UN JUICIO SOBRE ELISA LYNCH—LLEGADA Á CORRIENTES.

I.

Como sucede cuando dos personas se encuentran en la corriente de una conversacion que les interesa y despierta la atencion, ni el Abate ni yo nos habiamos preocupado de la hora.

—Es tiempo ya, señor, me dijo, de que pensemos en bajar á la costa. El dia empieza á venir, y ya saben ustedes que el señor Gutierrez advirtió que el vapor partiria al amanecer.

María traia á su hijo en los brazos, perfectamente cubierto.

—Le llevas? preguntó el Abate.

—Si señor: lo dejaremos *abajo*.

Sin mas preámbulos, salimos afuera, empezando á descender.

El resplandor del dia rebosaba ya, efectivamente, por las faldas de las colinas, y las nieblas azules del ameno sitio, dejaba descubierta la verdura de los campos y de los montes, como se descorren las cortinas de un lecho al

despertar de su sueño; y el astro de la mañana, al arrebatarse en pos de sí las emanaciones de la naturaleza ya fecundadas, hacia circular en la atmósfera olas de un aire impregnado de fuego, de sávia, de vida.

Al empezar el suave descenso de la colina, el señor Granier tomó el niño de brazos de María.

¡Qué noble, y que santa mision la que aquel hombre desempeñaba, sirviendo de escudo y de amparo, á la hija de su amigo de la infancia!

No tardamos en llegar al *Rancho* de Gregorio.

Este se hallaba entregando la leña.

La mujer y los tiernos hijos, ya estaban en pié.

En los campos, los hombres viven mas la vida de la naturaleza, gozando incesantemente de todos sus grandes espectáculos; del dia que nace entre los arboles abrigados del sol, y de las tardes que desaparecen en las sombras de la noche, reclinadas en sus rayos moribundos!

En los campos, las familias se recojen poco despues de ponerse el sol, y de ese modo, cuando la naturaleza se estremece para hacer brotar la luz del nuevo dia, todos asisten ya, *levantados*, á saludar las maravillas del Creador.

Ibamos á entrar á la modesta morada de aquellas buenas gentes, cuando sentimos gritos, á no larga distancia.

María, algo sobresaltada, se apresuró á entrar. El Abate con su preciosa carga, hizo otro tanto.

Yo me desvié unos pasos, y distinguí entonces á mi criado Eulogio, que se menudeaba sendos palos con un *gaucho*, alto, corpulento y fornido.

Eulogio no era un Atleta, en cuanto á su musculatura, pero pocos hombres he conocido mas intrépidos, ni valientes.

No habia que ser un observador profundo, para cono-

cer el origen y la causa de la riña: el tiro de la noche anterior, y la *muchachona* que vivía en el camino que conducía al Rancho del sacerdote, lo explicaban todo.

Me acerqué al terreno del combate, y no sin algun peligro, logré calmar á los héroes del garrote.

—El señor ha querido asaltar mi casa anoche, decia el paisano.

—No señor: yo andaba perdido en el campo: me acerqué por el fondo á ver si veía alguno, cuando Vd. me disparó un tiro.

—Mentira, señor: me andaba *rondando* á la muchacha.

—Qué me importa á mí de su

—Basta! dije entonces con cierto aire de autoridad, de que yo mismo no podia dejar de reirme. Nosotros nos embarcamos ahora mismo. Así quedará todo concluido. Y Vd. paisano—dirijiéndomele—cálmese; tal vez se ha engañado: venga al vapor tomaremos un trago á la salud de la *muchacha*. Y tú, Gregorio, véte por delante

Por lo visto, el *paisano* estaba realmente ofendido.

No me contestó siquiera: me miró con *ciertos ojos*, se dió vuelta, y tomó nuevamente el camino de su *Rancho*, de esa especie de *Aduar* solitario, que diseminado en las vastas llanuras de la Pampa Argentina, simboliza hasta hoy, y por desgracia, la triste condicion de esos hombres, en cuyas venas hay siempre sangre, para defender la libertad de la patria, satisfacer las ambiciones brutales de los caudillos, y pagar la ingratitud de los Gobiernos; pero para quienes, pobres peregrinos del nuevo dia, permanecen todavia cerradas las puertas del alegre festin en que nosotros, los moradores privilegiados de los pueblos, gozamos las delicias de una vida, de comodidades, de paz, de garantias y reposo en el hogar, que ellos solo vislumbran en sueños, porque la ven retratada en el espejo de sus esperanzas

Pobres hermanos míos!

Aunque por incidente, al evocar el recuerdo de uno de vosotros, yo hago votos, una vez más, porque los gobernantes que trafican indignamente con vuestra credulidad, sorprendiéndola con sus brillantes alhagos y promesas, cuando necesitan de vuestro concurso para trepar, piensen una vez al menos, que la libertad y las garantías de vuestra quietud en el hogar, son todavía una palabra vana, una mentira indigna, una burla sangrienta, para todos vosotros, nobles hijos de los campos y de las llanuras argentinas! . .

II.

Daban las seis de la mañana cuando subíamos á bordo del *Uruguay*.

En la *Playa* quedaba todavía alguna leña por tomar.

La mayor parte de los pasajeros gozaban ya, desde la toldilla, el risueño aspecto de una mañana, serena y hermosa.

Así que me vieron, empezaron á dirigirme algunas preguntas, matizadas de malicia é intencion.

Bribonazos! ¿No sería envidia?

—¿Estará Vd. contento? me dijo uno de ellos.

—¿Por qué?

—¿No sabe Vd. la novedad que tenemos ahora?

—Absolutamente.

—Una friolera: al ir á calentar la máquina, se ha descubierto que hay una pequeña pieza fracturada, y que es indispensable componerla.

—Y esa operación ¿durará?

—Lo menos un par de horas. Nosotros tememos que sean cuatro.

—En ese caso, permaneceremos aquí hasta las diez.

—De lo que Vd. se felicitará?

—*La franchise avant tout*: sí camaradás: me felicito y muy mucho de esta inesperada demora: la necesitaba.

—Caramba! es realmente encantadora! exclamó Cassafousth, viendo á María, que en ese instante salía de la Cámara, viniendo hácia donde estábamos.

El Abate conversaba en la costa con Gutierrez, y D. Antonio Lopez.

¿Con cuál de los dos debia seguir yo mi conversacion, para llegar al anhelado fin de la historia de María? ¿Con ella, ó con el señor Granier?

Pensaba en esto, cuando María se me acercó, diciéndome:

—¿Qué desean ustedes hacer hasta la hora de la partida?

—Podíamos dar otro paseo por las cercanias, si á los compañeros les parece, contesté.

—Lo habiamos pensado, y solo esperábamos á *nuestra compañera* de viaje para emprender la marcha, agregó D. José María Gimenez con su habitual cachaza.

La dama en cuestion, hacia su *toilette*.

Hay muchas mujeres para quienes esta es una de las primeras pasiones, y como Severo Catalina sostiene en su libro sobre *ellas*, que esa es una pasion *muy inocente*, las que conocen la empalagosa obra del famoso *mujerengo* (pido mis perdones al digno señor D. Juan Thompson, que es uno de sus entusiastas admiradores) cultivan amorosas esa pasion, que escribiendo la palabra *ruina* en muchos hogares, ha llevado y lleva, á no pocos, el llanto y la desesperacion!

Por fin nos encontramos todos reunidos.

Bajamos á la costa.

Dos de los niñitos del paisano Gregorio, se entretenian

alegremente en jugar, á pocas varas del sitio en que su padre presenciaba la entrega de las astillas de leña que faltaban.

Uno de esos niños, tendria siete años.

Me acerqué á él.

—Estás en la escuela, hijito?

—No señor.

Dirijiéndome al padre.

—Y ¿por qué no lo tiene en la escuela, amigo Gregorio?

—Por una razon muy sencilla *patron*: porque por aquí *no hay escuela* . .

Los roles se invirtieron: yo que temia que el padre de ese niño tuviese que confesarme con pesar y quizá con vergüenza su abandono, tuve que ruborizarme al pensar, que cuatro años despues de la caída de la tirania de Rosas, todavia vagaban en los campos y las ciudades, millares de criaturas que vejetaban en la ignorancia, porque los hombres encargados de velar por la educacion del pueblo, solo se ocupaban de satisfacer sus pasiones, de *partidarios exaltados*, desdeñando sus deberes de gobernantes reflexivos.

Cosas de la tierra!

—Vamos pues, caballeros, dijo en ese instante el honorable prelado. Si Vdes. me lo permiten, yo seré su *guía* de ustedes en este último paseo.

No hubo uno que no agradeciese la esquisita atencion del señor Granier.

Como quien ya se créa revestido del derecho de posesion, me adelanté y ofrecí mi brazo á María.

Ella esperaba que lo hiciese.

—No habia contado estar todavia á su lado de Vd. María.

—Ni yo pude suponer que este placer se prolongase tanto tiempo.

—¿Lo ha sido para Vd., realmente?

—Y ¿puede Vd. dudarle señor? Si hubiese Vd. pasado en esta soledad cerca de un año, sin haber visto mas persona con quien conversar algunas horas, que Elisa Lynch, de quien antes le hablé, entonces comprenderia Vd. señor, todo el encanto que habia en encontrar una persona como Vd.que me *haya comprendido*, que haya tomado parte en mi pena y en mi situacion.

—Y sin embargo....

Como yo me detuviese unos segundos, arrepentido de lo que iba á decir, ella me dijo en el acto.

—El qué? Diga Vd.—sea Vd. franco conmigo, como lo he sido, y soy yo con Vd.

—Y sin embargo, María..yo lamento profundamente haberme detenido aquí, haber conocido á Vd. y lo que es mas, haber pasado algunas horas en tan íntimo contacto con Vd..

Ya habíamos empezado á caminar.

Llevábamos la vanguardia de la comitiva, que venia fraccionada en tres grupos.

Mis palabras eran un tiro *á bout portant*.

Al oirlas, María dió vuelta la cabeza, como para ver dónde venian los compañeros....

En el primer momento, no me contestó una palabra.

Temiendo haberla lastimado en alguna de sus fibras sensibles, iba á pedirle ya que no diese una interpretacion desfavorable á mis palabras, cuando me contestó, con un acento, que habria dominado la cólera frenética del *Moro de Venecia*, cuando se sintió devorado por los celos:

—Y bien, amigo mio, soy yo la que lamento que Vd. haya venido á turbar el silencio y el reposo de mi desierto..¿Por qué vino Vd.? ¿Para qué vino Vd.? Dentro de un par de horas, nos habremos separado, tal vez para siempre. Usted, seguirá la senda florida á que le empu-

jan, su nombre, su posición, su edad, el porvenir que Dios le reserva: en tanto que yo, sin más amparo que el Abate seguiré prolongando esta vida, triste, abandonada y solitaria, sin tener un nuevo amigo, á cuyo lado me habrían parecido más cortas las horas de mi desgracia y de mi infortunio.

Las palabras de la infeliz María, me impresionaron fuertemente.

Por vez primera, desde el principio de sus confianzas, yo la ví espresar, con ese acento de la melancolía íntima que refleja los dolores del alma, lo terrible de su situación, lo angustioso de su existencia en la Paz.

—¿Sufre Vd. mucho aquí, María?— apenas atiné á preguntarle.

—Si sufro mucho!! Ah señor. . . . Pero veo que aún no sabe Vd. el resto de la historia de mi vida. Como Vd. lo comprendería, mientras el abate conversaba con Vd. anoche, yo velaba á mi hijo: despierta, escuchaba cuanto le refería á Vd.

—Sí: lo presumía.

—Bien pues. Aprovecharé de este paseo, y del tiempo que nos dan aquellas personas, para iniciarlo á Vd. en las últimas confianzas de mi vida. . . .

María estaba bastante escitada, y sin que yo me hubiese apercebido, tenía sus divinos ojos algo humedecidos.

—¿Quiere Vd. que subamos hasta aquella altura?— señalándome una colina inmediata, me preguntó. De allí gozaremos también un bello panorama.

—Vamos, amiga mía: vamos hácia donde Vd. desée. Subimos.

La linda muger tenía razón: el cuadro que de la cumbre se contemplaba, era encantador, y mirando al sol que dominaba, encendido, aunque no radiante, el verde anfi-

teatro de pintorescas colinas, y las aguas dormidas del río que á lo lejos gemia blandamente no pude menos que saludar admirado aquel grandioso disco, que se levantaba sobre los frondosos montes de perfumados naranjos, como la hostia consagrada por la mano de un sacerdote entre el humo del incienso....

III.

Llegados á la altura, nos sentamos.

María—en quien mas de una vez, durante las cortas horas que á su lado permanecí, habia podido observar la facilidad con que se dominaba—tomando cierto tono, al parecer natural, continuó:

A la mañana siguiente de la noche en que mi tía vino á decirme que Cárlos, el hermano de Arturo me ofrecia su mano, abandonamos el castillo de Bélleville; el abate, yo, y el bueno de Gaston.

Pasamos á Paris.

Mi salud seguia muy delicada.

Alarmado el señor Granier, que sin dejar de ser cariñoso habíase tornado algo grave para conmigo, hizo una consulta con algunos de los mejores médicos de Paris, y tanto Velpeau, como Trousseau y Delasiauve, le aconsejaron, que me hiciera viajar, divertirme y leer mucho.

En Europa esta es la receta ordinaria que se prescribe para la *distraccion*.

Primero, me llevaron á Italia.

Los viajes me distrajeron sin duda; pero mi distraccion no pasaba de los ojos.

Para la admiracion de las ruinas y de los monumentos se requiere una instruccion mas profunda que la que yo tenia, y por lo que hace al corazón, no es Italia, tal vez,

apesar de los encantos de su buena sociedad, el país mas apropósito donde una muger, nacida á orillas del Plata, pueda olvidar los caractéres del suyo.

Aquella correría, sin embargo, fué provechosa para mi salud, ya que no tanto para mi espíritu, y de vuelta á Burdeos, donde el abate tenia una parte de su familia, mi constitucion se habia fortificado, reconociéndome otra vez en disposicion de sostener, aun por mucho tiempo, la lucha de sentimientos y de propósitos, que se daban en mi corazon tan récia batalla.

Pero ¡ay! ninguno de mis sufrimientos anteriores podia parangonarse con la série de vejámenes, humillaciones y sinsabores que la Providencia me impuso despues de mi paseo por la encantadora Italia.

Este habia durado tres meses.

Hacia uno que estábamos de regreso.

Viviamos en el hotel de las *Colonias*, sito frente al teatro.

Yo tenia las mejores piezas de la casa. Gaston no me dejaba un momento.

El Marques ocupaba un pequeño apartamento del último piso.

Contra su costumbre, le empecé á notar retraido.

Pero ¡cómo ocultarme la causa de su frialdad?

Su edad, su ministerio, manantial de virtudes y bondades cuando el que lo ejerce se inspira en la sana doctrina del que humildemente oraba postrado en el huertecillo inmediato al *Cedron*—la responsabilidad que habia contraido para consigo mismo, de ser el guardian de mi honor, el amparo de mi horfandad, el mentor de mis acciones, le daban indisputable derecho á su enojo, á su resentimiento.

Esto no se podia ocultar; pero yo, que tenia tambien la conciencia de mi proceder; yo que solo podia acusarme

de haber entregado mi corazón á Arturo, desoyendo la pasión de Carlos; yo, cuya austera severidad para con mi propia debilidad, no me permitía disculparme á los ojos de mi juicio y de mi criterio, yo, á pesar de todo, me creía con derecho á esperar indulgencia del abate, por que, llamada ante su fallo á responder de mi culpa, yo podia en último caso preguntarle: *¿por qué no me apartaste del peligro? ¿por qué me abandonaste en la hora suprema en que mi pasión se habia convertido en un volcan?*

Ustedes los hombres, son implacables para juzgarnos, y sin embargo, cuando ceden á un convenio tácito de un falso amor propio, mas que una condenacion inspirada por la justicia y la moral, no siempre tienen presente, que son ustedes, con su infamia, con su falsía, con esas promesas doradas que deslumbran los ojos de una pobre muger, que solo aspira á la paz del hogar y al encanto de la familia, los que marchitan la flor de nuestra pureza, y despedazan el velo de nuestras ilusiones.

—Creo, como Vd. María.

—La conducta del señor abate, pues, si bien me dolia; y causaba pena, no me aterraba.

Hacia dias que yo presentia la tormenta.

Felizmente, para uno y otra, no tardó en desatarse pero no con el ímpetu, y la violencia que me temia.

Es á partir de ese dia, que data mi profundo respeto, mi amor entrañable, por el venerable sacerdote que hoy hace al lado mio, las veces del mas dulce, del mas tierno, del mas afectuoso de los padres.

Hacia un cuarto de hora que acababamos de comer.

La conversacion durante la mesa, habia sido menos familiar que de costumbre.

El marqués leía un diario de la tarde:

Repentinamente lo dejó; y viniendo á sentarse en un *confidente* en que yo me hallaba, me dijo afectuosamente:

—Supongo que tú conoces tu situación, María.

—Ni mi educación, ni mis hábitos de vida, aún cuando yo no pretendo ser una *mogigata*, me habrían permitido conocerla; pero mi ángel malo necesitaba una vez más hacer trizas mi dolorido corazón.

—No te comprendo, hija mía.

—Hallándonos en camino, Gaston me entregó una carta de mi tía la Condesa. En ella, tratándome con una dureza propia de su carácter, me decía, “que á una mujer *como yo*, le estaban cerradas para siempre las puertas de “su casa, y que el día, no lejano, en que yo tuviese que “ocultar el fruto de mi extravío, haría pública su voluntad, de desheredarme de la fortuna, que en su testamento nos legaba”

No puede Vd. imaginar, señor—continuó María—la impresión que estas palabras produjeron en el ánimo del marqués.

El rostro súbitamente encendido: la mirada de fuego, el ademán severo, se levantó como movido por un resorte invisible y exclamó:

—Cómo María! La Condesa ha tenido la audacia de escribirte eso?

Me acerqué á un pequeño *necessary* de viaje que habia sido de mi padre, y tomando un papel, le contesté:

—Aquí tiene Vd. la carta, señor.

Hago honor á los sentimientos del sacerdote: no fué la desconfianza de mi palabra, sinó la sorpresa de mi revelación, lo que le hizo *devorar* materialmente, el contenido de la epístola.

Un tanto serenado, el señor Granier me preguntó con visible curiosidad.

—Le contestaste, María.

—Inmediatamente.

—¿Será imprudencia preguntarte en qué sentido?

—¿Tengo yo por ventura algo reservado para Vd?: mi contestacion fué lacónica: se reduce á estas palabras: “no necesitaba Vd. cerrarme las puertas de su hogar, pues al dejarlas, juré que seria para siempre. Gracias á Vd., hoy *conozco mi situacion*. Es horrible; pero tendré fuerzas para sobre-llevarla; si es preciso sola, aun cuando Dios me anuncia, que el Abate, fiel al culto de la estrecha amistad que á mi padre lo ligó, no imitará la infamia de Vd., abandonándome.”

Ya sabe Vd. señor Marqués, cuál fué mi contestacion.

—Perdóname, perdónamé, María, se apresuró á decirme el Abate. Yo necesito tu perdon, pues en el momento en que tú hacias ese juicio de mí, yo te juzgaba con tanta severidad. . . si . . . si . . . tienes razon: jamás te abandonaré. Oh! jamás! Desde hoy, ligo completamente mi suerte á la tuya. Si has cometido una falta, que condeno con toda enerjia, pero que perdono, obedeciendo los preceptos del transfigurado del Thabor, á mi lado encontrarás el consuelo que brota del arrepentimiento.

Ah señor! Cuánto bien me hicieron aquellas palabras del Ministro de Dios! Parecíanne un suave concierto como el que oían resonar en los aires los pastores de Nazareth, cuando los ángeles del Señor les anunciaban la *buena nueva*.

Hombre de mundo, envejecido en todas las facces que presenta la vida, pero reservado y prudente, como si evocase un recuerdo fugitivo, se detuvo un momento despues de aquellas palabras, y volviéndose á mí con el acento de un padre verdadero, me dijo:

—Necesitas una compañera, una persona de tu sexo que esté contigo por algun tiempo. . . ¿me permites que te la traiga?

¿Qué queria Vd. que contestase? me preguntó María, bajando sus magníficos ojos negros, en cuyas pupilas la

naturaleza se sentiria orgullosa de verse reflejar en esa mañana—accedí sin vacilar. Al dia siguiente venian con el Abate dos personas: una señora anciana, de porte decente, y una aya ó sirvienta.

Cuatro meses estuvieron á mi lado, cuatro meses que reasúmen todo un poema de dolores, toda una historia de vejaciones, en la que, esa señora se complacia, no ya en mortificarme, sinó en humillarme con sus reconvenciones

Yo estoy cierta que una palabra mia al Abate, habria bastado para arrancarme de manos de mis verdugos, pero ¿cómo le daba esa pena?

Aquella señora era su hermana.

Preferí resignarme á mi triste suerte, alimentada por la fé de la esperanza, de esa misteriosa compañera, de la que no nos separamos un instante, desde que se abren nuestros ojos á la luz, hasta que reclinamos nuestra cabeza sobre la almohada del descanso eterno.

En medio de esos tormentos, que mas de una vez pusieron á prueba la fortaleza de mi alma y el temple de mi espíritu; cuando una noche eterna parecia cernirse sobre mi abatida frente; en los arranques de una desesperacion que se presentaba á mi vista sin horizontes, y cuando yo empezaba á sentir esa flaqueza que preludia al dolor que mata, me sentí una mañana vuelta á la vida por el llanto de un sér inocente, que parecia desprendido del coro de los ángeles del Cielo, y enviado por Dios al lado mio para hallar en sus caricias y sonrisas inocentes, un lenitivo á tanta pena, á dolor tanto!

Ah señor! ¡Qué dicha tan desconocida, que júbilo tan arrobador para mi existencia!

—Bravo! bravísimo!—*señores perdidos*--gritó en ese momento una voz á espaldas del sitio en que, tan sosegadamente conversábamos con María.

Eran nuestros compañeros, que habiendo tomado otro

camino, conducidos por el abate, venian á nuestro encuentro.

María se levantó precipitadamente, como si temiese que sus palabras hubiesen sido llevadas en las ondas aromáticas del aire de la mañana, á oídos de los que así se acercaban.

El terreno hacia una ligera ondulacion: para reunirnos, teniamos que dar un pequeño salto.

María lo dió leve como una gacela, y entonces pude admirar un pié, al que se le podria haber dicho como Lafontaine á mademoiselle de Blois, que mas tarde fué Princesa de Conti:

*L'erbe l'aurait portee; une fleur n'aurait pas
Recu l'impreinte de ses pas.*

Yo no pude menos de preguntarme á mi mismo, seducido por aquel nuevo encanto de María: Por Dios y ¿qué le falta á esta muger para ser la estatua de la perfeccion?

IV.

Otra vez, nos encontramos todos reunidos.

—Ya es tiempo—dijo el señor Granier—de que vamos pensando en el regreso: insensiblemente nos hemos ido alejando.

Las señoras *coquetearon* algunos minutos. En sus ilusiones, ellas creén que se *componen*, para nosotros, para parecernos bien á los del sexo á que no pertenecen; pero si alguna vez fuesen, *francamente francas*, segun la frase del Conde de Guiche, hablando con Luis XIV sobre la inmortal Luisa de la Vallière, nos confesarían, que su mayor anhelo, es *parecerse bien entre ellas mismas*.

Detenidos todos momentáneamente en la cima de aquella colina, teniendo á la vista un panorama en que la naturaleza y la estacion se disputaban sus galas, dividiendo á lo lejos el rio, que como un hilo de agua serpenteaba en la costa, y oyendo el dulce trinar de las aves de variado plumage, que dejaban escapar al viento los ecos dulcísimos de sus cantos, era imposible que al encontrarnos, no hablásemos, casi por intuicion, de ese cuadro, y de ese panorama.

Toda aquella naturaleza sonreia con una faz semejante á la de una alma que no conociendo remordimientos, resplandece siempre iluminada por la virtud, que por inmortal no conoce ni eclipse ni ocaso.

Cada cual manifestaba su asombro con una frase, con una exclamacion

—Y sin embargo, todo esto cansa al fin: se hace monótono, insoportable!—murmuró el abate, con un acento de profunda melancolia.

Los *grupos* se formaron nuevamente, y emprendimos la vuelta.

Yo—no hay para que decirlo ya—tomé á María.

Ahora, mas que nunca, noté que ella misma estaba interesada en continuar.

Apenas se apoyó en mi brazo, tomó la palabra:

—Libre de todo cuidado, á los ocho dias dejé la cama: jamás me habia sentido mas fuerte, mas dispuesta á todo. Ya no se trataba de mi sola. Ahora se trataba de él, de mi hijo. . . . sentí la necesidad de vivir para cuidarlo, para hacer de mi cariño, su mundo, sus esperanzas, sus ilusiones! En una palabra, señor y amigo, desde ese dia, me *sentí muger*.

Mi primer cuidado, fué definir perfectamente mi posicion, para el porvenir.

En Burdeos, ni queria ni podia permanecer un dia mas.

La hermana del abate, como si se hubiese propuesto tomar la representacion legal de mi tia, la esterificada de Bèlleville, habia sido horriblemente cruel conmigo. Mientras lo creí necesario, la habia soportado: en adelante, no veia la razon de ese sacrificio.

Contando anticipadamente con la buena disposicion del venerable sacerdote, quince dias despues de aquel en que me encontré con un nuevo compañero en mi soledad, le dije:

—No tengo mas amparo que Vd. en el mundo, señor Granier. Sin embargo, me basta y sobra para cruzar en él mi camino.

—Me consideraré feliz si puedo ayudarte. Yo tengo una inmensa deuda de gratitud para con tu noble padre. Le debo la vida, el lustre de mi nombre, que él salvó de la infamia con que se le pretendió manchar: le debo tambien los restos de una antigua y colosal fortuna que merced á él, salvé del naufragio que se llevó lo demas. Es una historia muy larga, María. Algun dia te la referiré con todos sus detalles. Hay en ellos, drama y comedia, risas y llanto. Por hoy quiero tan solo que sepas una cosa: que moralmente, yo me creo obligado á pagarte á tí, con mi reposo, con mi quietud, con mi vida si el caso llega, la deuda eterna que contraje con tu padre, mi noble y leal amigo.

No me pidas pues: ordéname María.

—Gracias, gracias señor—le contesté transportada al cielo de las alegrías—con Vd. como mentor, como guia, como segundo padre, me creeré con fuerzas suficientes para hacer frente á todas las situaciones que el destino quiera depararme.

Diré á Vd., ahora, cual es mi deseo.

—Habla, María.

—Yo necesito absolutamente salir de Burdeos.

—Igual deseo siento yo.

—Mas aún, debo salir de Francia. Mi reposo, mi felicidad, tal vez, me lo aconsejan . .

—¿Tienes algun presentimiento sombrío, hija mia?

—¿Para qué ocultárselo a Vd. señor Marqués? sí, sí, lo tengo.

—Y ¿podré saber yo

—Si: todo se lo contarè; pero ahora, permítame Vd., señor, que solo hablemos de nuestra partida.

—Que será ¿para dónde?

—A mi tierra, á la Patria de mi madre, á Buenos Aires. No sé qué impulsión secreta me arrastra hácia sus playas. ¿No está allí una parte de los bienes que mi padre me legó?

—Sí.

—¿No me ha dicho Vd. alguna vez que seria preciso mandar una persona de confianza, para arreglar ciertas diferencias que habia con la familia de mi madre infortunada?

—Sí.

—Pues bien! Vamos nosotros mismos, y de ese modo conseguiremos dos objetos, la paz de mi espíritu, el arreglo de mi fortuna.

—¿Crearás una cosa María?

Cualquiera podria suponer que á mi edad, siendo francés, acostumbrado á esta vida de la intelijencia, y lo que es mas, sin hábitos de viajero, como sucede á casi todos mis compatriotas que créen que la Francia es el mundo, tu idea podria parecerme un sueño . . . y sin embargo, instantáneamente me seduce, me alhaga. Sin vacilar, sin objecion de ninguna especie, me resuelvo á emprender este viaje. ¿Cuándo quieres partir?

—Inmediatamente, señor.

—¿Mucha prisa tienes en alejarte de Francia?

—Lo confieso.

—Me alarmas, María.

—Soy mujer, señor: tengo pasiones....

—¿Qué me quieres decir?

—Que siento perder terreno en una lucha que sostengo hace seis meses.

—Y ¿que yo ignoro?

—Completamente.

—¿Qué lucha es esa? Y nada me habias dicho?

—En el momento de la *prueba*, ya vé Vd. como he corrido á buscarle como á un ángel protector: ¿no comprende Vd. todavia?

—Ni lo sospecho....

—Cárlos, el hermano de Arturo, me ama con delirio. Cada dia recibo una carta suya. Mi silencio, parece que estimula mas y mas esa pasion, cuya grandeza, aún cuando calentase el corazon de un hombre menos lleno de atractivos que Cárlos, le daria siempre inmenso dominio sobre las sensaciones de una mujer. En su primera carta desde que salimos de *Tours*, me decia: *lo sé todo: yo seré el padre de tu hijo*..

—Y ¿cuál ha sido tu conducta para con ese hombre, María, me preguntó el Abate, sorprendido por una revelacion con la que no habia contado.

—Nole he contestado una palabra, contrariando constantemente al fiel Gaston, que aboga por su causa con un cariño y entusiasmo dignos de admiracion.

El sacerdote se calló, como quien se encuentra en presencia de una de esas situaciones dificiles, que no es prudente resolver por las inspiraciones impresionables del primer instante, sinó dando tiempo á las reflexiones serenas de la razon fria y prudente.

Al fin me interrogó:

—Y ¿estás decidida, María, á poner la inmensidad del Océano entre tú y ese hombre, noble y jeneroso?

—Decidida, con la firmeza inquebrantable que Vd. conoce en mis decisiones, señor Marqués.

—Ni una palabra mas, María. Hoy mismo empezaremos los arreglos de viaje. Como tú comprendes, necesito algunos dias para los preparativos. Llevaré conmigo todos mis *biblots*: -sabes que mis pinturas, mis muebles, mis objetos de arte, son como una distraccion permanente para mi espíritu.

—Ah señor! ¿Cuándo, ni cómo pagaré á Vd. tanta, tan inmensa bondad y complacencias? Confio en que nuestros arreglos se hagan lo mas pronto.

Llegaba María á esa parte de su narracion, cuando la comitiva llegaba al *Uruguay*, de cuya chimenea, sin embargo, no se desprendia aun el negro penacho de humo, que nos hiciera comprender que se calentaba la máquina.

Bendita máquina la de aquel histórico vapor!

Subimos á bordo.

V.

Serian ya cerca de las nueve. El paseo habia durado casi tres horas.

Mi primer diligencia, fué averiguar la hora de la partida.

Lo ví á Gutierrez.

Mi pobre amigo estaba visiblemente conmovido.

—Es una fatalidad, me dijo, lo siento por ustedes.

—¿Qué pasa, hombre?

—La compostura del *piston*, no podrá concluirse hasta las doce.

—Y ¿por eso se afije Vd? La cosa no vale la pena. ¿Tiene Vd. urgencia en que sigamos? Recuerde Vd. el dicho del Monarca aquel á su camarero: *visteme despacio que estoy de prisa!* Mejor es perder un par de horas mas, y hacer la compostura bien. De lo contrario, nos detenemos apenas empieze á moverse el vapor.

—No parecia Vd. tan paciente cuando tuvimos que *arribar* al Rosario.

—¿Habia allí por ventura alguna *María*?

—Ya lo presumia yo. . . .

—Sí, mi amigo; ahora me es indiferente que nos demos aquí hasta mañana.

—Y no teme Vd?

—No penetre Vd. en intenciones que no me conoce. ¿a qué horas almorzaremos?

—Dentro de media hora.

Confieso que á esa *altura*, empezaba á encontrarme algo fatigado.

Mi salud, estaba quebrantada: no habia comido el dia antes: la noche la pasé en un dulce *tête á tête* con *María*, y en interesante conversacion con el abate. Habia, pues, de que hallarse un tanto *rendido*.

La que me sorprendia, era la Reyna de aquellas soledades: aquella criatura, tierna, delicada al parecer, que apesar de una mala noche, y de la natural impresion que debian producirle las reminiscencias de una época de grandes sensaciones para ella, ostentaba fresco, y poéticamente coloreado el color de sus mejillas, vivo y penetrante el fuego de su mirada, puros y llenos de brillante colorido los recuerdos que sin cesar evocaba hacia tantas horas!

Una cosa llamaba mi atencion esa mañana: todos los pasajeros parecian *satisfechos de su suerte*: el fastidio les habia dejado, y las contrariedades del viaje, ya no alestargaban tanto su espíritu.

Eran María y el abate, cuya suerte, cuya historia, que sin embargo, ninguna de los demás conocia todavia, les preocupaba ya muy sériamente.

El señor Granier habia estado con mis compañeros como tres horas.

No era lícito suponer que todo ese tiempo lo pasaron rindiendo homenaje al Dios del *silencio*, que tan pocos adoradores tiene hoy dia; á no ser en las filas de ciertos *convencionales*, nombrados á puñetazos, como un ultrage sangriento hecho á la inteligencia, al talento y al saber de Buenos Aires.

El abate era uno de esos hombres, de quien se podia decir lo que Mármol del Dr. Velez, en las columnas del *Paraná*: “que siempre que abria la boca, tenia algo que enseñar.”

Mis amigos se me acercaron:

—Qué talento de hombre!—dijo D. Antonio Lopez.

—Entretiene hablar con él—agregó Cassaffouth.

—Nos ha venido hablando de Bonpland—esclamó el mayor D. Eugenio Ochoa.

—Cómo! ¿le ha conocido?—pregunté yo.

—Y mucho. Han sido condiscípulos. Nos ha dicho que la pintura que le hizo de la hermosa naturaleza de estos sitios, es lo que le decidió á venir á Corrientes.

Seguimos charlando un poco sobre el sacerdote, y despues volví á buscar á María que hacia otro tanto con las señoras.

La de Gutierrez—Julia Vilatte—era la vez primera que hablaba con María.

—¿Tienen todavia Vds. otra demora? djome al verme acercar.

—Así parece. ¿Quiere Vd. que subamos á la toldilla?

—Con placer.

Hizo un gracioso saludo á las dos damas, y subimos.

—Voy á seguir, señor. Ya me falta poco, y veo, por fortuna, que incidentes imprevistos son los que me han dado tiempo para referir á Vd. todos los de mi vida.

—Es que yo no me habria ido sin conocerlos todos.

—¿Cómo así?

—Me habria quedado en *La Paz*.

María me clavó una mirada profundamente *intencionada*.

· Ella continuó:

—Un mes despues de haber adoptado la resolucion de emprender viaje para Buenos Aires, todo estaba pronto. Los boletos de pasage se habian tomado en la línea de *Southampton*.

El abate se hallaba en Paris, ocupándose de algunos asuntos personales. Yo me habia quedado con Gaston.

Era una tarde, fria y lluviosa.

Mi Arturo dormia tranquilamente: yo leia con interés la biografia de Isabel la Católica, y me empapaba en la descripcion del modo como Gonzalo de Córdoba venció á Boabdil, de la ceremonia con que se enarboló el estandarte de la cruz en la *Torre Bermeja*, y de los incidentes que precedieron al recibimiento del inmortal Cristóbal Colon en el Palacio de la *Alhambra*, cuando, repentinamente, y sin que lo sospechase, fuí sorprendida por una visita inesperada para mí, que me parecia un sueño. . . .

Era Cárlos! . . .

—¿Con qué derecho se presenta Vd. aquí?—me apresuré á decirle, con un acento que no podia dejar de hacerle conocer la disposicion de mi espíritu.

—He sabido que partes, María. Antes, he querido venir [yo mismo á darte mi último *adios*. A mas, tenia que hablarte algo que no puede serte indiferente. Se trata de tu hijo.

Cárlos estaba, digno, severo, y revestido de esa subli-

me tranquilidad del que crée que va á llenar un deber de conciencia.

Por muy dueña que yo fuese siempre de mí misma, la sorpresa producida por la inesperada presencia de ese hombre, me hizo perder, de pronto, el dominio sobre mi espíritu.

No crea Vd., empero, y aquella entrevista, que podia haberse ataviado con todos los trofeos de la fantasía y del amor ardiente, revelado con pasion, ó de la indiferencia sentida ó disimulada; pero dicha sin embozo, presentó ninguno de esos *encuentros* que hacen la delicia de un novelista.

Muy al contrario.

Esa entrevista fué corta, mas porque uno y otro desease concluir con una situacion violenta, que por ceder á impulsos de dos corazones, que estaban muy cerca el uno del otro.

A las primeras frases de Cárlos, le contesté con cierta arrogancia, que aparentó no comprender:

—Sea Vd. mas breve, señor. La presencia de Vd. me hace daño. . . .

—No lo habria creído. Dos motivos me traen aquí: uno puramente personal: otro hijo de un deber sagrado.

El motivo personal, ya lo presumes, María. Hace cinco meses que te lo hago conocer: desde entonces no me hallo en mí. Busco mi pensamiento, y mi pensamiento es tu imágen. Busco mi corazon, y mi corazon es tu recuerdo. Me busco á mí, y no me encuentro: no estoy en mí. Sin duda mi alma ha voládo á tu alma: se ha perdido mi ser en tu ser. Dios me ha robado la vida, porque no es mia: no, es tuya. La pasion que por tí siento es inmensa. Hay instantes en que desearia olvidarte. Me lo propongo como un fin; pero al querer olvidar, te recuerdo con ma-

yor delirio. Por eso deseo olvidarte, por tenerte mas presente.

Te he mandado ofrecer mi mano: lo has desdeñado... Ni te culpo, ni me irrito. Espero, en aras de la ambicion que tengo por tu felicidad, que no te arrepientas....

Cárlos calló..

En ese instante, el brillo de sus magníficos ojos azules parecian reflejar, no tanto un sol interior que iluminára el alma, como una pira candente que la abrasára, y al aspecto de su mirada, que en otra acasion podia haberme parecido la del delirio, creeríase que sus manos quemarian, como las de la estátua del Convidado de Piedra.

La escena era tirante.

Haciendo un esfuerzo supremo por dominarme, le dije:

—¿Podré conocer el segundo objeto de su visita de Vd. Cárlos?

—Comprendo María: el mismo silencio. No pido que lo rompas; pero ahora estoy convencido, que te traicionas, que no eres franca conmigo. Nada importa. Ni una palabra mas sobre ese tema.

El otro objeto de mi visita, es mas sério: vengo á cumplir la última voluntad de mi hermano. De su herencia materna, ha legado la mitad á su hijo: son quinientos mil francos: aquí están....

Al decir esto, me entregó una libranza sobre el Banco de Francia.

—¿Podré merecer de Vd. un favor, ántes de partir?— le pregunté?

Deseo que sea Vd. quien administre esos caudales de mi Arturo.

—De ninguna manera, señorita.—Jamás.

Tomé el documento, que habia puesto sobre la mesa

para arrojarlo á las llamas de la chimenea, que daba calor al salon, cuando Cárlos se precipitó sobre mí.

—No tienes derecho María á quitar á tu hijo, lo que es suyo: trae, y que Dios vele por tu felicidad y la suya. . .

Con la última palabra tomó el sombrero, y salió. . . .

Una hora despues, llegaba el abate de Paris.

Inmediatamente, se lo referí todo.

—Tú sabes hija mia—me dijo,—que no te abandonaré mientras tu lo desees; pero siento profundamente lo que has hecho.

Llegaba aquí María, cuando sonó la campana: nos llamaba á la mesa del almuerzo.

De esta vez, le hicimos los honores. . . .

VI.

Sin embargo, para nosotros la funcion no fué larga.

Ahora la cosa parecia, por fin, séria: es decir, el vapor se ponía en actitud de seguir, dentro de un par de horas mas.

Habia que aprovecharlas.

Nos trasladamos á la toldilla, y allí, sin mas preámbulo, continuó María.

—Un mes despues de la escena que referí à Vd. antes del almuerzo, pasada entre el abate y yo, estábamos en Southampton, donde íbamos á tomar el paquete Inglés *Tiviot*, de la Real Campaña.

Nos dirijimos al embarcadero, cuando al entrar por un gran porton que conduce á la Aduana, Gaston se me acercó con aire sobresaltado.

Su aspecto me alarmó.

—¿Qué tienes amigo mio?—le pregunté.

—Ah! *mademoisselle!* Qué encuentrol! Estoy horroriza-

do—No sé cómo me contengo. Ese infame aquí! Y no poderme vengar!

—Pero ¿qué es lo que pasa, Gaston? ¿De quién hablas? ¿Quién te produce ese espanto?

—¿Vé Vd., niña, aquel hombre que está parado allí, de capa, y una *gorrita* azul?

—Le veo.

—¿Imagina Vd. quién podrá ser?

—No, amigo mio.

—Pues ese hombre es....es....

—Habla, por Dios. ¿Quién es?

—Es el tirano Juan Manuel Rosas!

Yo dí un grito espantoso. La presencia de un tigre, encontrado al acaso en mitad de mi camino, dispuesto á descuartizarme, no me habria hecho tanta impresion!

Yo sabia que ese hombre funesto era el jefe de lo que, en Buenos Aires se conocia con el nombre de la *mashorca*. Yo sabia que esa famosa sociedad, la noche que penetró á casa de mi abuela, con sus gritos y bacanales, con la sed de sangre de que hacia alarde blandiendo sus puñales, tintos todavia con la del amigo íntimo de mi padre, á quien habian asesinado casi á su vista, fueron los causantes de la muerte repentina de la autora de mis dias, que sucumbió de susto y espanto! ¿Cómo no impresionarme, entónces, ante la vista del asesino?

El Abate se detuvo casi maquinalmente á contemplan á Rosas con la misma estupefaccion con que se contempla un mónstruo, un fenómeno, un animal raro.

—Cómo, gran Dios!—esclamó el sacerdote! Este es el malvado que ha oprimido una Nacion jóven y viril, durante veinte años! Este es el Canibal que usurpó los fallos de la Justicia Divina y humana, mandando fusilar una mujer en cinta! Qué horror! Qué horror! Apartémonos de aquí! Pronto, pronto, María!

El malvado nos miró con un aire de mofa que irritó doblemente á Gaston, á quien el Marqués contuvo á duras penas: queria ultimarle allí mismo.

Dos horas despues, estábamos á bordo del *Tiviot*.

Mi espíritu estaba completamente abatido. Al irme á embarcar, ¿cómo podia haber sospechado que ni en ese momento, habria tenido tranquilidad?

Supersticiosa como soy, aquello me pareció de pésimo augurio para mis dias futuros.

En cuanto á la travesía, fallaron mis presentimientos; porque fué serena y bonancible.

La entrada de la Bahía de Rio Janeiro, me dejó abismada.

Yo no tenia idea de una naturaleza semejante: yo habia visto la de Nápoles, que parece un templo antiguo, un gran Coliseo donde el arte y la naturaleza celebran, á porfia, sus fiestas; pero esa naturaleza me parecia mezquina, comparada con esa especie de paraíso que se llama la *Bahía de Rio Janeiro*.

De todos lados montañas y sierras, coronadas de verdura: aquí una isla en que se levanta una bateria: mas allá otra engalanada por naranjos y bananos, cuyas palmas abiertas parecen abanicos de esmeralda, balanceados por las blandas auras inundadas de perpétua alegría: en un costado el *Pan de Azúcar*, que asemeja un gigante eternamente dormido, al arrullo de las ondas que llevan sus arenas de oro á la Playa de *Botafogo*: del otro costado el *Morro de la Gloria*, donde las casas se dirian colocadas por la mano de Dios en una canasta de blancos azahares, de rosas y claveles!

El Abate contemplaba, sin decir una palabra. . . .

—Lo comprendo, María: yo también he gozado con ese espectáculo.

—Bajamos á la capital del Imperio. Mi primera im-

presión no pudo ser mas desagradable, tornándose el encanto de los momentos anteriores, en una desilucion completa. Los negros desnudos, con su cuerpo empapado por la traspiracion, y tirando carros cual si fuesen béstias: las calles angostas y súcias: un perfume poco embalsamado, que se aspiraba, casi á las puertas del *Palacio*, y una atmósfera de fuego, no eran, por cierto, motivos para seducirnos al desembarcar.

Sin embargo, estas malas impresiones, debian sufrir una nueva y muy favorable transformacion, desde que empezamos á visitar los suburbios y alrededores de Rio Janeiro.

Como la entrada de su gigantesco puerto, son encantadores

Botafogo, San Clemente, el Jardin de Plantas, la Tiyuca, el Corcovado, San Cristóbal, Andaráhy, Playa Vermella, Petrópolis, son sitios todos, en que se admira una naturaleza que parece haber robado un pedazo á cada uno de los sitios mas amenos y pintorescos de Europa.

En tres dias que estuvimos allí, lo paseamos todo. El carácter de los habitantes nos prendó.

La cordialidad y la sencillez, forman su fisonomia distintiva.

El Abate traia dos cartas de ardiente recomendacion, para el Emperador. Lo fué á saludar, y volvió agradecido á la hospitalidad que le dió, y sorprendido de su ilustracion.

—Es lástima—me decia una tarde que paseábamos por el *Catete*—que un pueblo tan libre, tan ilustrado, tan rico, conserve todavia la mancha odiosa de la esclavitud: que aun haya aquí hombres que invocando el derecho de *propiedad*, se crean con el de cruzar á latigazos, el cuerpo de un esclavo!

. Padron de ignominia que pesará como un remordimiento en la conciencia de los pueblos, que consienten este tráfico repugnante de carne humana!

. María se detuvo

—Me parece que está Vd. algo fatigada—la dije.

—No es propiamente la palabra: me encuentro un tanto débil; pero no importa: la mayor y mas difícil parte de la jornada, ya está hecha: el trecho que me falta para llegar al término, es corto. ¿Quiere Vd. tener la fineza de hacer me traer un vaso de agua?

Llamé á Eulojio.

En el acto sirvió á la *perla* de aquel mundo.

Cuando vió á mi *fámulo*, María se sonrió . . . ¿á qué mujer se le escapa nada? El recuerdo de la *muchachona* que habia motivado el combate á garrotazos, asomó á su imaginacion

Se retiró Eulojio, y ella continuó:

—De Rio Janeiro salimos para el Plata en el vapor *Cumila*.

Esta travesía fué muy penosa.

A los cinco dias, llegamos á Montevideo, que visto de lejos, parecia una inmensa gaviota batiendo sus blancas alas sobre las aguas del majestuoso rio.

Al dia siguiente muy temprano, Gaston llamaba á la puerta del camarote en que estaba con mi Arturo diciéndome:

—Señorita: estamos en Buenos Aires.

Que singular emocion! Creerá Vd. amigo mio, que en aquel momento me parecia que una mano invisible levantaba un mundo nuevo sobre mi cabeza, y abriéndome sus puertas de par en par, escuchaba en su interior una voz angelical que me decia: *sube y entra: aquí mora la felicidad que vienes buscando!*

Aquel aire, aquel cielo, aquel sol, todo me pareció mas

bello que en otras partes. Allí-habia visto yo la primera luz: allí estaba tambien la tumba de mi madre. . . .

Ardia en deseo por pisar cuanto antes la tierra. •

Si embargo, la operacion del desembarco fué algo lenta, y sobre todo, poco poética, pues nos acomodaron en una mala carreta. El rio estaba bajísimo.

—Cuando menos esto tiene el privilegio de la *novedad*, exclamó el abate—pues no me consta que en pais alguno del mundo los pasajeros desembarquen como *animales ó mercancías*, cargados como tales, en *carretas*.

Yo sentí un tanto humillado mi orgullo nacional, con el epígrama del peregrino de la nobleza Francesa.

Daban las once cuando pisábamos la playa de Buenos Aires. . . .

Varios caballeros franceses habian venido al encuentro del abate.

Nos condujeron á un Hotel sito en la esquina de las calles de *Cuyo* y *San Martin*, tenido por el señor Labastie.

—Cuya casa—le interrumpí á María—pertenece precisamente al padre del señor Gutierrez, capitán de este vapor.

—Apenas nos hubimos acomodado, mi respetable *Mentor* pasó á dar parte de mi llegada, á la familia de mi madre, que está en la opulencia, como Vd. sabe, señor. No olvidaré nunca la espresion que traía el semblante del Abate, cuando regresó. . . .

Le habian recibido, no solo con indiferencia y frialdad, sino hasta con groseria. •

¿Por qué?

Ah señor! Siempre el miserable interés, el culto corrompido al Vellochino de oro: era que con mi inesperada llegada, temian que se activasen las diligencias de un sério

reclamo que yo tenia, por la parte que legítimamente me correspondia en la herencia de mi madre.

Ella habia muerto, hacia ya muchos años.

La familia, no me conocia: ni se habia tomado la molestia de averiguar si yo pertenecia á este mundo. ¿Para qué perder tiempo en una *frusleria* semejante?

Ellos gozaban: estaban en posesion de lo que era mio: con eso contribuian á mantener el brillo de una posicion *espectable*.

Qué mas? Hoy dia la sociedad no se detiene muy á menudo á conocer el *origen* de ciertas fortunas, que toman parte en el jubileo general de los placeres: rinde homenaje á los que las poseen, sin que, por los general, la conmuevan la voz de las que arrojadas, por ellos al campo de la miseria, le gritan sin desfallecer, y con la conciencia de una honradez austera: *Ladrones de mi patrimonio y de mi fortuna*.

El que *tiene* doblones, tiene justicia: para el pobre, para el desvalido, hay otro criterio.

Cuitiño murió en el patíbulo; pero Antonino Reyes encontró quien le abriese las puertas de la Cárcel, quien le facilitase la fuga. Al uno, la tirania le habia dejado en la miseria: al otro en la opulencia.

—Creí María—la dije sorprendido por estas palabras —que Vd. ignorase completamente la historia de las *miserias* de su Patria.

—Ignorarlas! No hay un hecho, un acontecimiento, un episodio por insignificante que sea, que no conozca. A no ser así ¿le *conoceria* á Vd. sin haberle conocido personalmente? Y, á no haberle conocido, ¿habria tenido por ventura, en Vd. toda la confianza de que le estoy dando testimonio?

Pero sigo. . . .

En un momento, y sin la intencion de ocultarme nada,

el Marqués me refirió cuanto le habia pasado con mi familia.

—En tal situacion ¿qué me aconseja Vd? ¿Qué debemos hacer?

—Oh! mi resolucion está muy tomada ya—contestó el sacerdote á mi pregunta—Una muger como tú, no tiene porque humillarse. Conserva tu pasion y tu dignidad: no vayas á buscar á persona alguna de tu familia. Toda ella sabe ya que estás en Buenos Aires: conoce tu alojamiento. Si desean verte, que vengan.

Esto, por una parte.

Por la otra, mi opinion tambien está hecha. Opino que mañana mismo exijas á tu familia el patrimonio que, en sus manos, les dejó tu bondadoso padre. Como su principal albacea y tutor tuyo, tengo la representacion legal en este asunto. ¿Te parece bien hija, mia?

—Y ¿melo pregunta Vd., señor? Sufro, y sufro mucho, al pensar que mi familia se conduzca de ese modo conmigo; pero ¿qué otro camino me queda tampoco?

Haré todo cuanto Vd. desee, señor Marqués.

—Mas deseo, hija mia. Eres jóven y hermosa: tienes como satisfacer todos los goces de la vida. Por lo que veo, aquí debe haber una sociedad muy culta. Ya sabes que traigo cartas de recomendacion para personas altamente colocadas, de otras, que no lo están menos en Francia y España. Deseo, pues, que entres al mundo argentino: que te presentes, que te hagas conocer.

Así me habló el Abate.

Ya comprenderá Vd., señor, toda la violencia que habria para mí en aceptar una resolucion semejante; pero yo debia tener fé en la esperiencia de mi Mentor, y en la santidad del propòsito que le inspiraban consejos de esa naturaleza.

Un mes despues de mi llegada á Buenos Aires, conocia

ya infinidad de personas: el cariño genial de mis compatriotas, la dulzura de sus costumbres, y la risueña franqueza de su modo de ser, me tenían cautivada.

Una cosa tan solo me mortificaba: el Abate me había presentado con un nombre que no era el mio.

Decía, que eso era mas conveniente á sus propósitos.

Solo al Ministro de Francia le había revelado mi origen, y el apellido ilustre de mi padre. En el seno de su familia, era tratada como una hija.

Hasta entonces, mi Arturo vivía desconocido para todos. El ocultarlo, me causaba inmensa pena, y no poco trabajo.

Con frecuencia era invitada á bailes y fiestas de familia que tenía que rehusar, por la imposibilidad material de abandonar al hijo de mis entrañas.

Sin embargo, una noche no pude eximirme de acceder al deseo de la señora del Ministro, que me vino á pedir, con instancia, que la acompañase al *Club del Progreso*, donde se daba un gran baile.

Asistí á él.

Perdóneme Vd. un desahogo, mas propio de una mujer jóven alhagada en su vanidad, que de una mujer seria, y ajena á ciertas trivialidades de la vida, que hacen la constante delicia de otras de mi sexo:—mi presencia en aquellos salones, fué una verdadera novedad.

Las señoras me miraban con esa natural curiosidad que en todas partes inspira la entrada de una persona, que penetra, por vez primera, á un círculo *ya conocido*: los caballeros se manifestaron un tanto mas exigentes.

Recuerdo cuatro, sobre todo, que se disputaban el derecho de conversar conmigo: de acompañarme, y estar en mi compañía.

—;Tiene Vd. presente sus nombres, María?

—Oh sí! Eran Juan Carlos Gomez, Juan Martin Estrada, Rufino de Elizalde y un señor Carranza....

El primero, sobre todo, con una palabra galana y esmaltada, me hizo una declaracion en toda forma, jurándome que era la vez primera que veía una mujer tal cual la habia soñado, sin encontrarla jamás....

Se lo confieso á Vd.: la conversacion de aquel caballero me parecia el éco de una armonía suave, concertada y melodiosa; pero sus palabras, iluminadas de vez en cuando por relámpagos de fuego, caían sobre mi corazon como gotas de agua sobre una piedra de mármol: sin sentir las....

—¿Presentiria Vd., bella María, que el inspirado poeta, y afamado publicista, guardaba siempre una declaracion semejante para todas las que veia?

—Ah! no señor. Yo no tenia por qué suponer esto de Gomez. Refiero á Vd. tan solo, lo que entonces me pasó!

En la primera hora, todo fué grato para mí.

Si mi corazon no gozaba en aquella fiesta, gozaba mi espíritu, recreándose al ver, cuán distinguida, cuán adelantada, cuán llena de atractivos aparecia á mis ojos la sociedad, de la Patria en que nació.

Sin embargo: esa noche tampoco me estaba dado retirarme de un torneo, en que parecia lícito suponer que solo se encontrarían dulces motivos de satisfaccion, sin apurar, una vez mas, el caliz de las amarguras, que hacia tiempo ya acercaba constantemente á mis labios, la mano de la fatalidad.

Lo que allí me pasó, fué espantoso para mí.

Me hallaba sentada en la mesa del *ambigú*, donde me acompañó el señor Dessarnaud, cuando uno de los *garçons* del servicio, me entregó una carta.

Traía en el *enveloppe* mi verdadero nombre. Yo me estremecí.

Instantáneamente tuve un presentimiento fatal. Aquel billete me anunciaba una desgracia.

Me finjí mala: pedí al galante *chévalier* que me llevase al *toilette*: é hice llamar á la señora del Ministro Francés, suplicándole que me condujese á casa.

La impaciencia por conocer el contenido del billete, me devoraba.

Cuando entré al *Hotel*, el Marqués leía.

Serian las dos de la mañana.

Mi Arturo dormía tranquilamente.

Para mi protector, yo no podia tener secreto ninguno.

Le referí todo, desde mi entrada al baile, hasta el instante en que se me entregó el billete.

—Dame hija mia—me dijo—yo leeré esa carta.

Abrió, y sus ojos se pasearon rápidamente por el contenido.

Era cortísimo.

No decia sinó estas palabras: “María: un antiguo amigo de tu padre, que te quiere con entrañable cariño, desea prevenirte de un gran peligro que te amenaza: hay quien intenta robarte á tu hijo. Cuídalo pues, y no le abandones un instante.”

¿A qué decir á Vd., señor, el efecto que este anónimo me produjo? Creí volverme loca.

—Mañana mismo—dije al Abate—quiero salir de Buenos Aires. Sí sí, sin perder un solo momento.

El señor Granier trató de disuadirme: todo fué inútil. Mi resolución fué como todas las que tomo siempre: *decisiva*.

¿Era una vana amenaza?

¿Se me queria asustar?

¿Era aquella una intriga *de familia*?

Yo no lo sé, sinó que su autor consiguió su fin, pues el anónimo me hizo una impresion espantosa.

Sin embargo, yo no queria salir de la República Argentina, y como el Abate tuviese gran interés por conocer la Provincia de Corrientes, cuya naturaleza tanto le habia ponderado Bompland, resolvimos trasladarnos á ella.

Vinimos aquí por indicacion de Gaston, primo hermano de la mujer del paisano Gregorio, á quien Vd. ha coñocido en tierra.

—Y ¿es solo debido á esa circunstancia, que Vdes. se encuentran aquí, María?—interrogué.

Se encendió como una cereza: bajó los ojos, y titubeando, me contestó:

—Sí señor: no hemos tenido otro motivo.

—Y ¿Gaston, si no es una imprudencia preguntar á Vd?

Otra nube de grana coloreó el semblante de María.

—Gaston Gaston está en viaje.

—Me parece que he sido imprudente con mis preguntas, María.

—De ningun modo.

—Entonces haré á Vd. otra: ¿por qué estaba Vd. *haciendo quesos*, tan prosaicamente, cuando llegamos aquí?

—Se lo diré á Vd.: en esta soledad he dividido mi existencia en dos partes: la que paso al lado de la familia de Gregorio, y la que paso en las habitaciones del Abate. Cuando estoy en el seno de esta buena jente, hago la vida contemplativa y rústica que ellos hacen. Con eso, he comprendido que los alhago. Cuando *subo* á la morada del señor Granier, hago lo que haria en cualquiera de los Palacios que habitaba en Europa. Dirá Vd. que soy caprichosa

—En manera alguna, niña.

—Y ¿piensan permanecer Vdes. mucho por aquí?

—Quién sabe. . . .

—¿No ha tenido Vd. noticias de Cárlos?

—Constantemente. Escribe con admirable puntualidad.

—¿Qué edad me dijo Vd. que tenia cuando salió Vd. de Buenos Aires?

—Comprendo perfectamente el oríjen de esta pregunta.

—Es de Vd. la culpa si soy tan cargoso.

—En manera alguna: mucho me complace satisfacer à Vd.—Yo misma no sé por qué, el Abate me ha dicho, que si alguna vez tengo que hablar con *extraños*, acerca de la historia de mi vida, diga siempre, que, cuando de Buenos Aires salí, *tenia cuatro años. . . .*

—Y bien?

—No es así. Aun cuando quisiera, à Vd. yo no le podria sostener eso. Al dejar la tierra en que nací, solo tenia seis meses.

—¿Tiene Vd. algunos amigos en Buenos Aires?

—Ninguno á quien poderle dar ese dulce nombre. El Marqués sí, tiene personas que mucho lo consideran. Un rico comerciante fué el que se trasladó aquí con todos sus muebles, y personalmente le hizo arreglar su *Rancho*. Los demas, los tiene encajonados en su casa.

—¿Podré yo, María, merecer en adelante la confianza de Vd.

—Y ¿podria Vd. dudarle despues de la franqueza y espontaneidad con que le he abierto mi corazón?

—Aun cuando no del todo ¿verdad?

Hubo un instante de vacilacion.

No sé lo que aquella encantadora muger iba á contestarme, cuando oí la voz del maquinista del vapor que decia: en *avant doucement*.

Ibamos á ponernos en marcha.

Gregorio subió á la toldilla, y llamó á María:

—Vamos niña: el vapor se vá ya.

—Al fin!—esclamó Cassaffousth.

—Gracias á Dios—repitió Gimenez.

Desprendido ya completamente de la costa, el *Uruguay*, llegó la despedida. Para todos fué afectuosa, para mí, fué tierna.

El Abaté me tendió la mano con dignidad, diciéndome:

—Ya sabe Vd., señor, que deja Vd. aquí un amigo.

—Esperó tener la ocasion de probárselo á Vd. señor Marqués.

Nos abrazamos. . . .

Cuando busqué á María, no la encontré: mientras yo me despedia del Marqués, ella habia bajado ya á la costa, y al procurarla con los ojos, pude distinguirla todavia, subiendo lentamente el camino que conducia al *Rancho de Gregorio*.

Este no tardó en seguirla.

El abate fué el último en dejar el vapor.

Un momento despues, las *palas* levantaban blanca montaña de espuma, á uno y otro costado, y la proa cortaba las aguas en direccion á Corrientes.

VIII.

En todo viaje en que hay que hacer escalas, *bon-gré*, *mal gré*, el momento de cada nueva partida, sonrie al espíritu del pasajero como una especie de novedad agradable que lo distrae.

Es lo que en ese instante sucedia á los del *Uruguay*.

En realidad, á ninguno le habia fastidiado la corta permanencia que veniamos de hacer en *La Paz*; pero ¡cuánta diferencia entre las emociones con que unos y otros nos alejábamos de aquellas playas solitarias!

Para mis compañeros, la corta demora en el pueblito correntino no habia sido mas que una trégua á la monotonía del viaje.

Para mí habia sido la revelacion de toda una historia de infortunio, de pasion, de grandeza y de pesares: una especie de leyenda fantástica y de realidad horrible, confusamente ligada á una mujer jóven y hermosa, de una de las mas distinguidas familias de Buenos Aires, y á quien el acaso ponía en medio de mi camino, de una manera tan casual como inesperada.

Lo digo con verdad: cuando me encontré solo, es decir, desde que María no estaba mas con nosotros, yo me sentí como abrumado por el doble peso del cansancio físico producido por las horas continuas pasadas á su lado, y por el recuerdo de todo lo que en ellas me habia referido.

En veinte y cuatro horas, no es fácil estudiar, ni menos comprender una mujer, y mucho menos si esa mujer es como era María: capaz, inteligente é instruida!

Su aspecto era tierno, candoroso, casi inocente.

Sin embargo, en la lucha con su tia, y en la firmeza con que se creía con derecho á la indulgencia del Abate aun concediéndole la posesion de su secreto, ella revelaba firmeza de carácter, arrogancia, voluntad inquebrantable, mansa y sublime resignacion para combatir con todos los caprichos de la fortuna y del destino.

Al abrirme su corazon con aparente abandono, para iniciarme en los mas íntimos misterios de su vida, me habia seducido por la sencillez de su espíritu y la franqueza de su conducta, y sin embargo, al verla hasta cierto modo confusa, oyendo las preguntas que le dirijí al tiempo de partir, se me revelaba bajo un nuevo aspecto debilitando en mí, el favorable concepto que de ella tenia hecho hasta entonces.

Dominado por *la duda*, Francisco I, en una circunstancia idéntica, le habria dicho á María:

Souvent femme varie
Bién fol est, qui se fie

Yo me contenté con suspender mi juicio, y conservar en la memoria, con afecto y cariño, el tipo ideal de esa criatura, que tanto me habia impresionado.

Mientras yo flotaba en el mundo de esas reflexiones, mis compañeros estaban en *gran asamblea*.

Me acerqué.

María era, precisamente el tema de la conversacion que todos sostenian.

Los juicios y pareceres eran completamente distintos entre sí. Solo en un punto concordaban mis compañeros: en la belleza extraordinaria de la peregrina.

Desde que me acerqué, me pidieron con instancia, que les contase *algo* sobre María.

Ni ella ni el Abate me habian pedido una reserva absoluta de las caprichosas revelaciones de que la niña me hizo confidente; pero no por eso yo me creia autorizado á referirlo todo, todo, sin ocultar nada.

Capitulé, entrando en algunas.

Cuando llegué á la parte en que tuve que hablar de la linda inglesa, que tanto habia seducido á María, el señor Gutierrez me preguntó vivamente:

—Le repitió á Vd. el nombre?

—Sí.

—Le recuerda Vd?

—Perfectamente: dijo llamarse Elisa Lynch.

—Lo habia presumido. Y la tal dama, ¿permanece aún en la Asuncion?

—Ya lo creo: todo cuanto esa niña ha referido á Vd. sobre su hermosura, su elegancia, su educacion, y su bon-

dad, es un evangelio. Pocas mujeres he visto mas encantadoras.

—La conoce Vd., entonces?

—Muchísimo: es una cumplida dama, á quien deseo vivamente que mi señora trate. Apenas lleguemos, se la presentaré.

—Pero ¿qué hace esa señora en el Paraguay?

—Viaja por placer.

—Y ¿el niño que me dijo el Abate que traia en sus brazos, cuando se detuvo en *La Paz*?

—Es su hijo.

—Y el marido?

—Dicen que es un Coronel Austriaco, que ha quedado en Europa.

D. Antonio Lopez, hombre de mundo, empapado en la vida de Francia, de donde acababa de llegar al Plata no hacia mucho, meneó la cabeza con esa *intencion muda* del que pone en duda lo que está oyendo.

Gutierrez lo comprendió, y dijo:

—Me felicito que hayamos tocado este punto. Ustedes van al Paraguay por vez primera: tengan mucho cuidado con lo que hablan, y dicen. Madama Lynch tiene allí algunos *envidiosos*. No crean la mitad de lo que les digan. Es una excelente señora, muy servidora y complaciente con todos.

La conversacion siguió por algun tiempo mas.

El vapor caminaba, como no lo habia hecho hasta entonces.

Llegó la hora de la comida.

Concluida ésta, y cuando la noche asomaba ya, Gutierrez me llamó á parte.

—Deseo hablar con Vd. *á solas*—me dijo—Yo he estado ya en la Asuncion: tengo allí relaciones: soy amigo del General Lopez, y he recibido servicios suyos. Conozco

perfectamente el modo de ser de aquella gente, y quiero darle á Vd. algunos consejos.

Esa Inglesa de que hablábamos no hace mucho, es su querida: tiene por ella una gran veneracion, y todos dicen que lo domina completamente.

—Ya lo presumia.

—El qué?

—Que la tal Madama Lynch, no era *viagera*, ni cosa parecida.

—Eso es lo que allí se dice y todos aparentan creer; y eso es tambien lo que Vd. debe hacer, si *desea estar bien* con Lopez.

—Mi amigo: le agradezco á Vd. mucho sus consejos; pero yo no tengo porque estar bien ni mal con Lopez: el objeto de mi viaje no puede ser mas inocente: vengo, como á Vd. le consta, por curarme: nada mas.

—Lo sé; pero sé tambien que apenas llegue Vd. le han de tocar el punto: guárdese Vd. de comprometer opinion, porque puede serle fatal. En la Asuncion hay un espionage espantoso. Por eso yo, ni aquí á bordo de mi buque digo jamás una sola palabra que pueda comprometerme, ó dar márgen á que me *tomen entre ojos*.

Entonces comprendí el objeto que habia tenido el desventurado Gutierrez, para espresarse como lo hizo delante de los pasajeros.

Desde mi partida de Buenos Aires, ya tenia noticia de lo que era el *Paraguay*; pero, ocupándome poco de ese pais y de sus cosas, distaba bastante de sospechar que su situacion social era tan repugnante.

Acostumbrado á la vida completamente libre de mi patria, confieso, que desde la conversacion que tuve con el señor Gutierrez, y desde que le oí estas, y otras muchas relaciones, solo pensaba en la llegada á la Asuncion, para regresar, sin pérdida de una hora.

Un deseo tan solo me animaba: el de conocer á la Inglesa que me presentaban como un tipo tan acabado y perfecto de belleza, de elegancia y de bondad.

Por fin, tres días despues de zarpar de *La Paz*, estábamos al empezar el cuarto en el puerto de Corrientes.

CAPITULO V.

DESEMBARCO EN CORRIENTES.—LAS MUGERES DEL PUEBLO
—LOS INDIOS DEL CHACO.—LA BARBA BLANCA.—EL
ASESINO ALZAGA Y EL GENERAL PAZ.—HORRIBLE
ANATEMA.—LA REVOLUCION DE 1812.—APUNTES INÉ-
DITOS DEL DR. D. FLORENCIO VARELA.—UNA FAMI-
LIA DESGRACIADA—LA MUERTA RESUCITADA.—EL GO-
BERNADOR PUJOL.—HOSPITALIDAD CORRENTINA—
PARTIDA PARA HUMAITÁ.

I.

La fisonomía *material* de la ciudad de Corrientes, presentaba un vivísimo contraste con los esplendores de su naturaleza, con la claridad diáfana de su cielo, con la poesía que dán á sus casas el delicado perfume de los naranjos, que las envuelve en una sombra dulce y apacible, y con el aspecto alegre, festivo y jugueton de las mugeres del pueblo, que coronaban la barranca en los momentos en que bajábamos á tierra.

La comunicacion entre esta parte y aquella del litoral, no era entonces tan frecuente. Téngase presente que hablo de catorce años atrás.

La llegada de un vapor, que pasa hoy en Corrientes como un accidente de su vida diaria—pues durante la sangrienta guerra del Paraguay han estado llegando por

millares—era considerado entonces como un verdadero acontecimiento.

Apenas el *Uruguay* anunció que se acercaba, la gente empezó á venir á las barrancas.

Cuando desembarcamos, teníamos en nuestra presencia una gran asamblea, principalmente del sexo que produjo el sitio de Troya, é hizo del héroe inmortal de Cervantes el mas tierno y rendido de los amadores.

Venian á *cureosear*.

Todos los pasajeros bajamos, y en comitiva nos dirigimos al Hotel, bastante distante de la costa.

En el tránsito, encontramos el *mercado*. Era una cosa especial que, con justicia, llamó la atención de mis compañeros, y en particular la de Cassaffousth.

En el centro, en una especie de calle *ad-hoc*, se vendia la carne, y en las alas laterales del edificio, naranjas, rosas de maiz, y otros objetos puramente *indijenos*.

Pero, lo que mas picaba mi curiosidad allí, eran las *vendedoras*.

No habia ni un solo hombre como *puestero*. Ese *métier* lo desempeñaban puramente mugeres, algunas de ellas, de una belleza, realmente *primitiva*.

En general, tienen ojos negros y espresivos, fisonomia abierta y simpática, estatura esbelta, y su color, un tanto cobrizo, revela que, despues de haber sido colonizada Corrientes por el licenciado D. Juan Torres de Vera y Aragon, nombrado por el malvado de Felipe II, en 1588, no ha sido la sangre española la que mas ha corrido en las venas de esa generacion, sinó la *suya propia*, es decir, la de los naturales é indígenas.

La gente del pueblo correntino, tiene, á mas, otra calidad que mucho la distingue: es la genial dulzura de su carácter, y una propension muy marcada á ser hospitalaria con el que visita sus playas, y sus hogares.

Como el clima es por lo comun, templado, visten casi todos, una saya blanca, consistiendo el lujo principal de su voluptuoso *toilette* en los bordados de sus camisas, completamente *escotada*, de manera que dejan sus formas espuestas, á ser bañadas, por la doble luz del dia y de la mirada de los que, no siempre son remisos para la contemplacion, “de esos productos de los caprichos delpais”, segun una frase de Saint Victor.

II.

Llegamos al *Hotel*, cuyo nombre no recuerdo ahora; pero, cuyo trato era detestable.

Un momento despues, teniamos el honor de ser visitados por las señoras de Montaner, que allí rejenteaba un Colejio de niñas, por la familia de Galarraga, la de Lagraña y otras de las principales personas de Corrientes.

Al ver el cariño atento y la fina amistad con que á todos nos acogieron, podríamos haber dicho, que la hermosa tierra correntina, era *la cuna de la hospitalidad*.

Nuestra permanencia allí debia ser corta: solo de algunas horas.

Con ese motivo, manifesté á las personas que, con su bondad nos obsequiaban, el deseo de conocer y visitar la ciudad.

Sin mas preámbulos, salimos á la calle.

Al hacerlo, muy lejos estaba de créer, que iba á encontrarme con un hombre, que hablando sombríamente á mis recuerdos de la infancia, habia de impresionarme tan honda y desagradablemente.

Conversábamos alegres y festivos, caminando.

Al llegar á una esquina, llamó mi atencion la figura de un hombre, que se hallaba parado en un *pòste*.

Su porte no-carecia de cierta distincion, aun cuando estaba pobremente vestido.

Una inmensa barba blanca, al parecer poco cuidada, le caía hasta muy cerca del vientre.

En cualquier sitio, y en cualquier momento, su figura no habria pasado desapercibida para nadie, y mucho menos para un *viajero*, que, como dice Aragó, “se fija, “hasta en el color del polvo que pisa.”

Así que nos vió ir hácia el punto en que estaba, y por el cual íbamos á pasar, dió vuelta la cabeza como si tratase de no ser visto.

Nadie habria dudado que tal era su intencion.

Su mismo ademan lo traicionaba.

Un Edecan del señor Pujol, que era entonces Gobernador de Corrientes, y cuyo nombre me escapa ahora, me preguntó, al ver la curiosidad intuitiva con que observaba al desconocido:

—¿Sabe Vd. quién es?

—No señor!

—Pues ese es el famoso Alzaga, *asesino de Alvarez*.

Me quedé helado.

Como en sueños y en las horas de la infancia, yo recordaba haber oído á mi padre un dia, que hablaba con su particular amigo, el Doctor D. Cándido Juanicó, la relacion de un asesinato espantoso, en cuyo fondo de sangre, se destacaba la figura siniestra de un amigo dando muerte á otro de la manera mas aleve y cobarde.

Aunque muy niño, yo tenia muy presente tambien, que el nombre del matador, era Alzaga.

Posteriormente, algunos de los detalles de ese crimen repugnante, habian impresionado mi jóven imaginacion, con todo el pavor que los grandes crímenes imprimeu en la fantasía de la juventud.

Lo que yo no sabia era que Alzega pudiese estar en Corrientes.

—Y ¿cómo está aquí?—pregunté á uno de los señores que me acompañaba.

—Huyendo de la justicia. Desde que fué condenado á muerte en Buenos Aires, anda peregrinando por varios puntos de la República. Ahora hace algun tiempo que se halla aquí.

—Y ¿cómo vive?

—Ah señor! Debe ser horrible su vida. No tiene mas amistad que con un *leñatero* del *Chaco*: él es quien lo mantiene y le dá de comer lo muy suficiente para que no se muera de hambre.

—¿Ninguna otra persona se condeue de su desgracia?

—Ninguna, señor: al contrario: las señoras cuando lo ven por la calle, huyen por no pasar delante de él, ó por no encontrarlo en su camino.

Tremendo castigo!

Sí: tremendo y mil veces mas amargo, que el de haber purgado en el patíbulo el odioso asesinato en que tiñó sus manos con la sangre inocente de un amigo *íntimo*.

Yo no sé por qué, á partir de aquel momento, ya no me preocupaban, ni la ciudad de Corrientes, ni la hermosura de su naturaleza, ni el aspecto simpático de las mujeres que cruzaban constantemente las calles, llevando caprichosamente y con arte en su cabeza, un *porron* ó *tinaja* en que traian agua del rio: ni la figura asquerosa y repugnante de los Indios *Payaguás*, que venian del *Chaco* á vender leña y pieles, ni la manera cordial y encantadora con que éramos recibidos, en todas las casas de familia, y modestos ranchos de jentes humildes que visitábamos en nuestao paseo.

Mi pensamiento todo estaba en aquel hombre: en su figura tétrica y sombría: en su enorme barba blanca: en su

fisonomía, y en el cuidado con que había evitado que le *mirásemos de frente*.

Serían las dos de la tarde, cuando regresamos al *Hotel*.

Como el Gobernador Pujol hubiese sido en extremo galante conmigo, sin que yo tuviese derecho á esperarlo, hallándonos entonces, en filas opuestas, manifesté al señor Galarraga, el deseo de pasar á saludarlo.

El tuvo la complacencia de acompañarme.

Después de los saludos que la etiqueta prescribe en tales casos, no pude prescindir de referir al Gobernador la tremenda impresión que me había causado el encuentro de Alzaga.

—No me sorprende—me contestó—otro tanto me sucede á mí. Sin embargo, yo no puedo menos de mirarlo con lástima: su vida debe ser un tormento constante. ¿Conoce Vd. el episodio con el General Paz?

—No señor.

—Se lo referiré á Vd.

—Le escucharé con el mayor placer.

—Después de la derrota de *Pago Largo*, donde sucumbió Beron de Estrada, del triunfo de *Caa-guazú* y del desastre sufrido por el General Rivera en el *Arroyo Grande*, en 1845 la Provincia llamó á nuestro inolvidable General Paz, para que se pusiese al frente de nuestros elementos, y continuase la guerra contra el tirano Rosas.

Se hallaba aquí en la ciudad, organizando el ejército, después de la alianza con D. Carlos María López, Presidente del Paraguay, cuando una mañana se presentó Alzaga en el Cuartel General, pidiéndole una audiencia.

El General Paz no le conocía.

El asesino entró trémulo, y desconcertado.

Sin embargo, Paz no lo notó.

Su porte y su barba blanca le llamaron la atención.

—¿Qué desea Vd.? le preguntó, con aquel brusco acento

que le era tan peculiar, cuando se hallaba en el severo ejercicio de sus funciones militares.

—Vengo señor General—contestó algo embarazado— à pedir un puesto en las filas del ejército, pues como antiguo unitario deseo ir á pelear por mi patria.

—¿Cómo se llama Vd?

El asesino titubeó un instante.

—¿No ha oido Vd? Cómo se llama? volvió á preguntarle con mal modo.

Entonces le dió su nombre, en una voz casi apagada.

Un rayo no habria producido mas efecto en el organismo del viejo General—continuaba diciéndome el señor Pujol—Al oir el nombre de Alzaga, se puso de pié instantáneamente, y levantando la voz à una altura que pocas veces lo hacia, le dijo, visiblemente irritado:

—*Ni el derecho de morir por su Patria tiene Vd. . . .*

Alzaga bajó la cabeza, y materialmente arrastrándose, huyó de la presencia del General Paz.

Esa tarde y esa noche, la pasó en brazos de la mas completa desesperacion: se dice que aun tuvo la intencion de suicidarse; pero que le faltó el coraje y la resolucion de hacerlo. . . .

Tal fué la historia que me hizo, el entónces Gobernador de Corrientes.

Si desagradable fué mi sorpresa, al encontrarlo en mitad de mi camino de viajero, honda fué la que me produjo el curioso detalle que me daba el señor Pujol.

A los implacables sostenedores del patíbulo: á los que basados en una teoría que no se ajusta á ningun principio de justicia: á los que están reñidos con todas las conclusiones de la filosofia moderna: á los que ultrajan la omnipotencia de Dios, abrogándose ellos en la tierra, un derecho que él solo tiene en el Cielo, á los campeones sombríos, en una palabra, de la pena de muerte, yo les

preguntaría: ¿cuál creen que habría sido un castigo mas tremendo y ejemplar, para Alzaga? ¿La ejecucion de la sentencia que le condenaba á morir, ó la sentencia dada por los lábios de un General Argentino, que le decia: *un asesino no tiene ni el derecho de morir combatiendo por su Patria?*

Muerto en el cadalzo, la pena de Alzaga habria sido instantánea.

Vivo, por muy malvado que fuese, ha debido llevar la sentencia del General Paz como un anatema tremendo, que renovándole sin cesar la infamia de su crimen le habrá hecho ver, en su sombría mente, á cada instante, el espectro de Alvarez, levantándose de su tumba para aplaudir la justicia con que, el baron justo le negaba el derecho de empuñar las armas de la Patria, con las mismas manos con que habia blandido el puñal para asesinarlo. . . .

La pena de muerte!

Victor Hugo lo ha dicho: ¡Ay de esa lúgubre piedra Sisifo!

¿Cuándo cesará de rodar y de desplomarse sobre la sociedad humana, ese trozo de ódio, de tiranía, de oscurantismo, de ignorancia é injusticia que se llama la penalidad?

¿Cuándo veremos sustituida á la palabra pena, la palabra enseñanza?

¿Cuándo se querrá comprender que un culpable no es mas que un ignorante?

Poco mas ó menos todavia nuestro código es como el del Talion, ojo por ojo, diente por diente, daño por daño.

¿Hasta cuándo la venganza querrá engañarnos llamándose vindicta?

Lo conseguirá cuando se engañen la felonía disfrazada

de razon de Estado, y el fratricidio cuando decorado con charreteras tome la denominacion de guerra.

Por mas que Maistre se afane en arrebatat á Dracon, pierde su trabajo la retórica sanguinaria y solo logra enmascarar la deformidad del hecho que quiere ocultar: la capa de los sofistas es inútil; lo injusto siempre es injusto, lo horrible queda horrible.

Palabras hay que son como antifaces; pero á travez de sus agujeros se trasluce la sombría luz del mal.

Cuándo quiere ajustarse la ley al derecho?

Cuándo la justicia humana se acomodará á la medida de la Divina justicia? Cuándo comprenderán los que leen la Biblia el significado de la vida de Cain salvada?

Cuándo los que leen en el Evangelio comprenderán el patíbulo de Jesu-Cristo?

Cuándo se prestará el oído á la gran voz viva que desde lo hondo de lo desconocido, pasa por entre nuestras tinieblas, clamando: No mateis! Cuando los que están abajo, jueces, sacerdotes, pueblos, reyes, se apercibirán de que existe alguien mas arriba de ellos? República con esclavatura, monarquías con soldados, sociedades con verdugo: en todas partes la fuerza: en ninguna el derecho. Oh! qué tristes dueños al mundo! orugas infestadas, boas de orgullo. . . .

III.

Rara coincidencia!

Al mismo tiempo que yo concluia las anteriores líneas, protestando con la palabra del desterrado de *Guernesey* contra la odiosa pena que pone en manos de un hombre la vida de otro hombre, la gran cuestion era debatida en el seno de las Cámaras Provinciales de Buenos Aires.

La voz de las *pocas*, pero notables inteligencias que han conseguido obtener allí un asiento, á despecho del tráfico indigno que unos cuantos zánganos de la colmena oficial hacen del sufragio popular, se levantó, robusta, inspirada y elocuente, pidiendo, á nombre de la justicia humana, de la inviolabilidad de la sociedad, de las últimas conquistas de la filosofía jurídica de nuestros tiempos, y de la grandeza de las instituciones democráticas que nos rijen, que se arranque de manos del verdugo el acha sangrienta con que decapita las cabezas de nuestros semejantes.

Vana tarea!

Los nobles esfuerzos de los Diputados, Pedro Goyena, Bernardo Irigoyen, Carlos L. Paz, Leopoldo Basabilbaso, Luis Lagos Garcia, Ramon B. Muñiz y Teodoro Baca—cuyos nombres me hago un honor en dejar consignados en las páginas de este libro, como humilde tributo de mi respeto por los campeones de la abolicion del cadalzo en la Patria Argentina—se estrellaron contra esa *elocuencia muda*, que hacia la desesperacion del Conde de Cavour y que hace depender de la *inamovilidad* de un par de *nalgas* gordas ó flacas, el naufragio de los mas importantes proyectos, en un parlamento.

No importa!

Quépales á esos paladines de la humanidad, la iniciativa generosa que han tenido en las Cámaras de Buenos Aires, que no será poca la satisfaccion que acaricie sus conciencias, cuando al ver levantar un banquillo ó una horca, á la sombra de la bandera Republicana, puedan ellos repetir con orgullo: “Si esa sangre salpica sus colores inmortales, y oscurece la frente del pueblo, nosotros hicimos cuanto humanamente nos fué posible por evitar esa vergüenza á la Patria, ese drama sangriento á la sociedad, esa ofensa sarcástica á la Divinidad . . .

IV.

Pero voy á seguir ocupándome de mi encuentro con Alzaga, el asesino de Alvarez.

Ese encuentro no tuvo para mí la pasajera novedad de ser uno de tantos criminales que han fatigado la tierra con el peso de sus maldades: no. El nombre del desgraciado, traia á mi memoria el recuerdo de una época importante de la historia Patria, época en la que su padre pagó con la vida, la tentativa de querer operar un nuevo cambio revolucionario, despues del que los patriotas hicieron en la mañana de 1810, para emancipar el país del poder de la Metrópoli y de la humillante tutela del coloniaje.

Misteriosa fatalidad! El padre perece en el banquillo, por revolucionario! el hijo es condenado á muerte por asesino!

Como esta obra no tiene límites trazados, y como por mas que algunos piensen que su propia índole la hará tan popular en Europa como América, yo insisto en créer que donde mas interés despierte ha de ser en el Rio de la Plata—al hablar del padre del asesino Alzaga, y de la revolucion de 1812, poco conocida por otra parte, entre nosotros, voy á enriquecer mi libro con una página histórica de verdadero valor, aprovechando así la oportunidad de agregar, á lo que pudiera llamarse ameno y agradable, lo sólido y lo instructivo.

En los papeles, completamente inéditos y desconocidos del mártir Doctor Don Florencio Varela, cuya única ambicion al regresar del destierro, era escribir la historia de su Patria, si Dios le hubiese conservado la vida que el asesino le arrancó, he encontrado unos apuntes sobre la revolucion llamada de Alzaga.

Están escritos de su puño y letra.

La importancia que tienen no podrá escapar á la penetracion del lector, cuando sepa que *esos apuntes* los tomó el Doctor Varela, de labios del señor Rivadavia, en la época en que ambos argentinos se encontraron en Rio Janeiro.

El ilustre estadista, para quien la justicia no ha empezado sinó con la posteridad, era miembro del Gobierno Patrio en 1812.

Le formaban con él, los señores Puirredon y Chiclana.

Para mí, la verdadera importancia de los apuntes que voy á transcribir aquí, está, no solo en lo que se refiere á la conspiracion de Alzaga, cuyo hijo infortunado encontré á mi paso para la Asuncion, agoviado por el peso de sus remordimientos, sinó muy principalmente, en las revelaciones íntimas que hace el señor Rivadavia respecto á la guerra constante, tenaz y apasionada en que vivian los señores Puirredon y Chiclana.

Son curiosas esas revelaciones.

Habla el Doctor Don Florencio Varela:

Tengo sobre este suceso importantísimo, á mas de los documentos publicados en la época, las memorias del Dr. Agrelo; á todo lo que deben agregarse los siguientes interesantes pormenores, que debo al Sr. Rivadavia, miembro entonces del Gobierno Pátrio.

Componiase éste á la sazón, del espresado Sr. Rivadavia, de D. Juan Martin Puirredon, y D. Feliciano Chiclana.

Sabidas son las rencillas de estos dos últimos, que habian llegado á convertirlos en cabezas de dos partidos

encarnizadísimos, que trabajaban activamente uno contra otro, y recíprocamente se echaban en rostro los males públicos.

Rivadavia, colocado, sin partido personal, en medio de aquellos dos enemigos, era el que recíprocamente los templaba, para que el servicio y despacho regular de los negocios no padeciese.

Diariamente, y cuando se hallaba solo ya con Puirredon, ya con Chiclana, le daban estos quejas recíprocas: le referían varias especies de conspiraciones que recíprocamente se atribuían uno al otro.

Rivadavia, sin la prevención del espíritu de partido, veía en esas especies, otros indicios de que los españoles conspiraban contra la revolución: que los hechos que Puirredon y Chiclana recojían y le comunicaban eran ciertos; pero que no tenían su origen en los partidos de aquellos, sino en los españoles:—conocía que tanto Puirredon como Chiclana conspiraban, en realidad; pero que esas conspiraciones eran puramente de partido, y personales, sin tendencia á la causa del País; mientras que contra ésta, se dirijían las especies que diariamente recojía.

Los colegas de Rivadavia se negaban tenazmente á creer en conspiración de los españoles, y se oponían á toda medida contra estos, instando cada cual á que se tomasen contra el partido que le era opuesto.

Así estaban los ánimos de los Gobernantes, cuando se recibió la primera denuncia formal relativa á conciliábulos de españoles.

Hízola un clérigo, por escrito, diciendo que en la panadería de Luque, español acomodado, se reunían todos los sábados, y aun algunas veces entre semana, muchos españoles: que empezaban á entrar desde las 12 de la noche, y se retiraban desde las tres de la mañana: que él los

observaba desde su ventana, que era en frente, teniendo su cuarto oscuro, y que, aun cuando no conocia las personas, aquellas reuniones le eran muy sospechosas, por su repeticion, por su regularidad; y por ir los personajes embozados.

Halló en esto Rivadavia una confirmacion á sus sospechas, pero sus colegas se obstinaban en que todo aquello era obra de los *Chiclanistas*, segun Puirredon; de los *Puirredonistas*, segun Chiclana.

Negáronse aun entonces, por ese motivo, á tomar medida ninguna.

Muy pocos dias despues, ocurrió otra denuncia completamente decisiva.

Una mujer, comadre de D. Martin de Alzaga, se hallaba instruida de la conspiracion: fué á confesarse con un clérigo, que, siendo patriota rehusó absolver á la penitente, imponiéndole el deber de delatar aquella conspiracion á la autoridad, y amenazándola que él la delataria, si ella no lo verificaba. La mujer, no sabiendo cómo llegar al Gobierno, se valió de un procurador, amigo suyo, llamado Segovia, á quien dijo lo que la pasaba. Este la presentó al Dr. Vieites, partidario acérrimo de Chiclana.

Halló Vieites un medio de acreditar su celo, en aquella revelacion: buscó á su amigo político D. Nicolas Peña, y juntos se fueron al Fuerte, acompañados de la mujer.

Era entrada la noche, hora en que el Gobierno asistia siempre al despacho, pero aun no se hallaban en él Rivadavia ni Chiclana.

Presentáronse Vieites y Peña á Puirredon, que estaba solo; instruyéronle de su objeto; y éste, no viendo mas que una trama de Chiclanistas, á cuyo partido pertenecian aquellos dos, rehusó decidir cosa alguna, bajo pretesto de no ser él solo, Gobierno.

Al llegar Rivadavia, halló esperando, en la sala, á

Vieites y Peña, quienes se quejaron de la indolencia del Gobierno, é introducidos al despacho, declararon su objeto.

Puirredon nada creia: pero Rivadavia hizo venir al Secretario D. Nicolas Herrera, é introduciendo la mujer á una pieza interior, la tomaron su declaracion jurada.

Dijo en sustancia:—Que era comadre de Alzaga, que vivia cerca del Convento de Catalinas: que su compadre le habia pedido su casa con gran secreto, para una reunion, ordenándole que preparase una gran cena: que así lo hizo ella, y empezaron á reunirse desde las 12 de la noche: que la voz que daban al encargado de la puerta para que abriese era *¡Alzaga!*

Que éste llegó de los últimos, acompañado de su hijo Cecilio, cada uno con un capote de barragan, llevando el padre, dos pistolas y un puñal, y el hijo dos pistolas. Cenaron, ordenando á la mujer que ella sola sirviese la mesa.

Que los oyó hablar de revolucion, de matar á todo hijo del pais sin escepcion, enumerar sus recursos, hablar del jefe de la caballeria, que era el Padre Betlemita y que habia un General de tierra, cuyo nombre nunca oyó, Despues resultó ser Centenae.

Que no conocia, fuera de Alzaga y su hijo, sinó á un tal Curromesa, á un Rioboo, y á Bozo:—que el ajente que tenian para llevar órdenes y comunicaciones era el carretilero Francisco, que vivia hácia Barracas, y que un tendero D. Antonio era el encargado de distribuir dinero. Las reuniones en casa de la mujer habian sido dos, la última dos dias antes del en que Alzaga dejó su casa.

Presentada esta declaracion ante el Gobierno, Puirredon y Chiclana se obstinaron en no créer, echándose siempre la culpa reciprocamente, y se negaron á tomar medidas.

Pasada media noche se retiraron, quedando Rivadavia solo en el despacho. El ordenó, por sí, á Manterola que trajese preso al tendero Antonio y al carretillero Francisco.

Mientras se les buscaba, recibió el Gobierno un pliego que le dirijia una señora, pidiendo gracia para un hermano suyo, que habia desertado del cuerpo de Granaderos de Terrada, al salir á campaña, y á quien ella tenia oculto, pues, como desertor, tenia pena capital, segun los decretos del Gobierno. Fundaba la señora su súplica en el servicio que el jóven hacia, dando al Gobierno el aviso que contenia el papel que la misma acompañaba; y del que resultaba lo siguiente:

Tenia la señora una quinta cerca de Barracas, cuyo terreno habia dividido en dos partes: la una estaba alquilada al carretillero Francisco, y la otra que conservaba su señora, tenia solo un ranchito al cuidado de un negro, y en él estaba oculto el jóven desertor. Como los sitios eran linderos, el negro conocia al carretillero, quien repetidas veces le habló de la revolucion: el negro referia á su *amito*, como lo llamaba, lo que oía del carretillero; el jóven aleccionaba al negro para que arrancase del otro todos los datos que deseaba, y en efecto, logró saber muchos pormenores, que trazó en una relacion escrita, y la elevó al Gobierno.

Este era el pliego que la hermana acompañaba, y del que estaba ya impuesto Rivadavia, cuando llegó el carretillero preso, y con algun vino en la cabeza.

Interrogado, por la clave que daban la primera mujer y el jóven desertor, el carretillero confesó todo, todo, paladinamente.

Rivadavia entonces estendió solo la sentencia de muerte, y cuando vinieron, con el dia, Chiclana y Puirredou, se la hizo firmar á ambós. Llegó poco despues, preso, el

tendiero Antonio, quien, interrogado, negó absolutamente todo; pero convicto por los datos ya recojidos, fué tambien sentenciado por Rivadavia y Chiclana, solos.

Los dos condenados fueron ejecutados inmediatamente á pesar de muchos empeños que hubo por el Antonio, casado con una mujer muy linda.

Buscábase entretanto á Alzaga que no pareció: conde- nósele á morir en rebeldia, y se promulgó en el acto bando, imponiendo pena de la vida al que ocultase á aquel.

Promulgado el bando, se presentó al Gobierno el yerno de Alzaga, Cámara, presentando dos cartas de su suegro preparadas con suma inhabilidad para hacer créer que la familia ignoraba el paradero de Alzaga.

Interrogado Cámara declaró, que habia recibido las cartas del capataz de la quinta, lo que éste negó.

Cámara fué condenado á morir por los tres gobernantes de acuerdo.

Como, á pesar de esto, Puirredon se manifestase siempre dudoso, y atribuyendo todo lo que pasaba á manejos de Chiclana, propuso éste á sus colegas que se le permitiera no asistir al despacho, y se le autorizara para consagrarse esclusivamente á buscar á Alzaga, tomando al efecto las necesarias declaraciones. Autorizósele. Chiclana en esa Comision mostró actividad, celo, y sumo discernimiento y prudencia.

El juzgó y absolvió á D. Bernardo Las Heras y D. Lucas Fernandez, calumniados de cómplices en el negocio.

Empezó por apoderarse del capataz de Alzaga, quien negó saber su paradero, hasta que Chiclana hizo venir tropa y el aparato de fusilarle: entonces confesó que sabia donde habia estado Alzaga, hasta el dia en que fusilaron á su yerno, Cámara: que ese dia le mandó Alzaga á llevar órdenes á Centenae, al Padre Betlemita, y á Valdepareas,

diciéndoles: que, aun era tiempo de triunfar; que inmediatamente se aprontase todo, y penetrasen los conjurados en la ciudad, formando tres columnas; la primera por el retiro, la segunda por la calle hoy *de la Reconquista* y la tercera, que sería la mas fuerte, pasára por donde él se hallaba, que se pondría á su cabeza: ordenándole tambien que fuese á ver al Padre D. Pablo Salas, confesor de Alzaga, que vivia en Santa Lucia, y le pidiera las pistolas que le habia dejado.

Es curioso advertir que Alzaga, confesándose con el Padre Salas, le habia confiado su proyecto de revolucion y de sangre; y el buen confesor, se contentó con exigirle las pistolas que llevaba, absolviéndole luego, aunque fuese á matar con otras armas.

Por eso estaban aquellas en su poder.

Añadió el capataz que ninguno habia cumplido las órdenes de Alzaga, aterrados ya por lo que pasaba: que él no fué por eso á recoger las pistolas, y volvió con la respuesta á Alzaga; el cual, desconcertado con ella dijo: que ya no estaba bien en la casa donde se ocultaba, y mandó llamar al clérigo Paz, gallego, cura de la Concepcion, el cual le ocultó donde el capataz no sabia.

El Padre Salas entregó al Gobierno las pistolas y el puñal, que se depositaron en la sala de armas.

Pero el cura Paz, negó todo: habló mucho á Chiclana de Dios y de la Vírjen María, de los pecados que se cometian, etc. etc. Chiclana anunció al Padre que muy pronto iria á ver á Dios si no entregaba á Alzaga; y, como el eclesiástico aun se negase, apelando á su conciencia, Chiclana le hizo hincar, formó delante sus granaderos, y mandó apuntarle.

El cura, rogando á Chiclana que pidiese á Dios que le perdonase el pecado que iba á cometer, declaró donde habia ocultado á D. Martin; pidiendo que al ir á buscarle

permitieran que Alzaga no le viese á él, pues sabiendo qué él le había descubierto, la cólera haría que se condenase el alma de Alzaga.

Chiclana mandó al Edecán del Gobierno, D. Floro Zamudio, con el Escribano Nuñez á la casa que el cura designó, y allí fué preso efectivamente D. Martín de Alzaga á la noche.

Llamado por Zamudio, contestó: *aquí estoy*, pidió tiempo de vestirse; salió con serenidad, y fué por el camino conversando con Zamudio, preguntándole por su familia, etc.

Mientras esto pusaba en casa de Chiclana, y en los momentos en que se encontraba la persona del Jefe de la conspiración, se representaba en el despacho del Gobierno la mas singular escena, que prueba á qué punto ciega el ódio de partido.

Puirredon, que habia firmado las sentencias de Cámara y del carretillero, habia sido de nuevo vencido por su partido, á términos que su espíritu cayó en las tinieblas que revela el hecho siguiente:

Se hallaba Rivadavia solo en el despacho, ignorante, por supuesto, de lo que pasaba en el de Chiclana, cuando entra Puirredon, amigo de colejio de aquel, con su sombrero puesto, y ademan no comun. Sentóse así, y sin otra ceremonia dijo á Rivadavia: que ya no podia soportar su situación: que el Gobierno estaba siendo juguete de la facción de Chiclana, que era falso que hubiera conspiración de españoles; que las tres ejecuciones que se habian hecho eran tres asesinatos horribles; y que él estaba determinado á salir de semejante Gobierno: que tenia hecha su renuncia, y que al dia siguiente iba á presentarla al Cabildo, para que éste convocase al pueblo y nombrase otro en su lugar: que fundaba su renuncia en que no queria formar parte de un Gobierno que forjaba

conspiraciones para matar inocentes. “No vengo, con-
“cluyó, á pedirte consejo, sinó á comunicarte lo que
“tengo irrevocablemente determinado, porque te debo
“amistad y servicios.”

Rivadavia, aunque sorprendido de semejante tras-
torno de ideas, aparentó no estarlo: procuró volver la
reflección á su colega, por palabras de persuasión; pero
viendo la obstinación de éste, cambió su tono y su áde-
man, y tornándose muy severo, le dijo: que, pues Puir-
redon se despojaba voluntariamente de su carácter de
gobernante, pues que ya en aquel momento no era mas
que un conspirador, que preparaba un golpe de muerte
al Gobierno, y á la causa de la revolución, en los momen-
tos de verse amagada por una conspiración terrible, él,
Rivadavia, se consideraba único gobernante; “y en este
“carácter íntimo á Vd. Sr. D. Juan Martín Puirredon,
“que Vd. no sale ya de aquí: que queda Vd. preso aquí
“mismo; que va Vd. á declarar ante el Secretario y el
“Escribano de Gobierno, lo que acaba Vd. de decirme, y
“que sobre la declaración de Vd. voy yo á poner el
“decreto que la gravedad del caso demanda.” Rivadavia
tocó la campana, y ordenó que se llamase al Secretario
Herrera. Puirredon se desconcertó completamente: se
quitó el sombrero, quedó caído y trémulo: Rivadavia
aprovechó el momento para tornarle á la razón, por per-
suasiones, y en eso estaba, cuando se sintió alto clamoreo
en el patio del Fuerte, y muy luego inmenso tropel que
entre vivas á la Patria invadió el despacho del Gobierno,
abriendo las puertas de golpe.

Era el Edecán Zamudio, seguido de mucho pueblo que
venía á anunciar la prisión de Alzaga, y el nudo de la
revolución descubierto en las averiguaciones de Chiclana,
Puirredon se desconcertó á punto que Rivadavia, en
medio del jentío, se le acercó con sigilo, y le aseguró que

nada de lo ocurrido saldría de aquel recinto—Puirredon, curado de su error, ayudó desde entonces al Gobierno mientras se halló en él.

V.

El principal personaje que figura en esos *apuntes*, con el doble sello que les dá, los nombres de Bernardino Rivadavia y Florencio Varela, es, D. Martin de Alzaga, padre del sombrío personaje que yo encontré á la ventura y al acaso, huyendo de la justicia, en las calles de Corrientes.

La causa de esa fujitiva peregrinacion, que hacia veinte y ocho años le mantenía alejado de Buenos Aires, si bien vive apenas en la memoria de la jeneracion que crecía en ese tiempo, se ha borrado completamente, ó apenas vive en la de la nueva jeneracion.

¿Por qué no recordar lijeramente este crimen, que valió á sus autores el anatema implacable de una sociedad, estremecida de horror, al ver el escarnio sangriento hecho por tres hombres, del sentimiento purísimo *de la amistad*.

Francisco Alvarez es un español honrado, de buenas costumbres, que con su trabajo y constancia, se ha creado una posicion honorable en el comercio.

Ese trabajo le ha hecho dueño de una regular fortuna.

Los individuos Alzaga, Marcet y Arriaga, son sus *amigos íntimos*.

Es tan grande la intimidad que los liga, que son sócios en varias especulaciones.

Los tres, proclaman sin cesar la honradez y bellas prendas de Alvarez.

Este depositaba en ellos una confianza ilimitada, esa

dulce confianza, que solo sabe inspirar la mas dulce de las amistades.

Viven casi en familia.

No pasa un solo dia sin que estén juntos.

Bajo tales auspicios, ¿què razon, qué motivo, qué derecho podria haber tenido jamás ninguno de los cuatro *sócios* y amigos, para alimentar la mas leve sospecha, el uno del otro?

La desconfianza tiene algun orijen, dice Lammenais.

Aquí no tenia ninguno.

Así es que cualquiera de los cuatro amigos podia, impunemente haber conspirado el uno contra el otro sin darle la menor sospecha.

Es lo que sucedió con el infortunado Alvarez.

Marcet alquiló una casa, que todavia existe del mismo modo, conocida por los altos de *La Franca*.

Se halla sita frente al paredon del Hospital General de Mujeres.

Con el pretesto pueril de mostrarle un piano, que deseaba comprar, lo llevaron á esa casa.

Dice la causa, que tengo á la vista, que el Señor Don Miguel Azcuénaga refirió el suceso del modo siguiente:

“Arriaga ocupó la esquina de Azcuénaga, y Marcet la de Puirredon, que está una cuadra al Norte de aquella: luego que llegó Arriaga con Alvarez al segundo punto, tocó segun lo convenido, y dió vuelta para la calle de la Piedad; entonces Marcet se apresuró y se colocó en la puerta de los altos, en donde lo hallaron los otros al llegar. Y preguntándole qué hacia, contestó, que iba á saber si estaba allí Alzaga.

“Entró adelante Arriaga y tras de él Alvarez. A las tres ó cuatro gradas de la escalera, éste repugnó seguir adelante, y cuando volvió la cara, el ruido de los pasa-

dores le enseñó que Marcet, á sus espaldas habia cerrado la puerta de la calle.

“Aquel le suplicó lo dejase salir, mas en este momento asomó Alzaga desde arriba de la escalera con una vela encendida en la mano, diciéndole: sube Alvarez, que aquí estoy. Subió en efecto lleno de satisfaccion, y atravesando la primera sala, preguntó, dónde estaba el piano para cuya vista se le habia conducido allí, y le contestó Alzaga que mas adentro estaba.

Repetida igual pregunta en la segunda sala le respondió Marcet con el puñal en la mano: que piano, ni que piano: aquí has venido á morir, y al mismo tiempo Alzaga tambien con su puñal y adoptando el tono tanto mas cruel, quanto mas familiar: *sí, Pancho, es preciso que mueras*, le dijo.

Cayó la víctima en desmayo, y fué degollada sin la mas pequeña resistencia.

Arriaga entre tanto asombrado de lo que se iba á ejecutar habia huido del teatro del horror, y no volvió hasta despues de sucedida la catástrofe.

Entre los tres se condujo el cadáver á la quinta de los padres de Alzaga, sentado en la volanta entre éste y Arriaga, quienes le insultaban con burlas porque no hablaba; queriendo así apartar toda sospecha del ánimo del que cuartelaba la caleza, y á quien acompañaba Marcet á caballo.

Se empezaron las indagaciones, y Arriaga dijo á sus cómplices que el fijarse la opinion sobre ellos; nacia de que Azcuénaga les habia descubierto ante la Policía.

Se trata de asesinar al pretendido delator, pero Arriaga le defiende: él protesta que no se manchará con otro crimen, mucho menos contra Azcuénaga, á quien era deudor de mil favores.

Marcet sin embargo le invita para tomar naranjas en

la quinta de Alzaga: y resistiéndose por no estar bien con éste, es solicitado por los dos con repeticion, mas no le encuentran.

Nacen desconfianzas en los dos sócios contra Arriaga, y le créen autor del aviso anónimo que habia recibido Azcuénaga, de que se trataba de asesinarlo, y desde entonces forman el plan de envenenar al mismo Arriaga con arcénico propinado en dulce, cuya preparacion estaba ya hecha en el dia que Arriaga fué constituido en arresto.”

Esta es *la sustancia* del modo cómo un amigo íntimo fué villanamente asesinado, por otros tres hombres, que le daban ese nombre!

Los pormenores de la causa seguida para llegar á la averiguacion del hecho, pueden figurar, por sus detalles, por la destreza con que se fueron agrupando, por la luz misteriosa que gradualmente empezaron á arrojar sobre un cuadro que se creia envuelto en las mas negras sombras, en cualquiera de las causas criminales que han impresionado la imaginacion Europea.

El Doctor Agrelo fué el defensor de Marcet, y el Doctor Ocampo tuvo á su cargo la defensa del jóven Arriaga.

Ambos son dos trabajos, que harán honor eterno, al reconocido talento de estos dos arjentinos, al foro de su Patria, y á los sentimientos piadosos del abogado, que pone toda su ilustracion y ciencia, en aras del piadoso sentimiento de disputar una víctima, al fallo de la justicia que se lo reclama.

Apesar de esas dos célebres defensas, Marcet y Arriaga fueron ejecutados!

Alzaga consiguió eyadirse.

Valiera mas que la fortuna no le hubiera favorecido en su tentativa de fuga, pues muriendo con sus compañeros, no habria pasado por el tremendo castigo, de vivir soportando el enorme peso de su crimen, de sentir su

conciencia constantemente atormentada por el recuerdo de esa infamia sin nombre, y de tener que cubrirse los ojos á cada instante, para no ver el espectro de Alvarez, que durante largos años se habrá presentado sin cesar á su memoria y á su imaginacion, como la figura de Banco se le aparecía en sueños á Macbeth!

Y sin embargo, esa tortura y ese remordimiento, no eran el único castigo que la Providencia habia decretado al matador de Alvarez.

Antes de ver consumir sus dias, en la miseria y la desesperacion, le estaba reservada otra pena mas honda y mas profunda, si es que en sus últimos años, su corazon no estaba ya completamente petrificado é insensible.

Alzaga, miembro de una familia opulenta, habia enlazado su destino á una de las mujeres mas lindas y encantadoras de nuestra sociedad.

Su boda fué aquí un acontecimiento.

Era tanto el lujo bajo cuyos auspicios se acercaron al altar, que las crónicas de la época cuentan, que los colchones del tálamo nupcial eran *de raso blanco, bordados de realze!*

La sentencia de muerte descargada sobre la cabeza de Alzaga, cambió en noche de eterno dolor el dia de risueña alegría que flotaba sobre los jóvenes esposos.

Una pena sombría, profunda, melancólica, se amparó del corazon de Catalina Benavidez, esposa de Alzaga.

El palacio de sus riquezas, no tardó en convertirse en la triste morada de la miseria.

Todo aquel lujo, aquella grandeza, aquellas comodidades, fueron desapareciendo poco á poco.

Al fin, la opulenta señora de otros dias, tuvo que empezar á trabajar, con sus propias manos, para dar de comer á un hijo.

Esa tarea, se hacia cada vez mas ruda, mas pesada.

Una mujer delicada, que no habia conocido las privaciones, poco acostumbrada á los trabajos domésticos, era imposible que pudiese resistir á esa nueva existencia, en que se pasaba las noches *amasando*, con el objeto de procurarse pan para ella, y para el niño que tenia á su lado.

De repente, el cansancio la postró!

Lanzada á las corrientes de la desgracia y del infortunio, ya no hubo uno solo que no se cebase en su situacion.

Lo recuerdo con profunda amargura: un dia trabajaba en la Redaccion de *La Tribuna*, hace ocho ó diez años.

La señora de Alzaga se me presentó.

Venia á pedirme una *limosna*, una limosna, ella que tantas veces habia tendido su mano para darla á otros!

Apesar de mi resistencia y de la del malogrado Gaspar Campos—que conmigo estaba en aquel momento—nos quiso hacer coñocer el *estado en que se encontraba*: se levantó lijeramente la pollera mugrienta y despedazada que apenas cubria sus carnes, y nos mostró sus piernas, cubiertas de *llagas y úlceras*....

¡Qué horrible espectáculo!

Su digna familia habia querido ampararla en su infortunio; pero el imperio que sobre ella habia tomado el vicio, la tenia completamente dominada, y ciega, obsecada, sin la fuerza de abandonar el camino que trillaba, preferia, sin conciencia de su horrible situacion, prolongar el lento martirio que la consumia.

Su hijo, hombre ya, habia perdido la razon!!

Esta agonía no podia prolongarse para la mujer de Alzaga, separada de él, á partir del dia en que fué declarado asesino de Alvarez.

Cayó en cama completamente postrada.

Una noche la declararon muerta!

Se trajo un cajon pobre, y en él fué colocado su cuerpo despedazado . . .

Al dia siguiente, un carro silencioso, sin cortejo ninguno, caminaba en direccion al Cementerio de la *Recoleta*.

El que hubiese tenido el coraje de levantar la tapa que le cubria, habria visto en su fondo el cuerpo mutilado por las enfermedades de la que, años atrás, ocupaba el trono de la opulencia, viviendo con el lujo y el esplendor de una reina, radiante de felicidad y de hermosura!

El *Capataz* de la ciudad de los muertos le dió sepultura. . . .

Al dia siguiente muy temprano, un nuevo huésped de la mansion eterna, llamaba á sus puertas.

Despues que el sacerdote hubo pronunciado el *responso* sobre sus frios despojos, los parientes y amigos se encaminaron hácia la tumba en que debian dejarlos para siempre.

Caminaban envueltos en ese lúgubre silencio que reina en todo Cementerio, cuando en el tránsito encontraron un cadáver.

La triste comitiva se detuvo.

Algunos de los que la formaban, corrieron hácia donde se veía el cuerpo.

Era una mujer.

Vino el sepulturero y la reconoció.

Espantosa sorpresa!

Era la misma esposa de Alzaga, enterrada el dia antes!

Sus manos y su cara estaban ensangrentadas y hechas pedazos, probando que esa desgraciada, entre todas las desgraciadas, habia *sido enterrada viva*, y que quizá, por algun esfuerzo sobrehumano, habia conseguido romper la tapa de su ataud, levantarse de la tumba, y correr en busca de *alguien* que la salvase!

¿Habrá en el fuego, en la inspiracion, ó en la fantasía

de ningun hombre, palabras que puedan dar una idea, del tormento, de la desesperacion, del dolor sin límites, de la espantosa amargura que debió ampararse de aquella desgraciada al volver de su letargo, y al encontrarse *enterrada viva*, y sentenciada ya á *pasar por muerta*, cuando tod^aya tenia calor en su cuerpo, pulsacion y latidos en su corazon?

¡Qué episodio, Cielo Santo!

Los diarios de Buenos Aires, lo recojieron con pena y amargura.

Si Alzaga hubiese sido ejecutado con Marcet y Arriaga ¿habria pasado por la sensacion inesplicable de saber, que la compañera de sus dias de felicidad é ilusion, la madre de su hijo, la que, á su lado, ébria de felicidad y de contento, divisó con su hermosa cabeza reclinada en su pecho, el panorama que entonces les sonreía, coronado de luz y de gloria, *habia sido enterrada viva*, soportando así el mas espantoso de los dolores á que Dios puede condenar á una de sus criaturas?

Oh! No hay pena que pueda compararse á esta nueva espacion de Alzaga!

VI.

Si he distraido por algunos instantes al lector, le pido que vuelva nuevamente conmigo á Corrientes, donde le conduje antes de haber hablado de la revolucion de 1812, del asesinato de Alvarez, y del rol que en él tuvo el hijo del que debia delegar á los suyos una herencia tan funesta. . . .

Despues de mi corta entrevista con el Gobernador Pujol, que me trató con marcada atención, pasamos á

casa del señor Galarraga, y en seguida á la de la familia Lagraña.

El viajero que al desembarcar estudiase el aspecto de verdadero atraso que presentaba Corrientes, juzgando que la vida de aquella sociedad debía, lójicamente, armonizarse con su fisonomía *exterior*, se habria sorprendido — como yo — de la distincion, de la cultura, y de la elegancia de los *toilettes* de las damas y señoritas correntinas.

En aquella época se creía en Buenos Aires — no sé por qué — que fuera de sus salones, no habia señora que supiese llevar un traje, ó copiar las modas que nos vienen de Paris, y cuya imitacion es para *algunas* una necesidad tan vital como la de alimentarse.

Nada mas ajeno á la verdad, sin embargo.

La correntina que ha nacido en buena cuna, y tiene educacion, si ha sido feliz al recibir del Creador algunas de sus gracias, no se ha contentado con ostentar los tesoros de la naturaleza, sinó que los ha complementado por la educacion y con desplegar en su *tocador* el mismo arte que hace de nuestras *Porteñas* las festivas Uris del jardín del Plata.

Al caer la tarde, nos pusimos en marcha para embarcarnos.

Una gran comitiva de damas y caballeros nos acompañaba.

El Gobernador Pujol tuvo la deferencia de venir á despedirse de mí en la *Barranca*, mandando á mi compañera una gran cantidad de naranjas y algunos *bordados* que revelan la esmerada habilidad de las correntinas.

—Tengo que dar á Vd. un petardo, estimable compatriota, me dijo en el momento en que nos íbamos á separar.

—Nunca lo será: señor. Estoy completamente á sus órdenes.

—Gracias. Hay en la Asuncion una dama inglesa, á quien remito una pequeña encomienda. Ya está á bordo. Lo que de Vd. deseo es que tenga la fineza de hacerse cargo de ella, y mandársela así quellegue á la Asuncion.

—Cuenta Vd., señor Gobernador, con que seré exacto en el cumplimiento de la comision con que Vd. me favorece.

Aun cuando esto pasaba ya al último momento, y comprendiendo desde luego *quién* podia ser esa inglesa, interrogué al señor Pujol:

—Ha puesto Vd. el nombre de la señora, en la encomienda?

—Sí: es muy conocida allí: Vd. mismo debe conocerla de nombre: se llama madama Lynch.

—Efectivamente: la he oído nombrar en el viaje.

—Ya verá *paisano*: es una mujer espléndida. Trátela Vd., y gozará con su relacion.

Al decirme esto, los ojos del Gobernador Pujol, que no habrian inspirado jamás á un poeta ninguno de esos cuentos entusiastas con que divinizan una mirada, y que por otra parte, parecian estar en continua guerra el uno con el otro, tomaron, no obstante, cierta espresion que me hicieron comprender que la inglesa lo *habia impresionado*

Como quien no quiere la cosa, preguntéle:

• —Y ¿qué hace esa dama en la Asuncion?

—Hombre! dicen que toma los aires de *Lambaré*....

No hubo tiempo para mas: nos despedimos, y acompañados de los moradores flotantes del *Uruguay* regresamos á su bordo.

Un cuarto de hora despues surcábamos nuevamente las aguas dormidas entonces del caudaloso rio, para entrar, por fin, al territorio Paraguayo.

CAPITULO VI.

PARTIDA DE CORRIENTES—REFLECCIONES AL ENTRAR AL PARAGUAY—VISITA INQUISITORIAL EN LAS “TRES BOCAS”—“LA AURORA” CANTADA POR EL POETA ARGENTINO CARLOS GUIDO Y SPANO —LLEGADA Á HUMAITÁ—POLICIA PARAGUAYA—CORREO POR TIERRA—LAS COSAS DEL DESPOTISMO—UNA MOSCA NO ENTRARIA SIN PRÉVIO AVISO.

I.

Después de aquella época, en que todavía no había saboreado todos los encantos que hay en esa vida ajitada de un viajero, en la que, como dice uno que ha ligado su nombre á la fantasía de la descripción, y á la amenidad del relato, *cada cosa nueva que vemos nos parece un mundo nuevo á que penetramos*, yo he llegado á comprender, efectivamente, que cuando nos encaminamos á pueblos ó sitios que nos son completamente desconocidos, sentimos cierto contento anticipado, que nace de la conciencia que tenemos de las emociones que debemos experimentar, en presencia de los espectáculos, que forjó la mente en las horas de *ilusion*, y que la mano de la *realidad* nos descubre al llegar, por vez primera, *á la desconocida tierra*.

Cuán distinto era, sin embargo, lo que á mí me pasaba al ver que me acercaba al Paraguay!

La naturaleza, no podia ser mas hermosa!

El color del cielo, la verdura de las colinas y planicies que servían de marco al rio, que seguia su curso majestuoso y tranquilo: la vejetacion esplendorosa, exhalando suave y delicado perfume, que de la costa llegaba hasta nosotros, como misterioso presente ofrecido al peregrino por la mano de las Hadas de los montes: la suavidad de un clima, en cuyas auras deliciosas parece que debiera refugiarse el alma, como si en su regazo sereno hubiese de encontrar reposo á sus fatigas, todo, todo sonreía al espiritu, y fascinaba la mente, y sin embargo...yo llevaba el corazon oprimido, y una honda tristeza me dominaba por completo.

¿Qué era?

Yo no tardé en explicármelo.

El pais á donde me encaminaba, no era un pais libre como el mio: era un pais barbarizado, cuyos destinos pendian, hacia tiempo, de la voluntad de un hombre que lo tenia alejado del bullicio del mundo: cuyos caprichos eran la ley suprema de la Nacion, y cuyo pueblo, esclavizado al extremo de haber perdido la conciencia de su séry de su personalidad, alimentaba con su sávia, con su aliento, con su sangre, y con su reposo, la molicié, la arrogancia, y las barbaridades del que, recojiendo de la tumba de Francia la herencia de su despotismo, creía como los antiguos señores de los Castillos Feudales en la Edad media, que nadie sinó él, tenia el derecho á los goces y á la libertad!

II.

A las doce de la noche llegamos á las *Tres Bocas*.

Inmediatamente vino, de la costa oriental del rio, una canoa.

La tripulaban tres soldados y un oficial.

Vestían los primeros, pantalon blanco, chaquetilla azul con vivo punzó, y unos enormes sombreros de cuero en los que estaban pintados los colores de la bandera Paraguaya, en forma de una franja de tres dedos que circundaban la copa.

Los defensores de la Patria de Carlos Antonio Lopez, venían descalzos.

Una grosera espada, un pequeño galon en la manga, y un par de burdos zapatos, era lo único que distinguía al oficial de la tropa.

Aquella era la primera autoridad Paraguaya que debíamos encontrar, al penetrar á *la antigua Provincia del Virreinato*.

Lo primero que el oficial pidió, fué la lista de los pasajeros.

Entónces empezó á dirijirnos á todos, indistintamente, multitud de preguntas.

—De dónde viene?

—A qué viene?

—Se vá á quedar mucho?

—Vá á negociar?

—Son de las *Provincias de Abajo*?

—Acatan al Supremo?

—Traen muchos pesos?

Cada cual respondió, según su inspiración del momento.

A mi turno, yo quise hacer algunas preguntas al oficial.

Todas me las contestaba con la misma frase: *no sé; así será*.

El señor Gutierrez les ofreció vino: nada quisieron tomar.

A la una de la mañana, se fueron, quedando uno á bordo, dándonos el oficial, al partir, la orden de no movernos de allí hasta la madrugada.

Asomó ésta.

No recordaba haber visto, en mi vida, como espectáculo de la naturaleza, nada mas lleno de encanto y de poesía, y al sentir mi espíritu bañado en esa luz, en cuyas ondas de oro y plata me parecia ver pasar como una vision, pedazos del Paraiso y de la morada de los ángeles: al contemplar las estrellas que se perdian ya en medio de una blanca nube de incienso perdida en el templo de la naturaleza como si volasen hasta Dios para beber en sus lábios nueva luz, al sentirme yo mismo ajitado por mística emocion, yo comprendí, que solo un espectáculo como ese podia haber inspirado al poeta una descripcion de la aurora semejante á la de Carlos Guido y Spano.

Como un homenaje al Vate y al amigo, yo quiero recojer aquí esos versos, que estarian bien en las pájinas del *Paraiso Perdido*, y cuyas estrofas, unjidas por el óleo del jénio, pueden campear con ventaja, en los *Dramas Desconocidos*, última obra con que Campoamor acaba de enriquecer la literatura de su patria.

Juzgue mi lector toda la belleza que el despuntar de la aurora supo arrancar á la lira de oro de Carlos Guido:

Huyen las sombras; ya á su antro acorre
Siniestro el crimen, y el bulho ya
La grieta oscura de antigua torre
Con sesgo vuelo buscando va.

Parte Romeo,—dulce Julieta
Toda tremante cierra el balcon;
De impura orjía vuelve Violeta
Rasgado el traje y el corazon.

Fausto sus libros cierra, el misterio
Buscando en vano del sér;—oid!

Son las campanas del monasterio,
A orar, nos dicen, fieles venid!

Despunta el alba!—pálidas, bellas
Cual los recuerdos del bien que huyó,
Brillan algunas dulces estrellas
Con que la noche su frente ornó.

Vacilan, tiemblan, se apagan;—luego
Del horizonte véñse al confin,
Ráfagas ténues, franjas de fuego,
Limpios celajes de oro y carmin.

¡Salve, es la aurora! raudal de vida,
Sonrisa alegre del cielo—es
La blanca ninfa del sol querida,
Fresca surjiendo de entre aérea mies.

Dulce reflejo de la mirada
De Dios, contento del esplendor
De su obra, cuando acabada
Pudo abrazarla su inmenso amor.

Fué á esta hora que á Eva divina
Por vez primera contempló Adán,
Que en los desiertos de Palestina
Jacob errante llegó al Jordan.

Al alba pura ¡oh almas sinceras!
Laban, sus hijas Lia y Raquel
Tierno bendijo so las palmeras:
Agar se aleja con Ismaél.

Y el pastor árabe, no bien rayaba
Sobre las tiendas la claridad,
Ajiles cabras apacentaba
En las colinas de Galaad.

¡Soberbio! al paso que el día avanza
Brotan torrentes de luz, y bien
Como en delirio, la vista alcanza
Las maravillas de un nuevo Eden.

¡Rejion escelsa de ensueños vagos!
Palacios, templos, islas, allí
Se ven, rüinas, volcanes, lagos
Con olas verdes y carmesí.

¡Fiesta magnífica del grande cielo!
¿Quién describirla jamás podrá?
¿Qué fantasía su osado vuelo
Al claro olimpo remol tará?

Mónstruos, quimeras, grifos, dragones
Con ígneas alas, cruzan—y en mil
Bellas y estrañas transformaciones,
Pueblan el aire vago y sutil.

Del hondo averno sombras austeras
Parece, surjen á conquistar
El rojo oriente, que sus banderas
Victoriosas hace flamear.

Cúbrese el éter de iris fuljentes,
De esmaltes ricos en fondo azul,
Y leves, finas, resplandecientes
Las nubes tienden su róseo tul.

La luz en ellas con mil cambiantes
Se quiebra, y forma vivo arrebol,
Mientras las borda con sus diamantes
Trémulo el rayo del almo sol.

¡El sol! monarca del alto coro
De estrellas, magno, sacro, inmortal;

Guerrero inmenso del casco de oro,
Padre del día bello y triunfal.

No bien del monte brilla en la cumbre
Cantan las aves, y en el verjel
Que anima y baña su réjia lumbre,
La flor rebosa de incienso y miel.

Y así que el disco soberbio asoma,
Su lujo ostenta la creacion,
Levanta el vuelo la fiel paloma,
Fiero, de gozo ruje el leon.

Todo en el suelo canta y palpita
Vistiendo flores su alegre faz;
Sus ramas verdes la selva ajita,
Levé suspira la aura fugaz.

Del Infinito vasto santuario,
Alzanle un himno la tierra, el mar;
Es cada un árbol un incensario,
Cada montaña sublime altar.

¡Hosanna! el día que nace expande
Sedienta el alma de luz y amor—
¡Hosanna! ¡hosanna! Dios solo es grande,
¡Gloria en los siglos, gloria al Criador!

Si el melancólico Andrés Chénier exclamaba en un raptó de orgullo nacional, “yo me siento feliz al pensar que el Sol de la Francia ha calentado la cabeza de Cha-teaubriand,” á mi vez yo podré decir también, que siento orgullo al pensar que las ondas del Plata han lamido la cuna en que se meció Carlos Guido.

“Así como el poeta del Norte es el poeta del alma; el poeta del Mediodía es el poeta de la naturaleza.

El poeta del Norte tiene que replegarse en sí mismo, en su conciencia, para cantar, como el ruiseñor que solo entona sus gorjeos en la oscuridad de su enramada, y el poeta del Mediodía, como la alondra, necesita la clara luz y el inmenso cielo para volar y cantar.

Los poetas del Norte son los poetas del pensamiento, del dolor profundo, de la inspiración vaga y tenebrosa; en tanto que los poetas del Mediodía son los poetas de la luz, de las armonías, del amor arrebatado, de las grandes personificaciones y de las extraordinarias hipérbolos.

Mas en nuestro tiempo, en que la idea de humanidad vá levantándose sobre la idea de raza, y en que el arte ha pasado de su período instintivo á su período reflexivo el poeta del Norte pugna por el lirismo y la armonía: el poeta meridional por el pensamiento y el dolor profundo.

Ahí están Schiller y á Manzoni.”

Guido ha venido á la vida del arte con el pensamiento de su siglo, y siendo un poeta esencialmente meridional, aspira también á esa idealidad vaga, á esa soñolencia magnética del espíritu, que tantos encantos dá al arte en los países del Norte.

Poeta, por la inspiración, por el jénio y por el arte, vé en su conciencia el Cielo, en sus ideas los astros, en sus grandes inspiraciones las flores, en su dolor la tempestad, en el mundo de su conciencia la naturaleza, el universo, y á su vez en ese mundo exterior que parece condenado á la fatalidad, á la insensibilidad, su espíritu, que se refleja en los seres que cruzan los espacios como ideas vivas: en las oraciones que levantan al Creador todas las cosas, desde el lago que duerme en el hondo Valle, y la flor que se esconde entre la menuda yerba, hasta la alondra que entona el cántico matutino y el águila que abre sus alas á lo infinito; porque la naturaleza y el espíritu en

la poesía, son como el Astro y el éter, como el color y la luz, como el cuerpo y el alma, una eterna y misteriosa armonía.

Basta léer la anterior composicion de Guido para ver que ha comprendido que el destino del poeta es comprender, compenetrar la naturaleza y el espíritu, para elevarlos despues á Dios, y que el arte como la ciencia, es un Divino Sacerdocio

III.

A la misma hora del amanecer, cantada en tan tiernos versos por el bardo Argentino, llegábamos frente á *Humaitá*.

La fantasía de los unos, el falso miraje de los otros, y un interés fácil de comprender en una propaganda hecha por Lopez y sus agentes, presentaban este baluarte de la barbarie del Paraguay, como un *Sebastopol* ó un *Cuadrilátero* inespugnables.

Sin que la vida *sui-géneris* de aquel pueblo preocupase mucho á éste, sabiamos en el Rio de la Plata, que el Dictador de la Asuncion empleaba grandes tesoros en fortificar á *Humaitá*, punto estratéjico de la costa, cuya ventajosa posicion en un rio angosto, le indicaba como el mas aparente para construir en él una fortaleza, cuyos fuegos le permitiesen disputar ventajosamente la entrada de cualquier flota enemiga á las aguas paraguayas.

La guerra posterior ha mostrado que los Paraguayos no se habian engañado, en cuanto á la importancia de aquel punto.

La principal bateria que entónces se levantaba en *Humaitá*, llamábase bateria *Lóndres*. De este lado de América yo no habia visto nada mas sério como construccion militar.

Era de cal y canto, hecha de manera que el artillero quedase completamente resguardado trás un fuerte y elevado muro.

Mas de quinientos hombres trabajaban en aquella época en las fortificaciones, y una guarnicion que no bajaba de doce mil soldados, acupaba la poblacion de *Humaitá*, descripta de este modo por el señor Thompson, en su reciente libro sobre la sangrienta guerra, que tanto renombre ha dado al *Sebastopol Americano*:

“Humaitá (1) como Curupayty está situado en una barranca llana, á treinta piés sobre el nivel del rio, en una rápida curva que hace la corriente, en forma de herradura, á la cual presenta una superficie cóncava, que permite concentrar el fuego de todas las baterias sobre cualquier punto de la curva.

La barranca tiene una estension de 2,500 yardas y sus estremidades están limitadas por carrizales.

Esta trinchera tiene 14800 yardas de largo, incluyendo los dientes que están colocados á cada 250, y encierra un espacio llano de pasturaje, como de 4,000 yardas de largo y 3000 de ancho. Pasando de Humaitá aguas arriba, no hay desembarque posible á causa del carrizal, á no ser por una barranca llamada Tayí (2) situada 15 millas al Norte de Humaitá, desde donde parte una vía que conduce á los caminos reales del interior.

El Tayí llegó á ser, como es consiguiente, un punto estratégico de importancia. El carrizal entre Humaitá y Tayí tiene mas ó menos la forma de un rombo, con caminos perpendiculares de 4 á 7 millas cada uno, y á esto se llama Potrero Obella.

En su mayor parte es del todo intransitable, pero existen una ó dos sendas por las que puede atravesarse.

(1) *Hu* negro; *ma* ahora; *itá* piedra: La piedra es ahora negra.

(2) *Tayí* árbol de corazon verde.

Por el lado de tierra está completamente cortado por una selva impenetrable, que tiene solamente una abertura por la cual Lopez introducía ganado en grandes cantidades, que se sacaban á manera que se necesitaban, por la estremidad próxima á Humaitá. Cuando el rio estaba bajo, quedaba una senda practicable á lo largo de su márjen, pero cuando se llegaba al Arroyo Hondo era necesaria pasarla en canoas.

Fuera de las trincheras de Humaitá, en una estension de muchas leguas, el terreno está cubierto de esteros, que dejan entre sí estrechas lenguas de tierra, sobre todo en en las inmediaciones de Sañ Solano y Tuyucué; pero la mayor parte del terreno próximo á la trinchera, es practicable.

El terreno frente á Humaitá, del otro lado del rio, es enteramente intransitable, aunque fué cruzado por los paraguayos hasta Timbó.

Cuando el rio crece, este terreno queda completamente cubierto por el agua; y desde allí hasta unas tres leguas de la embocadura del Tibicuary no se puede efectuar desembarque alguno, porque todo es carrizal.

La márjen del rio Paraguay, en casi toda su estension, es mas elevada que el carrizal, lo que hace posible abrir un camino á lo largo del rio, sin que esto quiera decir, que pueda ligársele con el interior.”

IV.

Como es consiguiente, desde que el vapor fondeó en *Humaitá*, yo sentí el deseo de bajar á tierra, á inspeccionar el célebre sitio.

Apenas nos detuvimos allí, vino una embarcacion á bordo.

Los tripulantes parecían los mismos de las *Tres Bocas*, tal era la semejanza de sus tipos físicos, como el método de sus preguntas y proceder reservado.

Ante todo, pidieron la lista de los pasajeros.

Es lo mismo que nos había sucedido antes.

El señor Gutierrez la volvió á dar.

Entonces el oficial sacó un papel del bolsillo y confrontó.

No había que dudarle: el oficial de *Humaitá* tenía ya en su poder la lista que le había sido remitida por el de las *Tres Bocas*.

Cuando aquel aparentó conformarse con las explicaciones que Gutierrez le daba, le pregunté:

—¿Podremos desembarcar á conocer la población?

El Paraguayo me miró como sorprendido de la libertad que me tomaba al dirigirle la palabra, y con un tono, que nada habría tenido que envidiar al de Mowrawieff, cuando arrojaba de su presencia á la madre que iba á implorarle por la vida de su hijo, brutalmente arrojado á morir en las soledades sombrías de la *Siberia*, me contestó:

—Tiene orden del *Supremo*?

—Para qué?

—Para desembarcar.

—No señor.

—Entonces *no puede*.

—Los viajeros que pasan por aquí ¿no desembarcan sin orden del Supremo?

—Ya lo sabe.

—No lo sabía.

—Sepa, pues. . . .

Y al decirme esto me dió *galantemente* la espalda, y se puso á *cuchichear* en *guarani*, con uno de los tripulantes de la canoa.

Aquel espectáculo, completamente nuevo para mí, empezaba á preocuparme.

El nombre del *Supremo*, es decir, del Presidente, era invocado por aquellos jentes como el de una especie de Dios Omnipotente, sin cuyo permiso ó autorizacion, nada podia hacerse en el Paraguay, ni aun desembarcar en un pedazo de territorio sujeto á su caprichoso dominio.

Gutierrez, que notó la impresion desagradable que todo aquello me producía, trataba de justificar la escrupulosidad Paraguaya, diciéndome, que, como el Gobierno de la Asuncion tenia recelos de la diplomacia Brasileira, se veía obligado á tomar una série de medidas preventivas, que no eran comunes en su modo de ser.

Sin razon para oponer resistencia á sus palabras, les daba crédito, sin admitir por eso la legitimidad de la ridícula prohibicion de bajar á tierra y mucho menos, la especie de exámen inquisitorial que se hacia á los pasajeros con un cúmulo de preguntas, audaces algunas, impertinentes todas.

A las tres de la tarde el *Uruguay* volvió á emprender su marcha, tantas veces interrumpida.

La navegacion del Rio Paraguay se presentó entónces á mis ojos, como un nuevo presente ofrecido por la mano de Dios á la esplendente naturaleza de estas fértiles comarcas.

Mucho mas pintoresca que la del *Paraná*, esta navegacion no ofrece la monotonía que caracteriza la de aquel, donde la vista casi nunca encuentra otro punto de mira en qué posarse que altas barrancas, por lo jeneral estériles, y desnudas de vejetacion, que les dé vida ó encanto.

En el Rio Paraguay, sucede todo lo contrario.

Las aguas, límpidas y serenas, corren, por un verdadero lecho de esmeralda.

A un lado está el *Chaco*, cuyas llanuras apenas visita-

das de vez en cuando por los Indios, que corren en ellas errantes y fujitivos, sin techo y sin hogar, ostentan una vejetacion rica y lujuriosa.

El panorama de la *tierra firme*, es mucho mas pintoresco y variado.

Unas veces dilatadas planicies, en que pastan pacíficamente multitud de animales.

Otras frondosos montes de naranjos, cargados de su blanca flor, cuyo ambiente suave y delicado, perfuma las aguas que los lamen en su eterna carrera, y envuelve la costa en una especie de nube de deliciosa fragancia.

Aquellos sitios, tristes y solitarios, donde no se siente la voz de las jeneraciones, ni el murmullo de la civilizacion, son sin embargo, alegres y risueños, porque parecen el jubileo de la naturaleza, destinado á rejuvenecer el espíritu que se dilata allí en presencia de la sonrisa de Dios, del canto de las aves, del murmullo tranquilo de los arroyos, del perfume embriagador de mil flores silvestres, que nacen y mueren olvidadas, y de ese gran concierto de una creacion virjen, saludada por muchos siglos, que han pasado impetuosas, sin dejar en su marcha fujitiva ni un rastro, ni una huella de lo que llevaban orgullosos en sus entrañas!

Años despues, yo he visitado el *Rhin*, y evocando el recuerdo del rio Paraguay, sentia engrandecida mi alma de americano al pensar que si en las costas de éste, como en las de aquel, floreciesen poblaciones llenas de vida y movimiento, y se contemplasen como allí, perdidos en lontananza, los restos tradicionales de antiguos castillos históricos, cuyos muros derrumbados por el tiempo, traen á la mente la memoria de leyendas fantásticas, de guerras sangrientas, ó episodios dramáticos, el rio Aleman, tan admirado en la Vieja Europa, seria un pobre

pigmeo comparado con la grandeza y la majestad del Rio Americano! . . . :

Cuatro dias duró la travesía de *Humaitá* á la Asuncion; pero cuatro dias de una emocion constante para mí, que me hallaba embebido en la contemplacion de aquel grandioso panorama, cuya variedad no tenia fin, cuyos esplendores se renuevan sin cesar al calor de una luz impregnada de aroma, de poesía, de encanto y de vida celestial: . . .

CAPITULO VII.

LLEGADA Á LA ASUNCION—REFLEXIONES EN PRESENCIA DE LA TRADICION PARAGUAYA—EL PRESIDENTE CARLOS ANTONIO LOPEZ Y YO—OFRECIMIENTO DEL GENERAL D. FRANCISCO SOLANO LOPEZ—UN EDECAN SUYO—GRAN TEMOR—DESEMBARCO DE LOS PASAJEROS DEL “URUGUAY”—PROCESION DE MUJERES—PRESENTACION EN LA POLICIA—UN JEFE POLITICO EN CAMISA Y CALZONCILLOS—EL REGLAMENTO POLICIAL Y EL CARNAVAL—RISA DE CASSAFFOUSTH—LOS ARGENTINOS EN LA ASUNCION—ALOJAMIENTO EN CASA DEL CÓNsul DE LA CONFEDERACION.

I.

Toda vez que un viajero llega á un punto cualquiera, visita un monumento ó se detiene en un sitio á que se liga un recuerdo, una leyenda, ó uno de esos hechos históricos que han conmovido la humanidad, ó han impresionado la imaginación de las jeneraciones en la corriente impetuosa de los siglos, divide forzosamente la emocion que siente entre la impresion material que el objeto le produce, y el recuerdo que su historia ó su pasado, trae á su memoria.

El peregrino que en alas de la fantasía, ó arrastrado

por el material deseo de hollar con su planta la tierra en que fué martirizado el Redentor del Mundo, al encontrarse allí, le parecerá ver entrar por las puertas de una de las fortalezas de *Jerusalem* al noble Profeta que la muchedumbre Hebréa sale á recibir, en cuya mirada hay una nube de dolor inmenso, y un fondo de amargura infinita.

Volviendo los ojos en torno suyo, le parecerá ver á Judas en el momento en que besa á su maestro, dando así la señal infame para que los malvados le tomen por traicion, le escupan, le befen, lo claven en la cruz, lo taldren en ella, y le sometàn al tremendo mártirio con cuya sangre está escrita en el Gólgota la redencion del jénero humano.

Al penetrar por vez primera á Roma, “la ciudad de las tristezas eternas,” como la llama Castelar, donde “sus cipreces murmuran una elejía, y sus fuentes lloran la muerte de algun Dios,” ¿cuánto recuerdo no se agolpará á la mente vívamente impresionada del que, de improviso se encuentra al pié de la tumba de los apóstoles: en las ruinas del *foro*, desde cuya altura la voz de los tribunos dominaba al mundo, y en presencia del gigantesco *Coliseo* que dormido sobre el polvo de los siglos, parece aun en medio de su tótrico silencio, repetir los écos de los millares de víctimas que caían en su arena ensangrentada, despedazados por el diente de las fieras, cuyo bramido salvaje arrancaba sarcástica carcajada á los bárbaros que se llamaban Emperadores?

Y Pompeya?

Ahí está á las faldas del Vesubio, á los piés de la cúspide de la pirámide de fuego. ●

Durante diez y ocho siglos, esa ciudad entera, con sus casas y monumentos, sus calles y plazas, sus estátuas y cuadros, sus riquezas y pedrerías, ha dormitado en las

entrañas de la tierra, sin que el sol que allí se levantó por espacio de mil ochocientos años haya podido calentaf la frente de un solo mortal, en el vasto panteon de un pueblo de gigantes, de una raza de artistas y de guerreros.

El viajero penetra hoy à *Pompeya*, y á menos de ser un imbécil, se siente dominado completamente por el recuerdo de esa historia de horrores, de espanto, de confusion, de fuego y lágrimas, á que se vincula la suerte de una jeneracion entera, que desaparece instantáneamente, abrasada por el agua hirviendo y carbonizada por la lava del *Verdugo de Pompeya*, como llamó al Vesubio un inspirado escritor contemporáneo.

En la casa que habitaba Niomedes, lo primero que el *Ciceronne* ofrece á la curiosidad del viajero, es la galeria subterránea en que la madre infeliz debió refugiarse al sentir el rujido del volcan: en la pared están perfectamente incrustadas sus formas: es decir, hundidas algunas líneas del nivel del muro, revelando esos contornos siniestros, la posicion que Niomedes tomó tratando de estrechar sobre su pecho la materia bruta è inerte, como si asida á ella pudiese escapar á la muerte.

Yo pregunto: al encontrarse frente por frente de ese sitio, al oír atentamente la esplicacion hecha por el *Ciceronne* ¿habrá ningun hombre, de mediana educacion, y para quien las mas lijeras nociones de la historia del mundo no sean un misterio ó un arcano, que no se remonte inmediatamente, con su espíritu y su pensamiento con su emociion y su memoria, al dia en que Pompeya fué sepultada en las entrañas de la tierra?

Un dia yo me hallaba en Venecia, esa especie de egreja sultana coronada de luz, que ostenta en sus manos el aureo tridente, y cuyos piés los envuelven eternamente las ondas del Adriático, cuyos jemidos se han confundido durante tantos siglos con la de millares de víctimas:

atravesaba la Plaza de *San Marcos*: penetraba al Palacio de los *Dux*: me detenía estremecido en el exámen de sus inmundos y sombríos calabozos: estudiaba, casi confuso, la trampa construida para precipitar de lo alto las víctimas destinadas á ser arrastradas por la corriente del mar: me sentaba trémulo é impresionado, en los mismos sitios ocupados seiscientos años ántes por el *Consejo de los Diez*, y en medio de mi peregrinacion de viajero, yo veía pasar por el Cielo de mis recuerdos, en brillante, turbulenta y sombría procesion, toda la historia de Venecia: su fundacion, sus guerras con el Oriente, su proteccion á los *Cruzados* para reconquistar el santo sepulcro, su famosa expedicion á Constantinopla, iniciada el dia de San Juan, su actitud prescindente como República, en la famosa lucha de guelfos y guibelinos del siglo XII: sus tremendos combates con la orgullosa Génova, dueña de su flota y de su almirante Dándolo: la conspiracion de Marin Baconio, Giorni Baldovino y Miguel Guida contra el *Consejo*: la tremenda lucha entre el pueblo y el *Dux* Pedro Gradéigo, y en fin, todo lo que se liga con la existencia de esa ciudad, única en el mundo, desde sus grandes hechos como pueblo, hasta las dulces y melancólicas canciones de sus *gondoleros*!

Otro dia atravieso la madre Patria, y penetro, devorado por la curiosidad que me inspira una tradicion popular, el famoso *Escorial*, reputado como la octava maravilla.

El verdugo de dos mundos, Felipe II mandó levantar el gran edificio, en conmemoracion del triunfo alcanzado por los Españoles sobre los Franceses en los campos de *San Quintín*, el dia de San Lorenzo, á cuyo santo, el hijo de Cárlos I atribuyó el éxito de sus armas, dando al palacio, en honor del mártir, la forma de la *parrilla* en que fué quemado.

Vuelvo á preguntar: ¿qué viajero, por indiferente que sea, no siente al penetrar al *Escorial*, la necesidad de remontarse al siglo XV, y traer á la memoria el Reinado del bárbaro, que hacia de la Inquisicion la ley suprema de su Gobierno?

Los recuerdos! siempre los recuerdos!

He visitado la famosa *Torre de Lóndres*.

Recorriendo ese monumento, en cuyos muros lúgubres y sombríos están escritas pájinas sangrientas de la historia de Inglaterra, y al encontrarme en la parte que se llama la *torre ensangrentada*, ¿podria dejar de pensar por un instante, al menos, en el trájico fin que en ella tuvieron los dos tiernos hijos de Eduardo, mandados asesinar por su tio el Duque de Gloucester, para ceñirse la corona, que estaba destinada al jóven hermano de Ricardo, Duque de York?

Oh sí!

Allí, mas que en parte alguna, parece que los que llegan al lúgubre sitio en que estaban encerradas las dos inocentes criaturas, asisten al tremendo momento en que los asesinos ahogan su voz, y les quitan la vida!

No hay uno solo que resistir pueda al recuerdo de ese drama singular, en que los rayos tranquilos de la plateada luna, alumbran los cadáveres de dos niños, que sirvieron de escalon para que subiese al trono el abominable Ricardo III, que si tuvo la fortuna de vencer al Caballeresco Buckingham, sucumbió ante el poder del Conde de Richemond en la batalla de *Bosworth*, eficazmente ayudado por lord Stanley, que en el momento supremo de la lucha se puso de su lado, terminando así aquella larga contienda sostenida en Inglaterra entre la *Rosa Blanca* y la *Rosa Encarnada*.

Los recuerdos!

Siempre los recuerdos, ante la contemplacion silenciosa

de alguno de esos monumentos que los aviva ó despierta;

Pero ¿dónde podrán ser evocados con mas justicia y lejitima causa, que aquí mismo, en el pedazo de tierra en que escribo este libro?

Si aquellos sitios y monumentos, nos remontan con la fantasía y la memoria á las grandezas y miserias de remotos tiempos, á las sombras del crimen ó á los rayos de gloria que señalan la ruta de lejanas edades, nosotros los Americanos, y principalmente los hijos del Plata majestuoso, habitamos un suelo, donde á cada paso encontramos un sitio que nos trae un recuerdo, una historia, un episodio de esos que la mano del historiador ha escrito ya con sangre en el libro inmortal de la vida de la humanidad.

II.

Yo me imagino por un instante, á un hombre cualquiera, de los que conoce la historia de la tiranía Argentina, paseándose tranquilo, risueño, y despreocupado, en las alegres campiñas de los *Santos Lugares*.

¿Podrá, acaso cruzarlas sin que, instintivamente asome á su mente el *campamento de Rosas*: ese centro de sangrientas matanzas, en que aun blanquean dispersos los huesos de los mártires condenados al patíbulo y al degüello, por el que pasó veinte años, sin corazon ni conciencia, sentado al festin de la barbárie?

No hace mucho que yo visitaba los *Santos Lugares*, acompañado de un amigo.

La tarde estaba apacible y serena.

El aroma de las flores silvestres, las puras emanaciones de algunos árboles, salpicados en el camino que seguíamos, el arrullo de las palomas que sin cesar visitan ese

sitio, el dulce gorjeo de los pajarillos, todo, todo ofrecía á mis ojos, ese cuadro pintoresco y hermoso por el cual vaga el alma como la mariposa entre las aromas del campo.

Ibamos á caballo.

De repente mi compañero detuvo la brida y señalándome un punto cercano, me preguntó:

—¿Conoces ese sitio?

—No.

—Allí fué fusilada la infeliz Camila O'Gorman . . .

Me detuve maquinalmente.

Ese nombre es á la vez el símbolo de una pasión tierna y ardiente, de un crimen sin nombre en los fastos de la crueldad, y de uno de esos episodios, que por sus detalles, viven eternamente en la memoria de las generaciones.

Al oírlo, me pareció que iba á ser, mudo y aterrado espectador del salvaje sacrificio, que puso el sello á las infinitas crueldades con que Rosas oprimió á Buenos Aires, durante una tiranía, cuyos actos eclipsaron los de los antiguos Procónsules y Emperadores Romanos.

Oh sí!

Me parecía verlo todo . . .

Allí está una cárcel.

Su aspecto es lúgubre y sombrío.

Multitud de soldados vestidos todos de *chiripá* y camiseta punzó, se hallan formados en torno del edificio.

Reina agitación y silencio á la vez.

Ayudantes y oficiales cruzan de un lado á otro: sus espadas producen ruido; pero sus labios están sellados!

No se oye una sola palabra.

Diríase que era una mansión de *mudos*.

El observador atento habría podido estudiar, en la fisonomía de todos aquellos soldados, que están tristes, sombríos y taciturnos; el reflejo de alguna de esas gran-

des sensaciones que abaten las almas mas bien templadas, ó conmueven hondamente los mas empedernidos corazones.

Los que eran leones en el campo de batalla, revelaban en ese momento supremo, la timidez de un niño!

Se miraban los unos á los otros, con esa *intencion misteriosa* del que cree poder descubrir en la fisonomia de los demás, los pensamientos que los domina.

Algo grave, sombrío, espantoso, está por suceder.

En el sitio del martirio constante, del cadalso siempre humeando sangre inocente, en aquella casa de la muerte, se presentia, se adivinaba una catástrofe.

Todo es recojimiento, estupefaccion.

De repente se siente un tropel: la marcial atambora resuena: pisadas de soldados estremecen la tierra: el éco del guerrero clarin llama la *atencion* de la tropa que formada espera en torno de la inmundada mazmorra: instintivamente vuelve la vista hácia la puerta, y entónces vó aparecer en ella una mujer y un hombre, que, á paso lento y mesurado, vienen escoltados por algunos verdugos de los que ajitaban sus puñales por la inspiracion salvaje del Satanás Arjentino!

• La mujer es jóven y hermosa: majestuosa su apostura, arrogante su andar, su talle flexible y esbelto y distinguido su conjunto.

En su semblante hay una huella de dolor profundo, mezclado á la sublime resignacion de la que afronta serena una situacion desesperada, y como Juana de Arco la víctima del infame Obispo de Beauvais, refugia humilde su espíritu en la misericordia de Dios!

Viene vestida con un *peinador* blanco sujeto á su cintura, bastante abultada, por una cinta rosada.

Sus cabellos, negros y abundantes, caen desordenados sobre una espalda perfectamente contorneada.

Así que sale de la *Crujía* de los *Santos Lugares*, la colocan en una silla, que levantan en sus robustos brazos cuatro indios corpulentos.

Un sacerdote viene á su lado con un crucifijo en la mano.

La niña le toma en las suyas, que están trémulas.

Al ver la tropa formada, se espanta, y prorrumpe en llanto, impregnado de desesperacion y conmovedora melancolía.

Se enjuga las lágrimas y tiende sus manos al Ministro de Dios, dándole su pañuelo.

Este comprende la intencion de la infortunada niña, que apenas tiene veinte y dos años.

Aquel cuadro la horroriza. . . .

El sacerdote le venda los ojos, y con voz casi apagada, le dice:

—Piensa en Dios, hija mia. Aquí en la tierra, ha concluido tu mision. -

No contesta una palabra: un hondo sollozo sale de su pecho.

Los indios se ponen en camino: la tropa sigue esa silla, que podria tomarse por el trono del martirio: dán una vuelta en torno del edificio, y se detienen frente á un alto paredón de la parte exterior, negro y siniestro.

Allí hay un banquillo! . . .

La que vá á morir es Camila O'Gorman, á quien un hombre, investido de la mas sangrienta de las Dictaduras, ha sentenciado á muerte, erijiéndose en juez supremo, en lejislador, en apóstol de la ley, y árbitro de un fallo y de una vida que solo pertenecen á la Divinidad.

El crimen de Camila O'Gorman es haber entregado su corazon al jóven Gutierrez, ligado á la vida del altar por el juramento de su sacerdocio.

Refugiados en un rincon solitario de Corrientes, son

descubiertos por un villano, que hace dueño del secreto de su refugio á Rosas.

En ese retiro, los dos amantes, jóvenes, ardientes, impresionables y arrobados en la delicia y el deléite de un amor infinito, han sentido los estremecimientos misteriosos é incomprensibles de vislumbrar, en el horizonte plateado de una encantadora esperanza, el fruto querido de su pasión

Camila es madre

En el momento en que los que la conducen se detienen y la bajan de la silla para darle el otro asiento que, segundos despues le servirá de tumba: al pensar que el plomo implacable que vá á despedazar su pecho de madre vá tambien á dar la muerte al ser inocente que solo ha vivido en sus entrañas: al pensar que no ha sentido bañados todavia sus ojos por la luz del dia, ni unjir su frente nacarada por el óleo del bautismo: al pensar que ella, su madre, aun no ha tenido la dicha inefable de confundir con los suyos la humedad virjinal de sus lábios, apenas entreabiertos por el primer soplo de la existencia: al pensar que su propio vientre será el sepulcro de su hijo, arrebatado al padre sin que al morir le sea dado tampoco conocerlo, tocarlo, besarlo, verlo con los ojos del alma, ¿dónde estaría el pensamiento de Camila? .

¿Cuál sería la emocion de su postrer momento?

¡Hondos arcanos de la Providencia, que no es dado penetrar á los mortales!

Camila está sentada ya sobre el *banquillo*: llora profunda y amargamente, como si pensase que esas lágrimas desprendidas de sus hermosos ojos en el supremo instante, se hubiesen de convertir en el agua bautismal que unjiría la frente del niño, envuelto todavia en las sombras del eterno misterio

La tropa forma el *cuadro*.

Son las nueve de la mañana, hora en que Rosas ha ordenado sea fusilada la hija del amor y de la pasión estraviada!

El sol está tÍbio.

Hay un instante de aterrador silencio: el ruido de los atambores ha cesado ya: la fisonomía de la tropa está alterada como la de los condenados, que sienten su conciencia oprimida por el peso de un gran crimen.

Solo el llanto de Camila turba la quietud instantánea de aquellas sombrías soledades, hasta que se oyen tres voces fatídicas: *preparen, apunten, fuego!*

No retumba un solo tiro. . . .

La tropa no obedece la voz del oficial, que es el éco fatídico del rujido de la fiera que dormita en Palermo, sobre un lecho de cadáveres, envuelto en un vapor de sangre!

Aquellos hombres toscos, groseros, casi insensibles siempre, familiarizados con los horrores diarios del *campamento*, en que vienen à morir sin amparo y sin consuelo los hijos abrazados à los padres, los hermanos confundidos en la huesa comun, han vacilado, se han estremecido, no han tenido el coraje de hacer fuego sobre el pecho de Camila.

Diríase que en ese instante habian escuchado la voz del hijo inocente que del seno de sus entrañas les gritaba, inspirado por un ángel de guarda: *piedad! piedad para mi madre infeliz—No la mateis!*

Diríase que al contemplarla, casi muerta ya, envuelta en su blanco ropaje, con un crucifijo en la mano, y anegada en llanto, la habian tomado por la estatua del *arrepentimiento*, rejenerada por la mirada divina y amparada por el que supo perdonar à Magdalena.

Pero ¡ay!

Aquella trégua instantánea, no debia dejar tiempo à

la infeliz Camila, ni para acariciar la idea de la esperanza!

El destino habia escrito su suerte.

Lós soldados de Rosas iban á cumplirla.

Vuelven á preparar las armas: se repiten las siniestras palabras: y se oye una detonacion sorda como el abismo, y Camila cae bañada en sangre, el pecho despedazado, y las manos sobre el vientre, como si hubiese querido amparar al hijo, del furor de sus matadores!

Eli, Eli, lamma Sabacthani!

Un instante despues moria del mismo modo su amante el clérigo Gutierrez.

El drama mas sangriento de la afrentosa tiranía de Rosas, estaba consumado: el padre, la madre y el hijo acaban de ser fusilados por una órden suya, sin causa ni forma de juicio.

Aquellos tiros, arrancados al miedo, á la sumision pasiva de los que acababan de dispararlos sin conciencia, contra su voluntad, sometidos al imperio de un dolor que apenas podian disimular en presencia de su jefe, aquellos tiros, que abrian la tumba de Camila y de su hijo, marcaron en el reló del tiempo, la hora que debia anunciar la próxima caida del tirano.

Aquella detonacion siniestra, fué el canto funerario sobre el poder y la omnipotencia de Rosas, que allá, en medio de la peregrinacion de su destierro, verá cruzar en sueños como una vision sangrienta, la gallarda figura de Camila, flotando en la nube de su martirio, en cuyas ondulaciones creará divisar tambien, la fisonomía risueña de un ángel alado, que corre errante buscando la madre, que no conoció!

III.

Todo esto pensaba yo, al cruzar silencioso el campa-

mento de los *Santos Lugares*, al que, como á los demas sitios y monumentos que antes cité, se liga algun recuerdo, algun hecho, alguna historia, que es imposible no evocar al visitarlos ó pasar por ellos.

Y bien: esto es precisamente lo que me pasó la mañana que el vapor *Uruguay* entró tranquilo, surcando las aguas dormidas del puerto de la *Asuncion*.

Yo tenia ante mis ojos la capital del Paraguay.

Algunos minutos mas, é iba á pisar la tierra, convertida por Francia, primero, por su sucesor despues, en la cárcel inmensa de una Nacion, que postrada, abatida, sin derechos ni garantías, sin conciencia de su personalidad augusta, vivia como la China, cerrada al bullicio del mundo, inmediata por su posicion á los pueblos del Plata, pero alejada, por su modo de ser, de la vida de rejeracion que á estas soureía.

Yo pregunto otra vez: ¿era posible llegar al Paraguay, sin que un *mundo de recuerdos*, á manera de un panorama suspendido á nuestros ojos por invisible mano, no asomase lójicamente á mi pobre imaginacion?

Mi profesion de periodista, una inclinacion largo tiempo cultivada por el estudio de la historia de todos los pueblos, y hasta cierto punto, el *deber* y la *necesidad* de no ser ajeno á la de una República tan cercana á la nuestra, hacia que en mí, quizá mas que en cualquier otro, todos esos recuerdos brotasen con mas viveza, y asomasen con menos dificultad á la memoria.

La vida del Paraguay tenia para mí lo sombrío de un drama espantoso y lo festivo de una comedia ridícula.

En ambos extremos, los protagonistas eran los mismos: Francia y Lopez.

IV.

Como la mayor parte del mundo descubierto por Co-

lon, los españoles son los primeros en gobernar al Paraguay.

Años despues, una caravana de *Jesuitas* llegó á las fértiles comarcas, donde no tardan en propiciarse la voluntad de los indios.

La mansedumbre de su aspecto, la suavidad de su palabra, que se les pronuncia estudiadamente como la revelacion de un éco divino, que puede edificar y destruir, brindar placeres ó imponer castigos, propicia muy luego á los misioneros la voluntad inocente de las masas primitivas.

Heraldos—sinò sinceros, aparentes al menos—de su dicha, ya no se contentaron con traerlos á la obediencia pasiva: los deslumbraron levantando chozas y casas, improvisando poblaciones, construyendo templos, arrancándoles, por fin, á la ignorancia completa y la absoluta barbarie, iniciándolos en el camino de la educacion por medio de la lectura.

A las aldeas que formaban, en sitios aparentemente escojidos, diéronles el nombre de *Misiones*.

Sensibles á los alhagos y dulzuras de la vida, una vez que los *Jesuitas* conocieron su dominio y preponderancia sobre los indíjenas, pusieron á contribucion su brazo, su reposo, su trabajo y sus afanes, *en provecho de sus propias riquezas*.

Ese dominio y esa preponderancia, que se ejercia por completo, con habilidad y sin control, puesto que los españoles eran impotentes para contener la propaganda de los misioneros *Jesuitas*, despertó celos y sospechas en la Córte de Madrid, que, á mediados del siglo pasado, mandó espulsarlos del Paraguay.

Su vida interna continuó siendo pacífica, hasta que en 1811 el famoso General Argentino Belgrano, invadió su territorio, operándose poco mas tarde un cambio de

situacion, que sin efusion de sangre, llevó al Gobierno presidido por el español señor Velazco, dos nuevos compañeros.

Uno de ellos era el sombrío Dictador Francia.

Yo estaba de pié sobre la cubierta del vapor, abarcando con la mirada el risueño panorama que la vista de la Asuncion ofrecia á mis ojos, y en la costa, sobre el techo de las casas, en las calles, en la cima de las verdes colinas, en todas partes, me parecia ver vagando la figura siniestra del sombrío dictador.

Hasta 1813 compartió las funciones del mando con sus otros dos colegas.

Ese año fueron nombrados Cónsules él y Yedros.

A partir de ese momento, el horizonte de sus ambiciones, hábilmente ocultadas hasta entónces, debia dilatarse al amparo de un carácter perspicaz, y de una voluntad que no reconocia diques ni barreras.

Su plan era quedarse solo en el gobierno, constituyéndose en la autoridad suprema de la Nacion.

Una mañana supo el pueblo que Yedros habia muerto, y sin que la historia sea esplicita y terminante sobre esé episodio, hay fuertes indicios para suponer que *Francia asesinó* á su colega de Gobierno.

De todos modos el hecho es que se quedó solo.

• Dueño ya de una opinion, que circunstancias especiales habian ido amortiguando y abatiendo, hasta la prostracion que enerva á las Naciones, como en el Bajo Imperio, Francia hizo reunir un Congreso.

Su primer paso fué nombrarlo *Dictador*.

Fatal recuerdo para la historia de esa Nacion—jóven, vírgen, mecida en brazos de una naturaleza lujuriosa, humedecida por las mansas aguas de rios majestuosos; sobre cuyo lecho de plata, podian las naves empavesadas con todas las banderas del mundo, llevar la vida y el

comercio—que bien caro ha tenido que pagar mas tarde su adhesion fanática á sus ídolos de barro.

La Dictadura de Francia debia empezar como empiezan todas las dictaduras: haciendo del espionaje organizado á nombre de la corrupcion y del favoritismo, el principal elemento de su administracion.

La historia de ese espionaje en el Paraguay, es la historia de muchos de los grandes crímenes, que pesan como un anatema eterno, sobre la memoria maldecida de su autor.

Allí no habia mas voluntad que la suya.

Cada ciudadano era un esclavo de sus pasiones ó caprichos: las fortunas particulares estaban á merced de un jesto suyo: su voluntad era la ley suprema, y ¡ay! del que intentase contrariarla.

El vínculo del hogar y de la familia lo habia roto impiamente, prohibiendo, por medio de un decreto, que no tiene precedentes en la historia del mundo, que ningun blanco pudiese contraer matrimonio con los que él clasificaba de *indios, negros y mulatos*.

No contento con esta prohibicion absoluta, complementó su plan abrogándose el derecho de clasificar él, pública y oficialmente, las personas ó familias que consideraba *mulatas*.

Las habia de sangre tan pura como la de un sajón, y de un color tan rubio como el del mas mofetudo inglés ó campesino alemán, y sin embargo, en el deseo de ejercer una venganza contra ciertas y determinadas personas, las declaraba *mulatas*, sin mas forma que la empleada por el *Czar* de todas las Rusias para firmar un *ukase*, destinando á morir de frio ó hambre en las soledades Siberianas, al polaco que habla de los dolores de su Patria aherrojada, ó entona cánticos inocentes en el idioma de sus padres.

Combatido así el dogma sagrado de la familia, desde los primeros instantes de la existencia paraguaya, no era difícil prevér la funesta influencia que tan brutal guerra á los alhagos plácidos del hogar debía lójicamente ejercer en las costumbres futuras de la Nación.

La prohibicion de Francia en un pueblo casi primitivo, predispuesto á la sensualidad, por su índole, poco simpático á las agitaciones del trabajo y por la influencia de un clima cálido sobre el temperamento de su poblacion viril, importaba fomentar, autorizar, y lo que es mas odioso todavia, *legitimar el concubinato*.

Con tales doctrinas sociales, no se necesitaba la penetracion de un gran previsor para vaticinar los males que debian aquejar al Paraguay, si el sucesor de Francia no reivindicaba sobre su tumba la moral ultrajada, con los arranques impetuosos de su ira y con las elucubraciones caprichosas de su imaginacion calenturienta.

Léjos de eso, la opresion, la tiranía, el absurdo, el ridículo, fatalmente hermanados con el imperio de la abyeccion, impuesta al pueblo, debian ser un legado de *honor* recojido de la tumba del Dictador por el que sobre ella subiese á gobernar.

La noche de esa tiranía sin ejemplo, en que el Paraguay vivió herméticamente cerrado á la comunicacion del mundo, en que se ajitó en medio del mas completo desgobierno, en que no habia, ni prensa, ni tribunales, ni legislatura, ni una sola de las instituciones que garanten la vida de un pueblo libre, duró veinte y siete años.

En 1840 murió, por fin, el insigne bárbaro que consiguió vivir ochenta y cinco años.

A su muerte volvió á ser convocado un Congreso, que nuevamente nombró dos *Cónsules*: Carlos Antonio Lopez y Roque Alonso.

Una diferencia completa en la intelijencia, en el carác-

ter, en las intenciones, y hasta en los mas pequeños detalles de su modo de ser recíproco, establecia un divorcio perfecto entre los dos Cónsules.

Lopez era dominante y voluntarioso.

Alonso era de carácter dulce y bondadoso.

Lopez era arbitrario y absoluto en sus juicios.

Alonso era conciliador y amante de la equidad.

Establecida la lucha, su éxito no podia ser dudoso: Lopez, infinitamente mas capaz que su compañero, trató desde el principio de su gobierno, de ejercer una preponderancia decisiva en todas las deliberaciones.

Avasallado completamente Alonso, no tardó en ser víctima del abandono cobarde en la jestion de sus prerrogativas, sufriendo, como Yedros bajo la presion de Francia, la humillacion de verse reducido á la impotencia.

Cuentan los historiadores que una mañana, en que Lopez estaba bastante irritado, á causa de un disgusto doméstico, apenas entró al despacho y vió al señor Alonso le dijo, revestido de toda la autoridad del que ya creía tener la omnipotencia del mando: *Eres un animal. Aquí nadie manda sinó yo, retiríte á tu casa.*

Alonso no opuso la menor resistencia, y tomó las de Villa Diego.

La ambicion de Lopez estaba colmada.

En un pueblo, dormido durante cerca de treinta años en el lecho de una Dictadura bárbara y sangrienta, un hombre audaz é intelijente, como era Lopez, sabia que no era difícil *imponerse*, sin correr riesgos ni peligros en la tentativa.

Audatia fortuna juvat.

Lopez convocó el Congreso, y éste, sumiso y humilde á su voluntad, como lo habia sido antes á la de Francia, le proclamó Presidente de la República, por diez años,

confirmando su nombramiento á la espiracion del plazo, con la misma unanimidad y *libertad!*

Lejos de romper con su tradicion, Lopez se constituyó en un fiel observador del sistema despótico, implantado por Francia en el Paraguay.

En una sola cosa se diferenció de éste: Lopez no era sanguinario, si bien algunas de las ejecuciones por él decretadas en seres inocentes como en los hermanos Decoud; envuelven su gobierno en manchas de sangre, que nadie podrá borrar.

Por lo demas, el mismo ódio al extranjero: el mismo espionaje; la misma incomunicacion con el resto del mundo, sobre todo en los primeros años de su gobierno: la misma mezcla de salvajismo y de farsas, que dificilmente podrían creerse: el mismo letal silencio en la prensa: la misma ausencia de vida propia en el pueblo.

Con la pretension de deslumbrarlo, en los primeros momentos de su gobierno publicó varios decretos, como símbolo de garantías que queria darle.

Por uno, abolia la pena de tormento y las confiscaciones.

Por otro, declaraba la libertad de vientres, bautizando á los que naciesen despues de promulgado el decreto, con el nombre de *Libertos de la República del Paraguay*, pero imponiéndoles la obligacion de servir á sus dueños ó señores *hasta la edad de veinte y cinco años! . . .*

Es decir: se pretendia un anacronismo: se decretaba que á partir de cierta época, no serian esclavos los hijos de esclavos, pero que, *en el hecho*, lo serian, puesto que se les ligaba á la servidumbre de sus amos, imponiéndoles un servicio *obligatorio*, por la principal parte de su vida.

Por otro decreto declaraba, solemnemente, que la República del Paraguay *nunca jamás*, (testual) *seria pa-*

trimonio de una persona ó una familia, lo que no impidió que él la convirtiese en el de la suya, y que legase, como *herencia*, el nombramiento de Presidente á un hijo suyo.

Mas adelante tendré ocasion de hablar detenidamente del modo cómo Lopez cumplió sus promesas.

A mi objeto, basta con las palabras citadas para hacer comprender al lector, el mundo de recuerdos, incoherentes, confusos y desordenados, que asomaron á mi memoria al presentarme, por vez primera, en las aguas de la *Asuncion*.

V.

Yo vagaba en ese Océano de reminiscencias históricas, cuando el *Uruguay* echó el ancla.

Era un dia abrasador del mes de Octubre.

El sol parecia una inmensa columna de fuego, suspendida en medio de los espacios, cuyo resplandor quemaba la pupila del que intentase afrontar su luz.

En la playa veíanse multitud de mujeres vestidas todas de blanco.

Al rededor del vapor nadaban, como verdaderos pescados, hombres y *doncellas* en el traje con que al mundo vinieron Adan y Eva al paraíso terrenal, bañado por las aguas del rio que del *Elen* nacia, apesar de la incredulidad de Filon, Orígenes y los Herminianos, que jamás creyeron en semejante encantada mansion.

Por lo visto todos aquellos *Zánganos*, así *ataviados*, no temian mucho herir la *pública castidad* de las mujeres que aparecian en la costa.

Esa primera perspectiva de jente en *cueros*, no pareció del todo amena, poética ni seductora, á las damas que con nosotros venian á bordo.

No bien se hubo detenido el vapor, cuando vimos venir de tierra dos *canoas*, embarcaciones hechas del tronco de un árbol, de forma algo cóncava, en extremo *celosa* al balancearse sobre las aguas, y que las hienden con pasmosa velocidad, impelidas por unas pequeñas *palas* que, puestos de pié, manejan dos hombres, uno á proa y á popa el otro.

En la primera venia la visita *fluvial*.

Ocupaba la segunda mi amigo D. Adolfo Calvo, residente entónces en la *Asuncion*.

Cuánto contento experimentamos al verlo todos los pasajeros!

Estos encuentros, fortuitos ó de antemano conocidos, léjos de la Patria y del hogar, entre personas que nacieron á la sombra de la misma bandera, que se han conocido y cultivado en ella relaciones, aunque pasajeras, tienen en todo tiempo un atractivo misterioso y un encanto especial.

La etiqueta, la frialdad, la indiferencia y hasta la mala voluntad que, á veces, puede mantenerlas retraidas ó alejadas en su propio pais, todo, desaparece ante la union májica que liga las almas de un mismo cuerpo, á los hombres que en un momento de expansion y abandono se reconocen *compatriotas*.

Esto nos sucedió con Adolfo Calvo.

Así que me vió, me pidió que bajase con él á la Cámara.

Lo llevé á mi camarote.

Nos encontramos sin testigos.

—¿Cómo ha tenido Vd. valor de venir al Paraguay, amigo mio? me preguntó visiblemente preocupado.

—Y ¿cómo sabia Vd. que yo venia?

—Por la lista de los pasajeros.

—Pero ¿cómo ha podido Vd. verla, si recién llegamos?

—Ay *paisano!* Ya veo que viene Vd. muy inocente! Antes que llegasen ustedes al puerto, el Gobierno *tenía ya los nombres y señales* de todos los que vienen en el *Uruguay*.

—Hay telégrafo?

—No, por cierto; pero la actividad Paraguaya lo suple todo.

—No entiendo.

—Desde *Humaitá* se manda un chasque por tierra, apenas llega allí un vapor. Ese chasque conduce *todo*.

—Y ¿por qué le sorprende á Vd. mi venida á la Asuncion?

Calvo salió del camarote, á cerciorarse que nadie nos escuchaba, y convencido de ello, me contestó:

—Es una coincidencia realmente singular: precisamente en el *Semanario* de hoy, que como Vd. sabe, es el órgano del Gobierno, hay un artículo tremendo contra usted.

—Cáspita!

—En ello *zurran* sin piedad.

—Zape! Y ¿á propósito de qué?

—De unos artículos publicados en *La Tribuna*, el mes pasado, combatiendo el monopolio de la yerba. Yo conozco la susceptibilidad de esta jente, y temo que, desembarcandó, pueda Vd. tener algun desagrado.

—Traigo cartas de recomendacion para el General D. Francisco Solano Lopez.

—De quiénes?

—Una es precisamente de su hermano Nicolás Calvo: otra del Cónsul Buenaventura Decoud y otra del Dr. D. Lorenzo Torres.

En ese momento sentí la voz del señor Gutierrez que me llamaba.

Salí á su encuentro.

Estaba radiante de gozo y de felicidad.

—¿Qué se ofrece, amigo mio?

—Acaba de llegar un Edecan de S. E. el General Lopez, preguntando por Vd.

¿A qué andar con evasivas ni mentiras? *me quedé helado.*

Con lo que me acababa de referir Calvo, temí que ese Edecan venia á darme alguna orden poco simpática. Me veía en las garras del *leon*. ¿Quién me arrancaba de ellas si queria darme un *manoton*?

Asustadora duda!

Sin embargo, no vacilé, y aparentando una arrogancia que pugnaba con la inquietud de mi espíritu, subí á la presencia del emisario.

Era éste un hombre alto, hermoso y de arrogante presencia, luciendo un par de enormes *mustachos*, que fácilmente se comprendia, hacian la delicia de su *toilette*.

Vestía con lujo y elegancia: dorma bordado de oro con pieles, y un pantalon mordoré con ancha *franja*.

En sus hombros ostentaba las presillas de Coronel.

Efectivamente: era el Coronel Aguiar, Edecan del General Lopez.

Así que me vió, se quitó el *kepi*.

¿Si será para engañarme mejor?—pensé.

Yo me quité el sombrero hasta el suelo.

—Vengo *un poco*—me dijo—de parte de S. E. el señor General, *para decirle*, que habiendo sabido su llegada, le mandá ofrecer su casa, porque *la fonda* no es muy cómoda.

Colon, cuando fué arrancado á sus meditaciones profundas en medio de la majestad imponente del Océano, por el grito salvador de: *tierra, tierra*, repetido desde el mástil de la *Pinta*, no sintió dilatar su alma gigantesca

con mas gozo, que el que á mí me conmovió en aquel momento.

Estaba salvado!

Calvo habia subido conmigo á la cubierta.

Hallándose á mi lado, lo escuchó todo.

En su fisonomía—que es agradable y simpática—ví cruzar un relámpago de alegría.

Con las palabras mas tiernas y espresivas que pude encontrar en el vocabulario de la galantería, agradecí el jeneroso y caballeresco ofrecimiento del General, concluyendo por decir á su Edecan.

—Tendrá Vd., señor Coronel, la fineza de decir á S. E. que inmediatamente lo pasaré á saludar, para espresarle personalmente mi profunda gratitud.

Aguiar se puso el *kepi*, subió á la canoa y regresó á tierra.

En la costa le esperaba su caballo y dos asistentes.

La escena cambió completamente, y en vez de un *Cementerio*, representaba el jubileo de la alegría y de la esperanza.

—¿Qué me dice Vd. ahora? pregunté al amigo Calvo.

—Una cosa muy sencilla: que *ahora* Vd. podrá hacer aquí lo que quiera de esta jente. En tierra hablaremos con mas calma. Conviene que le indique á Vd. *cómo* se ha de conducir por aquí. No se haga Vd. la ilusion de créer que estamos en un pedazo de tierra Argentina. Aquí se *hila* de otro modo. Por ahora, tratemos de desembarcar.

Como sucede en tales casos, cada pasajero se ocupaba en arreglar su equipaje, en ver que nada se le quedase olvidado—razon por la que precisamente suele olvidarse lo que mas se estima—y en *componerse* para bajar á tierra.

No puedo resistir á la tentacion de un pequeño paréntesis.

Una de las cosas que mas ha concluido por llamar mi atencion, en los muchos y variados viajes que la Providencia me ha permitido hacer, es la manía de los *toilettes* que hacen ciertos viajeros cuando llegan á los puertos.

Yo no sé lo que piensan ni menos lo que imaginan; pero los séres á que me refiero, así que ven asomar entre las brumas del Océano el punto negro y siempre consolador que anuncia la proximidad de la costa, no se ocupan sinó del cambio de traje.

La fisonomía del nuevo pais á que llegan: los esplendores ó lo raquítrico de su naturaleza: lo imponente de los monumentos que erguidos asoman la vetusta cabeza sobre la techumbre de las casas, ó lo pobre de las chozas que humildes se levantan en la dilatada playa, todo, todo les es indiferente.

Una cosa solo les preocupa por completo: el modo como se ván á vestir para desembarcar.

En tierra, no conocen á nadie: jamás la han visto antes: alma viviente sabe allí que existe entre las criaturas de Dios, uno que se llame como cualquiera de estos tipos

Nada les importa.

Es preciso cambiar de traje: *empaquetarse*: sacar á relucir una levita nueva, aunque su corte y forma sean *anti-diluvianos*, y parezca mas bien hecha á martillazos sobre la bigornia de un herrero, que en el taller de un sastre: desempapelar uno de esos *biombos*, ó armazones flotantes, á que por burla se llama sombrero, y completar, con el baston—de *borlitas* por supuesto—un par de zapatos nuevos—y que al ponérselos les hace ver las estrellas, y un pañuelo, que no se desdobra en circunstancia alguna, por crítica que sea, el conjunto estupendo de uno de esos *toilettes de desembarco*.

Si este es un gozo inefable, y una felicidad sin límites para esas buenas jentes ¿por qué combatirles su inocente propension, á parecer bien á los que no conocen, y de los que tan poco conocidos son?

Entre los pasajeros del *Uruguay*, habia dos hijos de estas propensiones.

Uno de ellos, en su idealismo por transformarse al desembarcar, se nos presentó engalanado con un tremebundo frac, aunque por la dilatacion de sus faldones, podria disputar los honores de una *fraca*.

Un himno de bulliciosas risas de los compañeros, saludó su aparicion.

Su nombre lo dejó en el fondo de mi tintero.

VI.

Nuestro desembarco en la *Asuncion* fué un verdadero acontecimiento.

Así que pisamos la tierra, nos rodeó un enjambre de mujeres del pueblo, y una cantidad crecida de muchachos, lo que desde luego me hizo comprender que los Paraguayos eran fieles observadores de la máxima Evanjélica, que nos manda *crecer y multiplicarnos*.

La que convocaba sin decreto ni citacion, la gran asamblea, era mi compañera de viaje, cuyo traje parecia llamar la atencion de todas aquellas jentes, aun en sus mas minuciosos detalles.

No llevaba nada de extraordinario: iba vestida como visten nuestras damas, con sencillez; pero con esa distinguida elegancia, que parece un presente de Dios, hecho á las mujeres del Rio de la Plata y otras partes de la América Española.

En un instante, nos encontramos sin poder dar un

paso: un muro compacto de pechos humanos, nos rodeaban por todos lados.

Al principio, aquellas mujeres se contentaban con hacer un prolijo exámen del conjunto de la *forastera*, lanzando exclamaciones en guaraní, de las que, solo una, repetida con frecuencia, podíamos entender.

Minutos despues, ya no se contentaron con el exámen visual, ó meramente contemplativo: se fueron acercando poco á poco, hasta que, con un desparpajo que no excluía cierta suavidad, empezaron á tocarle el vestido, la *gorra* (entonces no se usaban las ridículas *pamelas*), los zarcillos; y como si todo esto no fuese todavía suficiente á satisfacer una curiosidad, que parecia tener puntos de contacto con un *apetito desordenado*, levantáronle la punta del vestido para examinar el calzado, y lo que las señoras llaman el *ruedo* de los visos y enaguas.

Entre tanto, la familia de *curiosas* habia ido creciendo: Yo contemplaba estaciado aquella escena, que me hacia créer llegado á un pueblo completamente primitivo, cuando se nos hizo poner en camino, hácia lo que se llamaba Aduana.

Las mujeres y muchachos, nos siguieron en festiva procesion.

Llegamos.

No habia tal Aduana ni cosa parecida.

Era un mal rancho, de cuyo interior salió un individuo, con mas ínfulas que Artaxerxes al frente de su colosal ejército.

Empezó la visita de los equipajes.

Jamás he visto una pesquiza mas indigna.

Se vaciaban los baúles: se abrían las pequeñas cajas que habia en su interior: se registraba una á una las piezas de ropa, como si se tratase de descubrir *un algo* oculto en los forros, y cuando los *guardas*, ó como se les

quiera llamar, habian concluido su exámen inquisitorial, nos preguntaban, á uno por uno, con el mismo tono, y en igual número de palabras.

—¿No trae diarios de abajo? ¿No trae cartas para *jente* aquí?

El aliento de la tiranía me empezaba á quemar.

Lo veía con mis propios ojos, y no me podia dar cuenta cómo, á tan corta distancia del Litoral Argentino, existía una Nacion en tales condiciones de atraso, de barbarie, y sumerjida en tan densas sombras, en presencia de la luz del siglo XIX.

Nada de cuanto se me había dicho á mi partida de Buenos Aires, me parecía ahora exajerado.

La realidad empezaba á ejercer su influencia sobre mi primera incredulidad.

Concluyó la visita y registro jeneral, no sin que los que la habian practicado, recibiesen algunas maldiciones de los que se consideraban víctimas, aun cuando fuesen estas, *sotto-voce*.

—Preciso es ahora, *pues*, que se vayan *un poco* á la Policía á presentarse—nos dijo el que hacia de Caporal.

El idioma español en boca paraguaya, empezaba ya á picar mi atencion.

La *tonada* sobre todo, era muy pronunciada, aunque modulada con cierta dulzura agradable.

Sin mas preámbulos nos pusimos en marcha en direccion á la Policía.

La procesion de muchachos y mujeres nos vino siguiendo, hasta cierta altura.

Llegados que fuimos á ella, se detuvieron como por encanto: era que estábamos próximos al *Departamento*, como se dice por estas tierras.

A no dudarlo: la proximidad de la casa de *poco trigo*,

no ofrecia muchos encantos á los que tan espontáneamente nos servian de *Cicerone*.

En el camino, se nos examinaba como á *vichos raros*, tanto por las personas que encontrábamos en nuestro tránsito, como por las que salian á las puertas.

Por fin llegamos.

Ahora viene la parte cómica de una escena, que jamás pude olvidar y que he repetido muy á menudo al ocuparme del Paraguay.

Todos los pasajeros del *Uruguay* estábamos de *cuerpo presente*.

La casa, edificio, ó como se quiera llamar, de *Policía*, á que se nos introdujo, era una sala larga y angosta, que solo se distinguia por la esmerada blancura de sus paredes.

En un extremo, veíase una mesa pequeña con algunos papeles: un gran tintero de corcho, y una pluma de ganzo, como las que hacian la delicia de los antiguos alcaldes españoles.

Al lado de la mesa, destacábase solitaria una enorme silla de *baqueta* con asiento y respaldo de cuero.

No habia mas ajuar ni muebles, en todo al salon de *Policía*.

Esperamos diez minutos.

Nadie apareció.

Esperamos otros cinco.

Nadie tampoco.

La demora no nos parecia divertida, sobre todo, teniendo que soportarla de pié y sin que hubiese dónde sentarse.

Por fin sentimos ruido en una puerta que estaba en el extremo opuesto.

Apareció un hombre alto, fisonomía cobriza y desagra-

dable, sin mas traje que un calzoncillo bastante desaseado y una camisa que le caia por encima.

El personaje venia descalzo.

Cruzó la sala por donde nos paseábamos—*faute d'autre besoin*—como habria dicho Pierron, sin mirarnos, y por consiguiente, sin merecerle ni la intencion de un saludo; y cual si fuere Alejandro el gran discípulo de Aristóteles, orgulloso de sus conquistas en los campamentos orientales, tomó asiento en su trono, es decir, en la enorme silla de *baqueta*, antes mencionada.

La cosa nos chocó á todos los pasajeros.

¿Quién era ese imbécil que así se presentaba en camisa y calzoncillos sin miramientos de ninguna especie, no ya á los de su sexo, pero sí á las señoras que con nosotros estaban?

Nos hizo seña con la mano para que nos acercásemos. Obedecido.

Cuando estuvimos á su lado, sin levantar la vista de un papel que tenia delante, y acariciaba con la vista, nos dijo: *siéntense un poco, pues: vamos á tomar conocimiento de los reglamentos policiales.*

La insinuacion de aquel estafermo era, ó una gracia propia de un bárbaro, ó un insulto inútil que en la misma Policía Paraguaya se hacia al extranjero que á sus playas llegaba.

Los presentes éramos doce ó catorce.

En la sala no habia otra silla ni asiento que la ocupada por aquel siniestro personaje, que parecia uno de los locos que en la zarzuela, pasean en tritunfo al *Marqués de Curavaca*.

¿Dónde queria entónces, que nos sentásemos?

Exequiel Calderon, jóven noble y honrado y cuyo patriotismo no le consiente permitir que se lastime el honor de su bandera, indignado al ver la burla de que se nos

hacia objeto, se adelantó, y con un acento que revelaba su cólera, le dijo al señor Gefe de Policia en camisa y calzoncillos:

—Si Vd. quiere que nos sentemos ¿por qué no hace traer sillas? y sobre todo, ¿por qué no se levanta Vd. para que se siente esta señora?

El Paraguayo clavó la vista en Calderon: le miró un instante con *intencion*; pero no dijo una sola palabra.

Yo me acerqué á mi amigo y compañero de viaje:

—Paciencia,—le dije—no hay que perder la calma.

—Imposible. Yo no puedo contenerme en presencia de un animal como éste. ¿Qué motivo tiene para reirse de nosotros, diciéndonos que nos sentemos en una sala *pelada*, y eso despues de habernos tenido media hora de *planton* esperando á su soñoría?

Calderon me contestó de manera que el Paraguayo pudiese haberlo oído perfectamente.

En ese instante se apareció otro paraguayo, por la misma puerta del fondo.

Su traje era mas ó menos lo mismo: la diferencia consistía en que la camisa no dejaba la *falda* á la contemplacion profana.

Al llegar al pié de la mesa, en que *el Gefe* estaba, puso las manos unidas como las juntan los niños cuando van á rezar el *Bendito*, y empezó á recitar algo en *guarani* que no comprendimos.

Concluida la *retaila*, *su señoría* le tendió una mano, que el hombre besó humildemente. . . .

Yo sentí que mi corazón se oprimia, al pensar que, aquí, á la luz de este cielo que parece convidar al hombre á la mas amplia y completa libertad: que aquí en medio de la luz esplendente de los trópicos, donde se diría que Dios ha levantado un tabernáculo, siempre bañado por los cambiantes de una luz consoladora en que jamás hay

sombra: que aquí, donde el hombre cree tener el poder y la fuerza de su libertad pristina, existía todavía una jeneracion que, rindiendo culto al error de Homero, que sostenia que todo hombre al caer en la servidumbre, dejaba en manos de Júpiter la mitad de su alma; pueblo que hacia suya la doctrina de Platon, de aquel jénio colosal, que llamado á extasiarse en la contemplacion del mundo Oriental, *predicó la desigualdad humana*, y organizó en *Castas* su República.

• ¿Qué significaba la *accion* de aquel hombre?

En el primer momento, yo estaba como confuso: no me daba cuenta de lo que veía, de lo que acababa de presenciar.

El señor Gutierrez, que ya conocia el Paraguay, no tardó en iniciarme en el profundo misterio, en que mi espíritu flotaba, triste y abatido.

Lo que el Paraguayo habia hecho era simplemente *rezar el bendito*.

Esa especie de *oracion* profana, equivalía á la *vénia*, al *saludo*, que en todas partes del mundo tributa el militar disciplinado á su jefe ó superior.

Aquí, no se trataba de eso.

Aquí era la sumision de un esclavo á su dueño, á su señor, á su *amo*.

Si esto pasaba entre un hijo del pueblo, y una autoridad raquítica, insignificante, sin dominio, y sin la menor influencia, comparada con el Presidente Lopez, ¿qué fisonomía, qué tipo, qué carácter no tendria la sumision del pueblo en presencia de su Lejislador *Supremo*?

Me ajitaba en estas dolorosas reflexiones, cuando el señor *Gefe* de Policia, *en camisa y calzoncillos*, nos dijo: con acento grave y severo:

—Se vá á dar lectura del Reglamento Policial. Pido mucha atencion. Prevengo tambien, que *ha de ser preciso*

respetar lo que se ordena. *No respetando*, hemos de tener que castigar los que desobedezcan las órdenes del *Supremo*. Mucha atencion. *He de empezar*, pues.

Entónces aquella especie de béstia que se presentaba á nuestra vista casi desnudo, sin miramiento de ninguna especie por las damas que nos acompañaban, empezó á léernos el *Reglamento de Policia*.

Apesar de cuanto hize despues por obtener una cópia, me fué imposible.

Hay ciertos documentos que han nacido y muerto en las Cancillerías Paraguayas.

Este es uno de ellos.

El Reglamento—*joya preciosa* de las escentricidades de Lopez—decia mas ó menos, si la memoria no me es infiel despues de tantos años.

Art. 1.º Queda prohibido hablar de política de las *Provincias de Abajo*, por no importarnos lo que por allí pasa.

Art. 2.º Queda prohibido andar de *bracero* (del brazo) por las calles de la capital.

Art. 3.º No se podrá asistir á ningun baile ó diversion pública, sin una licencia prévia de la Policia.

Art. 4.º Toda vez que se pase frente á un centinela, colocado en cualquier punto *del territorio*, se saludará *con respeto*, porque las armas que empuñe *representarán las armas de la República*.

Art. 5.º Es absolutamente prohibido *transitar* ó pasar delante el Palacio de Gobierno, habitado por el Supremo de la República.

Art. 6.º No se podrá entrar ó salir de la capital, sin una licencia de la Policia.

Art. 7.º Toda vez que en el tránsito se encuentre el carruaje de S. E., los transeuntes se detendrán y sacándose el sombrero, lo saludarán con todo respeto.

Los artículos del famoso Reglamento.—pieza *sui-generis*, de un pueblo *sui-generis* también—eran mas de veinte; pero no teniéndolos presentes, ni en su *esencia*, prefiero no citarlos, antes que caer en alguna inexactitud.

Cuando el *Sr. Jefe de Policia*—siempre en camisa y calzoncillos—hubo concluido su lectura, que hizo deletreando, nos dijo, con ese aire de quien cree vender protección á un desheredado de la fortuna:

—Ya quedan notificados. Ahora pueden *irse* retirando á sus casas, y *cuidado* con no respetar el *Reglamento*.

Durante su lectura, nuestro compañero de viaje, Cassaffousth, se habia reido á pulmon batiente.

En vano yo le decia á cada momento: “por piedad “amigo! cálese! *miré que nos van á fusilar!*”

Inútil.

El hombre estaba entregado á las tentaciones del *Dios Momo*, y nada habia que le pudiera hacer contener la risa olímpica, con que saludaba cada uno de los artículos del Reglamento Policial del Paraguay.

Notificados de ese modo, salimos de la Policia.

VII.

El lector lo comprenderá fácilmente, mi pensamiento, mis emociones, mis mas íntimas sensaciones de hombre libre y demócrata austero, no podian apartarse del sitio que dejábamos.

Aquel Reglamento de Policia, indiferente, insignificante al parecer, reasumia para mí, *todo el modo de ser del Paraguay.*

Simbolizando, en su siniestro y brutal conjunto, una tiranía, que no contenta con abrogarse la facultad omnímoda de imponer su voluntad despótica al pueblo, iba,

en la vorajine de sus insensateces y caprichos, hasta conspirar contra la libertad individual, no yá de los paraguayos, sinó de los *extranjeros*, que, por una razon ú otra, pudiesen llegar al territorio de la que, sólo por escarnio, podia llamarse *una República*.

Si un hombre ó una dama, eran invitados á un baile, para encontrar en sus horas fugaces, un instante de solaz ó de contento, no podia hacerlo sin ántes ir á la Policia para decir á su Gefe: *deseo irme á divertir*.

Si el hijo de un pueblo libre, pasaba delante de un centinela Paraguayo, él, que blasonaba de hombre independiente en su Patria, donde quizá jamás habia entrado en transacciones de sumision con el que mandaba, tenia que prosternarse reverente ante un representante mudo de la fuerza, descubriéndose la cabeza á su paso, en testimonio de consideracion y respeto.

¿Qué cosa mas repugnante ni oprobiosa, para un hombre libre?

Yo venia profundamente preocupado.

Gutierrez lo conoció.

—¿Le ha fastidiado á Vd. la visita á la Policia?—me dijo.

--Algo mas: vengo indignado.

—Lo comprendo; pero no debe Vd. impresionarse por estas cosas.

—Desearia no hacerlo, pues mi salud no me permite soportar grandes emociones; pero, ¿qué quiere Vd?—No lo puedo remediar. Desearia poderme volver hoy mismo á Buenos Aires.

—Por Dios! No lo diga Vd. de modo que lo puedan oír.

—No: ya veo que aquí la vida está en un hilo.

—Sin embargo: Vd. no tiene derecho á quejarse.

—¿Cómo así, amigo mio?

—Ya lo creo: el General le ha mandado ofrecer á Vd. su casa.

—Y bien?

—En vez de venir á la Policia, ha debido Vd. irse directamente al Palacio.

—¿Por qué no me lo dijo Vd. antes?

—Creí que Vd. no deseaba separarse de sus *compañeros*.

En ese momento nos alcanzó el jóven Soler, Cónsul de Buenos Aires en la Asuncion.

Despues de los saludos de estilo, me preguntó:

—¿Qué ha resuelto Vd. por fin? Acepta Vd. el alojamiento que le ha brindado el General?

—Francamente no sé qué hacer: por un lado, temeria que mi negativa fuese á parecerle mal: por el otro, no desearia sacrificar mi libertad, aceptando un alojamiento en que no creo que la podria tener completa.

—Hemos hablado con Cateura, Lavié, Constant y otros amigos que Vd. tiene aquí: todos somos de parecer que si Vd. puede, debe evitar ir á casa del General. Hay para ello, entre otros, un motivo muy poderoso.

—Podré conocerlo?

—Usted tiene mundo, compatriota. Se lo diré con toda franqueza. El General vive solo de dia, pero de noche. .

—Tiene sus distracciones ¿no es eso?

—Algo mas: está *enamorado*, y la dama lo visita de noche.

—Y quién es ella?

—Cómo! ¿Usted no la conoce?

—¿Le preguntaria á Vd. en ese caso?

—Al verlo venir de Buenos Aires, debia presumir que Vd. *conocia* toda esta historia.

—Absolutamente. En Corrientes, el señor Pujol me ha dado una encomienda para una señora inglesa, cuya

hermosura y encantos, me dijo, no eran del todo indiferentes al General.

—Precisamente: Madama Lynch. Esa es la persona que le tiene cautivado.

--Y ¿quién es?

—Es una historia larga: por ahora me limitaré á decir á Vd. dos cosas: que es una linda mujer, aunque altiva y orgullosa, y que, si Vd. puede, debe tratar de *ponerse bien* con ella.

—En una palabra: esa inglesa es la querida del General Lopez.

—Ni mas ni menos. Si Vd. quiere, llevaremos la señora á casa: de allí, irá Vd. á ver al General, y en seguida tomará Vd. el alojamiento que mas le convenga.

—Acepto con gusto, tan fino ofrecimiento.

Adolfo Calvo, opinó tambien que debia hacer lo que Soler me proponia.

Así sucedió.

La comitiva se dividió entónces.

Cada uno fué á tratar de encontrar dónde acomodarse.

Mi compañera y yo, nos fuimos con Soler.

Este jóven compatriota era casado con una hija del señor Jovellanos, que muchos años antes habia sido Ministro de Lopez en Montevideo, y con quien mi padre fué en extremo complaciente, segun me lo dijo.

El agasajo que se nos hizo en aquel hogar Paraguayo, no pudo ser mas atento, esquisito, ni cordial.

Yo, apenas hube pagado tributo á ciertas fórmulas que nos prescribe la buena crianza y fina educacion, me encaminé á casa del General. D. Francisco Solano Lopez.

Era entónces *Ministro de la Guerra*, del Gobierno de su padre.

Serian como las dos de la tarde.

El jóven Constant me condujo á la *casa de Gobierno*,

que lo era una, vieja, de pobre y monótono aspecto, con corredores, y sita en un lado de la Plaza.

Así que me dejó en ella, mi amigo se fué.

Llamé á una puerta.

Apareció un hombre jóven, de aspecto dulce, vestido con un uniforme idéntico al del Coronel Aguiar, que por la mañana habia estado á bordo.

Efectivamente: era el señor Yedros, Edecan tambien de S. E.

—¿Está visible el señor General? le pregunté.

—Su gracia?

Le dí mi nombre.

Este, le pareció hacer el efecto de una órden en blanco, para dejarme pasar sin tropiezo ni obstáculos.

Con una galanteria, que mucho contrastaba con la brutalidad del Gefe de Policia, que acabábamos de ver, me dijo:

—Siéntese Vd. un momento, señor: voy á *participar* á S. E. que parece que lo estaba *aguardando*.

Pocos segundos despues volvió el señor Yedros, y tomándome de la mano, como hace Chiarini con Catalina Holloway cuando concluye de hacer sus *piruetas* en el caballo, me condujo consigo.

Atravesamos un primer salon, grande y espacioso, en que habia sentados, *en fila*, ocho ó diez individuos de **uniforme**.

Así que nos vieron, se pusieron de pié.

¿A quién era el homenaje?

¿A Yedros, ó á mí?

No me demoré en profundizar la duda.

Continuamos.

Llegamos á una puerta, en la cual el Edecan dió tres golpecitos, como si llamara á la puerta de un templo masónico.

De adentro contestó una voz, que no pude percibir lo que decía.

—Entre *no mas*—me dijo entónces. Yedros, y sin esperar segunda intimacion, penetré al salon.

Al mismo tiempo vino hácia mí, un hombre jóven, mas bien bajo que alto, de andar elegante, maneras desenvueltas, fisonomía simpática y espresiva.

Vestía pantalon blanco de brin y levita azul de militar, con un pequeño bordado de oro en el cuello y las mangas.

Desde el primer instante, su mano y su pié llamaron mi atencion, por su notable pequeñez.

Era el General D. Francisco Solano Lopez, hijo mayor del Presidente de la República.

Al verme, me tendió la mano con afecto, preguntándome, en un tono dulce y afectuoso:

—¿Cómo ha ido á Vd. de viaje?

—No muy bien, señor.

—Me dicen que ha sido lleno de contrariedades?

—Si señor.

—Y la señora ¿se ha mortificado mucho?

—No: General.

—Me escriben de Buenos Aires que viene Vd. algo indispuesto?

—Así es: los médicos me aconsejaron que cambiase de aire.

—Y ¿créee Vd. que los de la Asuncion le sean propicios?

—Me consuela esa esperanza.

—No lo habria creído.

—¿Por qué, General?

—Porque para una alma como la de Vd. *nuestro aire debe ser demasiado pesado.*

Me pareció que estas palabras eran dichas con *cierta intencion.*

Aparenté, empero, no apercibirme de ello, y contesté:
—Efectivamente General: he notado que aquí hace un calor sofocante. . . .

—Pero no ha de ser tan solo el calor lo que mortificará á Vd. ¿verdad?

No habia duda: el hombre se *me venia* encima, viento en popa, y las *gavias sobre los tamboretas*.

Algo confuso ya, le contesté:

—No comprendo, señor.

—¿No teme Vd. tambien—me replicó Lopez, redoblando la suavidad con que me estaba dirijiendo la palabra—que la *espantosa tiranía paraguaya* pueda tener influencia sobre su espíritu, acostumbrado á la *encantadora libertad* de su Patria?

Subrayo las palabras que con la intencion, subrayó él al decírmelas.

Solo los muertos no vuelven—decia Cesar Borgia, y como no es fácil, que el entónces General, muerto despues Presidente, pueda *volver*, yo podia ahora en presencia de su tumba, decir, que en aquel *tête á tête* contesté á esa pregunta, impertinente, chocante é intencional, con cierta arrogancia, que hoy me podria colocar, á los ojos del lector en un terreno ventajoso.

No fué así.

Aun cuando en la inflecion de la voz del General Lopez hubiese dulzura, y aun cuando su fisonomía estuviere alegre y festiva, yo no pude dejar de sentir todo el peso de la punzante indirecta que acababa de dirijirme, y procurando escaparme por la tanjente, le repuse, tierno y almiбарado como Narciso cuando gozoso se contemplaba retratado en las aguas:

—Me he tomado la libertad, señor Ministro, de venir á incomodar á Vd. con el objeto de agradecerle sinceramente la deferente atencion que ha tenido al mandarme

ofrecer hospedaje en su casa, si hubiese venido solo, habria aceptado gustoso: acompañado, prefiero alojarme en una casa donde tenga absoluta libertad.

—No insisto, señor: en ese caso permítame Vd. aconsejarle que acepte sin vacilacion, la casa que va á poner á su disposicion el señor Ramirez, Cónsul de la Confederacion Argentina, y á quien ha sido Vd. muy recomendado por el Sr. D. Esteban Rams.

Noble y jeneroso amigo!

Al consignar aquí su nombre, siento placer y dulce consuelo, satisfaciendo una deuda contraida de tiempo atrás con mi conciencia, haciendo pública la inmensa gratitud que debo á los favores sin límites que siempre recibí del señor Rams, que despues de haber vivido en la opulencia, y de haber sido—por muchos años—el *verdadero padre* de infinitas personas, que solo vivieron de su clemencia, de su jenerosidad y de las grandes inspiraciones del mas noble de los corazones—especie de santuario misterioso en que todas las pasiones delicadas encontraban culto constante—murió sumerjido en la profunda tristeza que le causaba ver la ingratitud con que era tratado, en los dias de su infortunio, por los mismos que, en los de su antigua grandeza, encontraron en él, amparo, sombra, y desprendida proteccion.

La ingratitud!

Oh! para mí es la mas baja, la mas pequeña, la mas cobarde de todas las pasiones humanas, y el ingrato—que por el simple hecho de serlo no puede tener corazon—solo es comparable á la *serpiente* de la composicion de Lafontaine, que despues de haber recibido la vida del que jeneroso la reanimó con el calor de su seno, al sentirse con ella, se volvió á picar con lengua venenosa á su salvador!

Pero sigo.

Después de algunas otras palabras de mero cumplimiento, cambiadas con el General Lopez, me despedí y salí. . . .

Todos los oficiales y empleados que encontré en mi camino, me saludaron con respeto.

La circunstancia de haber sido recibido por el General, me constituía ya, para su servidumbre, en un personaje digno de todos sus miramientos.

VIII.

Al separarme del lado de Lopez, no podía decir que salía satisfecho: su tipo físico me había sorprendido: era un hombre simpático, culto, modales completamente desenvueltos y conversacion amena; pero con las preguntas é indirectas que acababa de lanzarme, parecíame que tenía la intencion de humillarme, dirijiéndome provocaciones, á las que, suponía, yo no habría de contestar, ó contando con que si las contestaba, tendría que reconocer siempre la desventaja de mi posicion, ridículamente impotente, en presencia de su soberana omnipotencia.

Mi deseo en ese primer momento, habría sido volverme á embarcar para Buenos Aires; pero, ¿cómo, ni en dónde?

El primer vapor que debía salir era el mismo *Uruguay*, y eso, dentro de veinte días.

No me quedaba otro camino que someterme á la situacion que yo mismo me había creado, yendo á un país, cuyo modo de ser, sinó en sus repugnantes detalles, á lo menos en sus condiciones jenerales, me era conocido antes de pisar sus playas.

Cuando regresé á casa del señor Soler, varios argentinos estaban allí esperándome, mas con el deseo de conocer el resultado de mi entrevista con Lopez, que con el de darme la *bienvenida*.

Conocían el artículo del *Semanario*, publicado ese mismo día, y presumían, no sin fundamento, que esa entrevista pudiese haber servido de fecundo tema á escenas *poco simpáticas*.

Nada quise decirles, empero, limitándome á contestar, á todas las preguntas que se me hacían, que el General se acababa de mostrar tan fino, como deferente conmigo.

Les pedí entónces que me condujesen á casa del señor Ramirez, donde—segun su consejo—debía alojarme.

Al salir de lo de Soler, la misma procesion infantil y mujeril, nos esperaba á la puerta.

Envueltos con esa buena jente, llegamos á nuestro destino.

Conocíase que nos estaban esperando: en la casa solo habia tres sirvientes: una mujer y dos varones.

La mesa estaba preparada.

No tardamos en hacerle los honores, unidos casi todos los compañeros de viaje, con varios argentinos que poco á poco iban viniendo.

Estábamos en la mesa, cuando se anunció el Coronel Aguiar.

Inmediatamente salí á su encuentro.

—Deseo hablar *un poco* con la señora—me dijo.

La llamé.

—S. E. el señor General manda saludarla—continuó el Paraguayo—y pedirle acepte estas flores, y este dulce, en su nombre.

Un soldado, bastante bien vestido, traía, en efecto, un gran ramo de flores y algunas cajas de dulce.

Se mandó agradecer; se retiró el gallardo Edecan—á quien era preciso verlo sin oírlo, para no perder la ilusion que su apostura despertaba—y volvimos á la mesa.

—A ver, á ver esas flores, amigo—gritó Cassaffousth, en quien el sentimiento de la curiosidad estaba desen-

vuelto en grado heróico—á ver: nunca he visto otras así.

La curiosidad de mi amigo, en ese caso, era justificada, pues las flores ofrecían la novedad de estar *todas doradas* tanto en sus pétalos, como en sus delicados troncos.

—Este es nuestro lujo—dijo D. Pascual Lavié—las damas Paraguayas jamás envían flores sin dorarlas así: ellas mismas lo hacen.

La jarana de la mesa duró mas de una hora. . . .

CAPITULO VIII.

ASPECTO JENERAL DE LA ASUNCION — UN OBISPO EN CAMISA—EL TIPO DE LAS MUJERES DEL PUEBLO—SU CARÁCTER—OLGAZANES DE PROFESION—GUARNICION DE LA CAPITAL—VENANCIO LOPEZ—VISITA DEL GENERAL—ELISA LYNCH—IMPLANTACION DE UNA LORETA EN LAS SELVAS PARAGUAYAS.

I.

La noche despues de mi llegada á la tradicional capital del Paraguay, la pasé en una continúa agitacion.

Por mas esfuerzos que hize, no pude conciliar el sueño.

Todo aquello era para mí completamente nuevo.

Nueva era la sumision pasiva de los hombres, á la autoridad *suprema* del Gefe de la Nacion.

Nueva la fisonomía de un pueblo, que, aun cuando jóven y vírjen, parecia víctima de una completa molicie, y privado de todas esas grandes iniciativas del espíritu, que pareciera debian ser un patrimonio de las jeneraciones nacidas en el suelo grandioso de la opulenta América.

Nuevo el modo de ser de los extranjeros, que seguian los *gestos*, las acciones y los caprichos de los que tenian en

sus manos el cetro del poder, como si en esas inspiraciones del carácter, sujetas á los caprichos de una hora de placer ó de un instante de *mal humor*, depositasen la seguridad de su suerte, ó los temores de su porvenir.

Nueva era para mí una Lejislacion que hacia cínico alarde de combatir á la luz del dia todas las libertades, desde la *de hablar*, hasta la *de moverse*, puesto que, por los Reglamentos Policiales de la República, *se prohibia ocuparse de la politica de las Provincias Argentinas*, y asistir á ningun baile, *sin prévia licencia de autoridad competente*.

Ni el despotismo Ruso podia compararse á un estado de cosas semejante.

El mismo Rosas, por bárbaro y sanguinario que fuese trataba de ocultar la ferocidad de sus inspiraciones, haciendo y cometiendo actos de inaudita tiranía; pero pretendiendo siempre revestirlos, y aun lejitimarlos con toda la legalidad de las formas.

En el Paraguay sucedia lo contrario.

Léjos de ocultarlo, su Gobierno, parece que sentía placer y satisfaccion infinita en hacer comprender á todos, que la Nacion era patrimonio de su Presidente: que allí no imperaba mas voluntad que la suya: que la libertad solo le alcanza á él: que la esclavitud y la sumision debian ser de derecho natural, como Aristóteles lo sostenia.

Entretanto, ¡qué contraste entre este modo de ser decretado por los hombres y la encantadora naturaleza que Dios les habia deparado por mansion!

Resignado á la suerte que pudiera caberme, despues de haberme entregado á las garras de los *Leones* de la Asuncion, resolví, desde esa mañana, ocuparme de visitar la ciudad, estudiar sus costumbres, y conocer el pais.

II.

En la Asuncion, la hora de los paseos y de las visitas era, desde la madrugada hasta las doce—hora en que todos comian para despues dormir la siesta—y mas tarde, desde las cinco hasta la *oracion*, hora en que cada uno se recojia para entregarse á las dulzuras de Morfeo.

En esto la existencia era completamente primitiva, ó ajustada todavia á los usos y costumbres establecidas por los Jesuitas, que en 1768 fueron espulsados de allí por D. Francisco Bucareli, comisionado con ese objeto por Cárlos III.

Eran las siete de la mañana cuando Adolfo Calvo y Constant vinieron á visitarnos.

Este último se puso á charlar con la señora.

El primero me llamó á un lado:

—¿Cómo le fué á Vd. con el General? preguntóme.

Entónces le conté, al pié de la letra, cuanto me habia pasado.

—Magnífico!—me dijo Calvo—Despues del artículo del *Semanario* de ayer en que le *caen* tan récio, y del visible enojo del Presidente para con Vd., crea que la manera cómo lo ha tratado el General, no puede ser mas favorable al modo con que se vá á conducir con Vd.

—Con tal que yo no tenga ningun desagrado durante mi permanencia aquí, lo demas poco me importa: no por mí tampoco, sinó por esta pobre mujer, á la que no desearia darle un mal rato.

—No lo tema Vd. amigo: yo conozco á esta jente: si sus intenciones fuesen hóstiles, ya le habrian hecho notificar con la Policie, que *dejase el territorio de la Republica*. Es la fórmula. Si Vd. quiere seguir mis consejos, le dará uno.

—Cuál?

—Vaya Vd. hoy mismo á visitar á madama Lynch.

—Habia pensado hacerlo por dos motivos: primero, porque tengo deseo de conocer una mujer, de la que tanto me han hablado ya: segundo, porque debo entregarle una encomienda que para ella me confió el señor Pujol, Gobernador de Corrientes; pero en casa de Jovellanos le han hablado á mi compañera iniquidades de la inglesa, y ésta ha jurado ni saludarla siquiera.

—Efectivamente: esas señoras son de las que la detestan. Y ¿qué le han dicho á nuestra *paisana*?

—Una friolera: que Elisa Lynch es la querida de Lopez: que es la dueña de esta sociedad: que ella hace lo que se le antoja: que humilla á las señoras paraguayas, en todo lo que puede.

—Algo hay de cierto en eso; pero yo creo que Vd. se felicitará de conocerla: puede Vd. ir sin decir nada.

—Bueno: luego resolveremos: por ahora, desearía que saliésemes á conocer la ciudad.

—Perfectamente.

Un momento despues estábamos en la calle.

III.

—Tomaremos un carruaje—dije á Calvo.

Este miró á Constant y dejó oír una franca carcajada.

—¿Lo dice Vd. por broma?—me preguntó.

—Y ¿por qué lo supone Vd.?

—¿Deveras ignora Vd. que aquí no hay mas que dos carruajes: uno del Presidente y otro de la señora Lynch?

—Y ¿cómo no quería Vd. que ignorase semejante *novedad*?

—Otras cosas le han de llamar á Vd. mas la atencion. Por ejemplo: ¿quiere Vd. ver el Obispo del Paraguay?

—A ello: mientras puedo, deseo verlo todo.

Seguimos caminando.

Constant venia con la dama.

Yo caminaba á *vanguardia* con Calvo.

—Conviene que nos adelantemos un poco mas—dijo mi amigo.

—Por qué?

—Ya lo verá Vd.—Aquí, esta es una precaucion indispensable cuando se anda con señoras: la prudencia aconseja siempre que antes de llegar á ciertos sitios, y principalmente al baño llamado del *Chorro*, se reconozca el terreno para ver si no hay ciertos *grupos al natural*, que acá se encuentran con mucha frecuencia.

No tardamos en llegar á una casa sita en una esquina de la misma Plaza, si la memoria no me es infiel.

—Fíjese Vd. bien—me dijo Calvo.

Cuando viajo tengo por costumbre fijarme hasta en los mas pequeños detalles ó accidentes.

Penetré con la vista al interior del cuarto ó sala, que daba á la calle.

Habia en ella una especie de *mostrador*, en el que estaba sentado, en [?]camisa, y sin otra ropa, un hombre algo anciano.

Su posicion era la de un Turco, cuando se encuentra á los piés del *Sultan*.

En la mano tenia una guitarra, que *templaba* con visible interés.

El conjunto del personaje, si bien era poco poético, no dejaba de ofrecerse atractivo á la curiosidad y la observacion.

Mientras yo le contéplaba, Calvo reía. . . .

—¿Le conoce Vd.?—me preguntó.

—¿De dónde Diablos, paisano?

—Pues ese señor es el hermano del Presidente Lopez, Obispo del Paraguay!?. . . .

—No embrome Vd.

—Ni mas ni menos. Casi siempre se le vé en ese traje. No falta aquí quien lo haya visto en otro, un tanto *mas libre*.

—Solo que toque la guitarra en cueros!

—Usted lo ha dicho

Cedo al lector la tarea de reflexionar sobre este tema: el Obispo de un pueblo cristiano, y algo imbuido todavía en la tradicion de la vida jesuítica, cuyas huellas no estaban del todo apagadas del espíritu popular, sentado casi en media calle, sin mas traje que una camisa, y tocando la guitarra!!

Con tales ejemplos, ¿qué moralidad podia haber en ese pueblo?

El hijo del Presidente, parte integrante del Gobierno, influyente y poderoso por su posicion, traia de los *Boulevards* de Paris una *Loreta* de alto tono, mas ó menos bella y hermosa, y levantándola á la categoria de una gran dama, la imponia á la sociedad moral y honrada, como digna de alternar con las niñas, educadas tal vez en las prácticas evangélicas de la virtud!

El hermano de ese mismo Presidente, investido con la alta dignidad de un Obispado, en vez de presentarse á los ojos de sus fieles, revestido con las insignias de su sacerdocio, grave y severo, se *exponia* sentado cínicamente sobre el mostrador, casi desnudo, ostentando en la mano *una guitarra* en vez de la Mitra!!

¿A quién podia inspirar respeto un ente semejante?

Los pueblos son como las familias: necesitan el ejemplo para educarse y formarse.

La Córte de Catalina de Rusia, contemporánea y amiga de Voltaire y Diderot, fué corrompida y licenciosa,

porque la hermosa prostituta cambiaba de amantes, como de trajes, y porque, en vez de ocultar en el silencio misterioso de la Real Alcoba, las liviandades de su carácter y las voluptuosidades de su cuerpo, hacia público alarde de las horas de placer y deleite que pasaba en su famosa *Ermita*, especie de encantada mansión donde la mano del amor supo agrupar, cual otra Cleopátria, todo lo que pudiese remontar los sentidos á esa idealidad fantástica que solo es capaz de concebir la mente vertiginosa de una mujer.

En cambio, si la Corte de la Reina Victoria, no ha sido el centro de ninguno de los escándalos y licencias punibles que mancharon los salones de *Versailles* durante el reinado fantástico de Luis XIV, es porque esa soberana no dejó nunca de ser la mas moral de las esposas, y la mas tierna de las madres, ostentando siempre con noble orgullo, la doble corona de la Majestad Real, y de la virtud doméstica!

Con ejemplos como éste, se comprende la austeridad de las costumbres inglesas.

Con ejemplos como los que el Gobierno y el Obispo Paraguayo presentaban á esas masas, alejadas del bullicio del mundo, sin la libertad de su propio discernimiento, sin Mentores honrados para conducir las en el sendero de la vida, ¿qué habia de suceder?

Ah! La situación de ese pobre pueblo, que aun dormita en el lecho de una inmoralidad tradicional, es la protesta mas amarga y punzante que arrojar pueda á la frente de sus corruptores y verdugos!

El espectáculo que yo acababa de tener ante mis ojos, se prestaba sin duda á la risa, á la farsa, á la hilaridad, y sin embargo, yo lo contemplé con profunda pena; porque comprendia, que esos ejemplos de escándalo é inmoralidad, que tenían origen en las altas rejiones del poder,

serian una herencia funesta para el porvenir del pueblo Paraguayo.

Por desgracia, hechos posteriores han venido á probar que no me equivocaba.

IV.

· Continuamos nuestro paseo.

· Apesar de cruzar las primeras horas de la mañana, el sol estaba ya, sinó sofocante, muy caliente.

· Cuando se viaja con ánimo observador, *todo es nuevo y curioso para el viajero*—ha dicho Aragó.

· En la *Asuncion* comprendí la verdad de estas palabras.

Allí todo me llamaba la atencion.

· El aspecto jeneral de la ciudad: la construccion de sus casas: su distribucion interior: la gallardía de los verdes naranjos que circundaban muchas, como si sus moradores quisiesen vivir aspirando eternamente aroma embriagador, sentados en perfumada sombra: el traje de las jentes del pueblo, sencillo, y al parecer calculado para mantener siempre viva la peligrosa emocion de la sensualidad: el tinte de primitivo candor que se reflejaba en criaturas de inocente aspecto: la pereza casi brutal de que hacian alarde los hombres, muellemente tendidos en sus *amacas* mientras que las mujeres trabajaban á su lado: el tipo especial que muchos ofrecian, descalzos y con enormes sombreros de copa alta: el panorama de vida, y luz, y alegria y eterna fiesta de la naturaleza, que la vista encontraba al pasearse por las verdes colinas y los espesos montes que se destacaban casi á las puertas de la ciudad, todo, todo esto era para mí nuevo, y digno de atenta observacion.

Las casas eran bajas, sin método ó plân en su construcción: un ancho corredor exterior daba entrada á los que visiblemente pertenecian a la *aristocracia del lugar*, como diria Larra.

Esos corredores eran para resguardar las habitaciones del sol.

Los compatriotas que me acompañaban, me invitaron á entrar en una casa, reputada por los finos tejidos y bordados que sus moradoras trabajaban.

Entramos.

En una sala bastante espaciosa habia ocho mujeres.

Cuatro estaban sentadas en el suelo sobre unas esteras de paja: tres ocupaban otras tantas sillas de jacarandá negro, forma de baqueta, y una, mas anciana que las demas, se paseaba con cierto aire de *Bachillera*.

Las siete mujeres trabajaban, haciendo lo que las señoras llaman *mallas* y bordados. ¡Qué delicadeza de trabajo!

Los encajes eran finísimos, y, á no dudarlo, aquella era una verdadera é importante *industria paraguaya*.

Como objeto de curiosidad, examiné atentamente el modo como las mujeres bordaban y tejian; pero, con cierta franqueza que podrá ser tomada por *inclinaciones*, á las que soy completamente inocente, diré, que mas que los bordados, llamaron mi atencion *las bordadoras*.

El tipo de aquellas mujeres, era el mismo: tez morena un tanto amarillenta: cabellos negros poco abundantes, pero finos: ojos igualmente negros, y de un mirar tan dulce y tierno que podría tomarse como la espresion de una inocencia candorosa que, estoy cierto, todas habian perdido ya de tiempo atrás.

Lo mas *picante* de estas jóvenes del pensil paraguayo, era su traje. Delicioso *toilette!*

Una saya blanca, que en su modesta sencillez, permitia

al observador estudiar las formas de la mujer, y ver si la naturaleza habia sido pródiga ó ingrata al repartir las carnes que vestian sus esqueletos: el tradicional *tipoy*, pintoresca camisa ricamente bordada, aun en las jentes mas pobres, y que, completamente suelta, ofrecia á la mirada, por lo jeneral algo indiscreta de los descendientes del buen padre *Adan*, la ocasion de recrearse en la contemplacion platónica de los contornos, mas ó menos perfectos de un seno, que se veía ondular con reposo ó agitadamente, segun las emociones que ardiesen en ese altar sublime que se llama el pecho de la mujer.

Si la fantasía de un traje ejerce tan poderosa influencia sobre las sensaciones del hombre, como decia el bueno del Rey que casó con la famosa bailarina Lola Montes— que envuelta en la delicada y vaporosa nube de sus perfumados tules, le pareció un ángel bajado del Cielo— al ver las mujeres paraguayas, casi desnudas, comprendí que no se debia estrañar la gran cantidad de muchachos que, á mi paso, encontraba á cada instante, en la Patria de Francia y Lopez.

La señora que dirijia á las *bordadoras*, nos recibió con extremo cariño y dulzura. Aquellas, así que nos vieron, *cuchicheaban* entre ellas en idioma guaraní, fijándose en mi compañera, con una curiosidad verdaderamente infantil.

En la pieza inmediata á este taller mujeril, habia una *amaca* de hilo, colgada de un extremo á otro. Balanceábase en ella con indiferencia brutal, una especie de *zángano*, que ni se movió cuando entramos, ni en tanto que allí estuvimos.

--Y ese animal, ¿qué hace ahí, mientras estas pobres mujeres trabajan?—pregunté á Constant.

—Dormir ó descansar. Aquí las que hacen todo, son las mujeres: ellas amasan el *chipá* (especie de pan de la

tierra) van al rio  traer agua: cosen, planchan, cocinan y lavan. Los hombres, no hacen nada absolutamente, dejando deslizar su vida como Vd. lo ve, en medio de la mas completa araganera. Son incansables para el descanso.

Que porvenir podia tener un pueblo así entregado  la molicie, sin iniciativa, sin espíritu, sin conciencia de la mision del hombre en el hogar, en la vida de la labor constante, y en la vida pública?

Hombres así convertidos en máquinas por su propia voluntad, no podian ser sin instrumentos pasivos y terribles de una tiranía, que con la astucia que entra en los elementos de su conservacion, dispondria de ellos arbitrariamente, el dia que se le antojase, llevándolos sin resistencia hasta el martirio.

Los acontecimientos desenvueltos mas tarde han venido á mostrar, la suerte que el destino depara  uno de esos pueblos, que se dejan y abandonan para que sus gobernantes *obren y piensen por ellos*.

Esta manera de ser en los paraguayos, no solo contristaba la mente del observador, por cuanto los veía en una situacion abyecta y hasta cierto punto degradante en su *condicion de hombres*, sin por la natural repugnancia que, en todo el que rindiese culto  la civilizacion moderna, debia inspirar el modo *como todavia querian tratar  la mujer*.

Diríase que en el Paraguay se querian renovar, en pleno siglo XIX, aquellas noches de sombría tristeza para la mujer, en que era una máquina que daba hijos, de los que, como de ella misma, no podia disponer; en que sobre su frente hermosa fulguraba el anatema del vergonzoso repudio y en que, Abraham viendo que Sara era estéril, aceptaba la esclava Agar que ella misma ofrecia al Patriarca, que un dia la despide con su tierno hijo Is-

mael, porque el pequeño Ejipto se habia burlado de la esterilidad de su señora.

Pues qué!

¿Ignoraba el *hombre Paraguayo*, la transformacion operada por los tiempos en la condicion de la mujer?

¿Ignoraba que la luz que brilló en Judea se convirtió en volcan de fluido, que el volcan estalló en hirvientes cataratas de resplandores, que ciega á la humanidad que niega, para bañar con sus oleadas de fuego á la humanidad que cree?

Desde entónces, la mujer es igual al hombre: la mujer está redimida: la mujer puede levantar la cabeza erguida para ser hija de sus padres, hermana de sus hermanos, esposa de su esposo, madre de sus hijos.

La mujer ya no es *cosa*.

Colora su frente pura el rubor de la virginidad.

La criatura débil se ha convertido en héroe.

Ama, ama con celestial encanto. Ama porque cree, cree porque espera, espera porque ama.

El repudio está abolido.

Abolida queda la poligamia, porque Jesus ha dicho que la mujer es *la carne de la carne y la sangre de la sangre del hombre*.

Estas ideas, estos principios, estas sentencias, están en la conciencia de toda la humanidad, que ya no vé en la infeliz mujer, una máquina de hacer hijos, sinó una dulce y tierna compañera del hombre, enviada por Dios al sendero de la vida, para endulzarlo y servirle de tierna confidente en las horas de su tribulacion.

En el Paraguay, parece sin embargo, que no se tenia idea de semejantes conquistas en favor de la condicion de la mujer.

Entónces como antes, los hombres la tenian reducida á la triste condicion de esclava, haciendo que fuesen ellas,

destinadas al descanso y al placer, las que trabajasen y sirviesen al hombre en todas sus necesidades materiales.

Lo confieso: este espectáculo, me produjo una gran repugnancia, y bajo una impresion desagradable, despues de haber comprado algunos objetos á las bordadoras, salimos á continuar nuestro paseo.

V.

Eran ya las diez de la mañana.

El calor empezaba á ser sofocante.

Convenimos en que seria prudente regresar á casa.

Todas las mujeres que encontrábamos en la calle, usaban el mismo traje de las que acabábamos de ver: saya casi sobre la carne, y el voluptuoso *tipoy*.

Algunas de esas sayas variaban de color, siendo de *zaraza*, y algunas de las camisas se diferenciaban tambien en el color de los bordados que tenian en la *pechera*.

En lo que todas tenian identidad, era en la facilidad que presentaban para poder contemplar las formas de esas mujeres, que andaban casi desnudas.

Otro espectáculo debia impresionarme inesperadamente.

Al llegar á una esquina, ví parados en ella multitud de muchachos: los habia de ambos sexos: algunos tenian ya trece ó catorce años, y estaban completamente *en cueros!!..*

A no dudar: en el Paraguay habia profunda aversion á quemar palmas en las aras del pudor, y una tendencia muy marcada á usar el traje de los que cedieron á la tentacion de la manzana en el *Paraiso*.

El paseo con señoras no era de lo mas ameno ni poético, aun cuando un fuerte filósofo haya sostenido, que

nada hay comparable á la *poesia* de ver una criatura tal cual el Criador la arrojó el mundo.

Para paseo de *ensayo*, era bastante.

Aunque corto y reducido, el acaso me habia permitido hacer ya algunas observaciones, que me daban derecho á pensar que el Paraguay era una planta exótica en el suelo de la República; que su condicion y modo de ser diferian completamente, en cuanto á forma de gobierno; y en cuanto á usos y costumbres, con la de todos los demas pueblos de raza española, por atrasados que cualquiera de ellos pudiesen encontrarse.

Llegamos á nuestro alojamiento.

Allí nos esperaban los señores Cateura, Pascual Lavié, Fernando Saguier y varios de los compañeros de viaje.

Uno de estos señores, llamándome á parte, me dijo:

—Una dama acaba de mandar saludar á Vd.

—¿Es bonita?

—Toma!

—Se llama?

—Madama Elisa Lynch.

Confieso que la noticia me produjo contento.

Creo que en todo mortal debe ser natural el deseo de conocer una persona, á la que se ha pintado rodeada de atractivos y calidades, que la levantan sobre el nivel vulgar de las jentes, y por esperiencia propia he comprendido mas tarde, que ese deseo se traduce en una especie de fiebre, cuando se trata de una mujer.

No vacilé, pues, en tomar la resoluciou inmediata de ir á saludar la inglesa que tan galante se mostraba conmigo, si bien llamó mi atencion ver que la galantería no alcanzaba á la señora.

¿Por qué?

El saludo de la Lynch no podia recibirlo yo como una cosa espontánea.

Ni me conocia: quizá ignoraba que en el mundo existiese mi honorable personalidad, y por consiguiente, no podia esperar que usase conmigo un rasgo de tan marcada urbanidad, constándome, como me constaba ya, *cuál era su posicion en el Paraguay.*

Era evidente que el General le habia inspirado aquel paso.

¿Qué objeto se proponia en ello?

¿Humillarme, obligándome á visitar á su querida?

De todas las hipótesis en que me ponía, era ésta la que mas imperio tomaba sobre mi espíritu.

Como si hubiese adivinado mi pensamiento, el señor Lavié, hombre digno de toda consideracion, me dijo:

—Me permitirà Vd. hacerle una advertencia, ó iniciarlo mas bien en uno de *nuestros misterios*: la casa de la señora Elisa Lynch es el *rendez-vous* de todos los agentes diplomáticos que aquí vienen, ó aquí residen: para ellos, esta dama no pasa de una viajera Inglesa, de gran fortuna, que se halla en la Asuncion como simple *tourista*. En su casa se recibe, por otra parte, completamente á la Europea, y yo creo que Vd. pasará algunos momentos agradables en compañía de una persona, cuyo trato es realmente encantador.

—¿Cuáles son las horas mas aparentes para visitarla?

—Todas, hasta las ocho ó nueve de la noche, segun tengo entendido.

Yo no soy de sus *parroquianos*.

Siguió la charla jeneralizándose entre todos los presentes: almorzamos en festiva cordialidad, y á la una, mas ó menos, me puse en camino para casa de Elisa Lynch.

VI.

La que ocupaba era sin duda la mas hermosa que hasta ese momento hubiese visto en la Asuncion, sin

ofrecer por ello nada de notable, y mucho menos de extraordinario.

Llamé, y se presentó un pardo vestido con librea.

Era aquel el primer síntoma que me revelaba la clase de persona á quien iba á visitar.

Tres cosas constituyen el encanto de una *Loreta* de rango: el carruaje, el cachimir de la India, y el *valet de pied*, elegantemente vestido.

—¿Está la señora?—pregunté.

—Si está....

El acento y el laconismo me hicieron comprender que aquel era un Paraguayo, disfrazado con un traje que haria la delicia de cualquier vieja condesa del *Fobourg Saint Germain*, ó de algun orgulloso Lord de los que habitan los barrios aristocráticos de Lóndres.

—¿Se puede ver?

—¿Su gracia?

Le dí una tarjeta mia. Instantáneamente regresó, y abriendo una puerta lateral del zaguan, me hizo entrar á la sala.

Completa sorpresa!

Lujo, elegancia, riqueza, variedad, capricho, distincion, todo estaba representado en aquel recinto, visiblemente habitado por una de esas mujeres, iniciada en los secretos voluptuosos de una vida, que solo se conoce en una ciudad convertida en trono del amor y de la prostitucion, de los encantos que fascinan y deleitan, y de los dolores que postran y matan.

Un francés habria dicho, que aquello *olia á Paris*.

Todo era de buen gusto: los muebles dorados: los *bouls*: los cortinados: los cuadros, los objetos de bronce y porcelana que adornaban las mesas: los libros réjiamente encuadernados, los tapices *d'Aubusson* y en fin, cuanto completaba aquel verdadero museo.

Cuando se me introdujo, no habia nadie.

Empezé á examinarlo todo.

¿Creerá el lector?

Lo primero que llamó mi atencion, fué una cantidad de tarjetas, que contenia una preciosa canasta de *feli-grana* de oro, ó dorada.

Estaban allí, *pêle-mêle*, los nombres de personas muy respetables de Buenos Aires, de Agentes Diplomáticos, Generales y comandantes de buques de guerra.

Lo que no habia eran tarjetas de señoras, á no ser una que otra.

Una reflexion me asaltó instantáneamente: aquella mujer debia tener un gran mérito para arrastrar á su casa personas de indisputable valer, no solo por su posicion, sino por su reconocido talento. ¿Quién era entónces y cómo se encontraba en la Asuncion, es decir, en un pedazo del mundo que presentaba el mas completo contraste con el que ella habia habitado siempre?

¿Era una simple cortesana, la que el General Lopez habia traído de las mancebías de Paris?

Ni podia ni debia créerlo, tanto por los datos contestes todos que por distintos conductos tenia ya sobre las condiciones morales de Elisa Lynch, cuanto porque conociendo como conocia, á varios de los personajes cuyas tarjetas acababa de ver en su salon, tenia el derecho de pensar que esos personajes, y sobre todo, dos de ellos, no eran hombres de ir á perder su tiempo, al lado, no ya de una vulgaridad, pero ni de una mujer que no tuviese verdaderos atractivos.

Navegaba en este mar de pensamientos, al mismo tiempo que como buen *aficionado* me entretenia en el exámen de la porcion de curiosos objetos de arte que el salon tenia, cuando sentí abrir una puerta.

Dí vuelta la cabeza.

Si hay mujeres que por su conjunto, mezclado de gracia, belleza, y distincion: por la desenvoltura de su andar airado y majestuoso: por la ostentacion tentadora de tesoros, con que naturaleza la ha favorecido: por el poder misterioso de una mirada, que no es fácil soportar sin ceder á una emocion blandamente agradable: si hay mujeres que tienen el privilegio de *imponerse* desde el primer instante que cruzan por la vista de uno de sus semejantes, digo aquí, con toda sinceridad é independencia, que Elisa Lynch me pareció una de esas mujeres, al entrar desenvuelta y gallarda en su salon.

Era alta su estatura: flexible y delicado su talle: hermosas y voluptuosamente contorneadas sus formas, apenas veladas por leve tul de un blanco, humillado ante el alabastrino de su cutis, terso y límpido como si ráfagas ningunas le hubiesen besado jamás en sus juguetes: sus ojos, de un azul que parecia robado á los matices del cielo, tenían esa espresion de inefable dulzura en cuyas ondas de luz parece que debiera flotar eternamente *Cupido*, bebiendo la dicha y el amor: no era del todo pequeña su boca, pero en sus lábios, bastante finos, vagaba esa espresion indescriptible de la voluptuosidad que se adivina ó presiente al verlos humedos, como si con ese rocío etéreo quisiese Dios adormecer el fuego de ciertas bocas convertidas en copas del deleite, en los festines de la pasion ardiente.

Era su mano pequeña: largos los dedos: perfectamente contorneadas sus uñas, y cuidadas con ese delicado esmero, que es para algunas mujeres un culto de su *toilette*, y una religion de su vida.

Los cabellos, hermosos sin ser muy abundantes, como sucede jeneralmente con las Inglesas, eran rúbios.

Lo vaporoso de su traje, revelaba que Elisa acababa de vestirse.

Lucia un peinador ó *baton* blanco de finísima tela, guarnecido de rico encaje.

Examinándola bien, fácil era ver que tendria veinte y cinco ó veinte y seis años, y aunque fresca y bellísima, un observador mas diestro que yo en el reconocimiento de *ciertas fisonomías*, habria podido descubrir en sus mejillas la huella—muy delicada todavía—de una existencia, para la que no habian sido un misterio, ni las noches de embriaguez sensual consagradas al amor, ni las emociones de la maternidad.

Con dignidad, pero con esa coqueteria propia de la mujer que siempre la tiene en su arsenal como un recurso, me tendió la mano, diciéndome en francés:

—¡Qué honor para mí, señor V.... verlo á Vd. en esta pobre casa!

—Vengo á cumplir un deber, señora, agradeciendo á Vd. personalmente la galantería que Vd. ha tenido al mandarme saludar.

—¿Nada mas que á *cumplir un deber*? . . . Siéntese Vd. Cáspita!

¿Qué significaba aquella pregunta?

¿Era una frase *tentadora* para provocar una contestacion que pudiese haber dado pretesto á algun *cariño*, poco dulce del General Lopez?

¿O era una simple coqueteria de una mujer de mundo, habituada á esos torneos de *requiebros* y galanterías, que tanto necesitan para alimento de su espíritu, de su fantasía y de sus mismos caprichos?

Momentáneamente, me encontré embarazado; pero no tardé en contestarle:

—Era natural que ante todo, señora, cumpliera *con el deber* de manifestar á Vd. mi agradecimiento por la fineza de que Vd. me hizo objeto: en seguida, tenia un verdadero deseo, un gran interés en conocer á Vd. personalmente?

Elisa Lynch me lanzó una mirada. . . .

—¿No me conocía Vd.?—preguntó.

—Absolutamente.

—Pues yo tenía esa felicidad.

—¿Cómo es posible?

—Le he visto á Vd. en Buenos Aires, no una, sinó varias veces: la primera fué en el teatro de la *Victoria*: la segunda un dia que yo compraba algunas docenas de guantes en casa del señor Manigot: la tercera en el *Hotel del Louvre*, un dia que salia Vd. con el señor Dusmadril.

—Segun esto, señora, ¿Vd. ha estado algunos dias en Buenos Aires?

—Lo ignoraba Vd.?

—Si señora.

Se mordió lijeramente el lábio y tomó una espresion que dió á su fisonomía un tinte, que no era el de la dulzura.

Siguió.

—Pues yo he permanecido cinco meses en Buenos Aires, donde conocí personas bastante caracterizadas.

—No lo dudo señora.

La cosa tomaba un aspecto poco agradable para mí.

A la Inglesa, acostumbrada ya al incienso de la *Corte Paraguaya*, no le agradaba que yo no la hubiese conocido en Buenos Aires.

—¿Viene Vd. por mucho tiempo?—me preguntó.

—Era mi intencion haber permanecido aquí un mes; pero regresaré en el primer vapor que haya.

—¿Tan mala ha sido la impresion que Vd. ha sentido al llegar al Paraguay.

—No señora: temo que el calor me haga mal.

—Sin embargo: este calor es menos ofensivo que el de Buenos Aires: allí ustedes los hombres políticos, respiran

fuego. Yo prefiero esta quietud silenciosa, al bullicio que tanto encanta á los señores *Porteños*.

—Cuestion de temperamento, señora.

—Como soy Inglesa! Ustedes nos tienen por muy frias. En esto pagan su tributo á una vulgaridad que muchos repiten, sin saber lo que dicen. Frias las Inglesas! No creo que haya en el mundo mujeres de pasiones mas ardientes, ni capaces de *sentir* tanto. Ustedes, las personas de las razas meridionales créen, que el fuego, la pasion, el amor, los sacrificios en aras de un afecto cualquiera, no tienen mas intérpretes que los pueblos nacidos en medio de los trópicos. Y sin embargo ¡cuánto se engañan!

El hombre como la mujer inglesa, cuando ama, ama de veras, con el corazon y con el alma; y no hay sacrificio, por grande, por horrible que sea, á que no se preste, en holocausto á su pasion.

Estas palabras eran dichas por Madama Lynch, con soltura y elegancia: conociase en la espresion de su lenguaje, la mujer familiarizada con ciertas conversaciones que no siempre se encuentran en lábios de jentes vulgares, ó pobres de intelijencia.

Le contesté.

—Padece Vd. error si supone que yo crea que las Inglesas son *frias*: para mí, todas las mujeres, sea cual sea la zona en que hayan nacido, son susceptibles de las mismas pasiones; y por eso creo que lo mismo puede amar una mujer nacida á orillas del *Túmesis*, que una de las jóvenes Paraguayas, encontradas en mi camino al venir á casa de Vd. Lo único que yo creo difícil, es encontrar una mujer que *ame deveras*.

—Esa frase ya está *pasada* de puro añeja. Ustedes la tienen siempre como una *muletilla*. Con ese escepticismo pretenden justificar las mas veces, las veleidades de que

nos hacen víctimas. No por esto creo que todos los hombres deben ser juzgados del mismo modo.

—Yo tampoco he pretendido que todas las mujeres sean *insensibles*: he dicho, tan solo, que es difícil encontrar una que *ame de veras*, y sobre todo donde el jénero de vida que se hace en las grandes capitales, influye poderosamente para que la jeneralidad de ustedes, sean mas sensibles á los alhagos de una existencia de variadas emociones, que á las dulzuras que brotan de un amor puro, sincero y desinteresado.

—¿Sabe Vd. señor V. . ., que me sorprende oírlo espresarse en ese sentido?

—¿Por qué, señora?

—Me han dicho que es Vd. un jóven intelijente, y á quien Dios ha dotado de talento.

(Espero que el lector disimule estas palabras. Estoy refiriendo mi primera conversacion testual, con Elisa Lynch.)

—Y bien? repuse—Si así fuese. . . .

—Si así fuese, no podria explicarme cómo sigue Vd. la corriente de esa otra vulgaridad, que consiste en créer, que en Europa y particularmente en los grandes centros de poblacion, *no hay mujeres que sepan amar*.

—No he dicho que en Europa solamente, *Madame*

—Pero yo he creido deber agregar, lo que en la *intencion* tenia Vd. Lo sé. Aquí créen ustedes, enfáticamente que lo que se llama allí una mujer de mundo: lo que los novelistas, ó *chismosos* apellidan una *Loreta*, son verdaderas mujeres de mármol, sin otra pasion que la del lujo: que tienen el corazon cerrado como una máquina neumática: que son incapaces, no ya de sentir amor, pero ni aun de tener uno de esos afectos tiernos que pueden ser ó la amistad, ó el cariño filial, ó la inclinacion á las obras piadosas, y al bien de los demas.

—A la verdad: muy pocos son los que, conociendo á fondo la vida de la clase de mujeres de quien Vd. me habla, no las creen insensibles á todo, al amor, á la amistad, á las delicias del hogar, y lo que es mas espantoso todavia, al simple respeto que debemos á nuestros padres, á los autores queridos de nuestros dias. ¿Me dirá Vd. que hay escepciones?

—No lo dudo, señora, pero han de ser tan raras!

En el curso de esta conversacion, tan inesperada para mí—y que, créalo el bondadoso lector, estoy refiriendo casi al pié de la letra, porque mis entrevistas con Elisa Lynch han dejado en mí mucha mas impresion de la que nadie podria sospecharse, impresion que tal vez habria muerto en mi memoria, si acontecimientos posteriores no hubiesen hecho, de la que fué siempre para mí una mujer doblemente superior por el talento y la belleza, una personalidad histórica—en medio de esta conversacion, decia, las facciones de la hermosa hija de Albion se habian encendido, sin que de ello me apercibiese en el primer momento.

Hasta entonces, estábamos sentados á una respetable distancia.

Ella, en un riquísimo confidente de brocatela puñizó: yo en una pequeña silla dorada que encontré al lado de la mesa del centro.

—¿Por qué no se acerca Vd. un poco mas? me dijo— Esta conversacion me interesa, aunque no dejará de parecerle á Vd. singular, que la primer vez que nos vemos, nos ocupemos de asunto tan grave.

Me levanté, y fui á sentarme en un sillón que se hallaba inmediato á su confidente.

Simultáneamente se abrió la misma puerta porque ella habia entrado antes á la sala, y apareció un hombre de

tez cobriza, bastante bien vestido y aunque con ademán sumiso, de cara poco agradable.

Elisa Lynch me dijo algunas palabras en voz tan baja, que no pude oírlas, y cambiando de idioma (ya dije que hablábamos en francés) me preguntó en español:

—¿Qué tomará Vd., señor? Cerveza, vino, mate ó algo refrescante?

—Lo que Vd. elija, señora.

—Traiga Vd. cerveza—dijo al criado.

Este, salió, dejando la puerta un tanto *entornada*.

Luego comprenderá el lector por qué consigno todos estos pequeños detalles, que si al principio me parecieron insignificantes, no lo eran en realidad.

Siempre en voz muy apagada, me preguntó:

—Habla Vd. inglés?

—Si señora.

—Bien: mientras no viene este hombre, hablemós mi propio idioma: así que entre, sigamos en español.

No me dió tiempo á contestar, pues en ese instante apareció, trayendo en una magnífica bandeja de oro, ó dorada, dos copas y una botella, que eran tres piezas verdaderamente artísticas.

Aquellas eran de cristal de roca, con incrustaciones de oro, y un precioso medallón cincelado con remarcable delicadeza, en cuyo centro se veían dos cifras enlazadas.

Eran las de su nombre.

La botella, que las tenia también, era de plata grande.

—Es un *Pale Ale* que recibo directamente de Inglaterra—me dijo Madama Lynch, levantándose para servirme.

Me pareció mas linda que antes.

Frente á donde estaba de pié, había colgado un gran espejo.

Le arrojó una furtiva mirada con ese complaciente

orgullo de la mujer que se siente feliz al conocerse hermosa.

Por eso decia Madame *Roland*, aquella mujer sublime que, á hurtadillas, leía á PlutárcO bajo las bóvedas del templo, y de quien dijo Lamartine, “que amaba la revolución como á un amante”, que *para ciertas mujeres, el descubrimiento del espejo, era la mas sublime de todas las creaciones del hombre.*

Así que Elisa sirvió la bebida, que hace la delicia de *John Bull*, segun la espresion del Charivari, el estafermo aquel se retiró un poco, y esperó. . . .

La Inglesa me dirigió la palabra:

—¿Ha saludado Vd. ya á S. E.?

—No señora: solo he tenido el placer de ofrecer mis respetos al General Lopez.

—Y la señora ¿no ha dado todavia ningun paseo?

Era la primera vez que me la nombraba! . . .

—Sí: esta mañana dimos una pequeña vuelta.

—Le gustó?

—Mucho.

¿Qué le habia de contestar?

—Lo que son bonitos son los alrededores.

—Así me han dicho.

Mentira: nadie me habia hablado todavia una palabra sobre alrededores.

—¿Creo que Vd. me trae una encomienda del señor Gobernador Pujol?

—Si señora: ahora mismo la mandaré á Vd.

El estafermo no se movia de la sala.

Estaba clavado, como un centinela que permanece fiel á su consigna, á pesar que yo me habia concluido mi vaso de cerveza, no así Elisa, que, me fijé, la tomaba á sorbos.

¿Qué significaba todo aquello?

Si no me lo podia esplicar yo mismo, *en el teatro de los*

sucesos, quizá podría hacerlo alguno de los amigos que me estaba iniciando en los singulares misterios de la vida Paraguaya.

Resolví retirarme.

Me levanté, y al verme tomar mi sombrero, preguntóme con gracia y coquetería:

—Se vá Vd. ya?

—Si señora.

—Espero que no será esta la única visita con que Vd. me honre, durante su permanencia en la Asuncion.

—Si no soy importuno, señora, tendré verdadero placer en repetirlas.

Saludé y salí....

VII.

No habria sido muy fácil que me ocupase de otra cosa que de la Inglesa, al separarme de su lado, despues de verla por vez primera.

He creído siempre que ningun novelista, por potente que fuese su jénero creador, llámese Dickens ó Dumas, Scott ó Sué, Bulwar ó Féval, habrá tenido jamás el poder fantástico, ó la riqueza de imaginacion suficientes, para *inventar* tipos novelescos, tan novelescos por el cuadro social en que aparecen y se destacan, como los que *en realidad* existen en el mundo.

Margarita Gautier, la *Dama de las Camelias*, no es una creacion de la fantasía de Dumas hijo: es una mujer que existió en Paris, y cuya vida, de muchos conocida en la gran Capital, le prestó el tipo del principal personaje de una de las novelas que mas ruido ha metido en este siglo.

Yo acababa de ver á Elisa Lynch, jóven, hermosa, ele-

gante, dotada de todos los atractivos que hacen seductora á una mujer; inteligente, viva, *intencionada*, y saliendo de su casa me preguntaba: el tipo físico de una heroína de novela, *creado* por la fantasía, ¿vale, por ventura, mas que la mujer *real* con quien acabo de hablar?

Para mí, esta cuestion es como la de la *creacion* de los pintores.

Cuando se quiere ponderar la hermosura de una mujer se dice generalmente, *que es linda como una de las virgenes de Murillo, ideal como las caras que han inmortalizado á Rafael.*

Los que esto piensan, empiezan, en primer lugar, por conceder al artista, mas inspiracion, mas fuerza creadora que al mismo Dios que lo formó, absurdo que no se puede admitir, sin minar por su base todas las creencias.

En segundo lugar, ¿dónde hay un pintor que haya *creado* jamás un rostro, como el de la Condesa de Castiglioni, la soberana de la hermosura, que cruzaba los salones de Paris deslumbrando con su belleza casi divina; ó que haya pintado en su lienzo, una imájen que compararse pueda con la de María Elia, y la de tanta otra criatura, de las que, como aves de felicidad y consuelo, vemos sin cesar cruzar ante nosotros?

En la misma Elisa Lynch habia dotes naturales, que no todos los pintores tienen la facultad de interpretar, y mucho menos *crear*.

VIII.

Yo seguia maquinalmente en direccion á casa sin apartar mi pensamiento de Elisa Lynch.

Fuese cual fuese su conducta en la Asuncion, buena ó mala, dulce ó malvada como mujer, humilde ó envanecida

con su posicion, tierna ó insensible, el hecho es, que aquella era una mujer muy superior por su belleza, y quizá mas superior todavia por su talento y esmeradísima educacion.

¿Cómo se habia resuelto, entónces, á dejar la vida de Europa, para venir á compartir una existencia casi primitiva, sin alhagos, y que no podia ofrecer para ella otro encanto que el de la naturaleza del pais en que levantaba su *tienda* de peregrina?

Dispuesta á ser la querida de un hombre, como era la de Lopez, ella habria podido escojerlo en Lóndres ó Paris, pues en la clase de mujeres que cambian su pudor y su fidelidad, por el lujo, la opulencia y las riquezas que un insensato pueda ofrecerles en pago de esos placeres—que en el corazon de una *Loreta* se cotizan como los fondos en la pizarra de una Bolsa—no habria muchas en parte ninguna, dotadas de mas prendas físicas y de mas talento, capaces de seducir á un hombre, por rico y encumbrada que fuese la posicion que ocupase.

En efecto: ¿qué busca uno de esos potentados que no se satisface con los alhagos de la familia?

Hermosura?

Gracia y coquetería?

Elegancia y distincion en el porte y los modales?

Apariencia de recato?

Intelijencia natural?

Talento cultivado?

Conversacion amena y agradable?

Todo eso tenia Elisa Lynch, y lo tenia con lujo, con profusion física é intelectual.

Y sin embargo, la gallarda Inglesa dejaba á Paris por la Asuncion!

Si Elisa no fuese una mujer de talento superior, é iniciada ya en ciertos misterios de la vida, que sirven de

lecciones de experiencia aun para las almas mas tiernas, podria suponerse, al verla escondida en medio de las selvas Paraguayas, que la jóven habia cedido á la tentacion del capricho de hacer un viaje desconocido para ella, ó que, inocentemente habia caido en una celada.

Pero aquí, no habia ni el pretesto para alimentar esa duda.

Elisa Lynch era una mujer de mundo, viva, de experiencia, y muy capaz de someter al criterio de un juicio recto y tranquilo, todas las deliberaciones de su vida, y particularmente las que pudiesen imprimirle un carácter decisivo.

Si estaba en el Paraguay era, por consiguiente, porque así lo queria.

¿Qué la habia seducido?

¿Qué la determinó á cambiar una vida de emociones constantes, de voluptuosa felicidad, y encantos embriagadores—como la de Paris—por una existencia en la que, ni su hermosura tenia centro para lucirse, ni su espíritu espacio para ejercitarse, ni su fantasía campo para volar?

Una de dos: ó Elisa Lynch se habia enamorado sinceramente de Lopez; ó al condenarse voluntariamente á un destierro mas ó menos largo, presentia ya que su hado la empujaba á jugar un gran rol en los destinos de un pueblo, nuevo, ignorante, emancipado de la existencia civilizada, y sometido completamente á la voluntad de una familia, en la que su querido, no podia dejar de tener un rol culminante.

¿Era que Elisa Lynch se habia enamorado del General?

Emitiré mi juicio franco y desapasionado.

Lopez era un hombre simpático, de conversacion amena y agradable; su tipo fisico, sin tener grandes atractivos

para una de esas mujeres, no carecia de *ciertas condiciones* que podian hacerlo *agradablemente aceptable* para cualquiera otra, que no tuviese el fino talento de Elisa Lynch.

A menos de uno de esos caprichos, tan frecuentes en toda mujer, no me parecia que el General Lopez hubiese tenido el poder de impresionar de tal modo à la linda Inglesa, como para que de él se *enamorasé*.

Ligándosele con tan aparente *fidelidad*, no cedia à una dulce é imperiosa tirania de su corazon: se ligaba, seducida por el brillante panorama de una de esas esperanzas, que la mujer acaricia con delirio y pasion, y que, en sus horas de abandono y risueñas ilusiones, tomar por la mas encantadora de *las realidades*.

Estas mujeres son como los navegantes: jamàs se embarcan sin conocer los mares que van à cruzar.

Elisa Lynch, intelijente y viva como lo he dicho ya, estudió la situacion del Paraguay: buscó y encontró quien la iniciase hasta en los mas pequeños detalles de su caprichosa y singular existencia: supo que la República era el patrimonio tradicional de los que la mandaban: que allí no habia otra voluntad que la de los que de ella se investían despóticamente: supo que Don Carlos Antonio Lopez, estaba viejo ya: que era achacoso, y que, obedeciendo à los mandatos incontrastables del destino, no tardaria en morir, legando à su hijo mayor la autoridad suprema de la Nacion, que, como Francia, creia ser un patrimonio esclusivo de su voluntad omnipotente: calculó fundadamente, que, muerto el viejo, la Presidencia le vendria al Geueral *como legado testamentario*: pensó, despues de haberlo tratado íntimamente en Paris, que, con su esperiencia y talento, le seria fácil *dominar* al futuro dueño de los destinos de una República jóven y rica; y, bajo el imperio seductor de estas reflexiones, com-

prendió que *dueña absoluta* de Lopez, por el amor y la inteligencia, podría llegar á ser, mas que una *Loreta* cortejada ocultamente por el Edecán de un Emperador Ruso, la *Presidenta*, y quizá la futura *Emperatriz del Paraguay*.

Del conocimiento que acababa de tener de uno y otra: es decir, de Lopez y Elisa Lynch, no me fué difícil comprender, que no había lucha posible entre ambos; y que, si el General no sucumbía materialmente á los encantos de la mujer que traía como *querida*, tendría que someterse siempre á otra influencia, *mas irresistible* todavía—según el juicio de Madame de Girardin—á la *influencia misteriosa del talento*.

Bajo el peso de estas reflexiones, llegué á casa.

IX.

La asamblea de visitantes era numerosa.

Estaban casi todos los compañeros de viaje, y la mayor parte de los argentinos residentes en la *Asuncion*.

Los que sabían que venía de casa de la querida de Lopez, á la que, ellos mismos me habían pedido que visitase, estaban impacientes por conocer el resultado de mi entrevista.

Apenas pudieron, me llamaron aparte.

—¿Qué tal, cómo ha ido?—me preguntó Soler.

—Perfectamente.

—¿Lo recibió á Vd. bien?

—Ya lo créo.

—Y ¿qué le ha parecido á Vd. la Inglesa?

—Como mujer, encantadora.

—Sí: tiene un talento especial para engañar.

—Lo qué es á mí, no ha tratado de engañarme: por el

contrario: hubo momentos en que me *tiroteó* con cierta *intencion*.

--Veámos! veámos!--Cuéntenos Vd. lo que ha pasado.
No vacilé.

En pocas palabras, referí á mis cómpatriotas toda mi conversacion con Madama Lynch, y la importuna presencia del *zángano* aquel, que nos sirvió la cerveza.

—Ese individuo--me dijo Canstant, jóven que conocia en todas sus intimidades la vida de los dos amantes--es un *espia* que el General tiene constantemente al lado de la Inglesa. Cada dia recibe sus instrucciones del amo. Si te dejó solo al principio en la sala, fué porque así se le habria ordenado: si mas tarde dejaba la puerta entornada al salir, y se plantaba de cuerpo presente en la sala; era precisamente para obligarte á fastidiarte á fin que te mandases mudar.

¿No dices que despues de haber servido la cerveza, se quedó allí?

—Si.

—Pues era con ese objeto.

—¿Y si Elisa Lynch le hubiese ordenado que saliese, con cualquier pretexto?

—Le habria obedecido en el acto; pero es que ella sabe que cuando el *espia* desempeña *su rol*, no tiene que contrariarlo en lo mas mínimo.

—Y ¿Cuál es la mision de ese espia cerca de Elisa Lynch? El General ¿no tiene confianza en su querida? ¿tiene celos?

—Algunos de nuestros amigos aquí creen que no: que por el contrario, completamente dominado por ella como se halla, deposita en su *virtud* toda su confianza: en cuanto á mí, opino todo lo contrario.

Lopez sin ser un portento de saber, es un hombre *naturalmente* vivo como son todos los Paraguayos: es muy

ságaz, y *fnisimo*: tiene una inteligencia bastante despejada: sus viajes le han dado cierta práctica, que antes no poseía: sabe que no ha sido en el hogar de la virtud y de la castidad donde encontró á Elisa: conoce lo que son estas mujeres en Europa: sabe que el *fnjimiento* constante y sin trégua, es para ellas un arte, en que no reconocen rivales: sabe que á su querida le conviene fnjir que le ama locamente para afianzar su *porvenir*—bello ideal de toda *Loreta*—pero al mismo tiempo, teme tambien que una mujer que en su vida ha jurado ya varios amores, pueda encontrar aquí algun hombre que le guste mas que él, y antes que ver lastimado su amor propio, toma los medios para que, si la tentacion existe, la imposibilidad material le impida ceder como Eva en el Paraíso.

—Segun lo que me dices, la presencia del *espia* haciéndome centinela, ¿importaria que tambien tenia celos de mí?

—Toma! Y si yo estuviese en su caso, los tendría de tí mas que de cualquier otro!

—Gracias por el juicio que de mí tienes.

—Es una reputacion conquistada ya—interrumpe Adolfo Calvo..

—Al amigo Canstant le ha faltado agrègar una cosa dijo Cateura—el único Paraguayo de que Lopez ha tenido celos, es de Cárlos Saguiet: fuera de él, sus temores se reducen à los extranjeros que vienen aquí: segun su clase, los cela mas ó menos escrupulosamente con ese bandido, que hace en casa de la Lynch el rol de *espia*. Aunque ella viva aparentemente sola y como dueña absoluta de su voluntad, ciertas personas de las que vienen aquí, no serian por ella recibidas sin prévio consentimiento del General.

Mas aun: en el deseo constante que tiene de poner á

prueba la fidelidad de su concubina, él mismo le ordena que convide á ir á su casa á determinados individuos, y en particular aquellos que, por sus prendas personales, son susceptibles de impresionar una mujer.

¿Crée Vd. que sin una orden expresa del General, Elisa Lynch le habria mandado saludar á Vd.?

—De modo que yo entro en la categoria de los *temibles*, de los conquistadores peligrosos, de esos Tenorios que al acercarse al lado de una mujer, son como César, que *aíenen, véen y vencen?* Paisano! Paisano!

—No le he de quemar á Vd. incienso; pero insisto en decirle, que el paso de la Inglesa ha sido inspirado por Lopez.

—Pues amigo: yo creo que el hombre tiene razon en custodiar á la linda rubia, porque les confieso á ustedes con toda injenuidad, que lo que es á mí, me ha gustado soberanamente—No sé por qué me está pareciendo, que algo semejante les pasa á todos ustedes.

En ese instante de nuestra conversacion, los demas compañeros de viaje me invitaron á salir á dar un paseo. aprovechando la tarde que estaba verdaderamente hermosa.

Toda la comitiva se puso en marcha.

X.

—Vamos á la Plaza—dijo el señor Lavié—nuestros huéspedes podrán ver la tropa en el momento *de pasar lista*. Es casi la hora.

Fuimos.

La Plaza de la Asuncion, á pesar de estar rodeada por edificios espaciosos, aunque de antiquísimo aspecto, y de ostentar la Catedral en uno de sus frentes, tenia cierto

aspecto de tristeza, que jamás me lo he podido explicar.

A un costado, estaba la casa de Gobierno. En sus corredores veíanse los soldados de la guardia de Lopez, especie de Pretorianos que cuidaban la vida del *Supremo*.

Su traje era lujoso: pantalon de ante blanco: bota granadera: casaca azul, y un gran casco con cola, en la cabeza.

Diríase que el *señor* del Paraguay habia querido imitar á la Reina Victoria ó á Napoleon, teniendo, como estos soberanos, sus *Horse Guards*, ó sus *Cent Gardes*, dos escoltas de honor, que por lo escojido de los hombres que las componen, por el lujo de sus trajes, por la belleza de sus caballos y por la tradicion que tienen, son de los cuerpos militares de mas fama que hay en Europa.

Los soldados de la escolta de Lopez, eran hermosos tipos como hombres: altos, corpulentos, jóvenes y apos-tura gallarda: lo que no sabian era caminar con desenvoltura: les faltaba esa elasticidad que tanto distingue en sus movimientos al militar de los demas pueblos.

Cuando penetramos á la Plaza, venian marchando cuatro batallones de infanteria, que salian de opuestas direcciones. Desde luego llamó mi atencion la lentitud de su marcha, hecha en un *pasito* corto.

A no dudarlo: aquella era una *peculiaridad* Paraguaya.

El uniforme de la tropa era bueno: pantalon de brin blanco y casaca azul: no usaban zapatos; pero en cambio, lucian en sus cabezas un enorme sombrero de cuero con los colores de la bandera patria, pintados al rededor de la copa, á manera de una cinta.

Los cuatro batallones formaron en batalla, dando la espalda á la Catedral: traian tres bandas de música, verdaderamente magnificas, tanto por su número cuanto por la precision con que tocaban: la mayor parte de los *ins-*

trumentistas eran muchachos de diez y seis á veinte y dos años, todos Paraguayos!

Estaba ya desplegada la línea, cuando el corneta tocó *atencion*, y mandó echar las armas al hombro.

El movimiento fué ejecutado con matemática precisión.

En ese instante apareció un gefe, montando un hermoso oscuro: le seguian media docena de ayudantes, bastante bien vestidos.

—Este es Coronel D. Venancio Lopez, hermano del General, hijo segundo del Presidente, y Comandante en Gefe de las fuezas de la guarnicion—me dijo Adolfo Calvo.

Su aspecto no era desagradable: representaba tener de veinte á veinte y dos años.

Se tocó *lista*.

Estaban en la operacion, cuando por el medio de la Plaza ví cruzar un soldado que, con bastante dificultad, ayudaban á caminar un muchacho y una mujer.

Venia completamente ébrio.

—Este es el un fenómeno—dijo Canstant—rara vez se vè aquí un ébrio, y sobre todo un soldado; á la lista jamás falta ninguno, á no ser que se esté muriendo. A ese pobre le traen á pesar de hallarse *en tal estado*, á fin que no se le pueda dar por *falto*. La severidad de los castigos militares los aterra.

Mas que los efectos de la disciplina, en aquel silencio, verdaderamente sepulcral, en el aspecto que tenia cada uno de aquellos dos mil soldados, inmóviles como estátuas, veía yo los efectos de la sumision completamente pasiva, á que estaba condenado el pueblo Paraguayo.

Concluida la lista, la tropa empezó á hacer *ejercicio de línea*; pero, ¿cómo, se créerá? á *paso regular*, es decir, á

ese paso lento, medurado que llevan nuestros soldados en las procesiones del *Corpus* ó en los entierros.

La indolencia, la pereza Paraguaya, estaba perfectamente revelada en el modo con que maniobraban sus tropas.

El ejercicio duró hasta caer la tarde.

Lo presenciarnos todo, y en seguida regresamos á casa.

Mi espíritu estaba completamente abatido.

Hombre jóven, educado en medio de la completa libertad que sonreía á mi Patria; hijo de un pueblo, que, sean cuales sean los defectos que como tal pueda tener, y sujeto cual todos á la falibilidad humana, tenia empero, absoluta conciencia de sus derechos y prerogativas: amantado en una sociedad culta é ilustrada: acostumbrado al movimiento y á la agitacion que nos son jeniales, la fisonomía jeneral del Paraguay, su modo de ser moral, su opresion, el estado de sus costumbres, los caprichos y escentricidades de los gobernantes, todo, todo ese conjunto singular y estrafalarío, á que se mezclaban la farsa y la barbarie, producía en mi espíritu una impresion de tristeza y dolor, de que no podia emanciparme. . . .

XI.

La puerta de la sala principal de la casa del señor Ramírez, que habitábamos, como la mayor parte de las de la *Asuncion*, daba á la calle.

Con el excesivo calor, teníamosla abierta.

Serian como las ocho de la noche, cuando vimos detener á la puerta varios jinetes.

Era el General Lopez con sus Edecanes.

Saludaron todos con respeto; pero, instintivamente, las personas residentes en el Paraguay que se hallaban en la

sala, se fueron eclipsando, retirándose unos, y entrando otros á las piezas interiores.

Al fin nos quedamos solos: mi compañera, el General y yo.

Venia vestido de particular: su ropa toda, parecia apenas salida de los talleres de Blanc, Laurant Richard, ó Dussotois de Paris: el General estaba elegante, y llevaba su traje con desenvoltura y con cierta coquetería, que demostraba que no era ajeno á los cuidados del *toilette*.

Las dimensiones del pié y de la mano, eran microscópicas: cualquier mujer linda, no desdeñaría el uno ni la otra.

Su conversacion durante la visita, que duró cerca de una hora, fué amena y entretenida.

Habló de todo: de su viaje á Europa: de Paris y sus encantos, de Suiza y sus grandiosos panoramas: de Roma y sus tradicionales monumentos: de *Baden*, y las emociones que allí se experimentan sobre la mesa de juego: de la República Arjentina, y la division de sus Provincias: del Brasil, y sus tendencias absorventes, y de las damas de Buenos Aires, que decia ser *las mas lindas que jamás hubiese visto*.

Como Lopez hablaba con una Arjentina, podia tomarse su juicio como un fino cumplimiento del Paraguay, para con ella.

—Hay una familia, sobre todo—continuó el General—á la que debo muy esquisitas atenciones.

—¿Recuerda Vd. su nombre?

—Si señora: es la del señor D. Juan Castex. Cuando yo iba á Buenos Aires, para de allí seguir á Europa, pasamos por el Puerto de *Campaña*, donde nos vimos obligados á demorarnos con el Doctor Gelly, que me servía de Mentor. El señor Castex nos condujo á su estancia: nos dió allí alojamiento, y durante las pocas horas

que pasamos bajo el techo de su familia, recibí atenciones y en particular de la señora Albina, que jamás olvidaré.

—Es cierto: la hospitalidad es muy jeneral entre las Arjentinias: creo que aquí sucede lo mismo.

—¿Ha conocido Vd. ya algunas familias Paraguayas?

—Una solamente: la del señor Jovellanos.

—Mi madre y mis hermanas han de tener el gusto de pasar á saludar á Vd. Si Vd. no tiene inconveniente—continuó, dirijiéndose á mí—le espero á Vd. mañana para que tomemos el té juntos.

—Con el mayor placer, General.

Estuvo algunos instantes mas, y despues de mil ofrecimientos, se despidió, y se fué.

Los ayudantes habian quedado en la puerta esperándolo como sirvientes. Uno de ellos tenia el caballo de la rienda: para que montase, le tuvo el estribo!

Y aquel era todo un Coronel de la República!

Verdad es que años despues, al hallarme en el Palacio de *San José*, ví tambien que un Coronel—Arjentino por desgracia—con el *kepi* en la mano, le abria la portezuela del carruaje al General Urquiza, ni mas ni menos que el lacayo con librea que desempeña ese oficio, en el del Presidente Sarmiento.

CAPITULO X.

LA VISITA DEL GENERAL LOPEZ Á MI CASA, Y LA MIA Á LA SUYA—SU ALOJAMIENTO—VIDA FRANCESA—CONVERSACION ÍNTIMA—DIFÍCIL POSICION—EL JUICIO DE LOPEZ SOBRE BUENOS AIRES Y SUS INSTITUCIONES—PREGUNTA SOBRE NUESTROS PÚBLICOS—ENOJO DEL VIEJO LOPEZ CONMIGO—PROGRAMA ANTICIPADO DEL GOBIERNO DE FRANCISCO SOLANO—RESOLUCIONES CUMPLIDAS.

I.

En todo pueblo cuyos destinos penden de la voluntad de un hombre que gobierna por sí y ante sí, y á nombre de una irresponsabilidad garantizada por la postracion á que llegan las Naciones que, cobardes se someten al imperio brutal de una tiranía, cada jesto, cada palabra, cada movimiento, cada cortesía de uno de esos potentados, se estudia y comenta en los hogares, con desfallecimiento ó con esperanza.

¡Qué espantosa situacion para una sociedad!

El hombre que ha merecido un saludo, una distincion cualquiera del despóta, ya se crée garantido.

Por el contrario, el que no ha gozado de la divina gracia, vive con la espada de Damócles sobre su cabeza: el

temor, la duda, la desconfianza, lo abaten completamente.

A este respecto, el Paraguay estaba en peores condiciones que cualquier otro pueblo del Universo.

En Rusia, por ejemplo, donde el Cesarismo es una personalidad omnipotente, la voluntad del Czar se hace sentir mas sobre la entidad colectiva del pueblo, que sobre la personalidad aislada del individuo.

En la *Asuncion*, era la contrario.

La vida del pueblo, completamente resignado á su destino, era pasiva; y, si en su conjunto colectivo, creía que como los antiguos héroes Griegos, *era inútil luchar contra ese destino* porque era una lucha sin esperanza, los hombres aisladamente vivian seducidos por la ilusion de merecer un favor, una atencion de Lopez y sus hijos, en cuyas manos estaba la suerte de la República, como la de todos los que en ella habitaban.

De aquí la importancia que mis compatriotas atribuian á la visita que me acababa de hacer el General.

En Francia mismo, aun en los momentos en que Napoleon parecia obstinado en no romper con la tradicion escrita en las *barricadas* de Paris con la sangre de las víctimas del *dos de Diciembre*, la visita personal del monarca á cualquier individuo, no pasaba de un accidente, que podia servir de tema para la noticia de un cronista de diario: aparte de esa novedad del *can-can* cotidiano, nadie se preocupaba de la cosa.

¡Cuán distinto era lo que pasaba en el Paraguay!

La visita del General á una persona cualquiera, se consideraba como un acontecimiento, y como tal fué juzgada la que, Francisco Solano me acababa de hacer á mí.

Durante toda la noche, mis compatriotas, mis compañeros de viaje y amigos, no se ocuparon de otra cosa.

Cuando les dije que me habia invitado á tomar el té al

dia siguiente, uno de ellos, concedor del terreno que pisaba, me dijo al oído:

—Ahora está Vd. en aptitud de hacer con estos hombres *lo que quiera*. Aun cuando el diario oficial le haya atacado á Vd. rudamente, no crea que el General haria nada de eso, sin el consentimiento espreso de su padre, el Presidente: *Aproveche, y no sea tonto*.

—No he venido con ese objeto al Paraguay.

—Nada de escrúpulos paisano: ya sabe Vd. el adajio aquel de que, *bueno es un pan con un bocado*.

—¿Programa para mañana?—preguntó Cassaffousth, que á fuer de buen viajero, sabia la profunda verdad que encierra el dicho de los ingleses: *time is money*.

—Soy de opinion que no resolvamos esta noche—dije—mañana tenemos tiempo.

—Como Vd. disponga: *á tout seigneur, tout honneur*, contestó Calvo.

II.

El dia siguiente amaneció lloviendo.

La cosa parecia que no era frecuente en la estacion, á juzgar por lo que me dijeron los amigos que, desde muy temprano, nos honraban con su presencia.

Durante todo el dia lo pasamos recibiendo presentes de las señoras Paraguayas, y las visitas de algunas de ellas.

Una cosa llamó desde luego mi atencion: el ódio profundo y aun rencoroso que todas esas señoras revelaban tener á Madama Lynch: su hermoso fisico, su fina educacion, la distincion de sus modales, su elegancia, nada, nada les importaba: era el rol que desempeñaba en la Asuncion, lo que parecia mortificarlas, desespearlas, y hasta humillarlas!

—Es una malvada—decía una de ellas, de la familia de Gil, si la memoria no me es ingrata—Como nosotras la despreciamos, ella trata de vengarse, haciendo que Pancho (el General) nos humille en todo lo que puede. Si esta mujer permanece aquí, despues de la muerte del Presidente, seremos muy desgraciadas. . . .

La jóven Paraguaya pronunció estas palabras con un acento de amargura, al que no faltaba la vibracion del enojo de que parecia poseida.

Casi todas las otras se espresaban en el mismo sentido con entera libertad é independencia.

El jóven Soler me llamó, y visiblemente impresionado, me dijo:

—Trate, paisano, de cortar esta conversacion. Aun cuando al parecer estamos solos, dentro de un momento, el General ó la Inglesa *sabrán todo* cuanto han estado ustedes conversando.

—Pero hombre! A no ser que alguno de ustedes sea un espía!

—¿Olvida Vd. los criados que le sirven?

—Y bien?

—¿Olvida Vd. que fué el General quien le aconsejó que se alojase aquí?

—No.

—¿Olvida Vd. que cuando entró á esta casa, encontró en ella los tres sirvientes que hay en ella?

—Ya lo sé.

—Pues bien, mi amigo: vea Vd. lo que habla y conversa ni aun en los momentos en que crea estar completamente solo con la señora: sea parco: no apoye nada, nada, absolutamente nada de lo que se le diga contra las personas de la familia de Lopez, y mucho menos todavia, contra Elisa Lynch.

Comprendo lo que debe mortificarle este modo de ser;

pero, ¿qué quiere Vd.? Desde que ha venido al Paraguay, es preciso amoldarse al estado en que vivimos. De lo contrario, puede Vd. verse espuesto á muy sérios desagrados....

Soler estaba realmente impresionado.

Conociase sin dificultad que ese jóven, de escelentes prendas, temia que la libertad con que algunas damas Paraguayas—una de ellas de su propia familia—se habían espresado acerca de la concubina de Lopez, pudiese irritar á uno y otra, viéndome envuelto yo tambien en las consecuencias funestas del furor Draconiano de ambos personajes.

Pero ¿cómo, ni con qué pretesto honorable, cortaba yo la conversacion?

Cuando volví á la *rueda* de las señoras, ellas continuaban.

El fuego, lejos de haberse debilitado un tanto, seguia mas récio que nunca.

Solo una de las niñas Paraguayas que allí estaban, guardaba profundo silencio sobre las condiciones que se atribuian á Elisa Lynch: era una señorita llamada Pancha Garmendia, uno de los tipos mas encantadores de mujer, que jamás haya encontrado en mi camino, y de la que, tendré ocasion de hablar mas adelante.

Por fin se calmó la tormenta femenina: serenóse un tanto el tiempo, y el huracan que se habia desencadenado sobre la esbelta cabeza de la gallarda Inglesa, se disipó al soplo de una conversacion jeneral, en que las señoras se contrajeron, principalmente, á ocuparse de *trapos*.

Yo habia convidado á comer ese dia á todos mis compañeros de viaje, y á varias otras personas de la Asuncion.

Cateura me dijo con noble franqueza, que despues de la conversacion sobre la Inglesa, no se atrevia á quedar:

que estaba muerto de miedo, temiendo las consecuencias de los juicios emitidos en mi casa, con tanta libertad.

—Y ¿tú qué puedes temer?—le pregunté—¿Has dicho, por ventura, alguna palabra?

—Precisamente ese será mi crimen: el General no me perdonará *que no haya defendido* á su querida de las violentas imputaciones que le han sido hechas.

Con estas palabras y con las de Soler, me senté á la mesa, mas preocupado que festivo.

Al fin cayó la noche.

III.

Eran las ocho en punto, cuando yo me hacia anunciar en casa de S. E. el señor Ministro de la Guerra, General D. Francisco Solano Lopez.

Ocupaba ésta una esquina de la Plaza en que estaba el Mercado: su aspecto diferia de las demas casas de la ciudad: era baja: construccion moderna, y al parecer, bastante espaciosa. Recuerdo perfectamente que, á la sazón, se hallaba pintada de amarillo.

El primero que salió á mi encuentro, fué el Edecan Yedros, jóven de maneras dulces y de simpático aspecto.

—¿Está visible el General?

—Si señor: lo esperaba: *anunciaré, pues.*

Se me dió entrada á un gran salon.

En cualquier barrio aristocrático de Paris, estaria bien aquella pieza, por los muebles que la adornaban, y si estos no se distinguian por la sencillez de su gusto, brillaban, cuando menos, por la riqueza de su aspecto.

Entre la sala del General y la dé Elisa Lynch, habia sus puntos de contacto, notándose, en esos pequeños detalles que contribuyen á un hermoso conjunto, la misma coquetería en una, que en otra.

Diríase que una de las dos personas, él ó ella, habian precidido el arreglo de ambas salas, y sin que fuese preciso una profunda penetracion, yo me incliné á créer que *ella* habia sido la *Directora*.

Como en su casa, en el salon del General lucíanse muebles dorados, cortinas de seda, estantes y *chiffoniers de boul*, grandes espejos, regulares pinturas, bronce y porcelanas, y en fin, todo lo que constituye el menaje—si me es dado valer de la palabra—de una habitacion en que mora un hombre que ha viajado, y ha podido *saborear* las comodidades y encantos materiales de una existencia, que no es por cierto la que se desliza en medio de las selvas vírjenes, y de las risueñas colinas del Paraguay.

Apenas tuve que esperar un par de minutos, pues el General Lopez vino á mi encuentro inmediatamente que le anunciaron mi visita.

Vestia de particular, y como el dia anterior, llamó nuevamente mi atencion la elegancia de su ropa, y mas que eso, la soltura con que la llevaba.

Ya se sabe que no basta ponerse una levita ó un pantalon hecho por Laurant Richard ó Blanc en Paris, por Bossi ó Gaumy en Buenos Aires, para que la maestría del *corte* ó la perfeccion del trabajo dén, al'que lo lleve, un *aire* de distincion ó elegancia.

Si la *forma* no se presta, vana será la nombradía del taller en que la ropa que ostente haya sido hecha, por aquello de que, “aunque la mona se vista de seda, mona “se queda.”

En Lopez no sucedia esto.

Su cuerpo era bien repártido y el talle, sin ser fino, proporcionado á su estatura. El conjunto era distinguido.

Así que entró al salon, vino á mí, y tendiéndome la mano con efusion, me dijo:

—¿Me podrá Vd. consagrar la noche?

—Con el mayor placer, General.

—Bien! bien! En ese caso vamos á *charlar* bastante.

Yo desconocí completamente á Francisco Solano.

Aunque las dos veces que con él estuve antes le noté atento, ahora le veía al parecer alegre, y sobre todo, jovial.

En ese terreno de expansiones de carácter, de arranques de franqueza, y de sincera cordialidad aun para con personas que encuentro en mi camino por vez primera, no conozco ninguno que me aventaje.

Hay hombres que hacen un estudio espectral para ser *secos* y *sérios*, creyendo que con esa ostentacion exterior, y casi siempre ficticia y simulada, adquieren un aire de *gravedad* sin el cual suponen que no podrán llegar á ser jamás, ni Diputados Provinciales!

Respeto en cada uno esa seriedad, algo emparentada con la del *burro*; pero prefiero los hombres francos, abiertos, expansivos y que dan á su carácter la elasticidad que tiene, sin someterlo al tormento de comprimirlo ó avasallarlo en aras de la idea de hacerse los *graves*!

A la franqueza con que parecia quererme tratar esa noche el General Lopez, me dispuse, desde el primer momento, á corresponder con lo que es habitual en mi carácter; así es, que, sin vacilar, contesté á la invitacion que acababa de hacerme:

—Para mí será un placer que *charlemos*, como Vd. me dice, señor General, aun cuando temo que mi conversacion no pueda ofrecer á Vd. interés alguno.

—No hagamos modestia, señor periodista. Vea Vd. lo que son las cosas: yo creo, por el contrario, que esta conversacion ha de ser agradable para ambos. Una cosa le pido: sinceridad. En cambio, yo se la ofrezco desde ya.

Cada vez estaba yo mas asombrado del lenguaje del

General. No sé si era, ó ha sido fuerte en el arte del *finjimiento*, que Scipion el Africano decia solo pertenecer á las mujeres; pero en aquel momento; el General Lopez me parecia naturalmente expansivo: al hablarme, como lo hacia, diríase que éramos antiguos *conocidos*, viejos amigos, camaradas largo tiempo cobijados bajo el cielo de una confianza, mútua, recíproca é ilimitada.

¿Por qué negarlo?

Una parte de la tristeza y de la pena que me estaba produciendo todo cuanto veía, observaba, y conocia en la Asuncion, se debilitó, en parte, al verme tratado con esa intimidad, que, admitiéndola, no sabia empero, á que atribuir.

El General continuó:

—Con franqueza señor V. . . . ¿qué le habian dicho á Vd. de mí?

—El señor Découd, que era Vd. un cumplido caballero, y que su relacion me seria muy agradable.

—Ese juicio no me importa: Découd no ha de decir jamás otra cosa.

—Don Lorenzo Torres y D. Nicolás Calvo, confirmaban plenamente ese juicio.

—Esos son dos amigos: su juicio le ha podido parecer á Vd. apasionado. Algun otro le ha de haber hablado á Vd. de *nosotros*.

—Seré franco: por lo jeneral yo no me he ocupado ni del Paraguay, ni de sus cosas: mi viaje fué resuelto precipitadamente, así es que casi no he tenido ocasion de hablar *particularmente* con nadie sobre el Paraguay. El señor Hopkins, sin embargo, algo me conversó.

—Veámos! veámos! ¿Qué le dijo el *yankce*?

—No fué del todo propicio, ni al Presidente, ni á Vd., ni al sistema político de este pais. Me dijo, que jamás se

perdonaria el tiempo que habia perdido en un pais de bárbaros como éste.

Lopez se sonrió, y con un acento de indiferencia exclamó:

—Pobre loco! Así son todas las cosas: si algun hombre debiera sernos grato, es precisamente Hopkins.

Hubo dulzura y mansedumbre en el modo de decir estas palabras.

Continuó:

—Y Vd. ¿qué idea ha formado del Paraguay?

Hago juez al lector—á quien prevengo que estoy reproduciendo aquella conversacion *casi testualmente*, como lo probaré mas adelante con una cita de nombres propios—de la posicion en que la pregunta me colocaba.

El *sistema* Paraguayo me era conocido.

Los descendientes de Francia, sin la necesidad de la declaracion de un Concilio, como el que en Roma acaba de cometer el atentado contra Dios, declarando la infalibilidad del Santo Padre Pio IX, es decir, pretendiendo crear sobre la tierra—de un hombre igual á todos los demas por su orijen, por el término fatal á que como el último de los vulgares está sujeto—otro potentado Divino investido de una prerogativa que solo tiene su trono en el Cielo, se creían tambien *infalibles*.

La contradiccion, la discusion, la facultad de apreciar los hechos, los hombres y los acontecimientos, bajo un prisma distinto, eran cosas completamente desconocidas en el Paraguay.

La voluntad de un Lopez, era ley: sus caprichos, sentencias: sus simples jestos, órdenes severas.

Sí yo le decia al General lo que en conciencia pensaba sobre la situacion de su Patria, ¿me seguiria tratando con aquella especie de franqueza, bajo cuyos auspicios iniciamos la conversacion?

Por otra parte ¿cómo traicionar tampoco, ni mis ideas, ni mis pensamientos, ni mi juicio hartamente formado ya, ni aun las inspiraciones de mi propia conciencia?

Al principio, traté de evadir la cuestión; pero Lopez me fué estrechando; hasta que me obligó á entrar en el terreno, á que visiblemente queria llevarme.

A su pregunta contesté:

—Dos dias no es el tiempo suficiente para poder juzgar un pais.

—No olvide Vd. que me ha prometido ser franco.

—Pero es que Vd. me hace una pregunta, cuya contestacion no puedo olvidar tampoco que la dirijo á una parte *interesada*.

—Es precisamente por eso que yo tengo interés en que Vd. se esprima libremente conmigo: ó ¿nos creerá Vd. tan malos como para que le cortemos la cabeza, si me dice algo que pueda serme desagradable?

—No tanto; pero me lastimaria corresponder á la franqueza con que Vd. acaba de recibirme, usando de otra, que desearia evitar....

—Así me gusta: eso mismo ya es un juicio. Hable Vd. hable con franqueza, amigo mio: hable que todavia hemos de ser muy buenos amigos.

—Y bien, General: yo pienso que un pais tan lindo, de tan espléndida naturaleza, dotado de tantísimos elementos para ser feliz, podia ser mas libre, y ofrecer mayores atractivos á la inmigracion extranjera.

—Mas libre! ¿Qué entiende Vd. por libertad? ¿La que ustedes tienen en Buenos Aires? ¿La libertad de insultarse por la prensa, de matarse en los comicios por elejirse Diputados, de mantener dividida la Nacion, de hacer cada uno lo que se le antoja, sin respetar á nadie?

—Veo que Vd. no conoce mucho nuestro modo de ser. De lo contrario, ¿cómo diria Vd. que en Buenos Aires no

se respeta á nadie? Y su Gobierno? Y el respeto que el pueblo le tiene? Esa libertad de la prensa, esos tumultos en los comicios, son precisamente el síntoma de la virilidad del pueblo, y solo por ella, la Inglaterra y los Estados Unidos—naciones que tomamos por modelo—han llegado al grado de grandeza que hoy tienen. En cambio, vea Vd. General, lo que pasa en Rusia.

--Y la Francia? ¿Créerán ustedes que su Gobernador Alsina, tiene mas talento que el Emperador Napoleon?

—No lo pretendemos; pero preferimos, cien veces, vivir bajo el réjimen de su Gobierno, por modesto que sea, y no bajo el que ha impuesto á la Francia el Presidente de la República, que se proclamó Emperador.

—Se engaña Vd., mi amigo: Vd. no conoce la Francia: allí los *demagogos* no tienen la libertad de prensa de que ustedes blasonan: allí no se matan en los dias de elecciones: allí no se tiene el derecho, en el Parlamento, de ultrajar á los que gobiernan, y sin embargo, ese pueblo, que está muy contento de su suerte, es mucho mas feliz que ustedes, que viven constantemente en la anarquía y la licencia. Si Rosas no hubiese sido un tirano sanguiinario, su gobierno, fuerte, es el que les habria convenido á ustedes.

--No me ha de convencer Vd. de eso jamás, señor General.

—Se engaña Vd.—con el tiempo se ha de convencer Vd. de que, esta paz que nosotros disfrutamos aquí, es preferible á la famosa libertad de los hombres de Buenos Aires.

—Yo desearia, señor, que doblásemos la hoja: mi posición no es ventajosa.

—¿Por qué me lo dice Vd.? ¿Crée Vd. que no le escucho con placer? Se equivoca: á mí tambien me place discutir!!....

—Lo creo: pero colocados en polos opuestos, no es fácil que podamos entendernos.

—Discutiendo los hombres se entienden, amigo mio. Yo podré tener ideas completamente equivocadas respecto á las cosas y los hombres Arjentinos; pero ¿no las tienen ustedes tambien respecto á nuestras cosas, y á nuestros hombres?

No hace muchos dias que la misma *Tribuna* ha lanzado graves acusaciones contra el Gobierno de la República, por tener monopolizada la yerba. Entre tanto, la Francia y el Portugal tienen monopolizado el tabaco.

—Un abuso, un atentado contra la libertad, no justifica otro.

—¿Qué quiere Vd. que tomemos? Tengo un Jerez excelente, que me ha mandado últimamente de Inglaterra el señor Blight.

—Lo probaré con gusto.

El General se levantó: tocó la campanilla, y frotándose las manos despues con alegría, continuó:

—Sí mi amigo: son ustedes muy injustos con el Paraguay, y si alguno debia serlo menos que nadie, es Vd.

—No comprendo.

—¿Ignora Vd. que su ilustre padre, á quien el mio respetaba muchísimo, era uno de nuestros buenos amigos?

—Sé que en medio de su incesante propaganda contra Rosas, trataba en las columnas del *Comercio del Plata* de convencer al Presidente Lopez, del deber en que estaba de contribuir á dar en tierra con el opresor de una República hermana.

—Mas que eso: S. E. el Presidente tiene cartas particulares del Doctor Varela, que le harian comprender á Vd. hasta qué punto le dispensaba consideraciones.

—Me seria gratisimo ver esas cartas. . . .

Lopez se mordió los labios, y tomó una espresion que súbitamente me lo reveló bajo otra faz; y con suma viveza me interrumpió:

—¿Dudaría Vd. de lo que le digo?

A mí tambien me dió rabia el tono con que me hizo la pregunta, y resuelto, quizá imprudentemente, á no seguir haciendo alarde de tanta complacencia, repliqué:

—Y ¿quién le ha dado á Vd. derecho, General, para suponer semejante cosa? Repito á Vd. que tendría placer en ver esas cartas. Creí que no se ocultaría á Vd. el sentimiento que me inspiraba ese deseo.

Con otro tono muy diferente ya:

—Yo tambien me haria un placer en mostrárselas; pero para ello seria necesario que Vd. viese á mi padre.

—Y ¿no podré tener ese honor?

—Ya le dije á Vd. que esta noche hemos de *charlar* con franqueza. Pues bien: diré á Vd. que si no le he ofrecido ya presentarlo á mi señor padre, es porque *éste se ha negado terminantemente á verlo á Vd.*

—Lo siento mucho.

—Está muy irritado contra *La Tribuna*.

—Me ha parecido verlo en el artículo del *Semanario*, publicado el dia de mi llegada.

En ese momento entró el Edecan Yedros, seguido de un criado vestido todo de negro y guante de hilo blanco, trayendo una bandeja con varias copas y dos botellas.

Yedros colocó la bandeja en la mesa del centro: hizo una reverencia y se retiró: el criado fué tras de él.

—Usted debe ser *amateur*—me dijo Lopez sirviendo el vino—pruebe Vd. á ver qué le parece mi *jerezano*.

Aunque hubiese sido una droga peor que el *Leroy*, declaro que le habria dicho que era un néctar tan delicioso como el vino de *Falerno*, con que se embriagaban las mujeres Romanas de remotos tiempos.

—Es riquísimo le dije: se deja beber.

—Beberemos, pues. Que esta primer copa sea por la mujer que mas amemos los dos.

—Sea, General!

Mi asombro iba saliendo de punto, al ver la *franchela* de López.

—Eso si tienen ustedes encantador, mi amigo.

—El qué, General?

—Las mujeres!.. Allí son divinas. Yo no he visto en parte alguna tipos mas *tentadores*.

—No lo ha probado Vd.

—Por qué? otra copita.

—Venga: porque Vd. ha cruzado por allí sin haber dado pruebas de ese entusiasmo.

—No estuve sinó pocos dias. Además, no tengo vocacion por el matrimonio.

Ya lo creo.

Desde la época de Francia, el matrimonio, lejos de ser considerado en el Paraguay, como un dulce tributo que el hombre paga á las esperanzas de su porvenir, y de su dicha futura, era combatido y considerado mas bien como un acto de la abdicacion de su independenciam, y de la debilidad de su carácter.

El General continuó:

—En el Rio de la Plata, ustedes se casan muy jóvenes.

—Si señor. Para cometer el *suicidio*, creo que la primer edad es la mejor: de ese modo, al que lo comete le queda siempre el recurso de decir, *que no sabia lo que hizo*.

—Por eso, lo mejor de los dados es no jugarlos.

—Si Vd. viviése en Buenos Aires no pensaria así.

—Quizá. ¿Fuma Vd.?

—Y mucho, General.

—¿Por qué no me lo habia dicho? Le daré un buen *Imperial*.

Noté á Lopez todavía mas animado.

Volvió á tocar la campanilla: apareció el mismo criado: le dijo algunas palabras en *guaraní*, y empezó de nuevo su conversacion:

—¿Tiene Vd. deseo de conocer el interior del país?

—Me seria muy agradable, General; pero ni he de tener tiempo material, ni los medios de transporte me permitirian ir muy lejos.

—¿No es Vd. de á caballo?

—Muy al contrario.

—En ese caso, puede Vd. ir hasta la Colonia de la *Nueva Burdeos*. Se vá por el rio: el viaje es pintoresco: pondré á disposicion de Vd. el vapor *Rio Blanco*, y puede Vd. hacer un *trip* agradable, con sus amigos, y personas que desée invitar.

—Acepto con el mayor placer, señor: tenia tambien deseos de visitar la Colonia *Nueva Burdeos*.

—En la cual le habrán dicho á Vd., probablemente, que matamos de hambre á los Colonos. ¿No es verdad?

—No General: no he cambiado una solã palabra con nadie sobre dicha Colonia.

—En ese caso, Vd. mismo será el mejor juez. ¿Ha estado Vd. en Europa?

—Siendo muy niño, acompañé á mi padre, cuando el Gobierno Oriental le mandó en una mision cerca de las Córtes de Paris y Lóndres. Desde entónces no he vuelto. Lo deseo ardientemente.

—Y no se arrepentirá Vd. mi amigo. Aquella es otra vida: allí hace uno lo que se le antoja sin tener que dar cuenta á nadie, de sus acciones, y sin estar espuesto á las críticas y murmuraciones de los pueblos chicos, que son como las aldeas.

Lo adiviné y comprendí á Lopez: esta alusion no me parecia dudosa: era la esplosion de su cólera, despechado

por la resistencia que algunas señoras Paraguayas oponían á tratarse con Madama Lynch.

—Y viajó Vd. mucho, General?

—Bastante: permanecí en Europa dos años; he visitado la mayor parte de la Francia, la Inglaterra, la Alemania, la Italia, la Suiza y algo de la España.

—Yo espero hacerlo así que me sea posible.

—Tambien yo volveria de mil amores; pero eso ya no ha de suceder. . . .

—Y por qué, General?

—Por qué? Se lo diré á Vd. mi amigo, con todo franqueza: quizá Vd. se sorprenda de mis palabras; pero este es un pensamiento fijo en mí. Tome Vd. otro poco de jerez.

Me sirvió.

Yo me considero bastante fuerte para beber.

No me pareció que el General tenia la misma fortaleza, pues con las tres copas de su delicioso vino—lo era en realidad—tomadas ya, me pareció que se habia puesto un tanto *espiritualizado*, dando á sus sentidos esa especie de alegría deliciosa que en ciertos instantes de la vida, nos hace romper con su monotonía ordinaria para levantarnos á un mundo color de rosa.

—¿Sabe Vd. por qué yo no podré volver á Europa?—continuó el General Francisco Solano Lopez—porque mi suerte está completamente ligada á la de mi pueblo. Mi señor padre está viejo: padece una enfermedad crónica que, á mas de lo avanzado de su edad, ha de precipitar su muerte. Su voluntad y la de mis compatriotas, es que yo le reemplaze en el mando. Ese dia yo haré, lo que no ha querido hacer él, apesar de mis consejos. Yo sé que el Brasil, y ustedes los arjentinos, codician al Paraguay. Aquí tenemos elementos suficientes para resistirlos á ambos; pero yo no he de esperar que ustedes me traigan

el ataque: *he de ser yo quien se los lleve*. Al efecto, con el primer pretexto que me dén, *declararé la guerra al Imperio y á las dos Repúblicas del Plata, que, si viven constantemente recelando las unas del otro, se habian de unir para combatirme*.

—No me parece, General, que Vd. hace justicia á los sentimientos de mis compatriotas. Actualmente no existe un solo hombre público en el Rio de la Plata, de los que por su talento, por su influencia ó la severidad de sus opiniones, puede ejercer influencia, que piense, ni remotamente, en la conquista del Paraguay, y mucho menos en aliarse al Brasil para traer á ustedes la guerra.

—Es Vd. muy jóven todavía, mi amigo. Yo tampoco soy viejo; pero yo estoy en posesion de secretos, que Vd. ignora completamente: yo no podré afianzar la independencia y la seguridad del Paraguay, sin abatir, antes, la preponderancia del Imperio y de las Repúblicas del Plata. Para cuando llegue el caso, nos *empezamos á preparar...*

IV.

Forzosamente necesito aquí hacer un paréntesis á la conversacion tenida esa noche con Lopez, y que, creásemes; estoy reproduciendo con la mayor fidelidad; para constatar un hecho, que, reputado entónces como una *Gascnada* del hijo de Carlos Antonio Lopez, puede, sin embargo, ser tomado hoy como el *programa de Gobierno* que tenia preconcebido desde el instante en que sucedió á su padre.

Francisco Solano Lopez era un hombre, afable cuando queria; pero en quien no era difícil descubrir, estudiando un poco su carácter, una voluntad de fierro; y un hombre de convicciones arraigadas.

Considerándolo así, cuando me reveló su pensamiento, con relacion á lo que haría una vez que fuese Presidente del Paraguay, yo me sentí vivamente impresionado, tomando sus palabras, no como una *quijotada*, sino como una *sentencia* que debía pesar en el porvenir de estos países.

Para fortuna mia, tengo como probar aquí la impresion que esas palabras me produjeron, y la importancia que, á pesar de mis pocos años, les dí desde entonces.

Pocas semanas despues de mi regreso del Paraguay, yo pasaba por la calle del Perú, donde el honorable señor D. Hilarion Medrano, Contador hoy del Gobierno de la Provincia, tenia un *Registro*.

Varios amigos, y entre ellos D. Martin de Gainza, actual Ministro de la Guerra, conversaban allí.

Al pasar, me llamaron y entré.

No sé con qué motivo, rodó la conversacion, sobre mi reciente viaje á la *Asuncion*.

Entónces referí, muchos años antes de la muerte de D. Carlos Antonio Lopez, y por consiguiente, de la tremenda guerra que apenas acaba de concluirse, todo cuanto el General me habia dicho respecto á sus planes futuros, y á la resolucion que tenia, una vez que fuese el árbitro de los destinos de su Patria, *de buscar camorra al Brasil, á la República Argentina y á la Oriental.*

Algunos de los presentes se mofaron—como parecia natural debia suceder—de la *baladronada* de Lopez; pero no así Gainza, quien tengo muy presente, nos dijo:

—A mí no me sorprendé lo que dice nuestro amigo. Yo he conocido á Lopez siendo muy muchacho todavia, cuando vino con el ejército Paraguayo á Corrientes, y por el estudio que entónces pude hacer de su carácter soberbio y altanero, creo *firmemente*, que si llega á ser Presi

dente de su Patria, á la muerte del padre, *ha de hacer lo que ha dicho.*

• Infinidad de otros amigos *en la misma época*—entre ellos el venerable Doctor D. Valentin Alsina—y muchos otros *despues*, y entre ellos, el digno Arjentino Bartolomé Mitre, me han oido referir la conversacion de Lopez, que, si para algunos pudo ser tomada como el farsaico desahogo de un petulante engreido con su posicion, para mí fué siempre—como lo dije en *La Tribuna* de entónces—una *sentencia*, ó un *pronóstico* que *habia de cumplirse*. Así ha sido!

Si este pobre libro no tuviera importancia de ninguna especie, creo fundadamente, que este simple dato histórico le daria cuando menos, la importancia de una *revelacion* poco conocida hasta hoy.

El juicio tranquilo ó imparcial del historiador—que, como dice Lamernnier, solo debe inspirarse en la verdad—buscará severo y desapasionado, *las causas* que produjeron la tremenda y sangrienta guerra del Paraguay, pero, bajo la influencia de las palabras del que, años despues fué su autor, yo no podré olvidar jamás, que diez años antes que esa guerra estallase, Francisco Solano Lopez me *anunciaba que habia de estallar*, y que esa era una resolucion inquebrantable de sus *futuros propósitos*.

¿A cuántas reflexiones no se presta un hecho semejante?

El pensamiento de hacer la guerra al Imperio y á las Repúblicas del Plata, era un *partis pris* en Lopez.

Así me lo dijo la noche de que me estoy ocupando, y en consonancia con estas intenciones, Lopez, si no pudo entónces—como él mismo me lo confesaba también—hacer que su padre secundase el programa de sus simpatías, consiguió, empero, que se *empezase á preparar*, comprando inmensas cantidades de artículos de guerra,

y remontando su ejército á un pié formidable, dadas las condiciones militares de estos pueblos.

Sin embargo, cuando llegó á Buenos Aires la noticia del atentado cometido por Lopez, en plena paz, contra los vapores Argentinos, nadie creyò aquí, ni que Lopez pudiese tener *reunidos y agrupados ya*, los elementos bélicos de que, en realidad disponia, y mucho menos, que la guerra tuviese la duracion que por desgracia ha tenido.

Muy al contrario: con raras y rarísimas escepciones, todo el pueblo creyó que la campaña solo duraria algunos meses, y es por esto, que ni hoy ni nunca he simpatizado con la propaganda de los que, quieren mantener como una marca de fuego, sobre la frente del General Mitre, las célebres palabras aquellas de: *en tres dias en los cuarteles: en quince dias en campaña: en tres meses en la Asuncion.*

Hay por mi parte un deber de lealtad en consagrar algunos renglones á este hecho, en el que sin pensarlo quizá, jugué un rol importante, y que, por la magnitud que posteriormente se le ha dado, asume ya las proporciones de un acontecimiento histórico.

V.

La República Argentina, es decir, su pueblo y su Gobierno, estaba en una completa paz con el Gobierno y con el pueblo Paraguayo, cuando llegó á Buenos Aires la noticia de que, sin causa, sin provocacion, sin un solo hecho ó motivo, que pudiese, no ya justificar, pero ni aun *cohonestar* el atentado, la flota Paraguaya—muy superior en número—habia cometido un acto cobárde de piratería, asaltando inesperadamente dos pequeños vapores de guerra Argentinos que se hallaban surtos en las

aguas de Corrientes, abordándolos, haciéndolos prisioneros, y llevándoselos á guarecerlos bajo los fuegos de las fortalezas de *Humaitá*.

El ultraje, la ofensa, eran hechos á la bandera Argentina.

Yo pregunto aquí, aun á aquellos mismos que mas severos fueron mas tarde con la República, por el rol que ha desempeñado en el drama sangriento que tuvo por teatro, los bosques y los *Esteros* del Paraguay, ¿qué le quedaba que hacer al Gobierno, ni al pueblo Argentino, en presencia del bofetón que se le aplicaba al rostro, teniendo como testigos del ultraje, á todos los pueblos del mundo?

Sean cuales sean los errores y las faltas que—como toda Nación compuesta de hombres falibles—haya podido cometer la República Argentina, y sobre todo, el partido de la libertad, al que los fundadores de la Independencia cometieron la prosecucion de la obra empezada en la mañana de 1810, una y otro han mostrado, en medio de los huracanes desencadenados sobre la frente del pueblo, que saben hacer respetar la dignidad Nacional.

Herida por la violencia injustificable de Lopez, la Nación, que no habia provocado la guerra, que no tenia por qué provocarla, que tampoco la temia—como lo prueba el completo desarme en que la encontró la sorpresa—recojió, sin embargo, el guante, poniéndose resueltamente de pié desde el primer momento.

Al recibirse la noticia, que cayó aquí como una bomba, un gran pueblo se reunió en la Imprenta de *La Tribuna*.

Allí se acordó, que por la noche, ese pueblo iría á casa del Presidente Mitre, á manifestarle, “cuál era el efecto producido en su ánimo por el avance de Lopez, y el deseo que todos tenian de que el Gobierno Argentino, levantándose á la altura de una tradición, que podia

“invocar sin jactancia ruidosa, pero con lejítimo orgullo, “vengase cuanto antes, la ofensa de que acababa de ser “víctima.”

Así sucedió.

A las ocho de la noche, mas de cinco mil personas, en que se veían confundidos hombres de todas las posiciones sociales, y aun de todos los partidos políticos, precedidos por una banda de música, y en medio de un entusiasmo, sincero y positivo, se dirijieron á casa del Presidente Arjentino.

Lo era el General D. Bartolomé Mitre.

Al sentir que el pueblo se acercaba, se presentó en el dintel de la puerta de su casa particular.

Yivas y aplausos entusiastas, saludaron la aparicion del primer majistrado!

El pueblo me pidió que fuese intérprete de los sentimientos patrióticos que, en aquel momento ajitaban su corazon.

Participando de ellos, no vacilé.

Mis palabras se redujeron á significar al Presidente de la República Arjentina, con fuego; pero sin petulancia, “el deseo que tenia el pueblo de que sus mandatarios, “haciéndose intérpretes del sentimiento popular, no tole- “rasen, en silencio y en la inaccion, la afrenta sangrienta “que acababa de recibir la bandera de la Patria.”

La escitacion era grande.

Los ànimos estaban verdaderamente inflamados.

En medio de aquella atmósfera de fuego, el Presidente tomó la palabra.

¿Qué pedia la gran Asamblea?

Un grito entusiasta que respondiese á las vibraciones de su patriotismo.

¿Qué deseaba?

Una promesa positiva que tranquilzase los escrúpulos de su conciencia lastimada.

El secreto de las proclamas de Napoleon, *estaba en su oportunidad*—dice Cormenin.

El discurso del General Mitre en esa noche, tiene el sello de la *oportunidad*, digan lo que quieran los que mas tarde han querido tomarle cuentas del error de su vaticinio, como si el General Mitre estuviese dotado del poder misterioso de la antigua Sibila de Cumas; que indicó á Eneas el camino de los infiernos; ó como si al hacerse éco de un doble deseo, de su corazon de patriota y de su voluntad de gobernante, hubiese contraído ante su Patria, ante sus conciudadanos, ante la alianza y ante la posteridad, el compromiso fatal de convertir, *en un hecho fatal* tambien, la simple espresion de sus deseos.

Participando de la justa indignacion que dominaba al pueblo en aquellos momentos, el General Mitre, manifestando la esperanza de que aquella demostracion se produjese en *hechos prácticos*, lanzó estas palabras: *en tres dias á los cuarteles; en quince dias en campaña; en tres meses en la Asuncion.*

Pocas veces la palabra de un hombre ha producido mas honda sensacion en el ánimo de su auditorio; mas que entusiasmo, era delirio; pero rara vez tampoco, los vaticinios de un político, recibieron mas completo desengaño ante la fria realidad de los sucesos.

Para juzgar de la importancia de ese juicio, hay, no obstante—si se quiere proceder sin pasion, y con imparcialidad—que tener muy presente, la ocasion, el momento y la circunstancia en que fueron pronunciadas.

Era preciso entonar al pueblo.

Era preciso estimularlo con una esperanza.

Era preciso llevar á su ánimo el reflejo ardiente y apasionado del calor que sentia el gefe de la Nacion,

A ese fin respondian, aquella noche, las palabras de Mitre.

No eran preparadas ni meditadas.

No se decian con la autoridad arrogante de una promesa meditada, medida ó controlada en el silencio del gabinete, y formulada en presencia de hechos inmutables, de cálculos invariables, ni de juicios tan incontrovertibles que pudiesen tener una exactitud matemática: no arrojábanse á flotar sobre la onda popular, como una inspiracion espontánea del momento, como un éco entusiasta de una aspiracion jenerosa, como *una promesa* destinada á enardecer las fibras del corazon Arjentino, y no á ser considerada como la fórmula cabalística de la nueva situacion que la guerra producía.

Cuando la guerra empezó á tomar formas, en que jamás se habia pensado;

Cuando en vez de presentarse á los ojos del pueblo como un simple paseo militar, en que al éco de las dianas del camino, se festejasen victorias fáciles, la guerra levantábase como un fantasma aterrador;

Cuando en vez de ver regresar nuestras lejiones laureadas y triunfantes, recibíamos á cada momento la noticia de la muerte de nuestros compañeros, ó bajábamos silenciosos y tristes á la ribera, á recibir, al éco blando del murmullo de las aguas, sus despojos queridos;

Cuando el entusiasmo de aquella noche se habia ido debilitando, ante los contrastes, ante la nueva conciencia adquirida acerca del poder de Lopez, ante las penalidades de una campaña, tan sangrienta como llena de privaciones;

Cuando los combates se sucedian unos en pos de otros, sin vislumbrar en medio del tremendo incendio, ni los primeros albores de una esperanza que pusiese término á la lucha;

Cuando los años corrían, sin que las lecciones argentinas diezmadas constantemente en medio de la guerra mas colosal que ha presenciado la América Española, regresasen á sus cuarteles, se empezaron á glosar y comentar las palabras del General Mitre, concluyendo por convertirlas en un *mote ridiculo*, solo admitido en el terreno de la farsa y de la chacota.

Hoy como entónces creo que, al hacerlo, no se consultaba ni la equidad, ni la justicia.

Y sinó, yo pregunto: ¿cuántos eran los que, al aceptar la guerra á que Lopez provocó tan injustamente á la República Argentina, no creyeron de buena fé, como Mitre, que esa lucha seria corta y fácil?

Fuese ignorancia completa sobre el poder y los medios de Lopez, sobre la fuerza tremenda que debia prestarle la sumision pasiva de su pueblo—dispuesto por ignorancia ó fanatismo—á ser sacrificado al pié de la bandera enarbolada por su verdugo, fuese que aquí *no se conociese el Paraguay*, el hecho es, que antes del primer combate librado en Corrientes el 25 de Mayo entre Aliados y Paraguayos, nadie sospechó, siquiera, que la contienda podia tener, no ya la duracion que tuvo, pero ni siquiera un lapso de tiempo que con el que duró pudiese relacionarse.

Hubo algunos, sin duda, que no se alucinaron, y entre ellos tengo el derecho de reclamar mi puesto, ya porque mi opinion entónces á este respecto, fué pública tambien; ya porque la misma noche de la manifestacion hecha al Presidente tuve ocasion de repetir, que, lejos de créer que la guerra seria un paseo de *tres meses*, tenia la conviccion de que habia de durar mucho mas.

Me fundaba para pensar así, en las palabras del General Lopez, antes de ser Presidente del Paraguay: en el estudio que de su carácter habia hecho creyéndolo—como

lo dije á mi regreso, y como hechos posteriores lo probaron—un hombre terco, caprichoso, envanecido y de una voluntad de hierro, y mas que todo, quizá, en las condiciones morales de un pueblo, acostumbrado á obedecer ciegamente los mandatos de sus tiranos.

Pero tal no era, ni fué la creencia jeneral, y si los que no tuvieron ocasion, por la humildad de sus posiciones, de hacer público su vaticinio, yo digo—inspirándome en la verdad histórica—que si el General Mitre se alucinó, la Nacion entera se alucinó tambien.

Aunque no haya llegado, todavia en esta obra, la ocasion de hablar de la guerra del Paraguay, á la que me consagrare con preferencia, en su última parte, he creido deber manifestar una opinion franca sobre hechos y apreciaciones, que pertenecen ya al dominio de la historia.

Ahora continuaré ocupándome de mi curiosa é importante conferencia con el General Lopez.

VI.

Cuando este célebre personaje me dijo las palabras de que acabo de ocuparme, eran ya las once de la noche.

Yo quise retirarme; pero él me detuvo diciéndome:

—¿No me ha dicho Vd. que me consagraria toda la noche?

—Si señor.

—Entónces ¿por qué quiere Vd. faltar á su promesa?

—No es ese mi ánimo, General: es que temeria fastidiar á Vd.

—No espere Vd. que le haga *arrumacos*: no es Vd. un hombre que fastidie á nadie. A ver! tomemos otra copa de jerez.

—Con gusto, General.

No habia la menor duda: Lopez estaba en vena.

—¿Le gustan á Vd. las mujeres europeas?—me preguntó tomando cierto aire de buen humor, *pronunciado*.

—En esa cuestion soy completamente cosmopolita: me gustan todas.

—Aquí tenemos una viajera Inglesa distinguida. ¿La ha conocido Vd.?

—Si señor: supongo que Vd. se refiere á Madama Lynch.

—La misma.

—Ayer tuve el placer de conocerla: me ha parecido una mujer bastante distinguida.

—Y de una sólida instruccion.

—Creo lo mismo, aun cuando apenas he conversado con ella pocos momentos: sin embargo, tenia datos para juzgarla de ese modo.

—¿La conoció Vd. en Buenos Aires?

—No señor: en el viaje he tenido ocasion de oír hacer de ella los mas grandes elogios.

—¿No será impertinencia preguntar á Vd. *quién los hacia*.

—A bordo del *Uruguay*, el señor Gutierrez: en *La Paz* un sacerdote francés, y una niña que con él vive allí.

—Cómo! exclamó sorprendido, ó aparentando estarlo—¿se detuvieron ustedes en *La Paz*? ¿Conoció Vd. á Marja y á Granier?

—Si General: tuve esa fortuna.

—¿Estuvo Vd. allí mucho tiempo?

—Todo un dia.

Frunció el ceño.

—Por supuesto que Vd. conversaría estensamente con la linda muchacha?

—Imajínese Vd.!

—¿Le contó la historia de su vida?

—Con una franqueza, de que siempre le estaré grato.

—Sin pedirle á Vd. *reserva* acerca de cuanto le refirió?

—No me la exigió; pero yo comprendí cuál era su voluntad á este respecto. Un caballero creo que debe comprender siempre *ciertas cosas*, sin que se las digan.

—Es Vd. muy galante con las mujeres?

Me pareció que Lopez queria desviar la conversacion, prescindiendo de ocuparse de María.

—No me parece que en esto sea sinó lo que, por lo general, son los hombres bien nacidos.

A partir de ese instante, la conversacion del General Lopez empezó á ser una especie de *mesa revuelta*, en que lo mezclaba y confundia todo, las cosas mas serias con las mas triviales, y las mas insignificantes con las mas graves.

No tengo la intencion de profanar una tumba, lanzando un insulto al que en su fondo duerme el eterno sueño; pero diré sí, en estas pájinas—destinadas á recojer hechos de una autenticidad contemporánea—lo que en aquella época referí á infinidad de personas vivas, aquí y en Europa: á mi juicio, en esa noche, el General se habia emancipado completamente de su gravedad habitual, y sometido, un tanto, al imperio bullicioso del rico *jerezano* que estábamos libando en altas horas de la noche, y en medio de un silencio solo interrumpido en lassombrias soledades de la Asuncion por el alerta de los centinelas, hablaba con una libertad, un abandono y aun con cierta licencia, de que él mismo se arrepintió despues, como lo haré notar mas adelante.

Cuando un hermoso reló que habia en la sala, dió las doce, volví á levantarme.

—¿Qué es eso?—me dijo.

—Voy á retirarme.

—Si está Vd. fastidiado ya

—No es mi ánimo devolver á Vd. su cumplimiento; pero ¿créé Vd. que sea el fastidio lo que me haga levantar?

—¿Y entónces, *señor Porteño?*

—Sé ser prudente en ciertos momentos, General.

—¡Ah *pillastron!* Le comprendo á Vd. Los dos somos jóvenes, y no sé por qué *se me pone* [testual] que aun cuando, *por ahora*, no seámos del todo amigos en política hemos de pensar lo mismo, sobre *ciertas cosas*. Qué diablos! No hay nada en el mundo como las mujeres: aunque no sea muy prudente fiarse de ellas, al fin tenemos que ceder á sus engaños. ¿Qué le parece, mi amigo?

La atmósfera seguía cargándose.

Contesté:

—No podia Vd. dirijirse á un campeon mas ardiente del sexo, porque se perdió *Troya*. Si, General: para mí nada hay en el mundo comparable al amor de una mujer, que concibe la deliciosa idea de hacer feliz á un hombre!

—¿Conoció Vd. al Doctor Gelly?

Vaya una transicion!

—Si señor: tengo ese placer: ha sidò un antiguo amigo de mi padre.

—Me lo ha dicho.

—¿Qué piensa Vd. de él?

—Le profeso el respeto que se merece.

—Si: no tiene sinò un defecto: es muy *camandulero*.

—No puedo juzgarlo.

—No tema amigo: hable Vd. franqueza. Así como yo conozco los defectos de ustedes, conozco los de *los míos*.

—Estoy lejos de ponerlo en duda, General; pero puede Vd. créer lo que le digo. — Del señor Gelly no he oído hablar sinò con amistad y cariño, en el seno de mi familia.

—¿Qué clase de hombre es el Doctor Alsina?

—Creo que no puede haber dos opiniones á su respecto. Si hay en medio de esta agitacion turbulenta de nuestra democracia naciente, y por lo mismo impresionable, un hombre cuya honradez, cuya austeridad de carácter, cuya rectitud y sano patriotismo, no haya dado jamás ni *el pretesto* para la censura y el ataque, ese hombre, es el Doctor Alsina.

La patria, es su culto: la felicidad de los argentinos, su númen: la gloria de la tierra en que nació, el ensueño de sus ilusiones. Si la República Argentina pudiese tener un Catón, ese seria el Doctor Alsina; pues no hay una sola virtud de las que dieron fama póstuma al Prétor de Cerdeña que acabó de someter á los romanos, que no se revelase con lujo en el carácter noble de ese gran ciudadano.

—Sin embargo, ustedes le acusan de una cosa.

—¿Cuál es esa?

—Dicen que no conoce á su país.

—No sé hasta qué punto puede admitirse ese juicio: lo que no conoce el Doctor Alsina es la intriga, la chicana, la mala fé, y por eso fué engañado poco despues de subir al Gobierno. Indudablemente tiene un gran defecto para hombre público: es demasiado bueno: es *casi cándido*.

El General se sirvió otra copa de vino sin ofrecerme á mí.

Yo suplí su falta ú olvido:

Ni por entendido se dió.

Se levantó un momento, y empezó á pasearse en la sala.

En la mesa del centro habia un *álbum* de retratos fotográficos.

Se detuvo: lo abrió: empezó á recorrer sus páginas y de repente me preguntó, mostrándome una tarjeta.

—¿Conoce usted?

—¡Bueno fuera que no!

Era un retrato bastante bueno del General D. Bartolomé Mitre.

—Y *este otro* (testual) ¿qué clase de político le parece á usted?

—Veo, General, que usted me quiere colocar en la situacion de un personaje ridículo que hay en las obras de Fray Gerundio.

—No entiendo.

—Ni mas ni ménos: en una de las viñetas de su *Teatro social*, he visto una que representa un *cabo segundo*, pasando revista á un ejército de *Generales*.

—Y bien!

—La cosa es evidente: pidiéndome usted á mí, jóven todavía, un juicio sobre hombres de la talla de Mitre y Alsina, me coloca usted, General, en la misma condicion del *Cabo* de Fray Gerundio.

—Nada de falsa modestia, mi amigo. Hablemos claro: ¿qué piensa usted sobre Mitre?

—Si usted ha seguido el movimiento político de nuestra patria, habrá observado que Mitre ha sido el hombre mas popular de la nueva época: tribuno, periodista, escritor, historiador, militar, político, hombre de estado, todo ha sido, todo eso es Mitre todavía. En la galería de las celebridades, no ya americanas, pero del mundo entero, no creo que en los tiempos modernos haya muchas que reasuman en sí una generalidad tan variada de condiciones y facultades, de conocimientos y profesiones.

Su actitud en las sesiones de Junio, donde se reveló como orador de convicciones: su patriótica mision en los *Debates* desde cuyas columnas inflamó al pueblo con la chispa conmovedora de su palabra inspirada, y su valor estóico en el campo de batalla, donde recibió con dulce sonrisa un balazo en la frente, han dado á Mitre el mis-

terioso ascendiente que hoy tiene sobre el pueblo, que le estima y respeta á la vez.

—No dudo que Mitre sea un gran escritor; pero dudo mucho que sea al mismo tiempo un militar tan famoso, como ustedes le proclaman.

—Tampoco es esa su verdadera *profesion*. En América sabe usted que no son muchos los San Martín, los Belgrano, los Alvear, los Bolívar, los Lavalle ni los Paz:

—Otros hay que no han metido tanto ruido, y que, llegado el caso, habian de probar que *saben tanto como cualquiera de esos Generales*.

No se necesitaba ser un sabio de la Grecia para comprender que aquel pobre petulante estaba aludiendo á su misma persona.

Conociendo, como mas tarde tuve ocasion, el carácter de Lopez, hoy alimento la persuacion de que él se creía un Federico el Grande, ó un Napoleon, cien veces mas capáz y apto que estos *enanos*, comparados con él, para mandar un ejército y dirigir una guerra.

Lopez, despues de aquellas últimas palabras, se detuvo un instante: me pareció que Morfeo revoloteaba en torno suyo, como una mariposa cuando juguetea al rededor de las flores.

Me levanté para retirarme.

De esta vez ya no me detuvo.

—¿Cuándo nos volveremos á ver? me preguntó.

—En el momento que usted disponga, General.

—Está bien: yo me tomaré la libertad de prevenirle á usted.

—Será un gusto para mí.

—Mis respetos á la señora.

—Gracias, señor.

—Una palabra: ¿desea usted pasear á caballo?

—Me han invitado algunos amigos.

--Bien: yo le mandaré mañana á usted uno de mis caballos: *es un paisano*.

La *confraternidad* que se me ofrecía, no me pareció del todo galante, pero ¿qué hacer?.....

Me despedí y salí.

VII.

He llamado siempre á la primera visita que esa noche hice al General, *una conferencia histórica*, por las francas revelaciones que en un momento de expansior me hizo, dibujándome de una plumada el programa que adoptaría como gobernante del Paraguay, el día que la muerte de su padre lo llevase á la primera magistratura.

Al retirarme de su lado, despues de una conversacion tan caprichosamente variada como la que tuvimos, en medio de libaciones que algun efecto produjeron en el ánimo de Lopez. ¡Cuán distante estaba yo, sin embargo, como lo estaria cualquier otro, de pensar que ese hombre, despues de haber realizado el capricho de que me habló años ántes, declarando la guerra al Imperio y á las dos Repúblicas del Plata, asumiría ante los contemporáneos y ante la magestad severa de la historia, el tremendo rol que desempeñó en la guerra mas colosal de la América española!

Mi entrevista con él me habia impresionado.

Lopez era un tipo.

La pétulancia y el orgullo de su posición, le ofuscaban al extremo de creerse superior á los demas hombres.

Cuando yo le hablaba de Alsina y Mitre, contestando sus interrogaciones, tomaba cierto aire de incredulidad,

que podria irritar, sinó despertase la conmisceracion que inspira siempre uno de estos personajes.

La noche habia sido completa para mí, y sin embargo, un nuevo é inesperado incidente vino á darle mayor encanto.

Era ya la una de la madrugada, cuando salí de casa del General.

Sin que se necesitase una ciencia superior para conocer la topografía de la ciudad, que no tienē muchos puntos de contacto con Lóndres, yo no me habia fijado bien en el camino que llevé cuando fui á casa de Lopez.

Al salir, en vez de tomar la direccion de mi alojamiento, tomé otra.

Despues de haber caminado cuatro ó cinco cuabras, me apercibí, como Héctor de Vacreuse, que hacia *fausse route*, y retrocedí.

Venia en retirada, cuando divisé un hombre.

No tardó en estar á mi lado.

Era el mismo General Lopez, que conociéndome en el acto, me preguntó visiblemente sorprendido.

—¿Qué hace Vd. por estas alturas, señor viajero?

—Habia equivocado el camino.

—Y á fé que no tomaba Vd. *mala direccion!* Hasta despues. . . .

Siguió, y yo tambien.

La indirecta del General provenia de que me encontraba en las cercanías de la casa de Madama Lynch, y ya comprenderá el lector que no dejé de alarmarme, al pensar que el *acaso* podia dar májren al celoso galante para *una suposicion*, que no me seria grata, tratándose de jentes en quienes, la reflexion no siempre dominaba los caprichos, el mal humor, y un deseo constante de imperar en todo.

VIII.

El cuarto día de mi permanencia en la *Asuncion* lo pasé de una manera deliciosa, visitando algunos de sus alrededores.

¡Qué naturaleza, y qué lujo de vejetacion!

Solo una parte del Brasil puede compararse á ese pedazo de tierra, que destinado al parecer, por Dios, para oasis de la vida y para servir de risueña morada á un pueblo, cuyo bien-estar y libertad le permitiese gozar, disfrutando los esplendores de esos panoramas de vida, de paz y verdura, ha sido, empero, la cárcel sombría de dos jeneraciones, y la tumba de otra, que ha sellado con su sangre la ciega sumision al caudillo ambicioso, que, obsecado y fanático, la llevó á los campos de batalla.

La *Caravana* de paseantes era numerosa.

—Iremos primero al Baño del *Chorro*—dijo Adolfo Calvo, que llevaba el mando en jefe.

—El *Chorro*! vaya un nombre.

—Lo que si debo advertir á Vd., es que aquí tendremos que repetir la maniobra *preventiva* que hicimos antes de acercarnos á la casa en que conoció Vd. al Obispo.

—¿Habrá aquí tambien algun otro cuadro al natural?

—Lo que hay en el *Baño del Chorro*, constantemente, son *cuadros vivos*. Desde que una dama nos acompaña, avanzaremos á explorar el campo, así que nos acerquemos.

En todas partes la huella de alguna inmoralidad!—pensé yo—¿Qué Gobierno, y qué hombres!

Seguimos andando.

Desde que se sale de la ciudad, la campiña es una série no interrumpida de accidentes caprichosos del terreno: aquí una calle de frondosos naranjos, esmaltados de blanco y cuyas hojas, confundiéndose en sus verdes penachos,

parecen una bóveda perfumada, levantada por la mano del Creador en los senderos del mundo, para que al pasar por ella el hombre aspire el delicioso ambiente y se eleve hasta Dios con su espíritu arrobado: allí pequeños arroyuelos en que mansa y tranquila, corre juguetona el agua cristalina, donde pájaros níl de pintada pluma, tímidos humedecen sus endebles alas: mas allá una pintoresca colina, coronada de verdura eterna, en que pastan errantes y sin conciencia, algunos animales: á uno y otro lado, cerros y montes, pequeños algunos, elevados otros, ufanos todos de ostentar en su frente una corona de lujuriosa vejetacion, y todo ese cuadro, de amor, de poesía, de primitiva inocencia, saludado sin cesar por el gorjeo cadencioso de los pájaros que allí moran, balanceándose alegres en la enramada, ó escondiéndose inocentes en sus misteriosos nidos!

No creo que haya espíritu, por escéptico que sea, que resistir pueda á la impresion de estos grandes cuadros de la naturaleza.

Yo caminaba embebido en su contemplacion silenciosa.

Ibamos con Calvo y Canstant, como una cuadra adelante del resto de la comitiva.

Canstant dejó oír, de repente, una carcajada, y me dijo: --Ya vez que la precaucion de adelantarnos, fué mas que prudente. ¿No distingues allí varios grupos, en el traje de Adan y Eya?

Efectivamente: á cierta distancia, y al pié de una especie de fuente ó cascada, veíanse varias figuras humanas, completamente en cueros; y digo *figuras*, porque no me era posible descubrir el sexo á que pertenecian.

—Volvamos—dijo Calvo—para indicar á los compañeros que tomen otro camino. Este espectáculo, no lo creo del todo edificante para nuestra compatriota.

—Vaya Vd.—repuse—si me quiere hacer este servicio. Yo seguiré con Santiago.

—Desea Vd. ver á los *bañantes*?

—Si por cierto.

—Bueno—agregó Santiago Canstant—nosotros iremos despues á encontrarlos en *Lambaré*. ¿No es eso?

—Perfectamente.

Calvó picó su caballo, y retrocedió.

Nosotros seguimos.

En pocos instantes, llegábamos al baño del *Chorro*.

Los *empelotados* eran nueve: cuatro mujeres y cinco hombres.

Unos estaban de pié y otros echados sobre la menuda yerba que alfombraba el campo, con un abandono, naturalidad y desparpajo, cual si ese *traje* fuese el que usaban toda la vida.

Aquellas cuatro mujeres eran todas jóvenes: la mayor no tendria veinte y cinco años: habia una que apenas habria sido saludada por quince primaveras. Sentada en *chuquillas*, se rascaba perezosamente la cabeza, y fumaba un pequeño cigarro de un tabacq amarillento, bastante mal hecho.

Si delante de los zanguangos, que en *oueros* tambien, se mezclaban con ellas en esa especie de intimidad, en cuyo fondo presentíase toda una historia de inmoralidad, de licencia, y corrupcion, esas pobres mujeres habían perdido completamente su pudor, yo supuse, en mi ridícula candidez, que al vernos acercar tratarian de ocultarse á nuestra mirada, ya huyendo para un pequeño monte allí inmediato, ya haciendo con la manos un movimiento, que parece debiera ser instintivo en toda mujer....

Vana ilusion!

Al acercarnos, ni se dieron por *notificadas* de nuestra presencia allí: continuaron, machos y hembras, en las

mismas posiciones en que los encontramos: uno de los primeros tan solo, se puso debajo del *Chorro*, solazándose en que golpes de agua fresca y cristalina, impregnada del aroma de las flores que á su paso la embalsamaba, cayesen, á manera de lluvia, sobre su cuerpo peludo y negrusco.

—¿Te quieres bañar?—me preguntó mi compañero.

--Gracias: prefiero no hacerlo.

—¿Tienes escrúpulos?

--No es la frase precisamente.

--Pues ahora verás como se hace esto.

En dos minutos, Castant estuvo en el mismo traje de los Paraguayos: recibió algunos *Chorros*, y volvió á vestirse, sin otra novedad, que notarse un poco de mas animacion en la conversacion de las mujeres, que cuchicheaban en *guarani*.

Creo que llamó su atencion el blanco extraordinario del cútis de Santiago.

--Esto te choca ¿verdad?—me dijo sonriéndose.

--Si: no lo puedo ocultar: me inspira lástima, y asco á la vez.

—Si vivieras aquí como nosotros, ya estarias familiarizado con estos cuadros, que se reproducen á lo infinito. Si te parece, nos pondremos ahora en camino hácia el *Cerro de Lambaré*, donde nuestros compañeros deben esperarnos.

—Vamos.

El camino que seguíamos era siempre lo mismo: accidentado y pintoresco, y constantemente perfumado por millares de distintas flores que envolvian la atmósfera, bastante tibia ya, en leve nube de un ambiente suave y embriagador, que esparcia al viento ansias de placer, que caen sobre todos los corazones.

En esos sitios, el amor es la vida desde que la vida

empieza: es el aire, es la luz, es el cielo, es el susurro de los árboles, es el vapor que la tierra exhala, es el canto arpeado de los pájaros, es el acento de todos los hombres, es la mirada de todas las mujeres.

En la indolencia Oriental de aquella vida, las relaciones de amor son el único aliciente del alma: se hacen como una devoción para los corazones sensibles ó para las espíritus contemplativos, y aun para los caracteres vulgares y para los temperamentos fríos, sirven de pasatiempo natural á su desocupada existencia.

IX.

Llegamos á *Lambaré*

Dáse este nombre á un Cerro, que erguido se levanta sobre la márjen del río, que con sus aguas juguetonas le bañan, en medio de su eterno silencio, abrigando la ribera en el regazo de los montes.

La vista que de allí se goza, es encantadora.

Mis compañeros de viaje estaban estasiados en su contemplacion.

Sin embargo, no era la coquetería seductora de esa naturaleza esplendente, la que servia de tema á una conversacion ajitada, en el momento de llegar yo.

—¿Sabe Vd. quien acaba de pasar?—me preguntó Martin Monasterio.

—No es fácil que pueda adivinarlo.

—Madama Lynch.

—¿Sola?

—La seguian dos criados.

—¿A pié?

—No hombre: viene á caballo divinamente vestida de amazona.

—Y ¿qué tal?

—Soberbia!—Contestó Cassaffousth entusiasmado.

—Es una lindísima mujer—agrega con calma el Mayor Ochoa—y á fè que es jinetaza: viene en un magnífico caballo bastante brioso: se sienta con gracia, y lo maneja con entera confianza.

—Y ¿presumen ustedes á lo que ha venido por aquí?—preguntó el noble é infortunado Cateura.

—A paáear, supongo.

—¿Qué esperanzas! Elisa Lynch sabe que ha llegado una dama de Buenos Aires: que esa dama es linda, y sobre todo, en extremo elegante para vestir, y yo juraria, que solo ha pasado por aquí, para verla, para conocerla, para examinarla.

—Ciertísimo—agrega Canstant.

Acababa mi jóven amigo de pronunciar estas palabras, cuando divisamos en lontananza lijera nube de polvo, producida por el galope de algunos caballos.

Era Elisa Lynch que regresaba, y que cruzó delante de nuestro grupo, sin mirar siquiera.

Montaba un lindo *bayo cabos negros*: su traje de amazona era de *mahon* y sombrero de copa alta: el talle pequeñísimo, perfectamente contorneado.

Bastaba haberla visto cruzar, gallarda y desenvuelta, perfectamente sentada, y castigando al fogoso corcel con toda la sangre fria de una mujer que está reñida con el temor, para adivinar en ella una de las *amazonas*, de dudoso plumaje, que sirven de objeto de curiosidad á los paseantes del *Bois de Boulogne*, en Paris, y de *Regent's Park*, en Lóndres.

En todas partes, aquella misteriosa mujer.

Si hablaba con las damas Paraguayas, el primer nombre que asomaba á sus lábios, para maldecirlo, era el de Elisa Lynch.

Si conversaba con mis compatriotas residentes en la Asuncion, el tema favorito de sus conversaciones era la vida que Elisa Lynch hacia allí: su belleza, su elegancia, el lujo que gastaba, su talento para seducir y engañar.

Si en una entrevista, que parecia ser séria, me encontraba con el Ministro de la Guerra de la República, éste descendiendo de su alta posicion, mezclaba el nombre de Elisa Lynch á su conversacion, hablándome de ella como se podria hablar de una de esas damas, que por sus virtudes ó talentos, gozan justa fama en el seno de toda sociedad.

Dominado por estas reflexiones venia, cuando nos alejamos de *Lambaré*.

CAPITULO XI.

DON ILDEFONSO BERMEJO Y SU SEÑORA—DOS VÍCTIMAS
ENCERRADAS—REVELACIONES—LA SEÑORITA PANCHIA
GARMENDIA Y SUS DOLORES—ZANA DE SU PERSEGUI-
DOR.

I.

En medio de esa atmósfera despótica en que vivía el pueblo Paraguayo, bajo la dominación de Lopez I, y á pesar de ese sistema espantoso de espionaje, que llevaba la desconfianza y el miedo hasta el mismo seno de los hogares, donde el padre temía al hijo, y el hijo recelaba confiarse en el autor de sus días, había, sin embargo, en la Asunción un pequeño círculo de personas que, ligadas en el terreno del padecimiento y del dolor comun, encontraban, de vez en cuando, consuelo á ese dolor infinito, en la comunicacion recíproca y expansiva de sus pensamientos.

Hay tanta dulzura para las almas que sufren y padecen en confundirse en el terreno de la confianza!

Entre esas personas, que vivían en intimidación unas con otras, figuraban el señor Don Ildefonso Bermejo y su esposa, por una parte, y por la otra, la señorita Paraguaya, allí llamada *Panchita* Garmendia.

La intimidad que tuve la fortuna de contraer con aquellas personas—de grato é inolvidable recuerdo para mí—me iniciaron en un mundo de revelaciones íntimas, que me hicieron comprender lo bárbaro é incúo del *sistema*, que los dueños del Paraguay hacian pesar sobre la frente abatida de sus hijos.

Hablarè primero del señor Bermejo.

II.

El señor Bermejo era un literato Español, á quien el General Lopez conoció en Europa, é invitó á ir al Paraguay, deslumbrándolo con la perspectiva de un porvenir matizado de las mas allagüeñas esperanzas.

Bermejo habia ocupado en la madre Patria, posiciones elevadas y distinguidas: habia sido Gobernador Civil de una Provincia, Diputado, fundador y Redactor de varios periódicos, y autor de algunas piezas dramáticas, que, como *La Consola y el Espejo*—representada con aplauso en Buenos Aires—le dieron acceso al mundo de las letras Españolas.

Hombre de una educacion esmerada, de modales afa- bles, y dotado de un espíritu vivo y sagaz, Bermejo era, sin disputa, un elemento útil para un pais como el Para- guay, completamente escaso de hombres, y donde, uno como él, venido de Europa con sus ideas y experiencia, y con la práctica de la vida intelectual y material de nues- tros dias, podría convertirse en iniciador de reformas y adelantos, que abriesen una época nueva para tan her- moso pais.

Esto mismo le habia hecho comprender en Europa el General.

Alejado de la vida pública de su Patria, por no estar

gobernando sus amigos políticos: viendo al General Lopez, en Paris, rodeado de esplendor y de consideraciones: oyéndole hablar, con aparente entusiasmo, del vehemente deseo que tenia de regresar cuanto antes á su pais para introducir allí el espíritu de las instituciones de los pueblos, que en su peregrinacion habia conocido, el señor Bermejo, cuya posicion de fortuna no era, por otra parte, de las más allagüeñas en aquellos momentos, se decidió á ir al Paraguay.

Al tomar esta resolucion, no solo le seducian las ventajas materiales de las propuestas de Lopez, sinó el noble deseo de ligar su nombre á reformas y conquistas que, en todo tiempo, harian la gloria de un heraldo del progreso y de la democracia.

Bermejo fué al Paraguay; pero, ¿á qué, Dios mio?

Partia el corazon oírle contar, en medio de los sollozos de su pobre mujer enterrada en vida por decirlo así, desde que llegó á la Asuncion, los padecimientos, las vejaciones, las infamias de que, ambos, Lopez padre é hijo, lo hicieron objeto.

Durante su permanencia en Europa, y en el viaje, Lopez colmaba á Bermejo de toda clase de atenciones.

Desde que llegaron á la Asuncion, la cosa cambió de aspecto: en vez de las consideraciones, del respeto que se merecia un hombre bien nacido, intelijente y de alta posicion en un pais, que valia algo mas que el Paraguay, el escritor Español empezó á notar que Lopez le trataba con indiferencia al principio, con altanería despues, con brutal groseria al fin.

Ninguna de las promesas que se le hizo, y bajo cuyos alhagos, decidió su viaje, le fueron cumplidas.

Mas que á un hombre de intelijencia, se le trataba como á una máquina de trabajo, apta para todo.

El Gobierno le empleaba en traducciones, en la Redac-

cion de documentos, al mismo tiempo que le dió la direccion de una Escuela Normal, la de la Imprenta del Estado, y por complemento, le nombró Redactor del famoso *Semanario*.

Bermejo apenas tenia tiempo para dar al cuerpo y al espíritu algunas horas de reposo.

Sin embargo, no desmayaba: la esperanza de que tanto trabajo y abnegacion encontrase al fin su recompensa, no en prodigalidades, de que aquella jente era incapaz; pero sí en el cumplimiento de promesas formalmente hechas, y en una palabra de honor empeñada espontáneamente, aquel pobre hombre, todo lo hacia, á todo lo atendia.

Todo esto, sin embargo, era nada en comparacion de los nuevos desvelos y tareas que le forjó la fantasia y los caprichos de Lopez, padre.

Una mañana le llamó á su despacho.

Bermejo acudió.

—Es preciso, le dijo—secamente—que tengamos un teatro.

—¿Cómo, señor?

—Construyéndolo.

—¿Hay aquí algun ingeniero, que se haga cargo de la obra?

—¿Y Vd.? ¿no dicen que Vd. ha compuesto comedias para teatro?

—Si señor.

—Pues entónces Vd. puede construir el teatro tambien: haga Vd. el plano y presupuesto, pronto: avísime lo que necesita, y ponga sin demora manos á la obra.

¿Qué habia de hacer, Bermejo?

La manifestacion de aquel deseo, importaba una orden. Resistirse á cumplirla, era despertar el enojo de Lopez, y despertar el enojo de un bárbaro como aquel, era

abrirse el camino de una cárcel, para morir olvidado en sus soledades sombrías, sin poder alimentar siquiera la esperanza de recobrar la perdida libertad.

—Crea Vd.—me decia la señora de Bermejo con los ojos anegados en lágrimas, una noche que con ella hablaba —crea Vd. señor, que mi marido trabajó en ese teatro como un burro, pues hasta de carpintero y albañil sirvió él mismo.

El dia que estuvo concluido, el Presidente entró: lo examinó todo con la mayor escrupulosidad, y aun cuando no pudiese ignorar *lo que era un teatro*, habiéndolo aprendido en los libros, siendo éste el primero que veía, le llamaban la atencion, hasta los mas pequeños ó insignificantes detalles.

Bermejo estaba satisfecho de su obra: creía que con ella se captaria la buena voluntad, rebelde hasta entonces, de los que le estaban esplotando, de una manera indigna. Vana ilusion, señor! Aquel mónstruo salió del teatro sin dirigirle á mi marido una sola palabra, no ya de gratitud, pero ni de simple estímulo. Horrible contraste! Una casa construida para deleitar y convertirse en ameno y bullicioso recinto de la alegría y el placer, me ha costado á mí raudales de lágrimas, señor!

La señora de Bermejo, era una dama de muchísimo talento, y que, acostumbrada á vivir con la mejor sociedad de su pais, consumía sus dias en un constante encierro en el Paraguay.

El General Lopez la detestaba, haciendo recaer sobre su compañero las consecuencias de ese ódio.

Mas adelante diré las causas, que bastante se ligan con la heroina de esta obra.

Sigamos con el teatro.

Una vez que estuvo definitivamente concluido, Bermejo hizo presente al Primer Majistrado la convénien-
cia

de hacer ir de Buenos Aires, algunos actores españoles de los que, en aquella época, trabajaban aquí.

Lopez su puso fuera de sí; y aun cuando lo moñetudo de su enorme rostro no le permitiese jesticular mucho, se puso á rujir como una fiera, gritando:

—¿No sabe Vd. que no quiero nada con extranjeros, y menos con *gallegos*? ¿Crée Vd. que mis Paraguayos no pueden ser tan buenos cómicos como ustedes? Aquí tengo jóvenes bastante inteligentes, y dispuestos. Escoja Vd. algunos: *enséñelos en un momento*, y organice una compañía.

Bermejo me contaba, que se queria morir cuando oyó estas palabras.

Y sin embargo, no habia escapatoria!

La máxima de Lopez era esta: *querer, es poder*, y aunque la esperiencia diaria de la vida, nos está enseñando, que no basta la voluntad mas firme y decidida para vencer lo que Dios ha decretado como *invencible* para los deseos y aspiraciones del hombre, el señor Bermejo, que conocia ya el terreno que pisaba, emprendió la tarea de *improvisar cómicos*, y organizar una compañía que pudiese satisfacer á S. E., que, entusiasta apasionado por las lecturas de la historia antigua, queria, como algunos de los Emperadores Romanos, solazarse tambien en los espectáculos teatrales.

III.

Por una coincidencia casual, yo me hallaba en la Asuncion el dia de la inauguración del teatro.

La funcion de estreno, dada por la Compañia Paraguaya, fué el *Valle de Andorra*, y lo digo con toda injeñuidad: tanto yo como mis compañeros de viaje asistimos

al espectáculo, no sabiendo qué admirar mas, si la perseverante paciencia de Bermejo para enseñar todos aquellos jóvenes, ó la disposicion y el talento natural de que algunos de estos hicieron alarde, en la ejecucion de la zarzuela.

La mayor parte podrian haber representado, á las mil maravillas, los roles de imbéciles ó de estatuas.

En cambio habia tres, dos mocetones y una muchacha de rollizo aspecto, que tenia desenvoltura, gracia, y una voz bastante simpática.

Pero no fué, ni la pieza, ni su ejecucion, ni los comediantes, lo que mas llamó mi atencion esa noche.

Otras cosas y otros objetos la despertaron y mantuvieron viva.

En un palco de honor, construido *ad-hoc* estaba el Presidente Lopez con su señora, y sus dos hijas.

A su lado estaban, en otro palco, el General Francisco Solano, y el Coronel Venancio.

La platea completamente llena de jente de ambos sexos.

En una luneta del centro, veíase á Madama Lynch, vestida con lujo y esquisita elegancia. Una Loreta como *Cora Perle*, la leona de la moda por algun tiempo en París: la iniciadora de todas, con gran disgusto de las damas del *Fobourg Saint Germain*, no se habria presentado, ni mejor vestida, ni mas lujosa, ni mas elegante, en la *Gran Opera*, ó en el *Teatro Francés*.

Los hombres la miraban con cierta admiracion respetuosa.

Las señoras, y en particular una doceña, que ocupaban la izquierda del salon, le lanzaban miradas cuya *intencion* ella debia comprender perfectamente.

No eran, por cierto, la espresion de la mas tierna, ni afectuosa de las simpatías!

Esa noche ví, por vez primera, la figura imponente de

Cárlos Antonio Lopez, y á fé que en mis largas peregrinaciones posteriores, en esa inmensa ola de jente que he visto ajitar en distintas partes del mundo, no encontré jamás un tipo mas digno de observacion.

Lopez era un *acontecimiento fisico*.

Mas que un hombre, ó un sér racional—verdad es que no está probado que lo fuera—parecia un *Mastodonte*.

Su cabeza, completamente unida á su cara que á su vez se confundia, sin líneas ni contornos, en una abultadísima *papada*, tenia la forma de una pera: era angosta en la parte superior, y completamente desproporcionada, por su anchura, en la base ó parte inferior.

Diríase que aquel era el pedestal que soportaba una cabeza dos veces grande por sus dimensiones naturales, y por el enorme depósito de absurdos que en ella existia!

Durante casi toda la representacion, el Presidente ostentó en esa cabeza, un sombrero digno de ella: era una pieza monstruosa tambien por su altura, y aparente para figurar en un museo de curiosidades, por su forma.

Para un dia de Carnaval, no habria tenido precio en Buenos Aires.

De su familia, me ocuparé despues.

La concurrencia toda, que era bastante numerosa, parecia estar bajo las bóvedas de un templo, sometida al blando imperio de místico recojimiento, en vez de hallarse congregada en el Templo de Talia ó en la mansion destinada al solaz y al placer.

El silencio era el mismo durante la representacion, que cuando el telon caía.

No se oía una sola voz: apenas si se percibia, con dificultad, el ligero murmullo de una que otra conversacion, iniciada con aparente temor, y que no tardaba en cortarse.

♦ La concurrencia toda parecia reflejar la inmovilidad

de Lopez: la completa indiferencia de que hacia alarde.

Yo le observé muchas veces con atención, tanto por conservar con fidelidad el conjunto de su tipo especial, cuanto por ver si en esa fisonomia, en que no dejaba de vagar alguna espresion, se percibian las impresiones producidas por un espectáculo, que le era completamente nuevo.

Nada conseguí.

Yo no sé si Lopez sentia algo, ó experimentaba alguna sensacion de placer al oír cantar, y al ver representar á los improvisados discípulos del bondadoso Bermejo. Si la sentía, debo decir que tuvo el talento de ocultar perfectamente sus emociones, pues su fisonomia solo revelaba la mas completa impasibilidad.

Antes de concluirse la funcion, se levantó para salir.

Toda la concurrencia, como movida por un resorte, se puso de pié; pero nadie se movió de sus asientos.

El Monarca de las selvas salió, seguido de algunos de los soldados de su Escolta Pretoriana.

¿Había satisfecho sus aspiraciones?

¿Iba contento?

¿Creía que Bermejo le había complacido?

Oh! Montesquieu lo ha dicho: *nadie dá gusto jamás á los tiranos.*

IV.

Volvamos á Bermejo.

Al dia siguiente de la funcion pasé á su casa.

En el primer momento, me dijeron que no estaba; pero me retiraba ya, cuando me hicieron entrar.

Uno y otra estaban entregados á la mas espantosa desesperacion. Bermejo tenia el semblante alterado, lívido,

como si alguna honda pena lo abrumase. La señora lloraba.

—¿Qué pasa por Dios?—pregunté alarmado, apenas entré á la sala.

—No crea Vd., no—dijo súbitamente la señora, con acento de enojo—no lloro de pena: lloro de ira, de rabia, de impotencia. Lloro porque no puedo salir hoy mismo de esta tierra maldita, donde he contraído una enfermedad que me costará la vida.

—Pero ¿qué es lo que hay, señora?—Cálmese Vd. y no agrave su situación. Crea Vd. que me appena deveras verlos así.

—Ah señor: estamos entre cafres. Ya sabe Vd. todo lo que mi marido ha trabajado por complacer al Presidente: le ha construido el teatro: le ha improvisado cómicos, y para que nada faltase á esta série de sacrificios, él mismo ha salido á exhibirse, para *divertir* á ese imbécil.

—¿Y bien señora?

—Y bien: Lopez ni por entendido se ha dado de nada, absolutamente de nada de lo que Bermejo ha hecho! . . .

—¿Le ha visto despues de la función?

—Si le ha visto! Hoy ha estado en su despacho particular, como una hora: de todo le conversó, menos del teatro, al que, ni mencionó tan solo. . . . Y tener que soportar tanto vejámen! Ah! esto es horrible!

El noble Español estaba tendido sobre un pobre sofá.

No decia una palabra.

Me acerqué á él.

—Animo amigo: vamos á pensar en los medios de que Vd. pueda salir de aquí, sin despertar las iras de esa jente.

Bermejo suspiró con tristeza.

—Imposible por ahora.

—¿Por qué lo supone Vd.?

—Si Vd. estuviese en antecedentes!

—Yo se lo contaré á Vd. todo, claro y neto —interrumpió la orgullosa castellana, que estaba visiblemente escitada—síntese Vd.—y tú—dirijiéndose á Bermejo—calla y déjame hablar. . . .

—Si señora: hable Vd. con toda libertad y confianza.

—Y bien caballero ¿sabe Vd. cuál es el oríjen de todo esto? Soy yo, desgraciadamente: es mi conducta, mi proceder de mujer honrada: mi orgullo de mujer educada en la escuela de la virtud y de la moral. . . .

—Hija, por Dios. . . .

—Calla y déjame: te lo pido. Hay aquí una mujer, que, con la sonrisa de una Santa, es un Demonio en cuerpo y alma: hipócrita, astuta, mala y perversa. Esa mujer es la concubina del hijo mayor de Lopez. Desde que vino, me ha buscado: me ha visitado, me ha hecho presentes: ha tratado, hasta con humillaciones, de entablar y estrechar relaciones conmigo—Yo me he resistido con tenacidad, y aun con grosería. Si venia á mi casa, me hacia negar: si me mandaba algun obsequio, se lo devolvía: si me encontraba con ella en algun sitio público, las rarísimas veces que salgo, evitaba que mi mirada se cruzase con la suya.

Convencida al fin de la impotencia de su tenacidad, desistió del propósito que se la inspiraba; pero ¡ay señor! Valiera mas que no hubiese desistido. . . . A partir de ese dia, no pensó sinó en vengarse de mí; mas ¿cómo conseguirlo, tratándose de una mujer de mi clase, en mi posición, que vivia alejada de todo, de ella y de su círculo, de la familia reinante y de sus reuniones, de las damas Paraguayas y de su intimidad?

Solo de una manera podia hacerme sentir el peso de su enojo, y de sus perversos instintos: vengándose de mí, en la persona de mi pobre marido.

Si: si! Ella sola, esa mujer, esa malvada, que ha vendido su cuerpo en todas las mancebías de París, y que, por oro, viene hoy á ser la concubina de un déspota, es el oríjen de todas las humillaciones que sufre este pobre hombre, constituyendo, mi desgracia, mi dolor, mi desesperacion!

Al pronunciar estas palabras, sus ojos se bañaron en llanto.

—Y ¿qué tan mala es Elisa Lynch?—le pregunté.

—Mala! Yo no he conocido en el mundo una criatura mas perversa: es como el asesino que acaricia la víctima para engañarla mejor, y clavarle despues el puñal. Si Vd. habla con ella, la verá Vd. siempre dulce, afable hasta la ternura; pero si Vd. hiciese la autopsia de ese cuerpo, hermoso en cuanto á sus formas, no encontraria en él corazon, y si lo encontraba, seria como un depósito de hiel y de veneno, de furia y de maldad

—Hija mia! Te suplico que no continúes—interrumpió con dulzura, y voz casi apagada, el señor Bermejo.

—Déjame: déjame amigo mio. ¿Qué otro consuelo quieres que tenga, sinó el de desahogarme con una persona que me inspira confianza, como el señor? A mas, yo ya estoy desesperada: esta última infamia de la Inglesa, ha postrado mi espíritu, siempre altivo y dispuesto á todo, como tú sabes. ¿Qué porvenir tenemos ante los ojos? ¿Qué podemos esperar ya?

Mañana puede llamarte Lopez para pedirte que le traigas un pedazo del cielo. Si no se lo presentas, te encierra en un calabozo, donde yo me consideraria feliz en compartir contigo tu cautiverio y tu dolor. Si se lo entregases ¿crées que te lo habia de agradecer? Haria lo mismo que acaba de hacer con el teatro: *ni hablarte de la cosa*

—Y ¿por qué atribuye Vd., señora, esta innoble con-

ducta del Presidente à Madama Lynch? ¿Ejerce ella influencia sobre Lopez?

—No señor; pero en cambio, es dueña absoluta de la voluntad, del pensamiento, de las acciones todas de su hijo el General. Este en sí, es malo también: es falso, es rencoroso, no tiene consecuencia con nadie: su carácter es altivo: en todo, se cree de una suficiencia única: los demás hombres, por eminentes que sean, le parecen enanos, comparados con la talla que él mismo se atribuye. Una sola cosa cree superior á él: es su querida. Los jestos, los caprichos, las estravagancias de esa mujer, son hoy órdenes para él, que en esa misma obediencia, es ahora víctima de su venganza. Cuando recién llegó la Lynch, él no le consagraba toda su afección: viejas amistades, y una corrupción que exigía cada noche nuevas víctimas, sacrificadas en el altar de una lujuria, semi-salvaje, le hacían mirar á la Inglesa, como una *de tantas*.

Sin embargo, ninguna de las otras, podían ser rivales que la hiciesen desesperar de su triunfo definitivo. Pobres muchachas, engañadas las unas, violentadas las otras, alucinadas algunas, sin haber salido jamás del Paraguay ni conocido otro teatro; hijas de la imprevisión y de la falta de una experiencia, que solo dan los años, y cierta clase de vida, aquellas pobres criaturas, en cuya pureza é inocencia había clavado Lopez el diente de su lujuria desenfrenada, tenían que sucumbir en una lucha con Elisa Lynch.

Al fin sucumbieron todas, una tras otra, hasta que ella se conoció dueña absoluta, si no del cuerpo del General, al menos de su voluntad. Fina, sagaz, y de un talento indisputable, le fué dominando, con alhagos y zalamerías hasta convertirle en instrumento dócil y sumiso de sus pasiones.

A mí, me ódia: me detesta.

Lejos de ocultarlo, á todos lo dice.

[Cada desaire mio, le ha dejado una herida profunda en ese organismo singular. Para vengarse de mí, se venga en Bermejo. Por eso exige ella al General que le traten de la manera que lo hacen ahora. Ella me conoce: ha podido probar el temple de mi carácter, y con esa fina penetracion de una mujer acostumbrada al trato de las jentes, sabe que me moriré, antes de humillarme al estremo de compartir con ella una sociabilidad viciada con el crimen y la corrupcion.

Bermejo se habia incorporado un tanto en el sofá, y oía como embebido las palabras de su esposa, á la que en aquel instante podia tomarse por la sacerdotiza de la virtud, fulminando su tremendo anatema contra esas mujeres que hacen de la liviandad el culto de su vida.

Yo la escuchaba tambien con profunda atencion, tanto porque en la señora de Bermejo veía una mujer de talento muy superior, cuanto porque en sus confianzas íntimas para conmigo hacia alarde de una franqueza, que me prometia abundante coleccion de datos sobre la vida de Elisa Lynch, que se habia *impuesto* ya á mi curiosidad.

Dejè que la orgullosa Castellana—y por Dios que lo era en grado heroico—se tranquilizase un tanto, y la pregunté:

—¿Tendria Vd. inconveniente en satisfacer una curiosidad, que me ajita ya hace algunas horas?

—¿Cuál, señor?

—La de referirme ¿quién es esta mujer singular, de la que todos se ocupan en este desgraciado pueblo?

—¡Ah señor! me pide Vd. un imposible.

—¿Cómo así?

—Elisa Lynch es un *enigma*, ó un *misterio*. ¿Ha tenido Vd. ocasion de hablar con ella?

—Si señora.

--Entonces habrá Vd. observado, que es una mujer de mundo, de esmeradísima educacion, fina, galante, muy capaz: de una instruccion jeneral, y bastante especial en algunos casos. Su oríjen, aparece todavia para nosotros envuelto en cierto misterio. Dicen que es casada con un oficial distinguido del ejército francés, de familia noble, á quien esta desheredó, á causa de tan desventajoso enlace. Liviana en su juventud, abandonando el hogar de sus padres, de mediana posicion social pero honrados, despues de contraer matrimonio, no tardó en seguir pagando tributo á esa liviandad, que debia convertirla en una *Loreta* de las que, sirviendo de tipo á los romances licenciosos de los novelistas franceses, causan la ruina, y no pocas veces la eterna desgracia de esa juventud, alegre, bulliciosa é inesperta, que cree en los alhagos y promesas de mujeres, que no tienen otro Dios que sus carteras, mientras las saben con billetes de Banco, y que los desprecian con altanera insolencia, cuando se aperciben que se hallan arruinados.

Linda, hermosa, elegante, *zalamera*, suave y dulcísima en su trato, consiguió que su marido se apasionase de ella con locura.

Habiendo, el rejimiento en que servia, recibido órden de marchar á Africa, le propuso llevarla consigo. Mujer de un jénio fantástico, inclinada á las aventuras, y á la constante renovacion de novedades y emociones; y aprovechando con pérfido talento, la oportunidad de mostrar á su compañero la sinceridad del amor que le tenia, se decidió á seguirle, no sin hacerle comprender antes que en ello realizaba un verdadero sacrificio.

En Africa no tardó en ser la heroina de mil aventuras, en las que, su liviandad, y una predisposicion muy marcada al vicio y á la lujuria, jugaban el principal papel. El Gefe del Rejimiento, parece que era un hombre jóven

y de talento: tocaba el piano, la flauta y el violin: era pintor: habia viajado mucho, y derrochado una gran fortuna, en viajes, y en una existencia de disipaciones, cuya historia no haria estremecer de rubor á la linda Inglesa.

Al verla, le gustó.

Algunos dias despues, estaban *entendidos*, sin que el paciente marido se aperciese de nada, y mostrándose, por el contrario, sensiblemente grato á las distinciones esquisitas y finos cuidados, que su Gefe dispensaba á la esposa que tanto amaba! . . .

¡Los maridos! Así son ustedes: una de esas Arpías tiene, muy á menudo, la fortuna de engañarlos, al extremo de hacerlos pasar por ciegos é idiotas, mientras que otras veces una mujer virtuosa, honrada, que ni con el pensamiento les ofende jamás, sufre los mas crueles dolores de parte de quien no las comprende, ó aparenta no comprenderlas.

—Tiene Vd. razon señora—me apresuré á decir.

—Continúo: El Coronel, no tardó en cansar á Madama Lynch.

Un jóven Ruso, de opulenta familia, viajaba por placer en Africa. Paseando á caballo, se encontró una tarde con la gallarda amazona: su tipo esbelto y la destreza con que maneja el caballo, no podian dejar de llamarle la atencion, en aquellas apartadas rejiones. Quiso conocerla: se hizo presentar, y no tardó en estar en contacto con ella. Ambos eran jóvenes. Cuentan que el Ruso—como lo son, por otra parte, casi todos los hombres de educacion en su Patria—era un hombre de atrayentes condiciones.

Ante esta nueva relacion, se eclipsó la figura del Coronel Francés, y Elisa Lynch no tardó en cambiar de dueño. La cosa, empero, no se pasó tan sencillamente.

El esposo de Madama Lynch, habia sido destacado á

unos pocos quilómetros del Cuartel General de las tropas francesas. Con ese motivo las visitas del Ruso eran mas frecuentes, y menos escrupulosas. Una noche se hallaban los amartelados amantes conversando, *tête á tête*, en la pequeña alcoba de Elisa, cuando apareció brusca y repentinamente el Coronel. Sin decir una palabra, se dirigió al Ruso, y le dió un bofeton en la cara. . . .

Elisa, como una furia, se precipitó sobre el agresor; y le tomó por los bigotes con tal fuerza, que se los arrancó!

Al dia siguiente, al despuntar la aurora, el Ruso y el Coronel estaban, uno frente á otro, en el terreno del honor. Este último cayó mortalmente herido de un balazo en la tetilla izquierda.

El hecho produjo gran sensacion. Las autoridades quisieron detener al viajero; pero su adversario, noble y jeneroso, lo impidió, exigiéndole tan solo que abandonase el pais.

Quince dias despues, Elisa Lynch se embarcaba de regreso para Paris.

—Cáspita con la Inglesita!—esclamó.

—Aun no es nada. En el vapor en que fué de pasaje, iba un jóven de graduacion subalterna, al cuidado de unos enfermos del ejército espedicionario, que se mandaban á los Hospitales.

Elisa Lynch creyó que no podia *estar ociosa*, y sedujo al jóven. . . .

—Eso es demasiado.

—¿Le parece á Vd.?—Comprendo que así sea, y que Vd. muestre resistencia á dar crédito á episodios de tan repugnante liviandad; pero si hay una página de la vida de esta mujer, *de todos conocida*, es precisamente la que se relaciona con su permanencia en Africa.

—Siga Vd., señora: siga Vd.

—Llegada á Paris, la tormenta de su vida se desenca-

donó. Cambiaba de afecciones, como de vestidos. Su marido lo supo: se vino á buscarla, con la esperanza de corregirla, pero todo fué en vano. Lanzada en esa corriente, debia dejarse arrostrar en ella, sin consultar mas que sus caprichos, sus fantasías y locuras. Convencido de su triste situacion, del engaño infame de que habia sido y era víctima y de la corrupcion de su mujer, el pobre esposo la abandonó, separándose de ella formalmente.

Si hasta entonces, á pesar de sus liviandades, aparentaba cierta sumision á los lazos conyugales, á partir de ese momento ya no tuvo escrúpulos para nada. Lo primero que hizo fué quitarse el nombre del que, con su cariño y buena fé, se lo habia dado al pié del altar. En adelante, se llamó como se llama hoy, llevando el apellido de sus pobres padres.

A una mujer como ella, linda, jóven, hermosa, de brillante educacion, sagaz, maestra en el arte de seducir, coqueta y lujosa, hallándose en Paris, no le podian faltar ni teatro, ni emociones. Su gusto principal *era la variedad*. ¿Dónde mejor para satisfãcerlo? Paris es el centro festivo de reunion de todos los hombres que en su loca insensatez, llegan á créer, que los placeres son *mercancia* que se compra con dinero.

En ese terreno, Elisa Lynch habrá sido siempre una mujer llena de atractivos para cualquiera de ustedes.

—Veo, señora, que á pesar de la mala voluntad que Vd. le tiene, hace justicia á sus calidades.

—Y ¿quién se las podria negar? Insensatez seria pretenderlo. Como mujer, lo reconozco: es encantadora. Lo que enoja y repugna, es su tipo moral.

—Siga Vd.

—Veo que se interesa Vd. en la historia de la Lynch.

—Y mucho, señora. . . .

—De regreso á Paris, y lanzada ya á la *gran vida*,

empezó á pisar muy alto. Un lord Inglés, de inmensa fortuna, fué el primero que cayó en sus doradas redes. Algo fatigada de las agitaciones diarias de Paris, se hizo conducir á viajar, escojiendo las orillas del Rhin, y las ciudades donde—con el pretexto de tomar baños se juega en los meses de verano—por centro de sus nuevas impresiones, y por espectáculos, en cuya grandeza podia volar libremente su imaginacion vagabunda (1).

A los dos meses de correrías, en las que ya viajaba con el lujo y el esplendor de una Princesa, volvió á su *vida* de Paris. Cuentan que su *apartamento* era una morada de *las mil y una noches*, y que, estimulado el amor propio de su compatriota, éste satisfacía gustoso sus mas extravagantes caprichos, comprándole cuanto le pedia.

El reinado del noble lord, no debia, sin embargo, durar mucho.

Paseándose en su *dorsey* por el *Bosque de Bolonia*, observó que un caballero alto, elegante y de apostura distinguida, la seguia con interés. Al tercer dia, le hizo comprender al desconocido, que sus miradas no le eran indiferentes. Al cuarto le hizo una seña. Esa misma tarde le recibia galantemente en su casa.

Su nuevo galanteador, era un Edecán del Emperador de Rusia, y, como el *desplumado* Inglés, hombre de gran fortuna tambien.

Decidida á *cambiar*, le escribió una carta al Lord, diciéndole, que *le dejaba todo cuanto le habia dado*: que ella se marchaba á San Petersburgo.

El Inglés, era un inglés en toda regla: es decir, un

(1) Llego á esta parte de mi modesto trabajo, precisamente en momentos en que, las miradas del mundo entero, atónito y ajitado, están fijas en ese pedazo de la Alemania, donde en pocos dias, y en breves momentos, se han dado sangrientos combates, que, abatiendo la preponderancia francesa en los consejos de la vieja Europa, hacen presentir un cambio completo en su mapa político.

completo *gentleman*, un cumplido caballero. Recibió la carta con verdadera pena: aparentó calmarse: llamó una doncella, que era la camarera de confianza de Madama Lynch, y le dijo:

—Mañana partimos para Lóndres con tu señora: *todo cuanto hay en esta casa te pertenece.*

La pobre muchacha creyó que aquello era un sueño. Casi se vuelve loca de contento.

—Si á Vd. le parece digna de elogio la conducta del Inglés, señora—dije yo—á mi vez creo que la de ella, no fué tampoco la de una mujer que solo ambiciona el dinero.

—Muy cierto: yo no niego: que ese desprendimiento, aparente al menos, no deba ser considerado como una buena accion, en medio de tanta otra mala y reprehensible. Falta saber el móvil á que obedeció Elisa Lynch en aquel momento; porque, aun cuando ella haga aquí alarde de ser jenerosa hasta la exajeracion, yo no la creo tal: la considero, por el contrario, egoista y ambiciosa de fortuna.

De Paris, desapareció con el Ruso. ¿Dónde fueron? Hasta ahí no llegan mis noticias, bebidas todas en fuentes muy buenas.

—Dicen que anduvo viajando por Italia, España y Escocia—interrumpió Bermejo, que, como yo, escuchaba silencioso la relacion que su inteligente señora me estaba haciendo.

—Si; pero eso, no lo sé de cierto. Lo que sé es que á los cuatro meses, volvió á presentarse en los sitios públicos de París, *sin el Ruso.*

—Zape!

—Su acompañante ahora era un Conde francés, de una de las principales familias de la Antigua Normandía, y que, ocupado constantemente en pasar revista á las *Lore-*

tas, cuya vida crapulosa hacia su única delicia, se habia prendado de los encantos de la rubia y hechicera pecadora.

De los brazos de este noble, fué que la arrancó el plebeyo hijo de *nuestro* Presidente. En una gran revista militar que tuvo lugar en el *Campo de Marte*, el General Don Francisco Solano Lopez cabalgaba á la derecha del Emperador Napoleon, vestido de gran uniforme, y ostentando, sobre los relucientes bordados de su casaca militar la *Gran Cruz de la Legion de Honor*, y otras que, por plata ó por empeños, habia conseguido.

Ya sabe Vd. lo que es una de esas fiestas militares, para la poblacion de Paris: no hay persona medianamente acomodada que no se crea en el deber de asistir: para las *Loretas* es como una especie de obligacion impuesta á sus acciones por esa vanidad febriciente que las lleva siempre á exhibirse en todas partes.

Hallándose en Paris, en auge, con carruajes y lacayos, ¿cómo habia de faltar Elisa Lynch?

Allí estaba ricamente vestida, y rodeada de esplendor.

Un compatriota de Vd., que la habia conocido en Londres, le hizo fijar su atencion en el General Lopez, cuya figura no debia ser desagradable en aquella ocasion.

—¿Quién es?—le preguntó con desden.

—El hijo del Presidente del Paraguay, y su heredero el dia que fallezca: entonces será dueño de una fortuna colosal.

—¿Le conoce Vd.?

—Si, Elisa.

—Cenaremos con él, entonces.

—Me encargo de ponerlos á ustedes á distancia que se puedan entender.

Así fué. Dos dias despues, el General Lopez era conducido á casa de la Inglesa. Usted que la conoce ya: que

ha podido observar qué clase de mujer és, adivinará, como adivino yo, que en ese primer encuentro la Lynch debió desplegar todas sus gracias, revelar todo su talento, hacer lujoso alarde de su fina educacion, y hechando mano de cuantos resortes le habia dado la naturaleza, presentarse á los ojos del General bajo un aspecto que fácilmente le impresionaria.

Cuentan, en efecto, que á pesar del natural orgullo del General, del aire despreciativo y de superioridad con que estaba acostumbrado á tratar todas las mujeres que encontraba en su camino, al ver á Elisa, se impresionó fuertemente; y rompiendo con esa tradicion de suficiencia que hasta entónces distinguia sus actos y acciones, se mostró con ella, tierno, dulce, amable y hasta espiritual.

Elisa Lynch ha confesado á su vez, que antes de haber cambiado una sola palabra con *Don Pancho*, le creia uno de esos Indios de América, semi-bárbaro, bruto é ignorante, sin nociones ningunas de educacion, y que la fantasía de los Europeos inventa y pinta muchas veces como tipo de novela, ó como personaje ridículo, para una pieza teatral. Lopez distaba mucho de ser eso. Era de figura simpática: jóven, modales bastante desenhuetos, cierta gracia natural en su modo de hablar, ojos negros y espresivos, y lo que mas llamó la atencion á la Inglesa desde luego, tenia un pié y una mano, dignas de la mas aristocrática cuna.

Al llegar la señora á esta parte de su interesante relacion, se levantó el señor Bermejo.

—Ya sabes, hija—dijo—que tengo que ir ahora mismo al Ministerio. Si Vd. quiere—dirijiéndose á mí—saldremos á caminar un poco: de lo contrario, escuso decirle que esta es su casa.

—Iremos, reservándome yo el placer de volver pronto

y amenudo para seguir escuchando una relacion que tanto me interesa.

Salimos con el señor Bermejo.

V.

Si al llegar á la Asuncion, y presenciar la vida de ese pueblo, entregado al sueño letal de una tirania estúpida, habia sentido mi corazon oprimido y el ardiente deseo de alejarme cuanto antes de allí para regresar á Buenos Aires, confieso que ese deseo se iba debilitando ante la especie de asombro que me causaba ver la importancia que tenia la personalidad de una mujer, traida de las mancebías de Paris, para asumir el rol de un Consejero, con voz y voto en el Gobierno Paraguayo.

En un pais como ese, todo debia ser y era especial, desde su Reglamento Policial, hasta la figura de Mastodonte de su Presidente, y la de su hermano el Obispo sentado en *cueros* sobre un mostrador tocando la guitarra; pero nada era tan especial, al menos para el juicio de mis observaciones, como el papel que representaba en la Asuncion Madama Lynch.

La señora de Bermejo—segun lo he dicho antes—era una dama de muchísimo talento, séria y discreta; y cuya conversacion, á la vez que tenia todo el encanto y la frescura que matizan los colores de una imaginacion vivaz y brillante, la tomaba yo como la palabra de un historiador sincero, que, aun cuando con cierta amargura hija del despecho, me iniciaba en secretos y misterios que no podian dejar de impresionarme vivamente, tratándose de hechos y cosas completamente nuevas y desconocidas para mí.

Ante todo, me pintaba el tipo de la querida de Lopez

como el de una mujer, que habiendo conseguido tomar sobre su espíritu el ascendiente que le daba la superioridad del talento, de la experiencia, y de una hipocresía que sagazmente ocultaba entre las caricias de un mentido amor, y de una voluptuosidad que embriagaba al amante, convertía esa influencia en instrumento mezquino de venganza.

Esto era horrible.

La existencia del Paraguay era una cosa *sui-géneris*, única en el mundo del siglo XIX.

Un capricho, un jesto del mandon, bastaba para descargar la tremenda sentencia de un castigo ó de una pena, sobre la cabeza del mas inocente ciudadano,

Y si á esto se agregaba la influencia, caprichosa, despechada, ciega y maligna de una de esas mujeres de fuertes pasiones, que no retroceden ante medio ninguno para conseguir un fin, que lo sacrifican todo á la realizacion de un propósito, de ejercer una venganza, ó de convertir en realidad la mas extravagante de las ilusiones, ¿cuánto peligro no habria para una sociedad como la Paraguaya, si Elisa Lynch era *una mujer tal* cual me la acababa de pintar la señora del literato Bermejo?

La vida de un ciudadano, la quietud de un hogar, el reposo de una familia, las esperanzas de una mujer enamorada, la fortuna honradamente conquistada en largos años de vijilia y de trabajo, el honor de un hombre, cuidado con todo el amor con que César cuidaba el de su esposa, que *ni sospechado* quería que pudiese ser, todo, todo esto podia desaparecer en un instante, por una simple indicacion hecha por Elisa Lynch, al que, bajo el techo de la corrupcion, compartía con ella esa horas de abandono, que algunos traducen por la espresion injénua de la felicidad! . . .

Quiriendo hácerlo, la Inglesa podía herir sin miedo de que sus golpes fuesen parados.

La voluntad del ejecutor era ómnipotente: una vez elejida la víctima ¿quién podía salvarla? ¿quién venia en su apoyo ó su defensa?

En un pueblo muerto, en una sociedad dominada por el terror, donde todos desconfiaban los unos de los otros, donde no existia ese vínculo de la fraternidad que establece una proteccion mútua y recíproca, que confunde sus cantos en los dias de gloria y confunde sus pesares en las horas del infortunio, Elisa Lynch, inspirada por la furia del mal, podía decretar la ruina y la desgracia de una familia entera sin mas que decirle á Lopez, como Catalina de Rusia al simple Teniente de su Guardia Imperial Wasilitschicoff: *yo lo quiero!*

En esto la posicion de Elisa Lynch era superior á partir de aquella época, á la de todas las mujeres que en el mundo, desde Eva y Helena la heroína amorosa de los Príncipes del Peloponeso, hasta la querida de Carlos VII, Agnes Sorel, y la Condesa de Orsini, que despues de arrojada al fondo de una tumba, fué llamada á la vida por el fuego ardiente de un beso de amor.

En la historia del mundo hay, no una, sinò infinitas mujeres que por sus encantos irresistibles las unas, como Cleopátra, por su tierna pasion las otras, como Luisa de la Valliére; por la arrogancia de su carácter no pocas, como La Cava, hija del Conde Don Julian, han ejercido una influencia directa y poderosa, sobre Reyes, Emperadores, y magnates, que en un momento dado disponian de la suerte de sus pueblos; pero jamás, la influencia que, á su turno, tenian estas sobre esas sociedades, era tan absoluto, y sobre todo tan irresistible, como la de Lopez en el Paraguay.

De aquí, lo especial de su concubinato con la Inglesa, y

lo terrible de esas relaciones ilícitas para un pueblo, que, sin conciencia de su angusta personalidad habia caído postrado, sin vida, sin aliento y sin iniciativa á los piés del bárbaro que lo degradaba y oprimía.

¿Qué prueba ó hecho mas elocuente de lo pernicioso de esa liga entre Lopez y la Inglesa, que la confesion que me acababa de hacer la aflijida esposa de Bermejo?

Este trabajaba como un peon.

Su aspiracion constante, era agradar á Lopez.

Para conseguirlo, no esquivaba sacrificio.

Entretanto, todo era inútil á sus propósitos y esperanzas.

Por mucho que habia hecho, *estaba en desgracia.*

¿Por qué?

¿Acaso por no cumplir con sus deberes, ó porque faltaba á los compromisos que se impuso al venir con el General á la Asuncion?

Nada de eso.

Su desgracia no tenia otro orijen que un acto de venganza ejercido por Elisa Lynch, que no queria perdonar á una mujer digna, altiva y honrada el que le hiciese comprender la inmensa distancia que hay, entre la *Loretta* que hace de la corrupcion un sacerdocio, y la señora que hace de la virtud un culto.

VI.

Así que salimos á la calle, Bermejo con acento de triste desesperacion, me dijo:

—Necesitaba aire, amigo mio: necesitaba un instante de confidencial desahogo con Vd., que comprende mi situacion. Esta no es vida. Es un infierno. Yo vivo como un idiota, como un loco. Hay momentos en que creo

perder la razon. Ah! quizá seria mas feliz, no teniendo conciencia de lo que sufro y padezco. Es horrible! Esa pobre mujer solo ha referido á Vd. una parte de mis padecimientos. Otros le oculto, porque no quiero apresurar su muerte. ¿Por qué vine aquí, Dios mio? No fué la ambicion la que me trajo. Alejado de mi patria por los acontecimientos políticos, y privado de fortuna, creí que algunos años de trabajo honrado en América, me habrian dado la posicion que necesitaba. ¡Qué engaño, Cielo Santo! Lo que aquí he venido á encontrar es un infierno.

El acento del señor Bermejo partia el corazon.

—Cálmese Vd. amigo—le dije—Cálmese....

—¡Que me calme! ¿No comprende Vd. lo terrible de mi situacion?

—Sí por cierto; pero no debe Vd. agravarla, abandonándose á la desesperacion....

—Y ¿cómo remediarlo? Por momentos temo que la malquerencia del General para conmigo, me depare alguna nueva, y mas espantosa desgracia.

—¿Ha intentado Vd. salir de la Asuncion?

—Se lo dije una vez á la señora del Presidente: me prometió interesarse con él, y al poco tiempo me contestó que no pensase en ello, *pues me iria mal*. La humillacion de mi mujer á Elisa Lynch, cambiaria instantáneamente mi situacion: lo sé; pero ¿cómo exigirselo á una mujer de su cuna, de su educacion, de sus principios y de su altivez? Yo prefiero cien veces la muerte, á deber mi salvacion á una cobardía tan indigna. Ademas, tengo la conciencia que ella tambien preferirá pasar sus dias encerrada conmigo en un calabozo, á la vergüenza de humillarse á Madama Lynch. A no ser así, ya se habria mostrado menos dura y severa con ella. Entre tanto, sucede todo lo contrario. ¡Ah señor V....! mi situacion no puede ser mas angustiada.

En ese momento llegábamos á una de las esquinas de la Plaza, cuando divisamos á lo lejos un tropel de jinetes, envueltos en una nube de polvo.

—Es el Presidente—me dijo Bermejo.

—¡Cómo! ¿A caballo?

—No hombre! Viene con batidores por delante, y en carruaje: habrá estado en la quinta. Así que pase por aquí, tenemos que detenernos, y sacarnos el sombrero. Le pido á Vd. que lo haga.

—No tema Vd. sé como me he de conducir mientras permanezca en la Asuncion, pues yo tambien tengo cariño á mi pellejo.

La comitiva no tardó en pasar.

Lopez venia en un carruaje de forma antigua, grande, pesado, y suspendido en lo que por aquí se llama *sopanda*. Un peloton de caballeria abria la marcha, y otro seguia el coche. A cada uno de sus costados, cabalgaba un Ayudante ó Edecán.

Inmediatamente nos descubrimos, y Bermejo hizo un saludo, que debió poner á contribucion la elasticidad de su espina dorsal. Lopez nos miró, pero sin hacer ni el ademán de inclinar la cabeza.

Entonces presencié *algo*, que acabó ne darme la medida de la abyeccion de ese pueblo, y del terror bajo cuyo imperio vivia: muchos hombres y mujeres de los que, al acaso transitaban, al ver pasar el coche del Presidente, se *hincaron en la calle!* es decir, se postraron de hinojos sumisos y contritos, como si se hallasen en presencia del Salvador del mundo!

Entrando en las reflexiones á que un hecho de esta naturaleza se prestaba, no era difícil, desde entonces, vaticinar lo que el pueblo Paraguayo haria el dia que sus déspotas le exijiesen su sangre, en defensa de su política, de sus ambiciones y caprichos.

Han de morir todos donde Lopez los mande sin murmurar una palabra—decia yo en aquella época en las columnas de *La Tribuna*, y los cien mil cadáveres que el amante de Elisa Lynch ha visto caer en torno suyo, durante la espantosa guerra, prueban, con dolorosa evidencia, que no era aventurado el juicio, ni arriesgada la suposicion.

¿Ni cómo podia serlo al ver que la sumision de los Paraguayos llegaba al estremo de *hincarse*, cuando veian pasar delante de ellos al Presidente?

Respeto, miedo, sumision, cariño ó terror, aquello lo que significaba era la postracion completa en que habia caido el pueblo Paraguayo, postracion que, de hecho, le convertia en un instrumento dócil y pasivo de la voluntad caprichosa ó despótica de sus gobernantes.

“Las pasiones—dice un distinguido escritor contemporáneo—“cuando no tienen fuerza en qué agitarse y moverse, descienden à revolcarse en el lodo. Lo que sucede “en los individuos, sucede en los pueblos”

Los individuos cuando no tienen pasiones que se alimenten en la vívida llama de una idea, caen siempre en la abyeccion.

Los pueblos, cuando no pueden agitarse en la atmósfera de la libertad, se degradan, se envilecen.

La esclavitud es un gran mal social, es verdad, porque es tambien un gran mal moral.

Así, esos pueblos, envenenados por una atmósfera voluptuosa, que de nada pueden curarse, porque entre ellos de todo se cura el Gobierno; pueblos sin iniciativa, sin poder, sin libertad, que tienen, sin embargo, actividad, que necesitan moverse, vivir; pueblos dados á la indolencia y á la esterilidad, evaporan tristemente su vida en el vacío.

Y esto es lo que sucedia al Paraguay, donde el pueblo

era una especie de autómeta, subordinado inconciente y sobrecojido de espanto, á las brutalidades de una familia, que postrada de hinojos ante una tradicion, que parecia inspirarse en las s6mbras de la Edad Media, hacia de sus doloridos gobernados, un rebaño de carneros . . .

VII.

Así que pasó Lopez, avanzamos hácia el centro de la Plaza, con el objeto de verlo bajar del carruaje.

En etencion á su enorme volúmen y obecidad, la cosa prometia ser un espectáculo, si no tocante, cuando menos curioso.

Lo fué efectivamente.

El carruaje se detuvo frente á la puerta de su casa: los batidores y la escolta, desplegados en línea, pusieron sus sables en órden de parada, mientras que el clarin *batia marcha*. Debajo del corredor esperaba formada la otra parte de su Escolta.

Los dos Ayudantes que venian al lado de las portezuelas, quitándose los morriones, precipitáronse sobre una de ellas para ayudar al Presidente á que bajase.

Este, con toda calma, se acercó á la puerta del coche: se prendió de dos grandes *agarraderas*: sacó primero una de sus piernas, que parecia mas bien una columna de carne humana; puso, con todo cuidado, uno de sus *cimientos* en un estribo, adecuado por su tamaño: en seguida repitió la maniobra con la otra pierna, y cuando se creyó ya bien seguro, dejando las *agarraderas*, se apoyó en el hombro de los dos Edecanes, que de pié, como dos estátuas, estaban inmóviles á uno y otro lado de la portezuela.

Por fin pisó la tierra!

Avanzó algunos pasos, con un andar corto y mesurado y desapareció. . . .

—Indudablemente este personaje es un tipo—dije al señor Bermejo—Si los muchachos lo viesan en las calles de Buenos Aires, con ese enorme sombrero, ese piramidal baston, y ese conjunto monstruoso, lo apedrean sin piedad.

—Y sin embargo señor, crea Vd. que el Presidente no es malo, no tiene malos instintos.

—¡Cómo! ¿No es malo un sér que tiene á su pueblo en un estado semejante?

—No señor: no lo es: su gran crimen cónsiste en tener una aversion profunda al extranjero, y muy principalmente á la *jente de abajo*, como llama á ustedes los argentinos. Si ejerce persecuciones y comete actos de verdadera barbárie, lo debe á las sujestiones de su hijo el General.

—¿Le domina, entónces?

—No tanto como eso; pero ejerce sobre él una doble influencia: la de su carácter, que es altanero, y la que nace del inmenso cariño que le profesa el padre. De todos sus hijos, es él preferido.

—Y ¿de dónde le viene la aversion que nos tiene á nosotros?

—Del ejemplo escandaloso que, dice, dán ustedes á sus vecinos, con la licencia de su prensa, lo sangriento de sus elecciones, y lo *irrespetuosos* para con la autoridad. ★

—Comprendo—Y, dígame Vd. señor Bormejo: ¿Lopez es un hombre instruido?

—Si señor: posée conocimientos jenerales sobre todo, aun cuando su espíritu ha sido ilustrado con los autores viejos. Maquiavelo es uno de sus predilectos: lo sabe casi de memoria: pero su delicia consiste en la lectura de la antigua Historia Romana. Muchas veces me hace llamar

para hablar de historia y de literatura. Tiene cierto discernimiento; pero sus juicios se resienten de la estravagancia de su carácter. Hablando sobre Neron, un día me decía, que sin su conducta para con Agripina, no habría sido tan malo como algunos lo juzgan: que era un hombre que conocía el arte de gobernar; porque los pueblos son como los muchachos (testual) que necesitan tener siempre un tutor, y una mano fuerte que los contenga, y domine, pues lo único que desean, es la conservación de la paz. Napoleon, es un tipo ideal para Don Carlos Antonio, porque dice que los franceses no saben lo que es libertad, y que los pueblos que tratan de imitar sus instituciones, merecen caer en la desgracia.

La conversacion con el señor Bermejo, iba tomando interés creciente para mí.

He dicho ya que era un hombre de mérito, de vasta instruccion y sano criterio.

A la sazón, no había ninguna otra persona en la Asunción que se viese más á menudo con Lopez: jamás recibía á nadie, y así como tenía á su país completamente aislado del resto del mundo, él también vivía aislado de todo contacto social.

¿Quién mejor, entónces, que el literato Español, al que el acaso había llevado allí, para darme noticias *íntimas* sobre aquellos singularísimos personajes?

El continuó:

—La política Europea, es cosa que lo preocupa mucho también, y á fé que está perfectamente al corriente de cuanto pasa en el viejo mundo. Juzga los actos de los Gobiernos, con gran suficiencia, creyéndose, como político y administrador, superior á todos los gobernantes, cuyos actos condena y vitupera.

Le aseguro á Vd., que en ciertas ocasiones, tengo que hacer un esfuerzo sobre-humano para no reirme en su cara,

de los juicios y observaciones que me hace. Sus opiniones sobre los Estados Unidos, son soberbias. Dice que no hay en la tierra un pueblo mas despótico ni aristocrático: que hablan de libertad, por cálculo y especulación: que el Gobierno es allí *una compañía de ladrones* organizada, con las fórmulas de la Constitución y del Congreso: que sus Ministros se venden por cuatro pesos, y que tal es la creencia que tiene á este respecto, que si el loco Hopkíns, consigue hacer venir otra Escuadra, como dicen, en apoyo de sus reclamaciones, *él le dará algunos cuantos miles de pesos al Plenipotenciario que venga*, y todo quedará amistosamente arreglado.

—A no dudarlo: este juicio debe alarmar mucho al coloso del Norte!

—Cuando me conversa de todas estas cosas, lo hace con calma; pero no sucede así cuando se ocupa del Imperio del Brasil. Entónces Lopez se pone fuera de sí. Jamás le he oído pronunciar la palabra *Brasileros*: para designarlos, los llama indistintamente, los negros, los *Cambá*—que en guaraní significa lo mismo—ó los *macacos*.

Esta palabra, es su calificación favorita.

Con motivo de las cuestiones actualmente pendientes con el Gobierno de *San Cristóbal*, y del anuncio de la venida de una Escuadra Brasileira, no hace muchos dias que conversábamos en su despacho.

Jamás le he visto tan alterado. Yo no me he ido ya hasta Rio Janeiro—me decia—porque les tengo lástima á esos *macacos*: no hay uno solo que tenga la figura de hombre. Con diez mil Paraguayos, yo conquisto el Imperio de Don Pedro. Son tan corrompidos, que si intentasen venir, yo les mandaria á la Inglesa á las *Tres Bocas*. Entretenidos con ella, desde su titulado Almirante,

hasta el último *moñó* de sus tripulantes, ni se acordaban del objeto de su expedición . . .

—¿A qué Inglesa se refería?

—A Madama Lynch.

—¿Está en relación con ella?

—En relación! Si la detesta: no puede oír ni nombrarla: jamás la ha visto, ni cambiado con ella una sola palabra.

—¿Y el General qué dice á esto?

—Vea Vd. quiénes vienen allí—me interrumpió Bermejito, señalándome un grupo de personas que venía en dirección opuesta, á la que nosotros llevábamos.

Eran mis compañeros de viaje.

Nos dirigimos á ellos, y en un momento estuvimos reunidos.

VIII.

El primero que me dirigió la palabra fué Cassaffousth.

—Acabamos de conocer una mujer encantadora—me dijo.

—¿Paraguaya?

—Si: la Diosa del Paraguay.

—¿Caramba! Debe ser muy linda.

—Pocas mujeres he visto iguales.

—¿Se llama?

• —Panchita Garmendia.

—La he oído, efectivamente, ponderar muchísimo.

—Y en este momento, lo espera á Vd.

—¿A mí? Si no me conoce.

—Si tal: su compañera de Vd. está con ella, y traemos encargo de decir á Vd. que le aguarda allí.

—En ese caso; voy volando. ¿Dónde queda la casa?

—Le acompañaré á Vd.—me dijo Bermejito.

—Acepto agradecido. Hasta luego, amigos.

Empezamos á caminar en direccion á casa de Panchita Garmendia, de la que habia oido ya, los mas grandes elogios.

—Ahí tiene Vd.—me dijo Bermejo—la principal víctima del General Don Francisco Solano Lopez.

—¿Cómo así?

—Es una historia larga y triste. Esta niña, cuya hermosura es tanta como su acrisolada virtud, ha tenido y tiene el noble coraje de resistir las pretenciones lujuriosas de Don Pancho. No hay tentativa, alhago, oferta, ni medio, que no haya empleado para vencerla, y conquistarla; y la sociedad de la Asuncion, dueña de todos esos secretos, no sabe qué admirar mas, si la constancia caprichosa de Lopez, ó la resistencia invencible de esa criatura anjelical.

—¿Cuánto interés me inspira desde ya!

—Mucho mas le ha de inspirar despues que Vd. la trate y conozca. Es la única amiga sincera que tiene mi señora. Yo mismo tendré el placer de presentarlo á Vd. Eso bastará para que ella le abra á Vd. su corazon, despedazado con las infamias de que le hace víctima el despecho salvaje del General. Lo que ha hecho, y sigue haciendo con Panchita, no tiene nombre. Es una cosa que clama al cielo. A no ser la esperanza de *conseguirla*, todos crén aquí que hace tiempo, Don Pancho la habria hecho matar!

—¿Está enamorado de ella?

—De ningun modo: está enardecido de ira por el despecho: acostumbrado á las fáciles conquistas de su posicion, no puede tolerar que haya una muchacha, sin fuerzas ni amparo para combatir los alhagos de la corrupcion, que defienda con tanto heroismo el sagrado depósito de su virtud. Alhagos de toda especie, primero, amenazas

aterradoras despues, violencias brutales, al fin, todo, todo lo ha ensayado el General con el objeto de seducir á esta niña; pero ni las doradas promesas la han deslumbrado, ni las sombrías amenazas han conseguido intimidarla.

Dotada de una fuerza de voluntad, que contrasta con la dulzura de su carácter, sostiene esta lucha tremenda y desproporcionada, con un valor, una constancia y una enerjía, que siendo el asombro de su propia familia, es la admiracion del pueblo todo. Aquí no hay una sola persona que no idolatre á Pancha Garmendia: que no tome parte en estas ajitaciones constantes de su vida: que no la acompañe en la grandeza de esa lucha, inspirada por la mas santa y pura de las virtudes, y que la levanta á una altura sublime como mujer.

Los pocos extranjeros que, de tarde en tarde llegan á estos apartados sitios, la visitan dominados por el doble sentimiento del placer de tratarla, y del deseo de admirarla. Así que Vd. la vea, y hable con ella un par de horas, en intimidad, me dirá si he sido fiel en la pintura que de Panchita le hago. Ya vamos á llegar. La casa es aquella que se vé allí. . . .

Al decir esto, el señor Bermejo me señaló con la mano un edificio viejo que teníamos delante.

No tardamos en estar en él, y entrar á la sala.

Encontramos allí una señora anciana, una niña como de ocho años, mi compañera de viaje, y una mujer, que, á una gran féria de la belleza humana, decretada por Dios, podria ser enviada como el tipo perfecto de la *belleza americana*.

Así que entramos, se puso de pié, y antes que nadie me presentase, y volviéndose á la Argentina que la visitaba en ese instante, dijo:

—¿Será el señor V?..

—Si señorita, el mismo, que ardia en deseos de conocer á Vd.—contesté.

—Y que yo tengo un especial placer en recomendarle en mi nombre, y en el de su amiga de Vd.—agregó Bermejo.

—Sea bien venido este *paisano*, pues tales considero yo á todos los de *abajo*.

La entonacion y el acento con que fueron pronunciadas estas palabras, revelaban claramente *su origen Paraguayo*.

Ardiente partidario de las grandes obras del Creador, entre las que, creo, que sin ser un adulon de ellas como Severo Catalina, debe figurar la mujer en primera línea, confieso que siempre he considerado como uno de los goces mas grandes, aunque el mas inocente de mi vida, la contemplacion silenciosa de una de esas mujeres hermosas, que parecen haber sido contorneadas por la mano del Supremo Artífice, y unjidas por la mano delicada de los ángeles, con el óleo de la pristina pureza, en la gruta misteriosa del amor.

Pancha Garmendia era una mujer realmente bella, y de un tipo eminentemente Oriental.

Desde que la ví, airada, esbelta, sin ser muy flexible de cintura; cabeza erguida y envuelta en magnífica trenza de negros y perfumados cabellos, de cara ovalada, nariz aguileña, poblada ceja, mirada llena de vida, de fuego y expresion, aun cuando lijeramente velada por nube de melancólica tristeza; metal de voz suave y armonioso, lábios delgados y finos dispuestos á la sensualidad, y una expresion de infinita ternura en aquel conjunto de gracia y hermosura, comprendí el empeño de Lopez por ser dueño de tan valioso tesoro.

Pancha Garmendia no era una belleza *completada*, segun la expresiva frase de un profundo conocedor de

corazon humano, que ha pretendido establecer un paralelo entre las mujeres de diversas zonas y pueblos: no era una mujer como la misma Elisa Lynch, por ejemplo, que á sus gracias naturales reunia los encantos artificiales de la elegancia, de la coquetería *estudiada*, de la educacion vasta y profunda, del arte esquisito de hablar y conversar.

No: en la señorita de Garmendia no habia nada artificial: todo era suyo, propio, natural: sus tesoros eran un presente de Dios, en vez de un producto del arte ó de la ciencia, combinado para suplir lo que la naturaleza le hubiese negado.

Su palabra, tenia el éco de la sinceridad: su mirada la revelacion de la pureza que en su alma se anidaba.

En el primer instante, yo no solo la contemplé con el natural asombro que produce la vista de una mujer encantadora, sinó con la pena instintiva que inspira una mujer desgraciada.

La señorita de Garmendia, lo era!

Momentos antes de conocerla, Bermejo, hombre sério y honrado, me habia iniciado en algunos de los misterios de esa vida singular, y no era fácil que al encontrarla delante de mí dejase de pensar instintivamente en lo doloroso de su situacion.

La señora anciana, que con ella estaba en la sala, era su madre.

Nuestra conversacion fué corta, y puede decirse, que insignificante.

Hablamos lijeramente de Buenos Aires, de los paseos de la Asuncion, de la belleza de sus alrededores, de las costumbres Paraguayas, y otras materias completamente inocentes.

Media hora despues, nos despedíamos.

—Espero que mañana no deje Vd. de venir—me dijo *Pancha*: ya sabe que tenemos mucho que conversar.

—A menos de un imposible, no faltaré, bella niña.
Y salimos.

IX.

Y yo salí doblemente impresionado.

Al haber conocido á la señorita de Garmendia, linda, fresca, pura, digna de ligar su suerte á un hombre que la comprendiese y amase; al verla encerrada en su hogar sin mas amparo que su anciana madre, y el sagrado broquel de su virtud para luchar contra el apetito desordenado de un lujurioso cínico y audaz, me hizo el efecto de una víctima espuesta, en su abandono y su debilidad, á ser devorada por el Leon de las selvas, que sin cesar la acechaba.

Bermejo habia ofrecido galantemente el brazo á mi compañera.

Yo caminaba silencioso por delante.

—Y bien ¿qué le parece á Vd. la *Paraguayita*?—me preguntó.

—Es un ángel, amigo mio: desearia mas bien haber sacrificado mi curiosidad, dejando la Asuncion sin conocerla.

—Pobrecita!—esclamó mi compañera—y si la oyese referir lo que sufre, lo que padece, te partiria el corazon. Es una cosa espantosa.

—¿Algo te ha dicho?

—Todo, todo, pobrecita!

Lo comprendí al momento: la desventurada criatura, encontrando, al acaso, una mujer que le inspiraba confianza, le habia abierto su corazon, identificándola, en las

inspiraciones de una confianza íntima, con los episodios tremendos del martirio constante á que la tenia condenada un hombre, que no comprendia, ó aparentaba no comprender, la grandeza, la sublimidad de una lucha como la que sostenia, en la santa defensa de su honor y de su virtud.

• A los pocos momentos de haber salido de casa de Panchita Garmendia, llegábamos á la nuestra.

Bermejo se despidió y se fué.

X.

Si es cierto que hay recuerdos que ni el tiempo ni la distancia tienen jamás el poder de apagar en la memoria de un hombre, la conversacion que esa noche tuve con mi compañera de viaje, Santiago Canstant, Cateura y uno de los jóvenes Saguier, cuyo nombre de pila me escapa ahora, forma uno de esos recuerdos imperecederos en mi vida.

Creo que el lector habrá comprendido ya que esa conversacion se contrajo toda á la señorita de Garmendia, y á la situacion en que se encontraba.

Los episodios de su vida, los pormenores de las tentativas hechas por Lopez para seducirla, la heroicidad con que se resistia, formaban una verdadera epopeya en la que, resaltaba, iluminada por los resplandores de la virtud, la altiva arrogancia de una mujer honesta, y la desenfrenada lujuria de un hombre sin moral ni corazon.

El señor Bermejo, no habia hecho mas que iniciarme en la historia á que se ligaban los nombres de los dos Panchos.

Panchita, en uno de esos momentos supremos de ilimitado abandono que tiene una mujer que sufre y padece,

momentos en que, créese hallar un lenitivo y un consuelo, teniendo á quien llevar el éco de sus padecimientos íntimos, se lo habia referido todo á mi compañera de viaje.

A los datos que de sus lábios ella acababa de recibir, se unian los que conocian íntimamente los caballeros Argentinos residentes en la Asuncion, de modo que, en poco tiempo, pude conocer á fondo una historia, que conviene dejar consignada en las páginas de este primer tomo de la vida de Elisa Lynch, á fin de deducir mas tarde las consecuencias que, lógicamente, se desprenden de las relaciones que mediaron entre ella, la gallarda Áspasia de los amenos sitios de la vieja Europa, y la modesta vírjen de las selvas frondosas y eternamente perfumadas del Paraguay.

Después de concluida la guerra, colocando en el primer término de ese sangriento cuadro, bajo la forma de personajes importantes, á individualidades que antes habrian pasado completamente desapercibidas á las miradas y á la atencion del mundo, mucho, muchísimo se ha dicho y conversado sobre la pasion del General Lopez por la señorita de Garmendia, y aun cuando muy poco se haya publicado sobre esa série de aventuras, y algo de lo que se ha escrito, carezca completamente de exactitud, yo concretaré aquí la verdad pura y desnuda, recojida de los mismos lábios de la infortunada, que años mas tarde debia pagar con su vida, los celos que despertó en el corazon lastimado de una rival humillada, y la sed de venganza en el espíritu infernal de un pretendiente desechado.

XI.

Las ambiciones, los deseos, y las pretensiones de un hombre en los actos de su vida íntima, se desarrollan por lo jeneral de acuerdo, con los principios bajo cuya som

bra ha sentido despertar sus sensaciones, de acuerdo y con la escuela en la cual se ha nutrido su espíritu, y formado su corazón.

El joven que crezca y se eduque bajo el techo de un hogar en que la virtud tenga el culto respetuoso de sus padres, en que estos le den ejemplo constante de moralidad y desencia, cuando pise los dinteles de la nueva vida, y sienta ya la necesidad de *conocerse hombre*, se entregará á la peligrosa transición sin violencia, sin escándalo, y sobre todo, sin pretender con el álito de una corrupción impura y de una arrogancia brutal, marchitar la flor en capullo de la inocencia, velada por el pudor de una mujer casta y pura.

Por el contrario, un joven á quien, desde los primeros años de su niñez se le haga comprender que su voluntad no debe tener límites: que pertenece á una familia sentada en el trono de la omnipotencia: que sus deseos y sus caprichos tienen el derecho de *imponerse*, sin legitimar la resistencia de nadie: un joven que abra las primeras impresiones de su espíritu en el seno de una sociedad, donde el matrimonio haya sido considerado un crimen, donde la perversión de las costumbres tolera indiferente el concubinato, fomentado por los mismos hombres encargados de velar por la moral, un joven educado en una escuela semejante, y ocupando una posición de esta naturaleza, tiene forzosamente que presentar el reverso de la medalla.

Es lo que sucedía en la Asunción, con el General D. Francisco Solano López.

La nobleza de sentimientos que se acrisolan en la virtud del techo paternal, eran desconocidos para él, no porque su anciano padre fuese un hombre eminentemente inmoral, sino porque, desde temprano, la vida del hogar, había sido insoportable para el General.

Ansiaba libertad, y libertad absoluta, no para disfrutarla en el sentido de instruirse ó formarse por el estudio ó el ejemplo, sinó para entregarse desenfrenado á todos los sentimientos de la lujuria, y del goce de los sentidos.

Estas inclinaciones de su carácter, tenían vasto campo en que desarrollarse, y medios y elementos para ser satisfechas.

Lopez, era el hijo mimado de sus padres.

Jóven, y ardiente, tenía condiciones personales, que, lanzado á cierta vida de aventuras y conquistas amorosas, no podían pasar desapercibidas á los ojos de las pobres mujeres que escojiese para objetos de su ternura.

Mientras que sus compatriotas vivían sujetos al despotismo del padre, el dueño de su voluntad, y de su bolsillo, podía, en la liza y el torneo, brindar alhagos y promesas que eran un patrimonio esclusivo suyo, en el teatro de sus hazañas.

Bajo tales auspicios, su rol de *Tenorio* en la Asuncion, no debía serle difícil, ni peligroso.

Todo estaba de su parte.

Todo le era propicio y favorable.

Acostumbrado á las conquistas fáciles, ya porque consiguiese que alguna incauta se enamorase de él, ya por que no pocas se rindiesen á sus alhagos, por miedo ó terror; ya, en fin, porque otras le vendiesen su cuerpo en cambio del oro ó de las alhajas, que su posición permitía darles, la verdad es, que Lopez no había amado todavía á ninguna mujer, hasta que cruzó por su camino la gallarda y encantadora figura de Pancha Garmendia.

XII.

Prometiéndole casarse con ella, había conseguido seducir una niña perteneciente á familia honrada de la Asuncion.

El día que supo que era madre, la abandonó cobardemente, dirigiendo entonces sus miradas y su pensamiento libertino á la señorita de Garmendia.

Sus galanteos empezaron de una manera filarmónica mandando todas las tardes, con matemática exactitud, la mejor banda de música de la guarnicion, para que tocase una hora frente á la casa de Panchita.

Al principio, la niña la escuchaba con inocente alegría sintiendo su amor propio allagado por la preferencia de que se le hacia objeto, con tan noble desinterés, al parecer.

El engaño y la ilusion, empero, no debian durar.

Las visitas de Lopez, empezaron á ser mas asíduas y frecuentes.

La niña que era viva é intelijente, y sobre todo, que cruzaba esa edad misteriosa de la mujer, en que parece que todo la convida al amor, y mas en un país, que como el suyo, parecia para el amor creado, comprendió muy luego las *intenciones* del General, y con ese tacto fino y delicado, que solo una mujer posee en ciertas circunstancias, para mostrar á un hombre su desden sin lastimarlo, trató de hacer comprender á Lopez que su cariño no encontraba éco en el suyo.

El primer movimiento del arrogante pretendiente, fué de impaciencia.

Acostumbrado á vencer sin luchar, y á ser en amores lo que César habia sido en los campos de batalla, no comprendia cómo, á sus primeras insinuaciones, la preciosa reina de aquellas soledades perfumadas por el ambiente de naranjos y azahares, no se habia postrado embebida de amor ante sus plantas.

Una noche fué á casa de Pancha, y esta no le quiso recibir.

Despues de haber esperado en la sala, pero en vano,

mas de una hora, se dirigió furioso á su cuarto. La puerta estaba cerrada: golpeó con insistencia; pero en vano tambien

La niña ni le contestó.

Se retiró fuera de sí.

La madre de Pancha, conociendo á Lopez, y temiendo el furor de su venganza, quiso interceder en su favor, pero la niña, revestida de esa sublime enerjia de la mujer virtuosa que ha concebida una resolucion extrema, le contestó:

— Ni ahora ni nunca, podrè amar á Pancho. Ya sabe Vd. que jamás entregaré mi corazon, sinó al hombre que ame.

La anciana señora, no insistió.

Comprendió fácilmente la tormenta que asomaba en el horizonte de su hogar, y las persecuciones á que se esponia; pero conocia á fondo el corazon y el carácter de su hermosa hija, y sabia, por consiguiente, que nadie ni nada, le haria quebrantar ó variar sus propósitos.

Entretanto, la música seguia viniendo siempre; pero Pancha ya no se sentaba á escuchar sus armonias como antes, en la ventana.

Nueva rabia y desesperacion de Lopez, tanto mas mortificante para él, cuanto que los desaires de que la niña le hacia objeto, empezaban á servir de alimento á la chismografía de sus paisanas.

Sin embargo; el leon no queria renunciar á la conquista de su presa.

Pasó algunos dias sin ir á casa de Pancha.

Al fin volvió, y ella lo recibió como podria hacerlo con cualquiera de las personas que frecuentaban su casa: con finura, pero con esa indeferencia, que sin comprometer las sensaciones del corazon, no riñe jamás con los deberes impuestos á una mujer por la urbanidad.

Lopez hizo comprender á la madre de la víctima que desearia quedarse solo con ella.

La situacion de la buena señora, era difficilísima: por una parte, deseaba que su presencia, sirviese de amparo á su hija amenazada: por la otra temia, con su negativa, irritar á la fiera, devorada por el deseo brutal, y la desenfrenada lujuria.

El temor dominó las inspiraciones de su corazon.

Quedaron solos, Pancha y el General.

Este se acercó á la divina Paraguaya.

Sus ojos, eran dos llamas de fuego: su escitacion, la de un hombre que se siente ajitado por las impetuosidades de una de esas pasiones, en que, el amor, y el anhelo del supremo deleite lo levantan á las turbulentas rejiones en que el espíritu, mira á la reflexion, como una peregrina, para la que no tiene hogar ni techo.

Pancha, por el contrario, estaba grave y severa, como la mujer que, dueña de su poder y suficiencia, espera la lucha sin temor.

Lanzándole una mirada, tan ardiente como apasionada, y tendiéndole la mano con afecto, el General le dijo:

—¿Por qué eres tan ingrata *mulata* mia? ¿No sabes que te amo locamente y que eres la única mujer por quien he sentido amor? ¿Qué quieres de mí? . . .

—No me ofendas Pancho—Ya te he dicho que no te amo: que jamás podré amarte: tú mismo sabes que mi corazon se inclina á otro. . . .

—Imposible! No. . . jamás. . . Yo no podria soportarlo. Seré tu esclavo sumiso: tu voluntad será la mia: habla: pide, dime qué quieres que haga por tu felicidad, en cambio de la mia, que solo tú puedes hacer.

Al oir estas palabras, la bella Paraguaya, que habia dejado al amartelado pretendiente con la mano tendida,

huyéndole la suya, se levantó arrogantemente, diciendo con majestad.

—Ni una palabra mas, General, ó me retiro.

—Retirarte! Y ¿crées que te lo consentiria? Jamás! Es preciso que comprendas la fuerza de esta pasion sincera en mí, doblemente ardiente, desde que la veo contrariada, desde que tu desden y tu arrogancia me humillan tan sin piedad

—Ya ves que te conozco; no he creído nunca que podria sentir por tí el menor cariño; pero si tal hubiese sido mi desgracia, trataria de combatir esa funesta preferencia, pues sé que mi debilidad seria ofrecida en holocausto, no á tu amor, sinó á tu amor propio, á tu vanidad

—Pancha, Pancha por Dios! De rodillas te pido que no me juzgues así. Yo te amo. Nada me importa hoy, sinó tu amor. Dime lo que quieras, y lo tendrás.

—Retírate por piedad, y déjame: te lo suplico.

—Jamás

En ese instante quiso precipitarse sobre la indefensa criatura; pero ella, con la rapidez de la que desea huir un peligro inminente, se lanzó sobre la puerta que conducia á las piezas interiores, y desapareció.

Lopez quiso seguirla, pero ella se atrincheró, echando los pasadores.

Iracundo, embriagado de cólera, con los ojos centellantes de ira, los cabellos crispados, y humillado, tomó su *kepí*, y al salir, arrojando espuma por la boca, gritó:

— *Yo me vengaré: si no eres mia, jamás lo serás de ningún otro.*

Mas de una vez he oido yo mismo decir despues á la señorita de Garmendia, que esas palabras resonaban constantemente en sus oidos, como uu fúnebre presentimiento ara el porvenir de su vida.

Desgraciada! La horrible realidad debía venir años despues á dar razon á sus temores.

Cuando llegue á la parte que se relaciona con la guerra del Paraguay, el lector se ha de estremecer al conocer los detalles de la muerte de la mas linda de las Paraguayas.

XIII.

La retirada de Lopez de casa de la señorita de Garmendia, que bien podia llamarse el templo de la virtud, habia sido afrentosa para el libertino que engreído con su nombre, con su posicion, con su fortuna y con el éxito de sus conquistas anteriores, creía que esta le seria igualmente fácil.

Donde menos creía, encontró una resistencia tenaz y heroica, y tanto mas noble, cuanto que se la oponia una débil mujer, que con sus desdenes se esponia á todas las venganzas de esa alma *corsa*.

En una sociedad diminuta, pequeña, reconcentrada en un pedazo de tierra, donde apenas llegaba de tarde en tarde, el éco casi apapado del bullicio del mundo, entregada á una ociosidad constante, en la que todos se conocian con intimidad, no era posible pudiesen pasar desapercibidas las escenas entre el General Lopez y Pancha Garmendia.

La espectable posicion de aquel, y la belleza de esta, eran ya por sí, suficiente motivo para que esas escenas no pasasen cubiertas con el velo del misterio.

Así sucedia.

La sociedad Paraguaya lo sabia todo; y en medio del terror en que se ajitaba, del espionaje en que vivia, y del profundo temor que pesaba sobre su espíritu, no sabia qué admirar mas, si la virtuosa resistencia de esa digna

mujer, que desafiaba sin miedo la cólera del libertino, ó la infame persistencia con que este pretendia manchar la pureza de una criatura anjelical.

Conociendo á Lopez, siempre fátuo y orgulloso, fácil era comprender la lucha tremenda que debia librarse en su corazon.

Acostumbrado hasta entónces á vencer sin resistencia, á conquistar sin oposicion, á sacrificar sin obstáculos, la obstinación de Pancha le empequeñecia á sus propios ojos, haciéndole comprender, á él, que su posicion y sus condiciones físicas y morales eran impotentes para ejercer dominio ó imperio sobre una mujer, que, sin ser superior por su educacion ó intelijencia natural, lo era, en cambio, por la belleza con que Dios la dotára.

¿Qué camino le tocaba tomar?

El General vaciló durante dos dias.

Al tercero se resolvió á obrar, y escribió una carta á la hermosa rebelde.

Haciéndolo, creyó que daba el golpe de gracia.

Los alhagos, el oro, las seducciones de un porvenir garantido por las riquezas, no habian conseguido ablandar el corazon de Pancha.

Era preciso *algo mas*.

A eso respondia la carta del General.

Yo mismo la he tenido en mis manos.

Estaba escrita con talento y ternura, aunque no con letra del enamorado Paraguayo. La firma solo, era suya.

En resúmen: la epístola amorosa se reducía á ofrecer á Pancha la *mano* de quien la escribia.

No pudiendo seducirla, le prometia hacerla su esposa.

Como dije antes, con esa oferta Lopez creía ver realizadas sus esperanzas.

Pero ¡ay! él no contaba con el poder de resistencia de

una mujer, á quien no seducia ningun otro *alhago*, que no fuese el del corazon.

Pancha recibió con desden la proposicion del orgulloso *magnate*, y le contestó secamente:

“Ya conoces mi resolucion. No tengo una palabra mas “que agregar.”

Lopez esperaba esta nueva repulsa.

Durante algunos dias, dejó tranquila á la niña.

La madre, estaba satisfecha y contenta.

Ya creía á su hija libre del peligro que la amenazaba.

Esta, por el contrario.

Conociendo perfectamente á su perseguidor, comprendia que aquella aparente calma, era precursora de una espantosa tormenta.

No se equivocaba.

Era la una de la mañana, de una madrugada de las mas calorosas que ha tenido la Asuncion.

Lopez, despechado, ciego, iracundo, resolvió hacer una nueva tentativa; y á esa hora, doblemente silenciosa en un pais sin vida, ni movimiento propio, escaló la casa que ocupaba el objeto de sus pretensiones.

Hay quien afirma que la madre de la niña, por miedo, y cediendo al terror que le infundia el General, le ayudó á penetrar al seno de su hogar.

Mortificada por el calor, Pancha habia estado algunas horas recostada en una *hamaca* que se balanceaba en un corredor de la casa, y en la que reclinada cual indolente sultana, aspiraba medio dormida las suaves brisas de la noche, perfumadas por los naranjos y jazmines del jardin.

Al despertar, volvió á su cuarto.

Acababa de quitarse sus vaporosos trajes, cuando le pareció sentir ruido en el patio inmediato á su habitacion.

En un instante lo comprendió todo.

Nada sabia.

No tenia motivo ninguno para sospechar que su perseguidor intentaba un nuevo golpe sobre su resistencia, pero desde que sintió pasos en el jardin, creyó descubrir, en ese ruido sordo y casi apagado que produce la pisada en medio del silencio de la noche, la del General Lopez.

Panchita era una mujer en la que, el sufrimiento, el dolor, y la indignacion que sobre su ánimo producian la conducta del que, en vano luchaba por deshojar la flor de su pureza, retemplaba sus fuerzas, dándole nuevo aliento á medida que el peligro parecia mayor.

Lejos de asustarse, se dispuso á una lucha tan desigual y desesperada, como hubiera sido preciso

Con todo sijilo se cercioró de que, la ventana y puerta que daban al corredor, estaban perfectamente cerradas.

De la puerta que la ponía en comunicacion con las piezas interiores de la casa, no se preocupó.

En ellas estaba su madre.

¿Qué mejor centinela para su honor?

Pancha se acostó, apagando antes la vela.

Todo era silencio y quietud en torno á la modesta alcoba en la que, una pobre niña, radiante de juventud y de hermosura, elevaba quizá, en ese misterioso instante, su espíritu intranquilo hasta el trono del Eterno, pidiéndole, sumisa, pero confiada, que no la abandonase en el supremo lance.

Los momentos corren. . . .

El ruido ha cesado.

Ya no se sienten las pisadas sobre la menuda yerba del cercano jardin.

Hay un momento en que hasta la misma naturaleza parece que durmiera.

Solo Pancha vela. . . .

Ella conocía á Lopez, y por consiguiente sabia, que una

vez lanzado en una aventura de esa especie, no retrocedería si no despues de dar la nueva y suprema batalla.

No sé que pueda haber nada mas digno de admiración y respeto, que la actitud de Pancha Garmendia en el momento en que se la presento á mi lector, atincherada en su alcoba, temiendo ser asaltada por el que, creyéndose soberano y omnipotente, se prepara á penetrar furtivamente al templo sagrado de la virtud y de la castidad.

La Paraguaya empezaba á sentir á Morfeo revoletear cauteloso sobre su frente, reclinada en las hebras sedosas de ondulante cabellera, cuando le pareció percibir que se abria con temor y sijilo, no la puerta que daba al corredor, y por la cual podia temer el asalto, sinó la que se comunicaba con las piezas interiores, donde ella suponía que debia velar la guardiana de su honor.

Al percibir el lijero ruido, se sentó en la cama, trémula, sobresaltada, llena de espanto.

No era ilusion: alguien acababa de penetrar á su cuarto.

—¿Eres tú mamá?—preguntó.

Nadie le contestó. . . .

Entonces lanzó un grito: *socorro! socorro! ladrones!*

Pero inmediatamente sintió una mano, que trataba de tocarle alguna parte de su cuerpo.

Se horrorizó con la primer sorpresa; pero recobrando su habitual entereza, dijo con voz tranquila y sonora:

• —Miserable! ¿Eres tú? Te esperaba hace una hora para maldecirte, para hacerte oír lo que todavia no habias oído de mis lábios. Eres un villano á quien detesto. . . .

—Es inútil que así me trates—contestó Lopez, pues no era otro el que, cruzando por las piezas en que dormía la madre de la infeliz niña, acababa de entrar—no saldre de aquí sin que seas mía. . . .

—Muerta lo conseguirás: de otro modo, jamás. . . .

A estas palabras se siguió una lucha, cuerpo á cuerpo, entre el furioso libertino y la tímida niña, que no habria pluma bastante inspirada para referir, con la *série* de conmovedores detalles que la caracterizan.

Lopez, fuerte, corpulento, dotado de una musculatura cuyo vigor redoblaba los arranques de una lujuria apetitosa, pujaba desesperadamente por violentar á la hermosa Paraguaya, que á pesar de la debilidad relativa de sus fuerzas, luchaba heróicamente por no dejarse avasallar por aquel bárbaro, mil veces mas infame para mí al hacer alarde de esa inícuu tentativa, que, cuando años mas tarde, conducia al *mataclero* una jeneracion entera, sacrificaba sin piedad en el sangriento altar de sus ambiciones y de su brutalidad.

Pancha, en medio de la tremenda lucha, lanzaba gritos de dolor y desesperacion; pero nadie los contestaba, hasta que al fin, despues de algunos minutos entró precipitadamente en la estancia, trayendo una luz en la mano, una muchacha de su íntima confianza, que despertada de improviso, presintió que algun gran peligro amenazaba á su *señorita*.

Cuando entró, se ofreció á sus ojos un cuadro desgarrador.

Pancha estaba hincada en el suelo: el General la tenia abrazada con el brazo izquierdo; pero ella sujetaba entre sus preciosos dientes, un dedo ensangrentado de la mano derecha de Lopez, que mordía con verdadera furia. . . .

—Llama á mi madre, por Dios!—le dijo la niña á la muchacha, con acento de amarga desesperacion.

—No quiere venir—replicó esta.

—Ya lo vés—dijo Lopez—es inútil que llares.

—Nada me importa. Estaré así hasta mañana, si es preciso. Si tú has intimidado á mi pobre madre, no conseguirás intimidarme á mí, miserable.

—Lo veremos—Y tú—dirijiéndose con acento amena, zador á la pobre muchacha—retírate inmediatamente, si no quieres esponerte á las consecuencias de tu falta de respeto hácia mí,

¿Cómo habia de oponerse aquella infeliz?

Por mucho que fuese su noble deseo en ayudar á la víctima, presa entre las garras del tigre que rujia de cólera, ella sabia, que su simple intencion de resistencia á la órden del General, le causaria una desgracia eterna.

No sin lanzar antes una mirada de profunda tristeza á su *amita*, la muchacha salió precipitadamente del cuarto, dejando, empero, la luz sobre una mesa.

Pancha empezaba ya á sentir el natural cansancio producido por la lucha en una mujer de suyo delicada.

Estaba pálida y trémula.

Lopez, por el contrario, sentia redoblar sus fuerzas y furor: primero por la tenacidad inquebrantable de la niña, y despues, por el agudo dolor que debia producirle la prision de uno de sus dedos entre los afilados dientes de Pancha, que, medio ahogada al fin, no lo queria largar.

—¿Cedes ó no? Te lo pregunto por última vez—dijo Lopez.

—Jamás!—apenas atinó á contestar Pancha.

Entónces se trabó una verdadera lucha de pujilato, en la que, ella, casi estenuada ya, consiguió *pinchar á Lopez con un alfiler*, produciéndole tanto daño, que á pesar de su aparente resistencia para soportar el mordisco que le tenia el dedo casi tronchado, lanzó un grito, y haciendo un último y supremo esfuerzo consiguió libertar su mano de los dientes, que tanto mal le habian hecho.

Pancha se puso de pié rápidamente, mirando de hito en hito á su perseguidor.

Este se cruzó de brazos, y aparentando una tranquilidad de espíritu, que no podía tener, le dijo:

--¿Todo es inútil intónce?

—Todo.

—¿Rechazas todas mis ofertas?

—Todas.

--¿No quieres ser mi esposa?

—Jamás.

—Está bien: te voy á dejar tranquila: me alejaré de aquí por algun tiempo; pero no consentirè que seas tampoco la esposa de otro hombre. Si tú sientes contento en hacer mi desgracia, yo sentiré dicha inmensa en labrar la tuya. No ha de pasar mucho tiempo sin que te arrepientas de tus desdenes para conmigo.

Pancha guardó silencio.

--¿Nada me contestas?—le preguntó fuera de sí.

Ni una palabra.

Entónce sacó del bolsillo una pistola pequeña, y montándola con furia, le apuntó.

--Tira miserable! tira, que al fin tendria que agradecer este servicio, el único que podrás haberme prestado en toda tu vida....

Me ha referido la señorita de Garmendia, que nada de cuanto le habia dicho á Lopez, le produjo mas honda y profunda impresion que estas palabras.

Al oírlas, bajó instantáneamente el arma, la dejó caer, y sin murmurar una nueva sílaba, salió, por la puerta de los cuartos porque habia entrado.

Un instante despues se oían sus pisadas en el jardin: se retiraba humillado, vencido, avergonzado de haber visto, que ni el oro, ni sus promesas, ni toda la omnipotencia de un poder que él consideraba invencible, habian podido dominar las sublimes resistencias de una tierna mujer, sola y sin amparo, que inspirada, empero, por la sublime resolucion de salvar el tesoro de] su virtud, se habia revestido de toda la fortaleza de una heroína.

Cuando la niña se consideró sola, dejóse caer sobre su cama, anegada en llanto.

Su anciana madre no tardó en aparecer, corriendo á precipitarse en sus brazos.

—Perdóname hija mia! perdóname: he tenido miedo. .

—No lo he tenido yo.

—Me ofreció matar si no le dejaba entrar.

—Y no me lo preveniste con tiempo!

—Tenia miedo. . . .

Pancha lloraba siempre. . . .

No es mi ánimo detenerme á juzgar la conducta de la señora madre de esa sublime criatura: tendria que ser severo, duro, implacable; pero ignorando si ella también ha tenido la suerte de su hija, ó si por el contrario, vive todavía, no querria aumentar su dolor con un juicio, en que todo podria quedar constatado, menos el cumplimiento de un sagrado deber, que la mision austera de una madre imponian á la de Pancha, en el instante supremo en que la supo amenazada por el que, insensato, pretendia satisfacer uno de sus licenciosos caprichos, á trueque de la deshonra de una mujer, que se conservó pura en medio de la corrupcion y de las tentaciones.

XIV.

• Algunos han creído en la Asuncion que Lopez estaba realmente enamorado de Pancha Garmendia.

Otros opinaban lo contrario; pero ¿cómo determinar de una manera precisa, lo que pasaba en las rejiones de ese corazon, completamente *sui-géneris*.

Su vehemencia, su desesperacion por llamarse el dueño de la linda mujer, podia, en una naturaleza como la suya, ser indistintamente el efecto de un amor ardiente ó el

anhelo de satisfacer un capricho lúbrico, que dando pasajero deleite á sus sentidos, rindiese homenaje á su amor propio, y vanidad petulante.

Lopez era una naturaleza especial, tanto mas difícil de ser estudiada ó comprendida, cuanto que su modo de ser habitual le conservaba aislado de todos, no pudiendo, por consiguiente, en el trato diario y constante, presentar á nadie la ocasion de ser conocido.

Sea de esto lo que fuese, el hecho es, que la última escena entre Lopez y Pancha, le abatió completamente. En esos dias estubo triste y taciturno, y no pocos pagaron los arranques de su mal humor.

Por fin, se decidió á emprender su viaje á Europa.

Un amigo íntimo suyo me ha dicho que al partir le dijo: *esta maldita mujer me ha trastornado la cabeza: me voy por un poco de tiempo. Cuando vuelva, será otra cosa.*

No es este el momento de hablar de la excursion de Lopez á Europa. Eso vendrá á su tiempo.

Ahora solo me ocupo de la gallarda Paraguaya, que destacándose primero entre las selvas de su hermosa Patria coronada por la luz de la belleza, regó mas tarde con la sangre de su martirio el cadalzo en que la furia de un déspota, decapitó la cabeza de una jeneracion entera.

Per fin, despues de haber derrochado doscientos mil duros en una vida en que el orgullo de la ostentacion vanidosa, compartia sus emociones con el tributo pagado al libertinaje y la vergonzosa licencia, el General Lopez regresó del viejo mundo.

Como se sabe ya, Elisa Lynch venia con él.

Dotada de un espíritu perspicaz é investigador, é interesada en conocer los antecedentes de la vida de su amante, una vez que pudo penetrarse de la importancia de la posicion que en su patria tenia, no tardó en conocer

á fondo, la historia de sus amores con la señorita de Garmendia.

Dos sentimientos la dominaron desde luego: el del despecho que le causaba conocer una mujer que habia tratado con desden á Lopez, y el de los celos que le inspiraba la hermosa rival que encontraba en su camino.

Elisa Lynch conoció á Pancha, y aun cuando tuviese confianza en sus propios méritos para seguirse imponiendo á las pasiones de su querido, comprendia que los encantos naturales de la niña, eran mas que suficientes para que, en su corazon y en sus sentidos, renaciesen las impresiones que tanto lo ajitaron antes de la partida.

La inglesa no se habia equivocado, como lo veremos mas adelante.

CAPITULO XII.

UN PASEO Á LA COLONIA "NUEVA BURDEOS"—LA TRAVE-
SIA EN EL VAPOR FRANCÉS "ACQUITAINE"—ELISA
LYNCH Y SU CORTE Á BORDO—SU HIJO PANCHO—LUJO
Y OSTENTACION—LOS DESAIRES DE UNA ARGENTINA—
MI NATURAL TEMOR—SITUACION ESPANTOSA DE LOS
COLONOS — SUS QUEJAS — CUADRO DESGARRADOR—
UNA JÓVEN FRANCESA EMBARCADA MORIBUNDA—ATEN-
CIONES DE LA INGLESA.

I.

La misma noche en que mis compatriotas residentes en la Asuncion, y mi compañera de viaje, despues de su conferencia íntima con la señorita de Garmendia, me referian con algunos otros detalles, cuanto acabo de compendiar sobre esa triste historia de amarguras y dolores, el General Lopez me hacia saber, por conducto de su Edecan el señor Yedros, que al siguiente dia, desde las seis de la mañana, el vapor francés *Acquitains* estaria á mi disposicion y á la de *mi comitiva*—era la frase—para hacer el paseo á la Colonia *Nueva Burdeos*, situada sobre la costa oriental del Rio Paraguay, á diez leguas de la capital.

La oferta del General era galante.

Aceptándola, llenaba el doble objeto de mostrarle la importancia que daba á su ofrecimiento, y satisfacía el deseo de visitar una Colonia, de cuya tristísima condicion, se habia ocupado la prensa de Buenos Aires.

Contesté, por consiguiente, al señor General, que grato á su fineza, iría gustoso al paseo.

Esa misma noche, *eché tropa* invitando, no solo á los amigos que habian hecho el viaje conmigo, sinó á los compatriotas que tuve la fortuna de encontrar en la Asuncion, y que, desde el primer instante, se disputaban el placer de sernos agradables.

Con escepcion de Adolfo Calvo, que ese dia tenia serias obligaciones que atender, todos los demas aceptaron, de manera que, nos encontramos reunidas como veinte personas, para emprender el paseo.

A las ocho estábamos todos en el *Acquitaine*.

Era éste un hermosísimo vapor francés, de alto bordo, que el señor D. Antonio Lopez acababa de vender al Gobierno Paraguayo en la suma de ciento treinta mil patacones, y que posteriormente fué bautizado con el nombre de *Rio Blanco*, y enviado á Europa en tres ocasiones, conduciendo jóvenes aspirantes de marina, por vía de instruccion, y valiosos cargamentos de tabaco, que dieron brillantes resultados.

Ese dia debia recibirse el Gobierno, del *Acquitaine*, y con ese objeto se mandaron á bordo, Capitan, maquinistas y tripulantes nuevos.

El que debia comandar la nueva nave de la naciente flota, de la que, solo por irrision se ha llamado alguna vez la *Rusia Americana*, era uno de esos tipos que habria hecho la delicia de Cham ó Gavarni para una de sus espirituales caricaturas, dando al mismo tiempo fecundo tema al travieso de Paul de Kock para trazar sus contornos morales.

Mi hombre—á quien llamaban el Capitan Mesa—era alto y gordo: cara achinada, cabello que podia tomarse por cerda de buena clase, manos y piés de un tamaño poco comun, fisonomía *francachona*, y un conjunto digno de figurar en un Museo de curiosidades, ó en el *Palacio de Cristal* de Lóndres, bajo cuyo techo colosal el buen humor de sus empresarios ha sabido agrupar una coleccion de *tipos americanos*, hijos los mas de una fantasía festiva, que hacen la delicia constante de los Ingleses.

Vestía una casaca militar de caballería, completamente nueva, y que ajustada por demas, apenas daba movimiento á un par de brazos, que bien podian tomarse por las palas de un molino de viento.

El Capitan del vapor, que erá un francés de modales finos y distinguidos, como lo son casi todos los hijos del gran pueblo, que lucha con admirable heroismo en los momentos en que trazo estas líneas, tenia la mision de enseñar al caballero Mesa los términos *profesionales* para hacer mover la máquina.

Comedia semejante, no he presenciado nunca.

El recipiendario se pegaba al francés, como la sombra al cuerpo.

Levada el ancla, dijo con su bozina: *en avant doucement*.

Repita Vd.--agregó dirijiéndose á Mesa.

Aquí fué Troya.

En vez de esas dos sencillísimas palabras del idioma de Boileau y Jorge Sand, el Paraguayo articulaba unos sonidos ininteligibles, que ponian á contribucion los pulmones de los que formábamos la comitiva, sin que, el flamante *marino de caballería*, se diese cuenta del orijen de las Homéricas carcajadas con que saludábamos, cada una de sus voces de mando.

Por fin el vapor empezó á surcar majestuosamente las

aguas impelido por el *tornillo*, que al jirar, producía en la popa pequeña onda de espuma.

II.

La navegacion no podía ser mas pintoresca.

La mansedumbre del rio, dormido en el lecho de flores y verdura que forman las dos costas coronadas de esplendente vejetacion: las ramas de los árboles, que silenciosas y gallardas se inclinan á besar las aguas puras y cristalinas: los rayos de un sol ardiente que en ellas se quiebran, esmaltándolas con sus variados y caprichosos matices: el alegre y armonioso canto de mil pájaros de variada pluma que saltan inocentes de flor en flor: el aroma que estas exhalan, envolviendo el aire en ondas de suavísimo y virjinal perfume: los naranjos cargados de la esquisita fruta salpicados en esa inmensa zona de tierra, y en fin, los tigres salvajes que de vez en cuando asomaban en los bosques y las llanuras, daban al gran cuadro de la naturaleza Paraguaya, un aspecto que levantaba el espíritu á las rejiones tranquilas de la contemplacion.

La comitiva iba contenta.

En cuanto á mí, confieso, que desde el instante en que salí de la Asuncion me pareció respirar una nueva atmósfera, sintiendo mi corazon aliviado del peso de amargura que le tenia oprimido á partir de la hora en que pisé la tierra de los Lopez.

Un viaje de este jénero, ya se presume lo que es.

La cubierta del vapor, como sucede en los viajes del Rhin, se convierte en un salon, donde se encuentran jentes dispuestas siempre á gozar con los espectáculos nuevos que cruzan delante de su vista maravillada.

Haria una hora que estábamos en camino, cuando, sin

que nadie sospechase en sorpresa semejante, se vió salir de la Cámara del vapor, á Madama Lynch.

El Capitan Mesa y demas oficiales, al verla presentarse en la cubierta, se quitaron sumisos sus gorras y *kepís*, saludándola cual si fuera una soberana.

Si no lo era en el sentido que la palabra tiene, tratándose de una de esas mujeres que ostentan en sus manos el cétro de un pueblo, era, sin disputa, la soberana de la hermosura.

Elisa estaba realmente tentadora.

Su traje era de la mas esmerada elegancia. Vestido y saco de seda color de manzana, botin y sombrero del mismo color.

Con ella subió una *ama* vestida tambien con lujo, trayendo en sus brazos un niño, que tendria un año. Las ropas blancas que llevaba eran tan ricas, como podrian serlo las del heredero de la corona de Inglaterra, cuando pequenuelo jugueteaba en los Palacios de *Windsor* ó *San James*.

Examinando su fisonomía, fácil era descubrir la semejanza entre el tierno infante y el General Lopez.

Siguiendo al *ama*, subieron dos criados de librea, y á pocos momentos se presentó el *espía* aquel que encontré por primera vez en casa de la Inglesa.

Al subir, Elisa paseó una mirada tierna y espresiva por todas las personas que componian la comitiva: saludó con cierta coquetería, y fuè á sentarse en un gran sillón que se le tenia reservado, sin duda—porque recién entonces se descubrió—y que estaba colocado en la popa, cerca del timón.

El Capitan del *Acquitaine*, su dueño el señor Lopez, y los argentinos residentes en la Asuncion, se acercaron todos á la querida de Lopez, y con mas ó menos respeto, le presentaron sus homenajes.

Solo los que componíamos la comitiva del *Uruguay*, permanecemos alejados.

La *Porteña* que con nosotros iba, se puso fuera de sí.

En estos casos, nuestras damas no transijen: son implacables.

—Si hubiera sabido que esta malvada venia, yo me habria guardado bien de venir—dijo con enfado—Es una insolencia que la Inglesa venga haciendo alarde de ser una prostituida. Yo ni la he de mirar durante todo el camino.

En vano algunos de mis compañeros y yo tratamos de disuadirla en cuanto á la exajeracion de su dureza, haciéndole comprender que estábamos todavia en la *boca del Lobo*, y que no seria prudente esponerse á las furias de la Inglesa.

Inútil tarea!

La Argentina como la señora de Bermejo era intransigente, considerando como una traicion á sus principios, y á la severidad de costumbres heredadas en el hogar, cualquier debilidad que tuviese con aquella mujer.

Esta, por el contrario, viva, perspicaz, *intencionada*, y sobre todo, apercibida inmediatamente de la situacion, no tardó en ponerse en campaña con el conocido intento de acercarse á nuestra compañera, y entablar conversacion con ella.

Mi situacion personal, no podia ser mas embarazosa: era casi ridícula.

Yo conocia ya á Madama Lynch: habia estado á visitarla: habia recibido de ella amable hospitalidad, y deferente acogida. Sin pensarlo, la encontraba á bordo. ¿Cómo no saludarla?

Por otra parte, haciéndolo, no solo iba á contrariar lo que las mujeres tienen de mas susceptible—el amor pro-

pio—sinó á despertar en ella nuevas resistencias, contra la gallarda Inglesa.

La situacion jeneral se habia hecho un tanto *tirante*.

Cateura, Canstant y Soler, sumisos como todos, á la vida Paraguaya, vida de temor y constante zozobra, tenian que mostrarse galantes con Elisa Lynch, y al mismo tiempo, habiendo visto la repugnancia que inspiraba á su compatriota, aspiraban á no contrariarla.

Esto por una parte.

Por la otra, era preciso tener en cuenta tambien, la situacion de la misma Inglesa.

Ánte todo era mujer, y mujer engreída, no solo con su belleza natural y con la conciencia que tenia de sus cualidades personales, sinó con la espectabilidad de la posicion que Lopez le habia dado en el Paraguay.

La dama que tenia en frente, no podia despertarle otros celos que los de *una situacion del momento*, situacion del momento que Elisa Lynch definia de este modo: *yo quiero llevar círculo en el paseo*.

De aquí, lo embarazoso de la posicion en que se encontraban aquellos amigos.

Yo lo comprendí, y llamando á Cateura, que fué siempre el mas timorato, le dije:

—Tengo que pedirle á Vd. una gracia, mi amigo.

—Cuál?

—Que no se separe Vd. un iustante de Madama Lynch.

—¿Por qué me lo pide Vd.?

--Vamos *paisano!* Supone Vd. que no comprendo su situacion?

—Y la señora ¿qué dirá? No lo tomará á mal?

—No se cuide Vd. de eso. Aquí de lo que se trata es de que este paseo no sea un motivo de disgusto para nadie, y mucho menos, para ninguno de ustedes. . . . Con ella, están *cumplidos*. Atiendan á la Inglesa.

El noble amigo no se lo hizo decir dos veces.

Inmediatamente corrió al lado de la Lynch, que le recibió con esa fina coquetería que según Madama de Récamier, “hace á veces de un hombre, un ente sin voluntad propia.”

Elisa Lynch no me quitaba los ojos.

Yo comprendía que al mirarme con tanta insistencia, me quería decir: *¿por qué no vienes á saludarme?*

Mi deber me imponía hacerlo.

Habiendo estado en su casa, habría cobardía en sacrificar á cualquier otra consideración, lo que yo reputaba en ese momento un acto de urbanidad.

Sabia la tormenta *femenina* que me amenazaba; pero no vacilé

Me dirijí hácia donde estaba la famosa heroína de este humilde libro.

Así que me acerqué, se puso de pié, y tendiéndome la mano con una gracia especial, me dijo:

—Creí que Vd. no me conocía.

—No es fácil verla á Vd. una vez, y olvidarla luego.

—Sin embargo, me pareció que Vd. no quería saludarme.

—No sé por qué.

—Quizá esa *linda dama* se lo había impuesto á Vd.

Profunda ironía en estas palabras.

—Creo, efectivamente, que ella habría preferido que no me acercase á Vd.

—Será celosa?

—Y aun cuando lo fuera: eso, ¿qué importaría?

—Siéntese Vd. un momento, si no *teme hacerlo*—y dirijiéndose al Comandante Mesa y demás oficiales que, gorro en mano, la rodeaban, continuó:

—Y á ustedes les pido que me dejen un momento con el señor

Toda aquella pobre jente, sumisa y degradada hasta el envilecimiento, se apartó inmediatamente.

—¡Qué linda, y qué elegante es la señora—me dijo Elisa.

—Yo no soy juez.

—Al contrario: si no lo hubiese Vd. sido ya, no habria Vd. elegido.

—No entro en esa discusion.

—Veo que Vd. es partidario de cortarlas á tiempo.

—¿Por qué me lo dice Vd.?

—En mi casa fué lo mismo.

—¿Acaso por culpa mia?

—Tiene Vd. razon: yo misma pedí á Vd. que tuviese cuidado de lo que me decia.

—¿No sucederá ahora lo mismo?

—De ninguna manera. Ahora podemos conversar libremente. Tengo interés en ello.

No era difícil comprender *la intencion* de Elisa Lynch.

La conversacion conmigo, por poco que esto pueda ahogar mi amor propio, debia serle completamente indiferente. Si la deseaba, era por *picar* á mi compañera de viaje, cuya indiferencia, cuyo desden habia picado ya su vanidad.

Yo creí que la ocasion se me presentaba propicia, para que yo me presentase audaz á los ojos de la misteriosa Inglesa, y sin mas ni mas, le dije:

—¿Sabe Vd., señora, que me llama la atencion ver á una mujer como Vd. en estos sitios?

—A la verdad: hay de qué admirarse; pero Vd. ha olvidado una cosa.

—¿Cuál?

—Mi nacionalidad.

—No comprendo.

—Soy Inglesa, y ya sabe Vd. que los ingleses y las inglesas deseamos siempre *conocer lo desconocido*.

—Entónces ¿ha venido Vd. á la Asuncion, como *simple viajera*?

—Me quiere Vd. *confesar*?

—No es mi intención: si he sido imprudente en la pregunta, pido disculpa. . . .

—Sí lo ha sido Vd.; pero esa misma libertad, me causa placer. Yo tengo una historia muy larga. En otro momento tendria placer en contársela á Vd., porque veo que es Vd. un hombre de mundo. ¿Es Vd. muy enamorado?

Esta pregunta intempestiva, y hecha á *bout-portant*, confieso que me tomó por sorpresa.

Ella lo comprendió inmediatamente y continuó:

—No se ofenda Vd. de mi pregunta: si se la he hecho es porque en Vd. me ha parecido descubrir un hombre *tierno*.

—Viendo una mujer como Vd., creo que esa *ternura* casi seria una necesidad. Ahora, permítame Vd. que yo le pregunte á mi vez: *¿ha amado Vd. alguna vez*?

La cosa podia parecer algo extravagante; pero yo estaba resuelto á no dejarme arrollar fácilmente por la Inglesa; que, me parecia, tenia la pretension de *divertirse* conmigo, acostumbrada como estaba á hacerlo con todos.

—Le contestaré á Vd. con sinceridad—me dijo, revisándose de cierta gravedad, de que hasta entónces, no la habia visto hacer alarde—me gusta que Vd. me pague con la misma moneda:

¿Si yo he amado?

Era niña y amé. Al menos así me lo dijeron. Así lo pensé yo. Así lo dije tambien. Debí creer que no existía para mí, ni otra obligacion ni otro destino.

Yo creo que el amor es casi el deber de la juventud.

Ni á nuestros ojos se presenta otro objeto, ni ocupan nuestro sentimiento con otras ideas, ni trabaja nuestra imaginacion en otras fantasías. En la indolencia de ciertas vidas, las relaciones de amor son el único alimento del alma: se hacen como una devocion para los corazones sensibles, ó para los espíritus contemplativos como el mio, y aun para los caracteres vulgares y para los temperamentos frios, sirven de pasatiempo usual á su desocupada existencia.

Desde muy temprano yo sentí la necesidad de amar; pero en esos años casi inocentes de la vida, por impetuosa que fuese en mis impresiones, fuí mal juzgada, y peor comprendida.

Yo no habia dejado de ser una inocente, cuando me tenian por coqueta, quizá por depravada.

Sin duda para inspirar ideas austeras de deber, se necesitan pasiones graves, exclusivas, intensas. Yo no las conocia: todos mis pretendientes de una primavera, no componian una pasion.

Era yo muy voluble, muy pèrfida, muy intrigante, cuando ni aun el significado sabia de estas odiosas clasificaciones. Sé que se formaron de mí estraños juicios, y que circularon acerca de mi carácter ideas equivocadas y suposiciones injustas.

Yo las ignoraba, y todavia, si hubieran llegado á mis oídos, el no comprenderlas ó el no apreciarlas, me hubiera impedido acometer la tarea de desmentirlas.

Con lo que iba creciendo en edad multiplicábase en derredor mio las galanterías á medida que se aumentaba lo que llamaban mi hermosura. Con ellas crecieron y cobraron fuerza todas las imputaciones que lanza la opinion con aparente justicia contra la mujer que, franca y sincera, procede con las exterioridades de mudable, y sin embargo, era injusta aquella opinion que de mí se

formaba, como lo sabe el cielo; pues era tanto mas superficial mi coqueteria, cuanto que mi juventud adelantaba.

Las demostraciones de mi afecto pudieron, en un principio, ser aparentes ó exajeradas: despues fueron violentas ó retraidas.

Elisa Lynch se detuvo un instante.

Asombrado como estaba yo, al encontrarme repentinamente levantado á la altura en que se cernia la conversacion de la Inglesa, me pareció que ella misma se sentia sustraída á su vida habitual, hallando cierta complacencia, tanto al tratar las tiernas cuestiones que abordaba, cuanto al comprender que me inspiraba cierto interés que yo no podia disimular.

Como sucede cuando el pensamiento se encuentra esclusivamente contraído á un objeto, á un recuerdo, á una reminiscencia, á una sensacion que lo preocupa, yo habia olvidado completamente, el sitio en que me hallaba, las personas que me rodeaban, el punto á que me dirijia y los compromisos que tenia, para solo pensar en aquella mujer que se manifestaba ya, no solo como una mujer, ajena á la vulgaridad de las demas, sinó muy superior á muchas, por su talento y elocuencia.

El vapor seguia siempre.

Los demas compañeros de viaje se hallaban todos, formando *circulo* con la dama Argentina que, á la par nuestra, cruzaba las aguas de un rio majestuoso, destinado á ser, con el tiempo, soberbio mensajero de la civilizaci3n y el progreso, mientras que ent3nces solo era despertado en su eterno sueño, de vez en cuando, por uno que otro esquife que triste y solitario se veia mecer en su tersa superficie, eternamente perfumada por las flores que modestas crecen en sus márgenes.

La Inglesa, cuyas mejillas se habian encendido, continuó:

—He oído decir que las mujeres empiezan por enamorarse de un sér ideal, antes de que pueda representarse en el hombre que aman, las perfecciones de su ídolo imaginario. Desgraciadamente mi corazón habia seguido un rumbo opuesto, para el amor de seguro perdido, para la felicidad aun mucho mas estraviado.

Mis primeros cariños se habian consagrado á individuos muy vulgares, muy comunes. Solo despues, cuando mi juventud se adelantaba, y los panoramas de un mundo nuevo empezaban, fujitivos, á cruzar mi febriciente imaginacion, fué que empezaron tambien á cruzar por ella objetos ideales, rebajándose al mismo tiempo todos los que se acercaban al alcance de mis ojos.

Mi espíritu habia sido mucho mas tardío en su desarrollo que mi organizacion fisica, y se pasó algun tiempo antes que la compañía del pensamiento, la superioridad del alma, la elevacion de la intelijencia, y la grandeza del carácter fueran mas necesarias á mi corazón que la gallardia de la figura y las cualidades que hasta entónces me habian interesado.

Cuando aquel dia llegó, cuando para querer hubiera necesitado admirar, tenia ya demasiada esperiencia del corazón y del espíritu. El hombre superior, el hombre de talento, fué entónces mi mania, mi ilusion, mi ideal; pero, muy al contrario de lo que suele acontecer con estas creaciones imaginarias, yo no podia revestir de sus formas á los hombres que el destino ó el acaso colocaba en mitad de mi camino. Lo que pudo antes haber sido versatilidad, trocóse súbitamente en frio desden, para convertirse luego en sombrío y amargo tédio, disposicion de ánimo que debia serme mas perjudicial que mi anterior inocente lijereza, por cuanto los que, lisonjeados por mi franqueza sincera, se estrellaban al pronto con mi displicente acojida, tuvieron la bárbara complacencia de vengar

sobre mi reputacion de niña, su ofendido orgullo de hombres, y sus ponderadas ó presumidas victorias atrajeron á mis piés nuevas víctimas, y á mis esperanzas, nuevos y mayores desencantos.

En esta época de desden, no naciendo la pasion, debia resultar el causancio.

Todavía entónces, no me preocupaba de la opinion ajena.

Reducida á la consideracion egoista de mi propia situacion y de mi propia felicidad, me apercibí solamente de un desfallecimiento mortal que se apoderaba de mi ánimo, de un hondo malestar que minaba sordamente la serenidad de mi alma y las fuerzas de mi vida.

De repente, y cuando parecia haber llegado á su colmo el desarrollo de mi juventud, faltó su vigor á mis miembros desfallecidos, como faltó el estímulo del sentimiento á mi corazon desolado. En la edad en que las mujeres acumulan y prodigan tesoros de ternura, me encontré yo, con horrible sorpresa, sin aspiraciones, sin enerjía, sin entusiasmo. Asustada de mi propia situacion, me puse triste, y volvíme reservada. La coquetería dejó de ser para mí una urbanidad impuesta: ya no pude, como antes, devolver una declaracion como una cortesía: sus exigencias, hiciéronseme insoportables, y así como me habian tenido al principio, por lijera, supusieron y juzgaron despues que me habia tornado estúpida.

Yo tenia demasiado orgullo para asentir á este juicio.

Habia sido demasiado sencilla y demasiado inocente, para créer que esta situacion fuera la pena de haber malgañado las fuerzas de mi corazon.

Mi pensamiento fué mas triste.

Como aquellos ignorantes viajeros, que se figuran las rejiones orientales sembradas de ciudades de oro y entapizadas de jardines incomparables, y que al pisarla solo

encuentran la tierra desolada, el *Simóon* sofocante, las poblaciones infectas de una civilización bárbara, el aduar apestado de la tribu errante, y el Océano sin fin de calcinada arena, así descubrí yo, señor, á los primeros albores de mi triste corazón, el desierto de mi juventud. Los que solícitos me declaraban su pasión ardiente, habíanme pintado el amor como la mayor de las dichas, y la vida empleada en amar como un éxtasis continuo, en el cual el corazón exhalaría un himno eterno; pero ¡ay! aquel éxtasis era un mareo, aquel himno sonaba á mis oídos como el canto pesado del pescador solitario, como la salmodia de los muertos: aquellos eucantados palacios eran rocas hendidas, y las flores de aquel mágico jardín eran los celajes del cielo, reflejados sobre el agua muerta de algunos pantanos! . . .

Elisa se volvió á detener.

Estaba visiblemente conmovida, aunque no tanto como yo sorprendido.

Sacó de una pequeña cartera de terciopelo, que llevaba pendiente de su flexible talle, un riquísimo pañuelo de encajes, y lo pasó ligera y graciosamente sobre su rostro, diciéndome con bondad.

—¿Qué pensará Vd. de mí?

—¿Por qué, señora?

—Porque cierta estoy, que cuando Vd. me hizo la inesperada pregunta que me ha llevado al terreno, en que, sin pensarlo quizá, me encuentro ya, no sospechaba Vd., á quien apenas conozco, que en un momento inesperado, cuando menos lo pensásemos ambos, y en medio de un paseo como éste, le iniciaría á Vd. con tan ilimitada confianza, en los misterios de mi primera juventud. ¡Pobre opinión sin duda, la que Vd. se habrá formado de mí! Pero ¿qué quiere Vd.? Hay *desahogos* que confortan el alma. La mía hace tiempo que está enferma. Yo no tengo

una sola persona á quien confiarme. Entre tanto, deseo y necesito esa fraternidad de las almas y de los corazones.

III.

A medida que la Inglesa me hablaba con esta especie de franco abandono, mi asombro y admiracion subian de punto.

Convengo en que es difícil, casi imposible saber cuando una de estas mujeres paga su tributo á la verdad, y cuando *finje* emociones y sentimientos: convengo en que las mismas turbulencias de una vida licenciosa, basada casi siempre en el engaño y la mentira, las arrastra al embuste y el finjimiento; pero en aquellos instantes, me pareció que habia un gran fondo de sinceridad en todas las palabras de Elisa Lynch.

Iba á contestarle, cuando llamó al Paraguayo que mis lectores conocen ya.

Este se acercó sumiso, y ella le dijo algunas palabras en voz baja, al mismo tiempo que el Capitan Mesa, *kepi en mano*, se presentó, diciéndole á su turno:

—Ya vamos á llegar, *Madama*.

—¿Quiere Vd. desembarcar conmigo?—me preguntó la Inglesa.

—Ahora se lo diré á Vd. . . .

—Comprendo: teme Vd. los enojos de la señora. Espero que ahora se ha de calmar. . . .

En ese instante aparecieron el espía consabido, y los otros dos lacayos, trayendo tres magníficas bandejas, con dulces de varias clases, vinos, cerveza y refrescos.

Señalándola con el dedo como para que ella lo notase, les dijo en español:

—Vayan ustedes á ofrecer algo á aquella señora (mi compañera) y á los demas caballeros que la rodean.

Yo me quedé helado, porque presumia lo que iba á suceder.

No me habia engañado.

Los criados fueron, y la *Porteña* por toda contestacion abofrecimiento que le hacian, á nombre de la Lynch, les volvió la espalda. . . .

Pocas veces he cruzado mas desagradable momento.

Los tres Paraguayos se miraron instintivamente. Sirvientes de una mujer, á la que, respetaban y llenaban de consideraciones todos cuantos á ella se acercaban, cierto estoy que no podian salir de su asombro al ver el brusco desaire que le inferia la dama Argentina.

Pero ¿qué mucho que se sorprendiesen los sirvientes de Elisa Lynch, cuando esta misma, y todos los demas viajeros del *Acquitaine* se desconcertaron ante aquella escena muda, pero tremendamente significativa?

Maquinalmente mis ojos se encontraron con los de la pecadora, cuya fisonomía tomó una espresion de rabia, que me hizo recordar lo que sobre ella me habia dicho la señora de Bermejo.

Sin embargo, instantáneamente se dominó, al menos en cuanto á la espresion del semblante, y con un tono bastante burlon, me dijo:

—¿Esa dama es de Buenos Aires?

—Sí.

—Se conoce: no he conocido jamás mujeres mas orgullosas: veo que ademas de eso, las hay mal educadas. . . .

—Y sobre todo, las hay tambien muy dignas—contesté con cierto mal modo.

—¿Crée Vd., entónces, que merece elojio la grosería de esa *gran señora*?

Subrayo las dos palabras porque su intencion era picante y burlona.

—Desearía que Vd. me evitase hablar sobre este inci

dente: lo lamento mucho, y lo repruebo tambien; pero en toda mujer yo respeto siempre los móviles que le inspiran ciertas acciones.

Elisa Lynch se levantó y llamó á los tres sirvientes, que se habian quedado como la estatua del Comendador. Estos se acercaron á ella, les dijo algunas palabras al oído, y entónces vimos que arrojaban á la corriente del rio; todo lo que las bandejas contenian. . . . }

Nuevo incidente que producía nueva tirantez en la situacion.

Cateura y Soler se vinieron hácia donde estaba la soberbia mujer: ambos estaban visiblemente contrariados.

Yo aproveché la ocasion para cruzar y me fuí á reunir á mis otros amigos, reprochando á mi compañera de viaje lo que acababa de hacer.

Vana tarea!

Esta se mostraba mas dura y tirante que la de Bermejo contestándome, que haría todo cuanto pudiese por hacer comprender á la Lynch que no quería ninguna especie de relacion ó contacto con ella, y que aun cuando supiese que eso le habia de traer sinsabores y desagradados, los sufriria todos antes de confundirse con ella.

Si los hombres podemos ser, y en realidad somos siempre menos escrupulosos que las señoras, tratándose de una de estas mujeres que han hecho de la virtud un juguete, y de su cuerpo una vil mercancía, yo comprendía que á pesar de la posicion embarazosa que aquella situacion me creaba por lo que *podia sobrevenirme* en un pais de tan singulares costumbres, no podia hacer un reproche á mi compañera, de lo que era en ella un acto de decoro y decencia.

A mas de eso, algunos de los amigos que con nosotros habian ido de Buenos Aires, y principalmente José Ma-

ría Gimenez y Exequiel Calderon, aprobaban el proceder duro y seco de la *Porteña*, la que, como sucede en tales casos, viéndose apoyada, insistia con mayor arrogancia en sus resoluciones.

Bajo tales auspicios, y en medio de una gran frialdad, producida por los incidentes de que hablo, el hermoso vapor llegó á la costa de la Colonia *Nueva Burdeos*.

IV.

La primera que desembarcó fué la querida de Lopez.

Seguíanla sus criados, la nodriza con el niño, el Capitan y oficiales Paraguayos del *Acquitaine*, los señores Cateira y Sóler, y el dueño del vapor.

Minutos despues bajamos nosotros, es decir, mi compañera de viaje y demas caballeros que formaban parte de la comitiva, sin créerse obligados por temor, á ser de la corte de aquella soberana.

La Colonia ocupaba un precioso y pintoresco pedazo de tierra, cuya situacion y riqueza de vegetacion, ostentada en la fresca verdura de sus árboles y plantas, hacian comprender que en pocas zonas del mundo el hombre podria labrar la tierra con mas ventaja y provecho.

Al oír el silvido del vapor, varios colonos de ambos sexos se habian acercado á la costa.

Habia hombres, mujeres y niños.

El aspecto de esas buenas jentes no era, por cierto, el de personas que viven contentas ó satisfechas de su suerte. Por el contrario, sus fisonomías, físicamente deterioradas tambien, estaban por lo jeneral veladas por cierta nube de tristeza.

Cuando Elisa Lynch pasó, los Colonos se descubrieron con respeto: ella los saludó graciosamente, tendiendo la

mano á una jóven de simpático aspecto, que, muy pobremente vestida, se confundia en el grupo.

El recibimiento que nosotros merecimos, sinó fué tan respetuoso, fué por cierto, mucho mas afectuoso y cordial.

Así que pusimos el pié en tierra, los Colonos nos rodearon, distinguiéndose las mujeres por el tierno agasajo con que trataban de agradar á la dama Argentina.

Esta respondia, con la dulzura propia de nuestras mujeres, á los finos allagos de que se le hacia objeto.

El Colono que parecia Gefe entre los demas, hombre de cierta edad, fisonomía franca y aspecto noble, impuesto del objeto de nuestra visita, se comidió á hacernos pasear la Colonia.

El calor era sofocante.

Empezamos á andar.

La poblacion era regular, y las calles perfectamente tiradas á cordel.

Casi todos los ranchos presentaban un pobrísimo aspecto, notándose uno que otro de material. Lo que desde luego llamó mi atencion, fué el aseo de esas modestas moradas, en que nobles hijos del trabajo venidos de la lejana Francia, vivian completamente olvidados del mundo, en un pais que por desgracia debia servirlesmas tarde de tumba.

Todos los colonos eran franceses.

Las plantaciones, que daban á aquella sávana de fértil tierra el aspecto de un tablero de verdura, eran en su mayor parte, de maiz, de mandioca, algodón y tabaco.

Durante una hora larga, á pesar de lo sofocante del calor, andubimos recorriendo la Colonia, con inmenso contentamiento de sus moradores, que parecian á asistir á una gran fiesta, al ver jente desconocida, aparentando tomarse un interés verdadero en su situacion y en su suerte.

Por cada rancho que pasábamos, sus hospitalarios dueños nos hacían entrar, disputándose la satisfacción de obsequiarnos con lo poco que tenían.

En uno de ellos presencié una escena tocante.

Sobre un pobrísimo cátre veíase tendida una niña como de veinte años, linda y rubia; su semblante tenía la palidez de la muerte: sus ojos completamente apagados, se abrían de cuando en cuando como para dar una despedida eterna á los que la rodeaban, y principalmente á un gallardo mancebo, que mas bien que un simple Colono, tenía todas las trazas de un hombre distinguido.

—¿Qué tiene esta bella niña? pregunté.

—Una fiebre *tifoide* señor—me contestó tristemente el jóven.

—¿Es soltera?

—No señor: es mi esposa.

—Pero aquí no veo que se le pueda atender bien.

—Ahora mismo la vamos á conducir á la Asuncion, aprovechando el vapor en que ustedes han venido.

—Si Vd. nos permite, nos haremos un honor, con mis compañeros de viaje en ayudar á Vd. á llevarla á bordo, y atenderla durante el viaje.

Ella abrió los ojos, y me lanzó una mirada, cuya expresión no he podido olvidar jamás.

El jóven bajó la cabeza para ocultar dos lágrimas, que asomaron furtivamente á sus mejillas.

Me retiré para fuera.

Entónces un individuo que parecía sacerdote, aunque no de muy pulido aspecto, me dijo, en el idioma de Voltaire:

—Este cuadro lo ha conmovido á Vd. ¿verdad señor viajero?

—Bastante caballero.

—Hay razon para ello. Esta es una niña tierna y

delicada, educada con los mimos de una *Parisiense*: casó con ese jóven, que es un farmacèutico distinguido: las privaciones de esta vida y otras cosas, que no tengo para que repetir á Vd., han ido postrando su espíritu, hasta que antiyer cayó atacada de una violenta fiebre. Ya vé Vd. su estado. Es un ánjel de bondad. Aquí la idolatramos todos, al ver la evanjélica resignacion con que soporta este martirio, á que llamamos la *vida de Nueva Burdeos*. ¡Qué contraste!

El sacerdote estaba visiblemente preocupado.

Le pregunté:

—Y ¿es grave el estado de esta niña?

—Muchísimo, señor: tememos que sea un caso perdido. Hemos resuelto llevarla á la Asuncion, si nos dán pasaje en el *Acquitaine*.

—¿Cómo si les dán pasaje? Pues qué lo dudan ustedes?

El sacerdote calló, mirándome de hito en hito.

—No tema Vd.—le dije—hable Vd. con toda confianza.

—Aquí estamos como presos, señor—contestó, lanzando un amargo suspiro.

—No comprendo lo que Vd. quiere decirme.

—Comprendo que Vd. no lo comprenda. Sin embargo esto es muy cierto. Ninguno de nosotros puede salir de aquí sin una *licencia espresa*.

—¿De quién?

—De la autoridad Paraguaya que aquí tenemos.

—Entónces los Colonos dependen de alguien?

—Es Vd. nuevo en el país?

—Si señor: llego apenas.

—Solo así se explica que Vd. no conozca *nuestro Eden*. Aquí estamos con una guarnicion, que nos custodia como á criminales. No podemos separarnos una legua de la poblacion, sin permiso espreso. Para ir á la capital,

sucede lo mismo. Hay ocasiones que bajo pretesto ninguno se nos dá esa licencia. ¿Cómo no quiere Vd., entonces, que temamos que nos la puedan negar ahora, para llevar esa pobre niña?

—¿La han mandado ustedes pedir ya?

—Se han dirigido á Madama Lynch.

—Si Vd. me lo permite, yo mismo iré.

—Cuánto fineza, señor.

Me separé inmediatamente de mis compañeros de paseo y corrí en busca de la Inglesa.

Estaba precisamente en la *Comandancia*.

Se sorprendió al verme, pero esa sorpresa no tardó en convertirse en conmiseración—al menos aparente—por la niña en cuyo favor iba á interceder.

—Es preciso—me dijo—si Vd. y sus amigos no tienen inconveniente, que ahora mismo, y sin perder un instante nos pongamos en camino para la Asunción. Conozco esa niña: es digna de todo aprecio, aun cuando algo orgullosa.

Orgullosa!

En boca de Elisa, ya comprendía yo lo que esto importaba: la jóven francesa quizá, tampoco habia querido relaciones con ella, y esto no lo perdonaba la famosa *Loreta*.

Ella continuó:

—¿Sabe Vd. dónde está la enferma?

—Si señora.

—Iremos allá.

—Con mucho gusto.

—Quédense ustedes, dijo en español, dirigiéndose á todo su *Estado Mayor*, y salimos ambos.

En pocos minutos llegamos á casa del farmacéutico.

Por fortuna, mis compañeros de viaje ya no estaban allí.

El lector comprenderá *por qué* lo digo.

Elisa Lynch entró al pequeño cuarto, en que yacia tendida la francesita.

Desgraciada! Ya estaba mucho peor que cuando me separé de ella.

La Inglesa se acercó al cátre: le tocó la mano y el rostro, y en escelente francés, le preguntó:

--Sufre Vd. mucho.

La enferma no contestó.

Entónces volviéndose al marido, le dijo:

--Vamos á llevar á bordo inmediatamente á la señora: yo misma quiero acompañarla: el vapor saldrá sin demora quizá los cuidados en la Asuncion pueden mejorarla. Pronto, pronto: no hay un minuto que perder.

En el acto salí yo en busca de mis compañeros.

V.

Estaban estos en el rancho de un Colono, llamado Arnaud.

Como todos conocian el estado de la enferma, y el proyecto de llevarla, no tardamos en ponernos en marcha hácia la costa.

En el camino encontramos á Madama Lynch acompañando á la francesita: sus criados y otro Colono, la llevaban en el mismo cátre: un fino pañuelo de encajes cubria ese rostro, sobre el cual se quebraban por vez postrera, los rayos abrasadores de un sol, que en su carrera majestuosa ha podido alumbrar, durante un siglo, los cuadros mas espantosos de opresion y de miseria, de despotismo y barbárie que hayan presentado jamás, las selvas y los pueblos americanos.

Al ver cruzar el cortejo silencioso, sentí mi corazon oprimido.

Aquella mujer, jóven, linda, bien educada, ya no representaba para mí una simple paciente, postráda en el lecho del sufrimiento por ese soplo invisible del dolor, que abate las cabezas mas erguidas, y que derriba indistintamente, á los que orgullosos viven en suntuosa morada, y á los que humildes deslizan sus dias en oscura y olvidada cabaña.

Al verla, me parecia algo mas: me parecia la sacerdotiza de la civilizacion, nacida en el bullicio del mundo, viniendo á morir olvidada como peregrina de la desgracia en una tierra vírgen y encantadora, profanada por la barbarie.

Sin quererlo, sin poderlo remediar, yo me identificaba por un instante con la enferma, y penetrando con mi pensamiento en los misterios del suyo, comprendia, que al dolor físico que la postraba, debia unirse tambien el dolor moral que la acercaba á la tumba.

Esa niña habia sido educada en Paris.

Su espíritu se habia nutrido con el estudio.

Hija de un hogar modesto, pero amoroso, habia vivido en él, dando y recibiendo tiernas caricias de sus padres.

Un dia, al despertar á la vida de las sensaciones, y al penetrar risueña al mundo dorado de las ilusiones que levantan el espíritu de la mujer á las rejiones fantásticas del idealismo, vió cruzar por su camino un mancebo gallardo, tierno y afectuoso.

Se miraron.

Se hablaron.

Se comprendieron.

Por fin, se amaron.

Confundidos en los deleites del comun afecto, se acer-

caron al altar, y allí, en presencia de Dios, recibieron la bendición que debía ligarlos para siempre.

El era pobre: tenía una profesión y una voluntad, y con ellas, creyó poder labrarse su porvenir.

Oyó hablar del Paraguay.

Supo que un Ajente de su Gobierno, formaba una Colonia.

Las promesas de éste, eran deslumbradoras; tierra productiva y abundante: pais nuevo ansioso de brazos é inteligencias: medios fáciles de ganar pronta fortuna: clima dulce y benigno: vida cómoda y barata: gobierno paternal y amante del extranjero.

¿Cómo no seducirse con la perspectiva?

Era jóven: ella tambien.

Dos ó tres años de espatriacion voluntaria, viniendo á un pedazo de América, pintada casi siempre al extranjero cual la cuna de la riqueza, ¿cómo no habian de seducir al tierno esposo?

—¿Partimos?—le preguntó él.

--Si: partamos—replicó la buena compañera, creyendo que al lado del hombre al que acababa de ligar las horas de su destino, le seria agradablemente llevadera la ausencia del hogar, de la familia, de la patria, de los sitios amenos en que fugaces cruzaron las horas de su primera edad.

Partieron.

Llegaron al Paraguay acariciados por las mas alhagüenas esperanzas; pero ¡ay! la triste realidad debía hacerles comprender muy pronto, que en vez del Eden que su imaginación soñára, y que la perfidia de ajentes pagados les hiciera concebir, debian encontrar un pais barbarizado, donde el extranjero era odiado, despreciado, tratado con altivez é insolencia.

En vez de una tierra de promisión donde pudiese

hacerse fácil fortuna con poco empeño, se encontraron en un pueblo ignorante, donde no habia ni trabajo, ni porvenir, ni fuente alguna que pudiese entónces ser explotada por la inteligencia ó la perseverancia del hombre.

El solo cambio de vida poniendo en paralelo la de Paris, alegre, festiva, bulliciosa y llena de encantos, con la de la *Colonia Nueva Burdeos*, triste, solitaria, monótona y casi salvaje, debia producir honda sensacion en el ánimo de los tiernos esposos, cuyo amor no bastaba á llenar su espíritu.

La nostalgia no tardó en dominarlos.

El, comprendiendo lo espantoso de su posicion, perdido en un rincon del Paraguay, solo, sin amparo, sujeto á la continúa vijilancia de una autoridad militar que, á la par de sus compañeros, le custodiaba como á un presidiario, trataba, empero, de aparentar contento y alegria, para no hacer partícipe de sus penas á la esposa, que con él compartia los dias del destierro.

¡Vana tarea!

Mujer, al fin, ella, con ese tacto fino y esquisito que las hace instantáneamente dueñas de todas las situaciones de la vida, no tardó en apareibirse luego de lo terrible de su posicion.

Quiso luchar, pero no pudo: la tristeza la venció. . . .

Así dispuesto su espíritu, ajitada constantemente por el dolor de la desesperacion, los padecimientos físicos la postraron al fin, reduciéndola al estado en que el lector la vé cruzar moribunda, la *Colonia de la Nueva Burdeos*.

VI.

Su entrada á bordo del *Acquitaine*, fué objeto de una gran pesadumbre para todos los de la comitiva.

El deseo de servirla, de atenderla, estaba en cada uno de ellos.

Inmediatamente se la colocó sobre dos colchones, en la mesa de la Cámara del vapor, que era grande, espaciosa y ventilada.

Pero ay! todos aquellos finos cuidados, eran tardíos!

Madama.—era su nombre—ya no conocia á nadie, ni á su propio esposo, que abrasado por la fiebre del dolor trataba en vano de reanimarla, con el fuego de sus lábios, que como los de Diana sobre las mejillas de Endimion, no conseguian, empero, arrancarla de su le targo.

El cuadro era tocante: la escena conmovedora.

Elisa Lynch estaba sentada al lado de la cabecera de la enferma.

La miraba de hito en hito, al parecer con visible interés.

—¿Qué le parece á Vd. su estado? me preguntó viéndome acercar.

—No me creo juez competente; pero francamente, juzgo la situacion de esta pobre niña muy alarmante.

El sacerdote de la Colonia que venia tambien, nos dijo:

—Creo que no debe haber muchos personas en la Cámara: hace calor, y en el estado en que se encuentra, el aire puro le servirá de gran consuelo.

La Inglesa lo miró con malos ojos, y pasando ántes su mano por la frente de la niña se alejó, subiendo á la cubierta.

Yo me quedé un instante.

La fisónomía de aquel cuadro, no podia ser mas triste: en el semblante de la enferma, empezaban á dibujarse ya las sombras de la muerte: sus ojos apenas se abrian mas: los lábios estaban secos, como si la fiebre los quemase.

El marido, de pié siempre á la cabecera, alucinado quizá, con la esperanza de que su tierna esposa aun conservaba su sensibilidad, devorado visiblemente por un dolor profundo, hacia esfuerzos supremos por dominarse.

Infeliz! No comprendia que su precaucion era ya inútil.

Sofia—tal era su nombre—apenas tenia algunos momentos de vida. . . .

Yo me senté á un lado de la Cámara, con el sacerdote.

Fuese que durante nuestro paseo en la Colonia, le hubiese inspirado confianza, fuese que en aquel instante se la inspirase recién, por el interés con que contemplaba á la enferma, el hecho es, que aquel buen hombre me abrió su corazon con franca expansion, iniciándome en los misterios de la vida de los Colonos de la *Nueva Burdeos*.

No conozco nada mas inícuo, ni mas infame, nada que con mas lejitima justicia pudiese sublevar la ira y la indignacion de todo hombre honrado; contra los implacables verdugos de esas familias, que traídas con mil engaños á las selvas Paraguayas, iban muriendo poco á poco, ó en las prisiones, ó en la mas espantosa desesperacion.

—Imajínese Vd. señor!--me decia enternecido el Colono francés—no hace muchos dias que algunos Colonos salieron á cazar, á cierta distancia de la poblacion. Como se hubiesen alejado algunos méetros mas de los concedidos por la autoridad, fueron llevados á la Comandancia, y puestos en *Cepo Colombiano*. Los ayes y los gritos que daban, partian el corazon. Uno de ellos--Lafon--era casado, y tenia cuatro hijos, tiernos todos.

Al saber la situacion de su esposo, la pobre mujer, medio loca, voló á la Comandancia. No bien hubo llegado y antes de poder articular una palabra, fué tal la impresion que le produjo el lastimoso quejido del marido,

torturado de una manera tan brutal, que cayó en tierra desmayada.

—Pero eso es horrible!

—¿Sabe Vd., señor, lo que hizo entónces el *Comandante*? La mandó arrastrar al medio de la calle. Al cumplir la órden, los soldados le despedazaron la cara.

Un cuarto de hora despues volvió en sí. Corrió nuevamente al *Rancho* del Gefe Paraguayo, y arrojándose á sus piés, le suplicó que librase al marido del martirio á que le habia sujetado.

Pobre Mariana! Valiera mas que no lo hubiese hecho! Como aquel mónstruo viese que ella insistia en pedir la libertad de su esposo, mandó que la *estaqueasen* á su lado.

—Me horroriza Vd. con este relato. . . .

—Y sin embargo, señor, es la parte mas suave, la que Vd. acaba de oírme. Ya verá Vd.

Cuando todos los Colonos y la mujer estaban exhánimes y moribundos, los hizo desatar. Renuncio á pintar á Vd. el estado en que esos infelices quedaron. La mujer habia perdido la razon: se volvió completamente loca. . . .

Muchos dias despues de este suceso, los cinco Colonos que habian sido castigados, resolvieron fugarse por las soledades del Chaco. Hace tres noches, que poco despues de las doce, se internaron; pero ¡ay! todavia no habian caminado tres leguas, cuando al romper el dia los alcanzó una partida de caballeria, y allí, en mitad del camino los *cazó* como á fieras, matándolos á los cinco, y dejando, por supuesto, los cadáveres completamente abandonados en las soledades del desierto. . . .

Cuando el sacerdote concluyó de hacerme esta relacion estaba muy emocionado.

Yo la he repetido, años despues, á muchos de mis amigos, y confieso, que á partir de ese instante, empecé á

mirar al Gobierno del Paraguay, nó ya con mala voluntad, sinó con ese horror instintivo que inspiran los grandes crímenes y las grandes infamias. . . .

—Pero ¿no se han quejado ustedes al Gobierno?—le pregunté—¿no tienen ustedes Cónsul que los ampare?

—Ah señor! Quejarnos! Escuche Vd. lo que nos pasó, y dígame despues si nos queda otro camino que someternos resignados al martirio en que vivimos. Cuando recién llegamos al Paraguay, no podíamos tener idea de qué en la tierra existiera un pais que viviese en estas condiciones.

Hijos de uno, donde no siempre los Gobiernos nos han dado libertades políticas; pero donde siempre somos respetados, considerábamos que la autoridad garantizaría, cuando menos, la tranquilidad y el reposo de nuestros hogares. Era un engaño.

Sucedió una mañana, que un sarjento de la fuerza que nos custodia en la Colonia, trató de forzar á una criatura de ocho años, aprovechando la ausencia de la madre, que carpía la tierra á pocas cuadras del rancho. A los gritos de la inocente, acudió una anciana que por allí acertaba á pasar, debiendo á esto que el Paraguayo dejase á la criatura, no sin haberle pegado antes una feroz bofetada en su rostro infantil.

El conocimiento de este hecho, irritó á los Colonos, de cuyo seno se nombró una Comision de tres, para llevar la queja al Cónsul de Francia. El Conde Brayer se presentó inmediatamente al Presidente, reclamando el castigo del soldado. Lopez le dijo que condujese á su presencia á los tres Colonos que formaban la Comision, *á fin de oírlos él mismo*. Así sucedió; pero desde ese dia no hemos vuelto á saber una palabra de nuestros infortunados compañeros. Ah señor! Qué desgracia! Esto no tiene nombre. . . .

—Cómo! Y ¿qué se han hecho esos Colonos?

—Es lo que ignoramos completamente: hoy que conocemos el modo de ser de estos salvajes, tenemos la certeza de que han sido asesinados. . . .

Decía estas palabras el sacerdote francés, cuando apareció nuevamente Elisa Lynch.

Se acercó á la enferma: la tocó y volviéndose á su marido:

—Está mucho peor que hoy ¿no ha dicho nada?

--Absolutamente.

--¿Por qué no le pregunta Vd. si quiere un poco de agua? hace tanto calor: quizá tenga sed.

El jóven, con voz casi apagada, llamó á su esposa. . . .

En vano: no respondía.

Apenas le quedaba un resto de vida.

—Felizmente—dijo Elisa—vamos á llegar muy pronto. ¿Dónde piensa Vd. llevar á Sofia?

--A casa de *Hippolitte*.

--No: la conduciremos á la mia.

El señor Gabriel no contestó nada. Un abatimiento profundo lo dominaba.

La Inglesa vino hácia donde estábamos con el Colono religioso, y me dijo en inglés:

—Esto es concluido. Poco agradable ha sido el paseo para Vd.

—Efectivamente, señora: habria sacrificado mi curiosidad de viajero, por no haber sido testigo de este cuadro conmovedor.

--Debe ser horrible morir lejos de la patria, de la familia, del hogar, de los amigos. . . .

—Y sobre todo, para una jóven que como está viene del bullicio de Paris, á morir olvidada en un rincón solitario del mundo.

—Sin embargo: Sofia tiene una hermana en Montevi.

deo, casada con un jóven tan apreciable como distinguido.

—Oriental?

—Si.

—Recuerda Vd. su nombre?

—Oh! perfectamente: se llama Juan José Gallardo.

—Es un íntimo amigo mio: mas que eso: somos como hermanos. El casó en Paris.

—Precisamente: su señora se llama Luisa. Es la hermana mayor de esta infortunada niña.

Como sucede en tales casos, la situacion extrema de Sofia despertaba ya en mí un doble interés, al saber que era cuñada de uno de los hombres, á quienes mas aprecio. (Hoy reside en Buenos Aires con su familia.)

XIII.

Como la atmósfera estuviese bastante pesada en la Cámara, donde hacia ya algun tiempo que me encontraba, subí á la cubierta.

El vapor seguia majestuosamente su carrera, lanzando á los aires, embalsamados por las flores de la costa, el negro penacho de humo que esmaltan las chispas de oro del fuego, á cuyo impulso navegan estos misteriosos heraldos del progreso.

El Pontífice del dia destronado ya, dejaba caer su cétro reluciente, que la mano de la noche se preparaba á recojer!

Habia en toda la naturaleza ese aire de dulce pereza y abandono que precede á la lánguida somnolencia de las noches tropicales.

Mil perfumes salvajes, desconocidos, se alzaban como de otros tantos peveteros de los aromáticos cedros y

airosos tamarindos de los bosques que bordean el río, el cual iluminado en su centro por las luces oblicuas del purpurado horizonte, retrataba en las aguas dormidas de la costa, el sombrío verdor de las frondas.

Mil nubecillas teñidas de carmin y recamadas de oro guardaban poco á poco y como en un cofre de esmaltada filigrana, los brillantes destellos de una inmensa joya, los fulgentes rayos del espléndido luminar, mientras el resto de la inmensa bóveda celeste aparecía bajo un aire diáfano, puro, sutil en una gradacion incalculable de colores, desde el anaranjado pálido, hasta el profundo lápiz-lázuli.

Las aves de la selva entonaban en un inmenso y variado himno, la despedida diaria con que su sencilla admiracion y cariño, acompaña hasta su lecho al rey de la luz. El agreste gamo y el cervatillo tímido bajaban con paso cauteloso, oído atento y mirada escudriñadora, por entre las sombrías bóvedas de follaje á templar su sed en los tranquilos cristales del río. Las palomas montaraces aleteaban entre el ramaje buscando un dulce asilo entre la hojarasca. Á lo lejos tal vez se oía el chasquido de una que otra rama seca que se quebraba bajo las poderosas garras de algun tigre ó jaguar y sobre la cima de los árboles aparecían allá en lontananza y á las últimas luces del crepúsculo, alguna que otra leve columna de humo transparente, proveniente de la apartada choza de algun *toba* errante, la cual ascendiendo hasta cierta altura en recta espiral, se doblaba luego á impulso de la brisa vespertina, desvaneciéndose luego y confundíendose en esa bruma transparente que flota como un velo sobre los montes á la hora del crepúsculo.

La calma, la dulzura, la majestad del paisaje acrecia á cada momento con la llegada de las sombras, y no sé qué triste impresion de profunda melancolía se derramaba

lentamente en el alma á la par de aquellas invisibles gasas que la noche iba estendiendo por sobre todo lo creado.

El ánimo se sentía subyugado por el misterio, y así como la percepcion de los objetos estefiores iba siendo cada vez mas difícil, parecia que se estrechaban tambien los horizontes del alma y languidecia en ella ese aliento de enerjia y de bullicioso entusiasmo que sujiere la luz del sol y el cielo sonriente.

Luego, ese desfallecimiento, ese desmayo, esa postracion de la naturaleza, en medio de una vida lujosa, exhubérante; no se hermanaba, con la triste lascitud y amarga encervacion de aquella pálida criatura que existia agonizante, casi exánime, en la Cámara del vapor?

¿No habia en aquel cuadro de tintes tristísimos, que la misma enferma contemplaba por su ventanillo, con una mirada de dulce resignacion, á la que á veces empañaban sus últimas lágrimas, algo parecido á un adios, á una separacion, á un lazo que se rompe, á una lápida que cae?

Confieso que todas estas ideas se agolpaban á mi imaginacion al pasear mi vista, acodado en la borda del vapor, por aquel panorama que huia fantásticamente ante mis ojos.

La noche vino al fin, rápida, serena, transparente: la noche de los trópicos con su aura tibia, su cielo cuajado de estrellas, su luna espléndida y sus rumores armoniosos que parecen provenir de millares de arpas eólicas.

El astro pálido, apareció por sobre la cima de los árboles recortando, en un encaje abriantado, la intranquila hojarasca, mientras que en el opuesto horizonte aun se estendia una faja ténueamente azulada como un recuerdo de los brillantes resplandores del dia.

Las aguas ajitadas por las poderosas paletas del vapor

dejaban á un lado y otro dos surcos de ondas retozonas coronadas de espuma luminosa que, á larga distancia detrás de la embarcacion, iban á unirse en una sola estela.

Nada turbaba aquella soledad, á no ser el hálito jadeante del vapor, el martilleo monótono de la máquina y el bullicioso hervir del agua ajitada. De vez en cuando el lánguido cantar de algun marinero flotaba por sobre aquellos ruidos incesantes, ó el timbre igual y triste de la campana que señala á bordo los relevos, cruzaba el aire como un toque de agonía.

De repente una `abra se presentó ante nuestros ojos como si se recorriera la decoracion de un teatro: cien luces como las de las luciérnagas entre la yerba, brillaban entre la sombra, reverberando aquí y allí sobre las aguas; unas como á modo de torres vimos recortarse en el fondo del cielo lijeramente iluminado por la luna; pasamos por entre algunos buques fondeados: el silvato del vapor hizo la señal: la máquina cesó de andar quedando apenas entre las calderas un sordo rujido como el producido por un redoble de tambor; el buque se deslizó impelido por su propia impulsión, la campana sonó, la cadena del ancla resbaló estrepitosamente y quedamos balanceándonos blandamente en el Puerto de la Asuncion.

En ese momento pudimos oir distintamente el *toque de ánimas*.

- **Sofía fué transportada hasta la ribera en una silla de brazos.**

A su lado caminaba su jóven esposo, con las marcas del mas profundo abatimiento: la cabeza undida entre el pecho y los brazos caidos á lo largo del cuerpo.

Aquel paseo iniciado entre la mas franca y cordial alegría, tenia á la vuelta el aire de una procesion fúnebre y silenciosa.

Ni una voz, ni una risa, ni una exclamacion: todo era recojimiento, angustia, commiseracion.

Las señoras miraban con ojos húmedos y lábios suspirantes aquella escena desgarradora: los hombres se mostraban solícitos, pero con esa muda actividad que rodea á las grandes desgracias.

La moribunda pálida y vestida de blanco, parecia á la luz de la luna la vagorosa vírjen de la última esperanza, desvaneciéndose entre los rayos plateados del astro nocturno.

—Ya le ho dicho á Vd.—dijo Elisa Lynch al esposo de Sofia—que tendré placer en llevar la señora á casa.

—Señora! . . . balbuceó suspirando el jóven.

—Vamos, vamos: no hay un instante que perder.

—Si Vd. me permite—dije yo—tendré placer en acompañar á la señora.

—Y yo se lo agradeceré á Vd. mucho.

Los pasajeros del *Acquitaine* nos dividimos entónces, en dos grupos: mi compañera de viaje, con los demas Argentinos, tomaron la direccion de nuestro alojamiento.

Sofia fué colocada en un hermoso sillón, que cuatro marineros franceses colocaron en sus fornidos hombros.

La seguíamos, la Inglesa, su servidumbre, el Capitan y oficiales del vapor, el señor Cateura y yo.

Habriamos caminado dos cuadras, cuando nos pareció que la enferma acababa de entregar su alma á Dios. . . .

Nos detuvimos.

No estaba muerta aun; pero le habia dado una especie de parasismo que anunciaba su próximo fin.

Entonces Elisa la hizo entrar á una casa, por cuyo frente pasábamos. No recuerdo ahora el nombre de la familia.

Me demoré allí algunos instantes: iba á salir, cuando Madama Lynch me dijo:

—¿Dónde vá Vd.?

—A casa.

—¿Me quiere Vd. dispensar un favor?

—Ordene Vd. señora.

—Acompáñeme Vd. hasta la mia: estoy sofocada de calor: deseo mudarme.

—Con el mayor placer, Elisa.

Le ofrecí mi brazo, y salimos.

Fin



